



AGUJAS OSCURAS

ROBERT BRYNDZA

AUTOR DEL *BEST SELLER* INTERNACIONAL
TE VERÉ BAJO EL HIELO

MÁS DE DOS MILLONES DE EJEMPLARES VENDIDOS

Aguas oscuras

Robert Bryndza

Traducción de Santiago del Rey



Rocaeditorial

AGUAS OSCURAS

Robert Bryndza

La detective Erika Foster recibe el aviso de que la clave para resolver un importante caso de narcóticos está escondida en una cantera abandonada en las afueras de Londres, por lo que ordena que sea registrada. Allí, entre el lodo espeso, encuentran un alijo de droga, pero también lo que parece ser el esqueleto de un niño pequeño. Los restos se identifican como los de Jessica Collins, de siete años, la niña desaparecida que copó los titulares hace veintiséis años. Mientras Erika trata de juntar las nuevas pruebas con las antiguas, también indaga más sobre el pasado de la familia Collins y se pone en contacto con la principal detective del caso en aquella época, Amanda Baker, una mujer atormentada por el fracaso de no haber encontrado a Jessica Collins en su momento. Pero alguien guarda terribles secretos. Alguien que no quiere que este caso sea resuelto y que hará todo lo que esté en sus manos para evitar que Erika descubra la verdad.

#QueNoTeCuentenElFinal

ACERCA DEL AUTOR

Robert Bryndza es el autor *best seller* número 1 en Amazon, en *USA Today* y en *The Wall Street Journal*. *Te veré bajo el hielo* (Roca Editorial, 2017) fue su primer *thriller*, con el que vendió más de un millón de ejemplares y que ha sido traducido a 28 idiomas. A este le siguió *Una sombra en la oscuridad* (Roca Editorial, 2018), también protagonizado por la detective Erika Foster. Nacido en Inglaterra, actualmente vive en Eslovaquia.

www.robertbryndza.com

[@RobertBryndza](https://twitter.com/RobertBryndza)

ACERCA DE LA SERIE

«Muy bueno. Creo que he leído millones de *thillers* y lamento decir que, últimamente, no suelen sorprenderme. Sin embargo, este lo ha hecho y de una forma muy positiva. No había leído nada de este autor y me ha gustado muchísimo; seguro que leeré muchas de sus obras.»

MARY PAZ REPISO, EN *AMAZON.COM*

«Me ha enganchado tanto como el primero. [...]. Me encanta el personaje de Erika, que defiende sus instintos y los sigue.»

PATRICIA, EN *AMAZON.COM*

«Me encantan los libros sobre misterio y crímenes. Este lo he leído casi de un tirón. [...] Sorprendente su final; por una vez, ¡no he sospechado en ningún momento del asesino!»

GALADRIEL, EN *AMAZON.COM*

A Marta

La muerte la cubre como una escarcha intempestiva sobre la más tierna flor de los campos.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

Prólogo

Otoño de 1990

Hacía una noche fría de finales de otoño cuando arrojaron el cuerpo en el embalse de la cantera abandonada. Sabían que se trataba de un lugar solitario y que el agua era muy profunda. Lo que no sabían era que alguien los estaba observando.

Llegaron en coche al amparo de la oscuridad, poco después de las tres de la madrugada. Habían conducido desde las casas de las afueras, cruzado el trecho de grava donde aparcaban los excursionistas y se habían adentrado en el parque natural. Con los faros apagados, el vehículo avanzó dando tumbos y sacudidas por el terreno desigual y entró en un sendero flanqueado enseguida por un espeso bosque. La oscuridad era densa y pegajosa, y la única luz era la que se colaba a través de las copas de los árboles.

No podía decirse que actuaran con sigilo. El motor parecía rugir en medio de la noche; la suspensión crujía a cada bamboleo. Cuando se abrió el bosque y surgió a la vista la cantera inundada, redujeron la marcha y se detuvieron.

Lo que no sabían era que un viejo solitario vivía junto a esa cantera, en una antigua casa de campo abandonada que la maleza casi había invadido por completo. Cuando el coche apareció en el repecho y se detuvo, el viejo estaba fuera, contemplando el firmamento y maravillándose de su belleza. Cautelosamente, se ocultó tras una hilera de arbustos y observó. Con frecuencia iban allá por la noche adolescentes, yonquis y parejas en busca de emociones fuertes, y él siempre se las arreglaba para asustarlos y ahuyentarlos.

La luna asomó entre las nubes cuando dos figuras emergían del coche, sacaban un bulto del maletero y lo llevaban hasta el bote de remos de la orilla. La primera figura subió a bordo y la segunda le fue pasando el bulto

trabajosamente. Parecía alargado, y por la forma que tenía de doblarse y vencerse, el viejo comprendió con horror que era un cuerpo humano.

Le llegó desde el agua el sonido del suave golpeteo de los remos. Se llevó la mano a la boca. Sabía que debía alejarse, pero no podía. El chapoteo de los remos cesó cuando el bote llegó al centro del embalse. Una rodaja de luna volvió a aparecer entre las nubes e iluminó las ondas que se propagaban sobre el agua.

El hombre contuvo el aliento mientras observaba a las dos figuras, que ahora conversaban entre murmullos. Hubo un silencio. El bote dio una sacudida cuando ambas se incorporaron de golpe. Una de ellas estuvo a punto de caer por la borda. Una vez recobrado el equilibrio, alzaron el bulto y, con un chapaleo y un tintineo de cadenas, lo tiraron al agua. La luna se trasladó por detrás de la nube y arrojó una intensa claridad sobre el bote y sobre el punto donde el bulto se había hundido, todavía rodeado de impetuosas ondas concéntricas.

El viejo vio a las dos personas del bote y les distinguió el rostro con claridad.

Dejó escapar el aliento que había contenido. Las manos le temblaban. No quería meterse en líos; en realidad se había pasado la vida procurando evitarlos, pero siempre acababan atrapándolo. Una ráfaga helada removió las hojas del suelo; sintió un hormigueo en las narices. Antes de que pudiera reprimirlo, le salió un tremendo estornudo, cuyo eco reverberó por la cantera. Las dos figuras se irguieron y escrutaron a un lado y a otro de la orilla. Y entonces lo vieron. El hombre dio media vuelta para echar a correr, pero tropezó con una raíz y, cayendo violentamente de bruces, se quedó sin respiración.

Bajo el agua de la cantera abandonada, todo estaba inmóvil y oscuro. El cuerpo se hundió a gran velocidad, arrastrado por los pesos; descendió más y más y, finalmente, se detuvo con un bamboleo en el cieno blando y helado.

Habría de permanecer allí muchos años, inmóvil y tranquilo, casi en paz. Pero en tierra firme, la pesadilla no había hecho más que empezar.

Viernes, 28 de octubre de 2016

La inspectora jefe Erika Foster cruzó los brazos sobre el abultado chaleco salvavidas para protegerse del viento helado, lamentando no haberse puesto un abrigo más grueso. El pequeño bote inflable de la Unidad de la Marina de Rescate de la Policía Metropolitana avanzaba por las aguas de la cantera, arrastrando un transpondedor que escaneaba las profundidades. La cantera abandonada estaba en el centro del parque Hayes: noventa hectáreas de bosques y páramos situadas junto al pueblo del mismo nombre, a las afueras del sur de Londres.

—La profundidad del agua es de casi veinticuatro metros —dijo la sargento Lorna Crozier, la jefa de submarinismo. Estaba en la proa del bote encorvada sobre una pantalla donde rebotaban las señales del sonar y se reflejaban en forma de sombras de un intenso color morado que eclosionaban como nubes oscuras.

—Así pues, ¿será difícil recuperar lo que andamos buscando? —preguntó Erika, captando el tono de la sargento.

Lorna asintió y dijo:

—Siempre es difícil cuando hay una profundidad superior a los trece metros. Mis buzos solo pueden permanecer abajo breves períodos. Los estanques y canales corrientes tienen un par de metros de profundidad. Incluso el Támesis con marea alta oscila entre los diez y los doce metros.

—Podría haber cualquier cosa ahí abajo —comentó el sargento John McGorry, encajonado en el pequeño asiento de plástico junto a Erika. Ella recorrió con la vista la ondulada superficie del agua. No se veía más que a un par de palmos de profundidad antes de que todo desapareciera en un remolino de sombras.

—¿Es que pretende sentarse en mi regazo? —le soltó al sargento, que se inclinaba sobre ella para atisbar por encima de la borda.

—Perdone, jefa —repuso él sonriendo, y se apartó—. El otro día vi un programa en el canal Discovery... ¿Sabía que solo el cinco por ciento del fondo marino está cartografiado? El océano ocupa el setenta por ciento de la superficie terrestre; con lo cual, dejando aparte la zona continental, hay un sesenta y cinco por ciento de la Tierra inexplorado...

En el borde del agua, a unos veinte metros de distancia, los juncos secos oscilaban bajo el viento. Un gran camión de apoyo técnico estaba aparcado en la orilla cubierta de hierba; junto a él, los miembros de la unidad estaban preparando los equipos de buceo. Sus chalecos de color naranja eran la única nota de color en esa sombría tarde otoñal. Detrás de ellos, los tojos y los brezos se extendían interminablemente en una mezcla de grises y marrones; a lo lejos, había un grupo de árboles completamente pelados. El bote redujo la marcha al aproximarse al extremo de la cantera.

—Demos media vuelta —dijo Barker, el joven agente de policía que estaba al mando del motor fueraborda. Efectuó un viraje de ciento ochenta grados para volver a recorrer toda la extensión de agua por sexta vez.

—¿Cree que los peces y las anguilas de ahí abajo podrían haber crecido hasta alcanzar grandes proporciones? —preguntó John, entusiasmado, mirando a Lorna.

—He visto cangrejos de río muy grandes cuando he participado en operaciones de buceo. Aunque este embalse no tiene afluentes, así que los peces tienen que haber sido introducidos por el hombre —dijo Lorna sin quitar ojo de la pantalla.

—Yo me crié por esta zona, en Saint Mary Cray, y cerca de casa había una tienda de animales donde al parecer vendían crías de cocodrilo... —John se interrumpió al ver que Erika lo miraba estupefacta.

McGorry siempre estaba animado y locuaz, cosa que ella soportaba a duras penas. Y temía hacer el primer turno con él, de buena mañana.

—No estamos buscando un cocodrilo, John. Buscamos diez kilos de heroína metidos en un contenedor impermeable.

Él asintió y se disculpó:

—Perdón, jefa.

Erika consultó su reloj. Ya eran cerca de las tres y media.

—¿Qué valor tienen diez kilos en la calle? —preguntó Barker desde el

timón.

—Cuatro millones de libras —respondió Erika, otra vez con los ojos fijos en las imágenes cambiantes del sonar en la pantalla.

Él soltó un silbido.

—Supongo que el contenedor lo arrojaron a propósito, ¿no?

Erika asintió y les informó:

—Jason Tyler, el tipo que tenemos detenido, estaba esperando a que las cosas se calmaran para venir a por él...

No añadió que solo podían retenerlo hasta medianoche.

—¿Realmente creía que lo iba a recuperar? Nosotros somos una unidad de buceo con experiencia, y nos va a costar conseguirlo —dijo Lorna.

—¿Con cuatro millones en juego? Sí, claro que iba a venir a buscarlo —respondió la inspectora jefe—. Esperamos encontrar sus huellas en las capas interiores del envoltorio de plástico.

—¿Cómo averiguaron que lo había tirado aquí? —preguntó el agente Barker.

—Su esposa —respondió John.

Barker le lanzó una mirada que únicamente otro hombre podía comprender y soltó otro silbido.

—Espere. Esto podría ser algo. Pare el motor —dijo Lorna, y se inclinó aún más sobre la diminuta pantalla.

Una silueta negra se destacaba entre un remolino de matices morados. Barker apagó el motor fueraborda, se levantó y fue rápido a su lado. En el silencio subsiguiente, solamente se oía el murmullo del agua a medida que el bote se deslizaba hasta detenerse.

—Estamos escaneando una zona de cuatro metros por cada lado del bote —indicó Lorna moviendo su pequeña mano sobre la mancha de la pantalla.

—Entonces la escala es correcta —asintió Barker.

—¿Cree que es el contenedor? —preguntó Erika, esperanzada.

—Quizá sí —opinó Lorna—. Aunque también podría ser una nevera vieja. No lo sabremos hasta que bajemos al fondo.

—¿Va a bajar usted? —preguntó Erika, procurando mantener el optimismo.

—Yo hoy me quedo en seco. Estuve buceando ayer, y necesitamos pasar períodos de descanso.

—¿Dónde estuvieron? —preguntó John.

—En Rotherhithe. Tuvimos que rescatar el cuerpo de un suicida en el lago

de la reserva natural.

—¡Vaya! Debe de ser mucho más espeluznante encontrar un cuerpo en el fondo del agua, ¿no?

—Sí. Lo encontré yo —afirmó Lorna—. A tres metros de profundidad. Estaba buscando con una visibilidad cero y, de pronto, mis manos tropezaron con unos tobillos. Fui subiendo a tientas y encontré las piernas. Estaba plantado de pie en el fondo del lago.

—¡Uf, qué susto! ¿De pie, bajo el agua? —dijo John.

—Sucede a veces. Tiene que ver con el tipo de gases que se forman en el cuerpo y con el progreso de la descomposición.

—Debe de ser fascinante. Yo llevo pocos años en el cuerpo. Es la primera vez que trabajo con una unidad de submarinismo —explicó John.

—Encontramos infinidad de cosas horribles. Lo peor es cuando hallas un saco de cachorros —añadió Barker.

—Qué hijos de puta. Hace veinticinco años que soy policía, y aún descubro cada día algo nuevo sobre lo malvada que puede ser la gente —intervino Erika. Notó que todos se volvían a mirarla, sin duda tratando de calcular su edad—. Bueno, ¿qué me dicen de ese bulto? ¿Cuánto pueden tardar en bajar al fondo y sacarlo a la superficie? —preguntó, obligándolos a concentrarse otra vez en el sonar de la pantalla.

—Vamos a marcarlo con una boya y haremos otra pasada —indicó Lorna y, yendo hacia el costado del bote, preparó una pequeña boya naranja amarrada a un cordel provisto de lastre. Arrojó este al agua, que desapareció rápidamente en las profundidades mientras el cordel se iba desenrollando por encima de la borda. Dejaron la boya flotando, el agente Barker arrancó el motor y volvieron a ponerse en marcha.

Una hora más tarde habían cubierto toda la superficie del embalse e identificado tres manchas anómalas. Erika y John habían vuelto a tierra para entrar en calor. El día de fines de octubre declinaba ya cuando se acurrucaron junto al camión del equipo de submarinismo con unas tazas de plástico con té caliente. Observaron desde allí cómo trabajaban los buzos.

Lorna estaba de pie en la orilla sujetando el extremo de una cuerda lastrada que se sumergía en el agua y discurría por el fondo para emerger a unos seis metros de distancia. En el bote, anclado junto a la primera boya, se hallaba el

agente Barker, que sujetaba el otro extremo de la cuerda y la mantenía tensa. Habían transcurrido diez minutos desde que los dos buzos habían entrado en el agua, partiendo cada uno de un extremo de la cuerda, y registraban el fondo hasta reunirse en medio. Junto a Lorna, otro miembro de la unidad estaba agachado sobre un dispositivo de comunicación del tamaño de un maletín. Erika oía las voces de los buzos, que se comunicaban mediante una radio acoplada a la máscara de buceo.

—Visibilidad cero. Nada todavía... Debemos de estar a punto de encontrarnos en medio... —decía la vocecita por radio.

La inspectora jefe dio una calada nerviosa a su cigarrillo electrónico, cuya luz roja brilló un instante. Exhaló una bocanada de vapor.

Hacía tres meses que se había trasladado a la comisaría de Bromley, y aún estaba intentando ubicarse y adaptarse a su nuevo equipo. De hecho, no estaba muy lejos de Lewisham, su antiguo barrio del sur de Londres, pero ya empezaba a habituarse a la enorme diferencia que podían suponer unos pocos kilómetros entre las afueras de Londres y el límite del condado de Kent. Allí todo tenía un aire pueblerino.

Le echó un vistazo a John, que se hallaba a unos veinte metros hablando por teléfono. Sonreía mientras charlaba. Siempre que podía llamaba a su novia. Al poco rato, terminó la llamada y se acercó.

—¿Todavía siguen buscando? —preguntó.

Erika asintió.

—Que no haya noticias es buena señal... Pero si al final tengo que soltar a ese cabroncete...

El cabroncete en cuestión era Jason Tyler, un traficante de poca monta que había ascendido rápidamente y llegado a controlar una red de tráfico que abarcaba el sur de Londres y la zona limítrofe de Kent.

—Mantengan la cuerda tensa, me estoy desviando... —dijo la voz del buzo a través de la radio.

—Jefa... —murmuró John torpemente.

—¿Sí?

—Estaba hablando con mi novia, Monica... Ella, bueno, los dos queremos invitarla a cenar a casa.

Erika le echó un vistazo, todavía mirando de soslayo la maniobra de Lorna, que estaba recogiendo la cuerda sobrante y afirmando los pies en la orilla.

—¿Cómo? —dijo.

—Le he hablado mucho a Monica de usted. Siempre bien, claro. Desde que trabajo a su lado, he aprendido un montón. Usted ha logrado que me parezca mucho más interesante mi profesión y que tenga ganas de mejorar como agente... En fin, a ella le encantaría prepararle una lasaña. Le sale muy buena. Y no lo digo porque sea mi novia. Es que lo es... —Se calló.

Erika estaba mirando el espacio de seis metros que separaba a Lorna, en la orilla, del bote situado en el embalse. Cada vez quedaba menos luz. Los buzos debían de estar a punto de encontrarse en mitad de la cuerda, pensó; y si se encontraban, querría decir que no había aparecido nada.

—Bueno, ¿qué dice, jefa?

—John, estamos en medio de una investigación importante —le soltó ella.

—No quería decir esta noche. ¿Qué tal otro día? A Monica le encantaría conocerla. Y si quiere traerse a alguien, perfecto. ¿Hay un señor Foster?

La inspectora se volvió hacia él. Llevaba los dos últimos años oyendo cómo murmuraban sobre ella en el cuerpo; le sorprendía que John no supiera nada. Iba a responder, pero la cortó en seco un grito del equipo de apoyo situado al borde del agua.

Corrieron a reunirse con Lorna y con el agente de la unidad de submarinismo acucillado frente al dispositivo de comunicación. Oyeron que un buzo decía: «Hay un paquete bajo el lodo... Necesitaré ayuda para sacarlo... ¿Cómo voy de tiempo?». La vocecita de la radio resonó en el aire gélido, acompañada de unas interferencias que Erika dedujo que eran las burbujas del respirador del buzo sumergido en el fondo del embalse.

—Creo que lo hemos encontrado —le dijo Lorna—. Podría ser eso.

La temperatura descendió en picado mientras caía la oscuridad. Erika y John deambulaban de aquí para allá bajo la luz de los vehículos. Los árboles de detrás se habían desvanecido en una negrura opresiva.

Uno de los buzos, reluciéndole el traje, emergió al fin por la empinada orilla, cargado con una especie de maleta de plástico rígido cubierta de lodo. La inspectora jefe y John acudieron junto a los miembros de la unidad para ayudarlo a salir del agua. John sacó una cámara digital y se dispuso a filmar. Todos se apartaron mientras él registraba la escena y tomaba también unas fotografías de la maleta intacta, que el buzo había dejado sobre la hierba, encima de una lámina de plástico.

—Vale, jefa —dijo—. Ahora estoy filmando.

Erika se había puesto unos guantes de látex. Cogió unas tenazas, se arrodilló junto a la maleta y la examinó.

—Hay un cerrojo con candado a cada lado del asa. Y también una válvula de nivelación de presión —dijo señalando un botón manchado de lodo bajo el asa. Cortó los dos candados con las tenazas mientras John seguía filmando. A la luz del foco de la cámara digital, el equipo de submarinismo la observaba, manteniéndose un poco apartado.

Erika giró con cuidado la válvula de presión. Sonó una especie de silbido. Abrió los dos cerrojos y levantó la tapa. La luz de la cámara iluminó el interior y se reflejó en la superficie de una serie de pequeños paquetes envueltos pulcramente y repletos de un polvo gris rosado.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco, y dijo:

—Un alijo de heroína con un valor de cuatro millones de libras en la calle.

—Es horrible, pero no puedo dejar de mirarlo —musitó John, que se inclinó para sacar un primer plano de los paquetes.

—Gracias a todos —dijo la inspectora jefe volviéndose hacia los silenciosos miembros del equipo de submarinismo, que formaban un pequeño semicírculo. Ellos, fatigados, le sonrieron.

El dispositivo de comunicación emitió una ráfaga de interferencias procedentes del buzo que aún seguía en el agua. Lorna se acercó y habló con él por radio.

Erika cerró con cuidado la tapa de la maleta.

—Bueno, John, avisa a control. Hay que trasladarla con seguridad a comisaría; y dile al comisario Yale que necesitamos que el equipo de recogida de huellas esté preparado cuando llegemos. No podemos quitarle los ojos de encima a esta maleta hasta que la pongamos a buen recaudo, ¿entendido?

—Sí, jefa.

—Y traiga una bolsa grande de pruebas del coche.

John se alejó. Ella se incorporó y contempló la maleta.

—Ya te tengo, Jason Tyler —murmuró—. Ya te tengo, y vas a pasar una larga temporada en la cárcel.

—Inspectora jefe —dijo Lorna, que apartándose del dispositivo de comunicación, se le acercó—. El otro buzo estaba haciendo un barrido de la zona y ha encontrado algo más.

Y

Quince minutos después, Erika había guardado la maleta de heroína en una bolsa de pruebas y John estaba filmando cómo salía del agua el buzo. Llevaba en brazos un bulto oscuro y deforme. Lo depositó sobre otra lámina de plástico extendida sobre la hierba. Era un fardo de plástico sucio de lodo y lo envolvían unas cadenas herrumbrosas, lastradas con unas pesas. No debía de medir más de un metro y medio de longitud, y se doblaba sobre sí mismo. El plástico, viejo y quebradizo, estaba muy descolorido.

—Lo ha encontrado a un metro de la maleta de plástico, parcialmente enterrado en los sedimentos del fondo —informó Lorna.

—No pesa. Debe de ser algo pequeño. Noto cómo se mueve dentro —dijo el buzo depositándolo en la lámina de plástico.

Se hizo un silencio general, quebrado por el murmullo del viento entre las ramas de los árboles lejanos.

Con un sentimiento de aprensión en la boca del estómago, Erika se acercó y rompió el silencio.

—¿Pueden pasarme otra vez esas tenazas?

Sujetándolas bajo el brazo, se enfundó unos guantes nuevos y se puso a trabajar. Fue cortando las oxidadas cadenas, que eran delgadas pero rodeaban el bulto con numerosas pasadas. El plástico se había vuelto rígido y se resquebrajaba a medida que desenrollaban las cadenas, rezumando agua.

A pesar del frío, la inspectora notó que estaba sudando. Se le habían dado muchas vueltas al plástico para envolver el bulto y, a medida que desenvolvía las capas, supuso que lo que contenía debía de ser algo pequeño. Oía únicamente a agua estancada: un olor rancio y algo desagradable que activó las alarmas en su interior.

Al llegar a la última capa de plástico, vio que todos la rodeaban en completo silencio. Ella había contenido la respiración. Inspiró hondo y sacó el último trozo de plástico quebradizo.

La luz de la cámara digital iluminó el contenido. Era un pequeño esqueleto, como un revoltijo de piezas sueltas mezcladas con arenilla de sedimento. Apenas quedaban restos de ropa: jirones de tela marrón adheridos a un fragmento de la caja torácica. Alrededor de la espina dorsal, todavía unida a la pelvis, había un fino cinturón con la hebilla oxidada. El cráneo estaba suelto, acurrucado entre una pila de costillas. Todavía tenía pegados en lo alto unos mechones de pelo oscuro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lorna.

—Es muy pequeño... Parece el esqueleto de un niño —dijo Erika en voz baja.

De repente se quedaron a oscuras, porque John echó a correr con la cámara hacia la orilla del embalse, se puso de rodillas y vomitó desafortadamente en el agua.

Llovía a cántaros cuando Erika se sentó al volante de su coche. La lluvia repiqueteaba en el techo, y las luces azules de los coches patrulla y del camión del equipo de submarinismo se reflejaban en los regueros de agua del parabrisas.

La furgoneta del forense fue la primera en alejarse de la orilla del embalse. A la inspectora, la bolsa negra para cadáveres le había parecido muy pequeña al cargarla en la parte trasera de la furgoneta. A pesar de los años que llevaba en el cuerpo, estaba conmocionada. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver aquel cráneo diminuto con mechones de pelo y las órbitas oculares vacías. Las mismas preguntas le daban vueltas una y otra vez en la cabeza. ¿Quién habría tirado allí el cuerpo de un niño? ¿Tendría que ver con alguna banda criminal? Hayes, sin embargo, era una zona adinerada con un bajo índice de criminalidad.

Se pasó las manos por el pelo mojado y le preguntó a John:

—¿Se encuentra bien?

—Perdone, jefa. No sé qué me ha entrado... Ya he visto un montón de cadáveres... Y no había nada de sangre.

—No importa, John.

Arrancó el motor al mismo tiempo que salían los demás vehículos y el coche patrulla que custodiaba la maleta con la heroína. Circularon en silencio. Los faros del sombrío convoy iluminaban los frondosos bosques que iban quedando a ambos lados del sendero de grava. Erika sintió una punzada de nostalgia por su antiguo puesto en el equipo de Investigación Criminal de Lewisham Row. Ahora trabajaba con el equipo de Proyectos en la lucha contra el crimen organizado. Le correspondería a otro agente averiguar cómo había acabado ese pequeño esqueleto en el fondo gélido y oscuro del embalse de una antigua cantera.

—Al menos hemos encontrado la maleta. Estaba donde dijo la esposa de Jason Tyler —apuntó John, procurando ser positivo.

—Falta cotejar las huellas; sin una coincidencia no tenemos nada —dijo la inspectora.

Salieron del parque natural y circularon por Hayes. Las luces destellaban en los escaparates del supermercado, de la tienda de *fish and chips* y del quiosco, donde una serie de máscaras de goma de Halloween, de ojos vacíos y grotescas narices ganchudas, colgaban flácidamente.

Erika no lograba experimentar ninguna sensación de victoria por haber encontrado la maleta de heroína. No pensaba en otra cosa que en el diminuto esqueleto. A lo largo de su carrera en el cuerpo, había pasado muchos años dirigiendo equipos antidroga. Los nombres iban cambiando —Unidad Central de Drogas, Prevención contra la Droga y el Crimen Organizado, equipo de Proyectos—, pero la lucha contra las drogas continuaba, y nunca se llegaría a ganar. En cuando retiraban de la circulación a un proveedor, ya había otro esperando para ocupar su puesto, para llenar ese vacío incluso con más astucia y destreza. Jason Tyler había llenado un vacío, y en un breve período alguien ocuparía su sitio. Y vuelta a empezar.

Los asesinos, en cambio, eran diferentes; podías atraparlos y encerrarlos.

Los coches patrulla que iban delante se detuvieron ante el semáforo de la estación de tren de Hayes. La gente que volvía del trabajo salía en oleadas armada con sus paraguas, y cruzaba la calle.

La lluvia tamborileaba en el techo del coche. La inspectora cerró los ojos un instante. El pequeño esqueleto tendido en la orilla del embalse volvió a presentársele en la mente. Al sonar un bocinazo del coche de detrás, dio un respingo y abrió los ojos.

—Está verde, jefa —dijo John en voz baja.

Avanzaron lentamente. Había un atasco en la rotonda. Ella observó a la gente que pasaba con prisas, escrutando sus rostros. «¿Quién fue? ¿Quién sería capaz de algo así?, —pensó—. Quiero encontrarte. Te voy a encontrar. Quiero encerrarte en una celda y tirar la llave...»

El coche de detrás volvió a tocar dos veces la bocina. Erika vio que el tráfico se había despejado y rodeó la rotonda.

—Antes me ha preguntado si estoy casada —le dijo a John.

—Bueno, quería saber si le apetecía ir con alguien a la cena...

—Mi marido estaba en el cuerpo. Murió hace dos años y medio durante una

redada contra la droga.

—Joder. No lo sabía. No le habría dicho nada... Lo siento.

—No importa. Creía que lo sabía todo el mundo.

—A mí no me gustan los cotilleos. Y la invitación a cenar sigue en pie. En serio. La lasaña de Monica es muy buena.

—Gracias. Quizá cuando termine el caso.

—De acuerdo. Ese esqueleto... es de un niño pequeño, ¿no? —murmuró John.

Ella asintió. Pasada la rotonda, la furgoneta forense aceleró y torció a la derecha. La inspectora y el sargento miraron cómo se alejaba. Los coches patrulla que transportaban la heroína giraron a la izquierda, y Erika los siguió de mala gana.

Y

La comisaría de Bromley era un moderno edificio de ladrillo de tres pisos al final de Bromley High Street, frente a la estación de tren. Pasaban unos minutos de las siete. La gente se agolpaba bajo el toldo de la estación de Bromley South para guarecerse de la lluvia torrencial, excitada con la perspectiva del fin de semana que estaba a punto de iniciarse. Los primeros grupos de bebedores del viernes por la noche caminaban en dirección contraria. Las adolescentes se cubrían la cabeza con sus diminutas chaquetas para que no se les mojaran sus vestidos aún más diminutos, y los chicos, con camisetas y pantalones de marca, se tapaban con ejemplares gratuitos del *Evening Standard*.

Erika pasó junto a la estación y enfiló la sinuosa vía que descendía al aparcamiento subterráneo de la comisaría, siguiendo a los coches patrulla, que mantenían las luces de emergencia parpadeando, y al vehículo que llevaba la heroína.

La planta baja de la comisaría de Bromley albergaba la división de agentes uniformados, y en el pasillo había un gran ajetreo de policías que llegaban para el turno de noche, todos ellos con aire sombrío y pensativo ante la perspectiva de una noche lidiando con menores borrachos. El comisario Yale recibió a Erika, John y los seis agentes que custodiaban la maleta al pie de la escalinata que llevaba al Departamento de Investigación Criminal. Tenía la

cara rubicunda y una mata de pelo rojizo y erizado, y siempre producía la impresión de que lo habían embutido en el uniforme a presión: un uniforme demasiado pequeño para su corpulencia.

—Buen trabajo, Erika —dijo mirando con una sonrisa radiante la maleta, mientras subían la escalera—. Los técnicos de recogida de huellas dactilares ya están esperando arriba.

—Además de la maleta, señor, hemos encontrado... —dijo ella.

Yale frunció el entrecejo.

—Unos restos humanos, sí. Pero dejemos eso por ahora.

—Señor, el esqueleto estaba envuelto en un plástico. Era un niño...

—Estamos en una fase crítica, Erika. No se despiste.

Llegaron a la puerta de una oficina donde había un agente de paisano esperando. Sus ojos se iluminaron al ver la maleta envuelta en la bolsa de pruebas.

—Bueno, aquí está. A ver si podemos sacar unas huellas y pillar de una vez a Jason Tyler —dijo el comisario Yale. Se subió la manga para consultar el reloj, medio enterrado en su peluda muñeca, y añadió—: Tenemos hasta las ocho y media de la mañana. Es un plazo muy justo, así pues, manos a la obra.

Hubo una explosión de júbilo y alivio a la una de la madrugada del sábado cuando comprobaron que las huellas de uno de los prietos paquetes de heroína de la maleta coincidían con las de Jason Tyler. Una coincidencia perfecta.

El equipo de la inspectora Foster estuvo trabajando todo el fin de semana hasta la comparecencia de Tyler ante el tribunal, el lunes por la mañana, en la que se formuló la acusación y se decretó su prisión sin fianza.

El lunes por la tarde, Erika llamó a la puerta del comisario Yale, que ya estaba recogiendo el abrigo para marcharse.

—¿Vamos a tomar una copa, Erika? Se la merece. Yo invito a la primera ronda —dijo el comisario sonriente.

—Acabo de leer el comunicado de prensa sobre Jason Tyler, señor —dijo ella—. Ha omitido usted el hallazgo del esqueleto.

—No quería que ensombreciera nuestra victoria contra ese individuo. Además, a juzgar por lo que ha encontrado, es un caso del pasado. No tiene nada que ver con él. Y lo mejor de todo es que no es problema nuestro. Lo han pasado a uno de los equipos de Investigación Criminal.

Yale se puso el abrigo, se acercó al archivador que quedaba junto a la puerta, donde había un espejito fijado con cinta adhesiva, y se pasó un peine por su rebelde mata de pelo rojizo.

Erika sabía que el comisario no estaba siendo insensible, sino realista.

—¿Vamos a tomar esa copa, pues? —preguntó Yale.

—No, gracias. Estoy hecha polvo. Me parece que me iré a casa.

—De acuerdo. Buen trabajo. —Él le dio una palmadita cuando salieron.

Erika llegó a su piso de Forest Hill y se duchó. Al salir del baño, envuelta en una toalla, echó un vistazo por la ventana. Hacía una tarde gris y plomiza, y una niebla baja se cernía sobre el pequeño recuadro de jardín. Corrió las cortinas, encendió la televisión y se tumbó en el sofá.

El pequeño esqueleto pobló sus sueños durante las horas siguientes. Una y otra vez le reaparecían las imágenes del momento en que había quitado la última capa de plástico y había visto aquel cráneo con mechones de pelo todavía adheridos... y el delgado cinturón en torno a la espina dorsal...

La despertó el timbre del teléfono.

—Hola, Erika —dijo una suave voz masculina—. Soy Isaac. ¿Estás ocupada?

Desde que se había trasladado a Londres, hacía dos años y medio, el patólogo forense Isaac Strong se había convertido en su amigo y en un compañero de confianza.

—No. Estoy viendo una peli —contestó ella frotándose los ojos hasta que vio nítida la pantalla—. Sarah Jessica Parker y Bette Midler van montadas en escobas, seguidas por otra bruja montada en un aspirador.

—¡Ah, sí! *El retorno de las brujas*. No puedo creer que ya sea Halloween otra vez.

—Es mi primer Halloween en Forest Hill. Me temo que vivir en una planta baja me deja más expuesta a los críos que van de puerta en puerta. —Se quitó la toalla de la cabeza y comprobó que casi tenía el pelo seco.

Isaac continuó:

—En realidad, te llamo por un asunto de trabajo. Por los restos que encontraste el viernes en la cantera Hayes.

Ella se quedó paralizada, con la toalla en la mano.

—¿Qué sucede?

—Me llamaron para hacer una autopsia urgente el sábado por la mañana y, al terminar, vi esos restos y como observé que tu nombre figuraba en la documentación, eché un vistazo.

—Creía que se había hecho cargo del asunto uno de los equipos de Investigación Criminal.

—Así es, y estuve hablando con ellos, pero ahora nadie responde a mis llamadas. He pensado que tú sí responderías, y que te interesaría lo que he descubierto.

—Me interesa. Cuéntame.

—Estoy en la morgue, en Penge. ¿Cuánto tardarías en venir?

—Ahora mismo salgo. —Tiró al suelo la toalla y fue corriendo a vestirse.

Las pisadas de Erika resonaron en el largo pasillo de la morgue que llevaba a la sala de autopsias. Llegó a la puerta del fondo. Una cámara montada en lo alto, por encima del dintel, giró con un zumbido, casi como saludándola. Sonó un clic y la pesada puerta metálica se abrió.

La sala era gélida y carecía de luz natural. Los cajones de refrigeración de acero inoxidable se alineaban a lo largo de una pared. Cuatro mesas de disección relucían en el centro bajo los fluorescentes. En la más cercana a la puerta, sobre una sábana azul, se hallaba el pequeño esqueleto. Lo habían vuelto a recomponer, y los huesos tenían un color marrón oscuro.

Isaac Strong estaba de espaldas y, al oír la entrar, se irguió y se volvió hacia ella. Era un hombre alto y delgado, y llevaba el traje quirúrgico azul, la mascarilla blanca y un gorro azul muy ceñido. Su ayudante, una joven china, se afanaba callada y respetuosamente en una mesa de trabajo anexa sobre la que había muestras guardadas en bolsas de plástico. Los guantes de látex le crujieron cuando cogió una bolsita que contenía un mechón y cotejó la etiqueta con el listado que sostenía en la mano.

—Hola, Erika —la saludó Isaac.

—Gracias por llamarme —contestó ella observando el esqueleto.

Había un olor desagradable en el ambiente: un hedor a agua estancada, a putrefacción, así como el del tuétano de los huesos. Erika se dio la vuelta para mirar la cara pálida y cansada de Isaac. Él se bajó la mascarilla, alzó las cejas impecablemente delineadas y sonrió, con lo que quebró la formalidad de la situación. Ella le devolvió una fugaz sonrisa. Hacía semanas que no se veían. Su amistad era estrecha, pero frente a la muerte, y en ese contexto, ambos se comportaban con profesionalidad, de manera que enseguida volvieron a adoptar sus papeles respectivos de patólogo forense e inspectora jefe.

—Según lo estipulado en el procedimiento, he tenido que llamar al agente que dirige el equipo de Investigación Criminal y al grupo de Investigación Especial de Scotland Yard, pero he pensado que te interesaría conocer mis hallazgos.

—¿Has contactado con el grupo de Investigación Especial? ¿Eso quiere decir que has identificado a la víctima?

—Calma. Empecemos por el principio —dijo él. Se acercaron a la mesa de autopsias donde los mugrientos huesos contrastaban con la inmaculada sábana esterilizada sobre la que estaban dispuestos—. Esta es Lan, mi nueva ayudante —añadió señalando a la elegante joven asiática.

Ella saludó a Erika con una inclinación de cabeza, aunque debido a la mascarilla que llevaba, no se le veían más que los ojos

—Muy bien. Ya ves que el cráneo está intacto, sin fracturas ni abrasiones —dijo el forense, y alzó con cuidado un mechón de pelo castaño, áspero y apelmazado, para dejar a la vista la lisa superficie del cráneo—. Falta un diente, el incisivo superior izquierdo —añadió indicando con la mano enguantada la hilera superior de dientes, de un color marrón amarillento—. Y hay tres costillas rotas en la parte superior izquierda de la caja torácica, a la altura del corazón. —Desplazó la mano hacia donde estaban alineados los fragmentos de las tres costillas—. Envolvieron firmemente el cadáver con un plástico, razón por la cual el esqueleto se ha conservado en gran parte intacto. En las vías fluviales, los lagos y los embalses de las canteras suele haber lucios, cangrejos, anguilas y toda clase de bacterias y microbios, que se habrían dado un festín y habrían destrozado el cadáver. El plástico ha protegido el esqueleto de todos ellos, salvo de los microorganismos que han consumido el cuerpo.

Acercó un carrito de acero inoxidable sobre el que reposaban algunos efectos personales extraídos del esqueleto, colocados en bolsas de pruebas.

—Hemos encontrado numerosos jirones de ropa de lana y una serie de botones que indican que podría haberse tratado de una chaqueta de punto. —Le mostró una de las bolsas, donde había varios pedazos de tela marrón deshilachada ensamblados de nuevo con una forma bastante imprecisa. Cogió otra bolsa—. También hay un cinturón de una mezcla de plásticos sintéticos. Ha perdido el color, como ves, pero la hebilla sigue ajustada. —Erika pensó en lo estrecha que debía de haber sido la cintura que rodeaba aquel cinturón—. Y había un trocito de tela de nailon, todavía atada entre el pelo; supongo

que sería una cinta... —Se interrumpió mientras cogía la bolsa más pequeña, que contenía, en efecto, un rizo de pelo castaño sujeto con una mugrienta tira de tela.

La inspectora, en silencio, lo recorrió todo con la vista. El esqueleto, pequeño y vulnerable, le devolvió la mirada desde las órbitas vacías.

—Yo tenía un cinturón igual a los ocho años. Son objetos de una niña pequeña, ¿no? —dijo señalando las bolsas.

—Sí —murmuró Isaac.

—¿Tienes idea de la edad? —Esperaba una respuesta cortante o la fórmula habitual de que era muy pronto para saberlo con certeza.

—Creo que es el esqueleto de una niña de siete años llamada Jessica Collins.

Erika, atónita, miró alternativamente a Isaac y a Lan.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Puede resultar muy difícil determinar el sexo de un esqueleto, en especial si la muerte se produjo antes de la pubertad. Al ver los restos de ropa, el jefe del equipo de Investigación Criminal decidió jugársela y pidió los expedientes de niñas de entre seis y diez años desaparecidas en las últimas dos décadas y media. Nos concentramos en los casos ocurridos en la zona del sur de Londres y de los límites de Kent. Obviamente, hay denuncias de desaparición de niños todos los días, aunque por suerte la mayor parte de ellos acaban apareciendo. Al llegar la lista de nombres, solicitamos los historiales dentales para que los pudiera cotejar un odontólogo forense. Y la dentadura del esqueleto coincide con el historial de una niña que desapareció en agosto de 1990. Se llamaba Jessica Collins.

Lan fue a la mesa de trabajo a buscar una carpeta y se la dio a Isaac. Él la abrió, sacó una radiografía y la alzó hacia la luz.

—Esta placa nos la ha enviado el odontólogo forense junto con su informe. No tengo negatoscopio ahora mismo; el viejo está estropeado y estoy esperando las lámparas nuevas —dijo, apenado—. Uno de los inconvenientes de la digitalización de las radiografías... Según los informes, esta fue tomada en julio de 1989. Jessica Collins estaba jugando a croquet en el jardín y recibió un pelotazo en la mandíbula. Tenía seis años. No se le rompió ningún diente, pero (no sé si lo podrás ver aquí) la radiografía muestra que los incisivos superiores quedaron mellados y ligeramente torcidos; también se aprecia una irregularidad en los inferiores. Es una coincidencia perfecta.

Ambos miraron el esqueleto y observaron los dientes superiores, marrones y torcidos, y el maxilar inferior, que habían desvelado el secreto de su identidad.

—Durante la autopsia he podido extraer una pequeña cantidad de médula ósea. La enviaremos al laboratorio enseguida para asegurar el tiro. Pero ya puedo confirmar que estos son los restos de Jessica Collins.

Erika se pasó la mano por el pelo, y preguntó:

—¿Tienes idea de la causa de la muerte?

—Hay tres costillas rotas en la parte izquierda de la caja torácica; las fracturas son limpias, lo cual indicaría un traumatismo por objeto contundente sobre el corazón o los pulmones. No se aprecian en el hueso ni marcas ni rasguños que me inducirían a pensar que se empleó un cuchillo o un objeto afilado. También hemos de considerar la falta del incisivo superior izquierdo, aunque no está partido. Salió el diente entero, pero no puedo asegurar cómo lo perdió. Sería previsible que una niña de siete años perdiera un diente de leche...

—Es decir, ¿aún no sabes la causa de la muerte?

—Correcto. Pero como el cadáver estaba envuelto en plástico y lastrado con unos pesos, hemos de considerar la posibilidad de un acto criminal.

—Por supuesto.

—¿Tú en qué año viniste a Inglaterra?

—En septiembre de 1990.

—¿Recuerdas el caso de esta niña?

Erika reflexionó, rebuscando entre sus recuerdos de la época en la que se trasladó desde Eslovaquia, a los dieciocho años, para trabajar de niñera en Mánchester en una familia con cuatro hijos pequeños.

—No sé. En aquella época apenas hablaba inglés y estaba en pleno impacto cultural. Los primeros meses los pasé trabajando en la casa de una familia y siempre me quedaba en mi habitación. No tenía tele... —Se interrumpió al darse cuenta de que la ayudante de Isaac la observaba atentamente—. No, no recuerdo el caso.

—Jessica Collins desapareció una tarde, el siete de agosto de 1990. Salió de casa para asistir a la fiesta de cumpleaños de una amiga, que vivía en la misma calle. Pero no llegó a la fiesta. Nunca la encontraron. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Fue noticia de portada en la época —explicó Isaac.

Sacó de la carpeta una fotografía de una niña rubia muy sonriente. Llevaba

un vestido de color rosa de fiesta y un delgado cinturón a juego, una chaqueta de punto azul y unas sandalias blancas con un estampado de flores multicolor. Aparecía posando frente a una puerta de madera oscura en lo que debía de ser una sala de estar.

Había algo en su sonrisa, de incisivos torcidos, que Erika veía reproducido en el maxilar que yacía sobre la mesa de autopsias y que le arrancó una exclamación.

—Sí, ya lo recuerdo —dijo en voz baja al reconocer la foto. Era cierto. Había salido en todos los periódicos.

—Y ahora mismo, nosotros somos las tres únicas personas del mundo que saben lo que le sucedió —dijo Lan, tomando la palabra por primera vez.

Estaba oscureciendo mientras Erika volvía a su piso desde la morgue de Penge. Había poco tráfico. A medida que se extinguía la luz, apareció una niebla baja que formaba como un dosel entre los edificios de ambos lados de la calle. Su humor sombrío se intensificó. En su trabajo como policía, los casos se sucedían uno tras otro sin interrupción, pero siempre había algunos que la afectaban de forma personal. Jessica tenía siete años cuando había encontrado la muerte. Siete.

La inspectora se había quedado embarazada, más bien por accidente, a finales de 2008. Se había peleado con su marido, Mark, porque él quería tener el bebé y ella, no. Al final, había abortado. Mark no había dado su aprobación, pero le había dicho que la apoyaría, hiciera lo que hiciese. El aborto se llevó a cabo en una fase muy temprana del embarazo, pero ella había tenido la certeza de que era una niña. Si hubiera seguido adelante, esa niña tendría ahora siete años.

Las calles iban desfilando lúgubrementemente mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. El año había sido muy duro a partir de aquel suceso. Ella se debatía entre el alivio y el asco. Se culpaba a sí misma, y culpaba a Mark por no haber opuesto más resistencia. Un bebé habría cambiado muchas cosas en su vida. Su marido se había ofrecido a quedarse en casa para cuidarlo. Si hubiera dejado el trabajo para ejercer de padre, no habría participado en la redada el día fatídico en que lo abatieron de un disparo.

Sollozó, jadeando, y al soltar una mano del volante para enjugarse los ojos, apareció de golpe una mujer con un niño pequeño entre la hilera de coches aparcados. Pisó el freno oportunamente y se detuvo con un chirrido de neumáticos.

La mujer era joven e iba con una gruesa cazadora de color rosa. Le hizo un gesto de disculpa y arrastró del brazo al niño, que llevaba un disfraz de

esqueleto de Halloween. El crío volvió la cabeza y su diminuta cara de esqueleto miró hacia los relucientes faros del coche. Erika cerró los ojos y apretó los párpados. Cuando volvió a abrirlos, ya habían desaparecido.

Al llegar a casa, encendió la calefacción central y se dejó el abrigo puesto mientras se preparaba un café largo. Luego se instaló en el sofá con el portátil. Entró en Google y tecleó «Jessica Collins, niña desaparecida.» Apareció una página entera de resultados. Pinchó la primera: una entrada de Wikipedia.

Jessica Marie Collins (nacida el 11 de abril de 1983) desapareció en la tarde del 7 de agosto de 1990, poco después de salir de la casa de sus padres, en Avondale Road, Hayes, Kent, para asistir al cumpleaños de una amiga de la escuela.

Ese día, a las 13:45, Jessica salió sola del número siete de Avondale Road, para dirigirse al número veintisiete de la misma calle, donde se celebraba el cumpleaños de su amiga. Pero nunca llegó a la fiesta. A las 15:30, cuando la madre de la amiga de Jessica telefoneó a los Collins para saber por qué su hija no había ido a la fiesta, se desató la alarma.

La desaparición tuvo una rápida repercusión en la prensa de todo el país.

El 25 de agosto de 1990, Trevor Marksman, de treinta y tres años, fue detenido e interrogado por la policía, pero cuatro días más tarde salió en libertad sin cargos. Las pesquisas policiales se prolongaron durante los años 1991 y 1992. El presupuesto para la investigación de desaparecidos se redujo a finales de 1993.

No se efectuaron más detenciones y el caso sigue abierto. El cuerpo de Jessica Collins no fue encontrado, y el misterio de su desaparición no ha sido resuelto.

Erika comprobó la ubicación de la cantera Hayes en Google Earth. Estaba a menos de tres kilómetros de Avondale Road, donde la niña había desaparecido.

«Pero seguro que debieron de registrar la cantera cuando ocurrió... », murmuró para sí.

Buscó resultados en Google Imágenes y encontró una fotografía del llamamiento de la policía metropolitana, realizado en agosto de 1990. Los padres de Jessica, pálidos y demacrados, aparecían en la conferencia de prensa detrás de la mesa consabida, flanqueados por varios mandos de la policía.

—Veintiséis años han pasado —musitó.

Cerró los ojos. Se le presentó de inmediato la imagen de un cráneo de órbitas vacías, y el maxilar abierto mostrando la hilera de dientes. Se estaba

levantando para preparar más café cuando sonó el teléfono. Era el comisario Yale.

—Disculpe que la interrumpa a estas horas, Erika, pero acabo de tener una conversación interesante con el abogado de Jason Tyler. Ese tipo ha planteado la oferta de dar los nombres de cuatro de sus socios y entregar correos electrónicos y recibos de transferencias bancarias.

—Lo dice usted como si nos estuviera comprando una casa.

—Ya sabe cómo son estas cosas. Podemos pasar el caso a la Fiscalía, sabiendo que obtendremos seguramente una condena. Un resultado del que debería sentirse orgullosa.

—Gracias, señor. Pero la perspectiva de que vaya a la cárcel con una condena reducida no me hace sentir orgullosa.

—Pero será encarcelado.

—¿Y qué cree que hará cuando lo suelten? ¿Montar una tienda de velas de artesanía? Volverá a las andadas con la droga.

—Erika, ¿a qué viene esto? Hemos conseguido el resultado que queríamos. El tipo está fuera de circulación; podemos atrapar a sus socios y cortar el suministro a los traficantes.

—¿Y qué me dice de su mujer y los niños?

—Testificarán en el juicio, probablemente por videoconferencia, y obtendrán una nueva identidad.

—Su esposa tiene una madre anciana y dos tías.

—Lo cual es muy triste. Pero ella debería haber pensado lo que hacía cuando se subió al tren de Jason Tyler. ¿De dónde creía que procedía, si no, todo el dinero que entraba en su mansión de lujo?

—Tiene razón, señor. Perdone.

—No importa.

La inspectora permaneció un instante en silencio. Volvió a abrir el artículo de la Wikipedia que había estado leyendo.

—Otra cosa. El esqueleto que encontramos en la cantera Hayes... Ha sido identificado. Se trata de una niña de siete años llamada Jessica Collins. Desapareció en 1990.

Yale soltó un silbido.

—Joder, ¿son de ella los restos?

—Sí. Conozco al forense y me ha mantenido informada.

—¿Quién es el pingado al que le han asignado el caso?

—No lo sé, pero me gustaría ofrecerme como jefa de investigación. —Le habían salido las palabras antes de pararse a pensarlas.

—Pero ¿qué está diciendo, Erika? —dijo Yale—. A usted la destinaron bajo mi mando para formar parte del equipo de Proyectos, de la unidad de Crimen Organizado, Económico y Especializado.

—Pero yo he encontrado los restos, señor. Está en nuestra jurisdicción. La investigación del caso fue trasladada originariamente fuera de nuestro distrito...

—Y muchas cosas han cambiado desde 1990. Nosotros no nos ocupamos de secuestros ni de asesinatos, ya lo sabe. Nos ocupamos de los asesinatos por encargo, de los grandes proveedores de droga, de las organizaciones criminales multidimensionales, incluyendo las bandas étnicas, y del tráfico de armas a gran escala...

—Le recuerdo que cuando entré en su equipo, señor, ¡usted dijo que le habían hecho cargar conmigo como si fuese la típica tía que nadie quiere aguantar en Navidad!

—No lo dije exactamente así, Erika. Pero ahora usted es una parte valiosa de mi equipo.

—Señor, yo puedo resolver este caso. Ya conoce mi historial de resolución de casos difíciles. Tengo unas condiciones únicas que serían de gran ayuda en la investigación de un asesinato antiguo como este...

—Y sin embargo, al cabo de tantos años, todavía es inspectora jefe. ¿Se ha preguntado por qué?

Erika se quedó callada.

—No me he expresado bien, disculpe —dijo Yale—. Pero la respuesta sigue siendo no.

Poco antes de las nueve de la noche, Erika aparcó el coche y cruzó la calle en dirección a la casa del comandante Marsh. Aunque estaba bastante cerca de su piso, se encontraba en una zona cara y elegante del sur de Londres, en las inmediaciones de Hilly Fields Park. La casa miraba hacia los rascacielos londinenses, que relucían en la oscuridad. Algunos grupitos de niños con disfraces de Halloween rondaban por la calle en compañía de sus padres. Sus gritos y risas flotaban aún en el ambiente cuando Erika abrió la verja de la casa y llamó a la puerta con la contundente aldaba de hierro. Hasta hacía un par de meses, Paul Marsh había sido su jefe en Lewisham Row; pero ella había dejado la comisaría bajo la sombra de la sospecha. Estaba tratando de pensar qué iba a decirle cuando apareció en la verja su esposa, Marcie, con las gemelas, Rebecca y Sophia. Las niñas iban vestidas de princesas de cuento, las dos igualitas, y cada una sujetaba una calabaza de plástico llena de caramelos. Marcie, que llevaba unos leotardos negros de licra y una ceñida chaqueta negra, se había puesto unas orejas puntiagudas y pintado la cara como si fuera una gata. La inspectora no pudo evitar cierta irritación ante ese disfraz.

—Erika, ¿qué haces aquí? —dijo ella. Las dos niñas, de pelo oscuro, la miraron. ¿Cuántos años tenían? ¿Cinco o seis? No lo recordaba.

—Perdona, Marcie, ya sé que te molesta que venga aquí, pero esto es muy importante. Necesito hablar con Paul. No coge el móvil.

—¿Has probado en comisaría? —dijo Marcie pasando de perfil junto a ella para llegar a la puerta. Erika dio un paso atrás.

—Tampoco allí responde.

—Bueno, aquí no está.

—¡Truco o trato! —gritó una de las niñas, sosteniendo en alto la calabaza.

—¡Truco o trato! ¡Esta noche podemos quedarnos levantadas hasta muy tarde! —gritó la otra, y apartó de un golpe la calabaza de su hermana con la suya. Marcie había abierto la puerta y miraba a las niñas.

—¡Ay, cariño! No tengo ningún caramelo —dijo Erika mientras hurgaba en los bolsillos—. ¡Pero tomad esto para compraros unos cuantos! —Sacó un par de billetes de cinco libras y depositó uno en cada calabaza. Ellas miraron alternativamente a Erika y a su madre, sin saber si podían aceptarlo.

—¡Vaya! ¡Qué buena es Erika! Dad las gracias, niñas —dijo la madre, aunque su expresión no decía lo mismo.

—Gracias, Erika —gorjearon las dos crías. Eran muy monas, y ella las miró sonriendo.

—Acordaos de cepillaros los dientes cuando acabéis de comeros todos esos caramelos.

Ellas asintieron con solemnidad. Y Erika le dijo a Marcie:

—Perdona, pero realmente necesito hablar con Paul. ¿Sabes dónde está?

—Espera...

Hizo entrar en casa a las dos princesitas y les dijo que se prepararan para acostarse. Ellas saludaron a Erika con la mano y obedecieron. Marcie volvió a entornar la puerta.

—¿No te lo ha contado?

—Contarme... ¿el qué? —preguntó Erika, sorprendida.

—Nos hemos separado. Él se mudó hace tres semanas —dijo la mujer cruzando los brazos. La inspectora se fijó en la larga cola negra que le colgaba por detrás de los leotardos y que oscilaba bajo la brisa.

—No. Lo siento. No lo sabía... Ya no trabajo con él.

—¿Dónde estás ahora?

—En Bromley.

—A mí nunca me cuenta nada.

—¿Y dónde vive ahora?

—Se ha instalado en un piso de Foxberry Road hasta que decidamos algo...

Ambas se quedaron calladas y se miraron en silencio. A Erika le costaba tomarse en serio a una Marcie vestida como una gata. Una ráfaga de viento frío zumbó por un lado de la casa. Sonaron arriba unos grititos de las niñas.

—Tengo que dejarte, Erika.

—Lo siento mucho, Marcie.

—¿De veras? —replicó ella con toda intención.

—¿Por qué no habría de sentirlo?

—Bueno, nos vemos. —Y entrando en la casa con un último revoleo de cola, cerró la puerta.

Erika caminó hacia el coche, aunque echó todavía un vistazo a la preciosa casa. Las luces se encendieron arriba.

«Pero ¿qué clase de estupidez has hecho, Paul? Menudo idiota...», musitó mientras se sentaba frente al volante.

El número ochenta y cinco de Foxberry Road se alzó imponente ante Erika cuando paró el coche delante. Estaba al final de una larga hilera de casas adosadas de tres pisos que se extendía desde la estación de Brockley.

Observó la ventana de arriba. Dos años atrás, le había alquilado a Marsh el piso de la planta superior y había pasado en él un largo y frío invierno. Además del impacto de empezar a vivir en una nueva ciudad y de la soledad de aquel piso poco amueblado, había sufrido allí la irrupción de un intruso enmascarado que a punto había estado de matarla.

—Podría ahorrarse muchas molestias si respondiera al teléfono, ¿sabe? —dijo Erika cuando Marsh abrió la puerta. Iba con unos pantalones de pijama a cuadros y una camiseta descolorida de Homer Simpson. Parecía exhausto, y su pelo rubio le escaseaba ya en la coronilla.

—Yo también me alegro de verla —replicó él—. ¿Es un asunto de trabajo, o se ha traído una botella?

—Sí y no.

Marsh puso los ojos en blanco.

—Será mejor que pase.

El pequeño piso no había cambiado mucho en los dieciocho meses transcurridos desde que ella lo había dejado. Tenía un aire de fría elegancia con sus muebles típicos de IKEA. Al cruzar el pasillo hacia la sala y pasar junto a la puerta abierta del baño, desvió la mirada. Por ahí había entrado el intruso, tras escalar el muro posterior del edificio y arrancar el ventilador del extractor para abrir la ventana. Esa noche, cuando el enmascarado le había rodeado la garganta con las manos, había estado a punto de morir. La había salvado por los pelos su compañera, la inspectora Moss. Pensó en ella. La

verdad es que echaba de menos el trabajo con Moss y con sus demás colegas del equipo de Investigación Criminal de Lewisham Row.

Ese pensamiento reafirmó su resolución mientras Marsh le indicaba que se sentara en el pequeño sofá. Él fue a buscar su teléfono y lo encendió; luego lavó en el fregadero un par de tazas de la pila de platos sucios.

—El viernes a última hora recuperé un alijo de heroína con un valor de cuatro millones de libras del fondo de la cantera Hayes. Hemos conseguido relacionarlo con...

—Jason Tyler. Sí, ya lo he visto. Y lo ha hecho a los dos meses de asumir su nuevo puesto. Buen trabajo.

—Gracias. La unidad de submarinismo también encontró unos restos humanos medio enterrados en el lodo del fondo del embalse. No tenían nada que ver con el caso Tyler.

Le resumió rápidamente lo que sabía hasta el momento.

—Joder. ¿Así que ha encontrado a Jessica Collins? —Ella asintió—. Bien, intuyo que va a ir directa al grano —añadió al tiempo que abría una nevera diminuta y sacaba una botella de leche.

—Sí. Necesito su ayuda. Quiero ser jefa de investigación del caso Jessica Collins.

Marsh se quedó quieto un instante. Abrió lentamente la botella y puso leche en las dos tazas.

—¿Ha hablado con su comisario?

—Sí.

—Y le ha dicho que no, ¿verdad?

—En efecto. Paul, tendría que haber visto el esqueleto. Tan pequeño y vulnerable, con tres costillas rotas. La habían envuelto en un plástico y arrojado al agua. No sabemos si estaba viva cuando se hundió en el embalse. El asesino continúa suelto.

El comisario vertió agua caliente en una tetera.

—Sé que han asignado el caso a uno de los equipos de Investigación Criminal —añadió ella—, pero todavía no han empezado a trabajar. Y es en mi distrito.

—Pero, con los recortes, su comisario debe de estar al límite.

—Todos los departamentos están al límite, pero este caso debe llegar a buen puerto. En Bromley contamos con el personal y los recursos necesarios.

Yo soy la inspectora jefe que encontró los restos. No estamos forzando las cosas en absoluto. Usted es comandante ahora. Podría arreglarlo.

Él volvió a dejar la leche en la nevera.

—Sabe que el subcomisario general Oakley acaba de acogerse a la jubilación anticipada, ¿no? Y yo no tengo la misma confianza con su sucesor.

—¿Quién es?

—No se anunciará oficialmente hasta mañana por la mañana.

—Vamos, a mí puede contármelo. No voy a ir a acosarlo a su casa... — Marsh arqueó una ceja, escéptico—. Vale, prometo que no acosaré al nuevo subcomisario general.

—Nueva. La subcomisaria general Camilla Brace-Cosworthy. —Marsh removió el té, lo sirvió en las tazas y añadió—: Pone usted una cara que lo dice todo.

—Déjeme adivinarlo. ¿Estudió en Oxford?

—Cambridge. Ingresó en el cuerpo mediante el curso de promoción acelerada.

—O sea que no se ha pateado las calles, ¿verdad?

—Hoy en día no se trata de eso.

—¿Qué quiere decir? Hay agentes que se patean las calles todos los días y que se encargan de las mierdas y los problemas diarios. Una vez más, ascienden a un alto puesto a una persona que no sabe nada de la vida real, que se mueve en la reducida esfera de los colegios privados y de las vacaciones en zonas de lujo.

—Eso no es justo. Usted no la conoce. —Le pasó una taza de té y le dijo—: Habla por puro resentimiento.

—¿Y qué?

—Nada. Me divierte oírla despotricar. Es divertido ahora que yo no soy el objeto de sus iras —dijo Marsh.

—Escuche, Paul. Soy consciente de que puedo ser una idiota. Si no lo fuera tanto a veces, ya sería comisaria a estas alturas. Qué demonios, incluso podría ser comisaria jefe...

—Tenga cuidado.

—Tranquilo, ya he aprendido la lección. ¿Podría hablar, por favor, con quien corresponda para que me nombren jefa de investigación del caso Jessica Collins? Estoy segura de que puedo atrapar al hijo de puta que la mató. Ese

tipo, o tipa, anda por ahí suelto y se cree que después de todos estos años ha salido impune. Pero yo voy a atraparlo.

Marsh se sentó a su lado en el pequeño sofá y dio un sorbo de té.

—¿Ha oído lo que le ocurrió a la jefa de investigación que estuvo trabajando en la desaparición? Era la inspectora jefe Amanda Baker. Al final la echaron.

—A mí me echaron de tres casos muy importantes y peleé para volver y resolverlos.

—Amanda no era como usted. Bueno, sí, era una agente brillante, pero no lo bastante fuerte mentalmente —dijo él dándose un golpecito en la frente—. Fue una de las primeras mujeres en llegar a inspectora jefe en la policía metropolitana, y la primera en asumir un caso de tanta repercusión. Se lo pusieron muy difícil sus compañeros, los mandos del cuerpo y la prensa. No se fiaban de cómo había conseguido el puesto de jefa de investigación siendo una mujer.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Por una maniobra de los peces gordos para limitar daños. Se cometieron muchos errores en los primeros días de la desaparición de Jessica. La policía estaba muy cuestionada. Poner a una mujer al frente del caso era una buena forma de distraer la atención y dejar al cuerpo en buen lugar.

—Pero ¿los peces gordos creían que podía hacerlo?

—Sí, pero lo que no sabían era que en los meses anteriores a su nombramiento había estado en la consulta de un psicólogo.

—¿Por qué?

—En esa época, a finales de los ochenta, se daba por sentado que si eras una mujer policía te tocaban los casos de violación. Amanda se ocupaba de recoger pruebas en la escena de los hechos y de apoyar a esas mujeres durante todo ese proceso horroroso. El único problema era que no sabía distanciarse del trabajo. Se mantenía en contacto con las víctimas durante semanas, meses e incluso años. Salvó a muchas de esas mujeres del abismo. Pero eso le pasó factura desde el punto de vista emocional, y nadie se cuidaba de ella. Estaba a punto de pedir la baja cuando recibió la llamada anunciándole que iban a nombrarla jefa de investigación del caso Jessica Collins. El caso fue cobrando más y más relieve a medida que las pistas y las pruebas se iban reduciendo prácticamente a nada. Era como si a esa niña se la hubiera tragado la tierra. Al

final, Amanda se desmoronó bajo la presión. Es un cáliz envenenado, Erika. Será mejor que se mantenga al margen, créame.

—Usted ya me conoce. No me desmorono bajo las presiones —contestó ella en voz baja—. En cambio, me desmoronaré si he de pasarme los próximos años en ese carrusel diabólico de sacar a un traficante de la calle para que otro ocupe su lugar.

Guardaron silencio, bebiendo el té.

—Por favor, Paul. Estamos hablando de una niña de siete años secuestrada en plena calle. Dios sabe lo que le sucedió, lo que le hicieron. Y, además, la tiraron al fondo de un embalse y ahí se quedó veintiséis años. Imagínese que le hicieran algo así a Sophia o a Rebecca...

—¡No, Erika! ¡No meta a mis hijas en esto! —le advirtió él.

—Jessica era la hija de alguien... Usted puede conseguirlo.

Marsh se restregó los ojos, se levantó y fue a la ventana.

—Puedo recomendarla, pero nada más. No le prometo nada.

—Gracias. Pero por lo que se refiere al comisario Yale, yo no he estado aquí, ni he hablado con usted.

—¿No va a preguntarme por lo de Marcie? —dijo él, tras una pausa.

—No. Supongo que si quisiera hablar, lo haría.

Él se apoyó en la pared con aire afligido.

—Gracias. Estamos tratando de arreglar las cosas. Nos hemos dado un tiempo. —Erika arqueó una ceja—. La expresión es suya, no mía. Ella quiere que nos demos un tiempo mientras averigua... —La voz se le quebró—. Ha conocido a otro.

—¿Ha sido ella la que lo ha engañado? —preguntó Erika, sorprendida.

—Sí. Un tipo de sus clases de arte. Tiene veintinueve años. Va todos los días al gimnasio. ¿Cómo puedo...?

—Paul. Marcie lo quiere. Manténgase firme, no deje que olvide que usted la quiere.

—¿Creía que había sido yo? —preguntó Marsh de pronto—. ¿Pensaba que sería yo el que tenía una aventura?

—Sí.

Él pareció dolido.

—Vamos, Paul. Ya entiende lo que quiero decir. Usted ocupa un cargo importante. Hay un montón de chicas jóvenes trabajando de auxiliares en la comisaría, y el poder que usted tiene es un gran afrodisíaco.

—¿Ah, sí? —dijo él mirándola a los ojos.

—El poder... para algunas mujeres... es un afrodisíaco. Usted debe de saberlo, ¿no?

Él asintió.

—¿Le apetece otra taza, o algo más fuerte?

—No. Será mejor que me vaya.

—Si quiere, puede quedarse —dijo él en voz baja.

—¿Cómo? Si vivo aquí al lado...

—Bueno, quería decir que es tarde y...

—No, Paul. No voy a quedarme. —Y se levantó.

—¿Podría ser más delicada!

—Usted tiene dos hijas pequeñas. Y porque Marcie haya decidido liarse con alguien, usted no tiene que hacer lo mismo.

Él la miró con el rostro congestionado y enfurecido.

—¿No lo decía en ese sentido! Quería decir que podía dormir en el sofá.

—Sé en qué sentido lo decía. Este sofá apenas mide un metro veinte, y aquí solo hay un dormitorio...

—¡Maldita sea! —Marsh le dijo a gritos—: Era una propuesta amable a una amiga...

—No soy idiota, Paul.

—Sí. ¡Es una idiota rematada! ¿Cómo es posible que una persona sea tan lista en el trabajo y tan estúpida en la vida real?

Ella recogió el abrigo del respaldo del sofá y salió del piso. Bajó precipitadamente la escalera, cruzó la puerta principal y cerró de un portazo. Al llegar al coche, hurgó en el bolsillo buscando las llaves, que se le habían enganchado en la costura.

—¡Mierda! —dijo tirando de ellas—. ¡Mierda, mierda y mierda! —Al fin salieron, pero desgarraron el forro. Abrió la puerta y subió. Dio un golpe al volante y apoyó la nuca en el reposacabezas.

—Podría haberlo manejado con más tacto, la verdad. Debo de ser estúpida —masculló.

Cuando llegó a la comisaría de Bromley el martes por la mañana, se tropezó en la planta baja con el comisario Yale, que salía del baño con un ejemplar del *Observer* bajo el brazo.

—Erika, ¿tiene un minuto? —dijo.

Ella asintió y lo siguió hasta su despacho. Yale cerró la puerta, rodeó el escritorio, remetiéndose la camisa sobre su prominente panza, y le indicó que tomara asiento. Tamborileó con los dedos sobre el tablero y recolocó la foto enmarcada de su esposa y sus dos hijos pequeños. La esposa era bajita y rubia, pero los niños habían heredado el pelo rojizo y rebelde del padre, que ambos lucían en forma de un casquete de rizos.

—Acabo de recibir una llamada de nuestra nueva subcomisaria general —dijo Yale tras un silencio.

—¿Camilla Brace-Cosworthy? —preguntó Erika, procurando disimular su excitación.

—Sí. He pensado que era para presentarse, pero no...

—¿Para qué llamaba, entonces?

—Quiere conocerla a usted.

—¿A mí? ¿En serio? —No sabía qué cara poner. ¿Debía fingir asombro? Y en ese caso, ¿qué grado de asombro? A ella no la conocían precisamente por manifestar un amplio abanico de emociones. Optó por mostrarse sorprendida.

—Sí, en serio. Yo no tengo tan buenos oídos como la nueva subcomisaria general. Lleva un día en el cargo y, sin embargo, quiere verla para hablar del caso Jessica Collins... ¿Usted sabe algo que yo no sepa? Desde luego, no van a darle un Oscar por su modo de reaccionar.

—No, señor —dijo ella, pensando que en parte era cierto.

—Soy su superior, Erika. ¡Y ya hemos hablado de este asunto! Le dije que no tenemos recursos ni tiempo para manejar un caso antiguo como ese.

Obviamente, no era la respuesta que usted quería escuchar, y ahora recibo una llamada de la señora Brace-Cosworthy. —Yale se había ido acalorando y tenía la cara más roja de lo habitual.

—Yo no he hablado con ella.

—¿Con quién ha hablado?

—Con nadie.

El comisario se repantigó en la silla.

—Parece tener usted siete vidas. A juzgar por los ruegos del comandante Marsh para que le hiciera un sitio en mi equipo, deduzco que mantienen una relación «especial».

Ella se irguió, procurando mantener la calma.

—Nos formamos los dos juntos, señor. Empezamos a patrullar por las calles al mismo tiempo. Él era un buen amigo de mi difunto marido. Y está casado.

—Bueno, el comandante Marsh asistirá también a esa reunión con la subcomisaria general. ¿Lo sabía?

—No, no, señor. Y espero que sepa que estoy muy agradecida por la oportunidad que me ha dado.

Él asintió, nada convencido.

—La esperan a las once. Tiene que presentarse en la oficina de la subcomisaria en New Scotland Yard.

Erika dedujo que la conversación había concluido porque Yale, sin aguardar a que respondiera, se dio la vuelta hacia su ordenador y se puso a trabajar.

—Gracias, señor.

—Y necesito en mi mesa su informe definitivo sobre Jason Tyler al final del día.

—Sí. Gracias, señor —dijo ella poniéndose de pie.

—Erika. Incluso a los gatos se les agotan las vidas. Use sabiamente las que le quedan —advirtió el comisario alzando un instante la vista hacia ella para volver enseguida al trabajo.

La subcomisaria general, Camilla Brace-Cosworthy, se hallaba ante su escritorio, con la espalda erguida y una actitud resuelta. Era una mujer elegante de cincuenta y tantos, y parecía estar en la flor de la vida. Llevaba el uniforme de la policía metropolitana, es decir, blusa blanca y pañuelo a cuadros al cuello. La melena rubia, impecablemente arreglada, le llegaba hasta los hombros e iba maquillada con esmero, como para posar ante las cámaras.

—Pase, Erika. Tome asiento —dijo con afectación—. Por supuesto, ya conoce al comandante Marsh —añadió señalando con las uñas esmaltadas de rojo a Paul Marsh, que estaba sentado a su lado.

—Sí, buenos días, señor —saludó Erika, y ocupó una silla frente al escritorio—. Felicidades por su nombramiento, señora.

Camilla desechó el cumplido con un gesto y se puso unas grandes gafas de diseño de montura negra.

—El tiempo dirá si estoy a la altura de las felicitaciones —dijo; los cristales le agrandaban los ojos—. Bueno, hablemos del caso Jessica Collins. Usted encontró sus restos el viernes. ¿Han sido identificados oficialmente?

—Sí, señora.

Erika observó que Camilla hojeaba un expediente que tenía sobre el escritorio.

—Veo que ha trabajado en varios equipos de Investigación Criminal, tanto en Londres como en Mánchester, ¿no?

—Sí, señora.

Camilla cerró el expediente, se quitó las gafas y se dio unos golpecitos en los dientes con una de las varillas.

—Su traslado a Bromley fue claramente un descenso de categoría. ¿Por qué?

—Erika creía que la estaban postergando —intervino Marsh.

—Hubo una oportunidad de ascenso a comisario para la cual creo que se me postergó —lo corrigió Erika—. Se encargó su predecesor, señora. Fue precisamente en la época en la que conseguí atrapar a la Cazadora Nocturna, una asesina que...

—¡Sí! ¡Un caso de lo más sangriento! —exclamó la subcomisaria general, con un tono que Erika no supo si era de horror o de admiración.

—Cuando me enteré de que me habían descartado para el ascenso, discutí con el comandante Marsh, que era mi superior entonces, y amenacé con marcharme. Él me tomó la palabra.

Le echó un vistazo a Marsh, que fruncía el entrecejo, y comprendió que aquello no iba a favorecerla.

—Pero ha sido el comandante Marsh quien ha propuesto con bastante insistencia que la nombremos jefa de investigación del caso Jessica Collins —observó Camilla.

—Creo que la inspectora Foster tiene todavía mucho que ofrecer... —apuntó Marsh.

Camilla volvió a ponerse las gafas y miró el expediente.

—Ha tenido usted una carrera con bastantes altibajos, Erika. Además de resolver el caso de la Cazadora Nocturna, fue usted quien atrapó al asesino múltiple Barry Paton...

—El Estrangulador de York, señora.

—Lo tengo todo aquí. El Estrangulador de York había matado a ocho colegialas, y usted dio un vuelco al caso al identificarlo gracias a las imágenes de una cámara de vigilancia: concretamente, de su imagen reflejada en un escaparate situado frente a un cajero automático...

—Sí. Y él todavía me lo sigue agradeciendo cada año por Navidades y por mi cumpleaños.

Marsh sonrió; Camilla, no.

—No tuvo tanta suerte con algunos de sus otros casos. Fue suspendida hace dos años mientras se efectuaba una investigación...

—Finalmente, quedé exonerada, señora...

—Si me permite terminar. Fue suspendida mientras se efectuaba una investigación. Usted dirigió una redada contra la droga en una casa del gran Mánchester que se saldó con la muerte de cinco agentes, uno de los cuales era su marido.

Erika asintió.

—¿Cómo se recuperó de esa experiencia? —preguntó Camilla, que la observaba atentamente.

—Mediante una terapia. Ya casi no sabía quién era, y no estaba segura de querer seguir en el cuerpo. Pero al final volví, y los resultados están en ese expediente.

—Necesito que la reapertura de esta investigación quede en buenas manos. ¿Por qué cree que es la persona idónea?

—No soy una agente que pretenda hacer carrera. Me entrego por completo a mis casos. Estamos hablando de una niña vulnerable de siete años que desapareció y que alguien arrojó a esa cantera como si fuera una bolsa de basura. Quiero averiguar quién fue. Quiero que se le haga justicia a Jessica. Quiero que su familia pueda hacer el duelo como corresponde y pasar página.

Erika se reclinó en la silla; estaba sudando.

—Hacerle justicia a Jessica... Eso podríamos usarlo —comentó Marsh.

—No. —La subcomisaria general le lanzó una mirada fulminante—. ¿Le importa esperar fuera, Erika? Gracias.

Y

Erika regresó a la sala de espera y tomó asiento. Pese a la cantidad de veces que había creído que su carrera había terminado, ahí estaba una vez más, al principio de algo excitante. Aun así, se preguntaba si estaba al borde de un peldaño o de un precipicio. Al cabo de pocos minutos, sonó un pitido en el teléfono de la secretaria. Esta descolgó y enseguida le indicó que volviera a entrar en la oficina.

Camilla estaba poniéndose la chaqueta del uniforme policial y alisándose el pelo. Marsh permanecía de pie a su lado.

—Erika, me complace anunciarle que voy a nombrarla jefa de investigación del caso Jessica Collins —dijo.

—Gracias, señora. No se arrepentirá de su decisión.

Camilla se puso con cuidado la gorra galoneada.

—Eso espero. —Rodeó el escritorio para estrecharle la mano—. Caramba, es usted muy alta. ¿No le cuesta encontrar pantalones de su talla?

Erika se desconcertó momentáneamente.

—Mmm. Antes me costaba, pero las compras por Internet han facilitado mucho las cosas...

—Sí, ¿verdad? —dijo Camilla, y le estrechó la mano entre las suyas—. Bueno. Tengo que salir volando para reunirme con el comisario general. El comandante Marsh se encargará de darle todos los detalles.

—Dele recuerdos a sir Brian de mi parte —terció Marsh. Camilla asintió y los acompañó a la puerta.

Erika y Marsh bajaron en ascensor en silencio.

—Me ha parecido incluso demasiado fácil —dijo ella al fin.

—Nadie quiere el caso, en realidad —repuso Marsh—. El equipo de Investigación Criminal lo ha cedido con gusto. Usted se encargará de llevarlo desde la comisaría de Bromley; yo lo supervisaré y deberá informarme a mí.

—¿Y el comisario Yale?

—¿Acaso él no tiene bastante con lo suyo?

—Él cree que he actuado a sus espaldas.

—Y así ha sido.

—Pero no era nada personal.

—A usted las cosas siempre le parecen personales.

—¿Qué quiere decir?

Marsh resopló y le espetó:

—Yo nunca sé lo que está pensando. Es tan directa que llega a ser brutal. No se fía de casi nadie.

—¿Y?

—Y resulta complicado trabajar así.

—Si fuese un hombre, ¿tendríamos esta conversación en un ascensor? ¿Me preguntaría lo que estoy pensando?

Él frunció el entrecejo y desvió la mirada.

—¿A qué viene todo esto? ¿Es por lo de anoche?

El comandante miró al suelo; luego alzó la vista y, mirándola a ella, le aconsejó:

—Tiene que centrarse en el caso, Erika, y hacerlo bien.

—Sí, señor.

—Me encargaré de que le envíen a la comisaría de Bromley todos los archivos y materiales de las dos investigaciones precedentes —dijo él, otra vez en plan profesional—. Ha de organizar y poner en marcha su centro de coordinación; me reuniré con su equipo mañana a las tres de la tarde.

—Veamos, ¿quién está al mando?, ¿usted o yo?

—Usted, pero debe informarme a mí; y yo informaré a la subcomisaria general. Tendrá que colaborar estrechamente con el comisario Yale, ya que utilizará sus recursos.

—¿Puedo escoger a mi equipo?

—Dentro de lo razonable.

—Bien. Quiero a la inspectora Moss y al inspector Peterson. Ambos son buenos agentes.

Marsh asintió mientras el ascensor llegaba a la planta baja y se abrían las puertas. Salieron a la amplia recepción.

—Erika, las cagadas en la última investigación de este caso fueron enormes. Uno de los sospechosos ganó una demanda contra el equipo de Investigación Criminal y recibió una indemnización de más de trescientas mil libras... Por los pelos conseguimos evitar una pesquisa oficial.

—¿Ahora me lo dice?

—Hágalo bien esta vez. Averigüe qué le ocurrió a Jessica Collins. ¿Qué es lo primero que piensa hacer como jefa del caso?

—He de explicarle a la familia Collins que hemos encontrado a la niña —contestó ella con el corazón encogido.

Marianne Collins abrió la puerta principal y caminó arrastrando los pies por el pasillo, cargada con la compra y con una pequeña funda negra para ropa. Depositó la compra sobre la alfombra roja, al pie de la escalera de madera, y se detuvo para recobrar el aliento. Hacía una tarde lúgubre y oscura. Había dejado todas las luces encendidas, pero el pasillo iluminado, lejos de recibirla acogedor, estaba en completo silencio, aparte del tictac del reloj de la sala; daba la impresión de que la casa entera se cernía sobre la mujer desprendiendo una gélida tristeza.

Colgó la funda para ropa en el perchero y abrió lentamente la cremallera. Sonó un crujido de plástico y salió del interior una oleada de olor a productos de limpieza. Con mucho cuidado, sacó un abrigo rojo colgado de una percha acolchada. En su época, el abrigo había sido de un intenso color carmesí, pero se había ido desluciendo con los años a base de lavarlo.

Marianne miró la fotografía enmarcada que había en la pared, entre el perchero y un espejo de cuerpo entero. Había sido tomada en abril de 1990. Jessica estaba sentada en un columpio del parque del barrio; el largo pelo rubio relucía al sol y llevaba ese abrigo rojo sobre un jersey Care Bears y unos vaqueros. La mujer colocó la prenda en el perchero, pasó los dedos por los botones, que todavía conservaban su brillo carmesí y enterró la cara en la tela. Ese abrigo había sido el regalo de Jessica por su séptimo cumpleaños: el último que pudieron celebrar.

Era una lucha mantener vivos los recuerdos de su hija al cabo de veintiséis años. Arriba, en el cajón del tocador, guardaba una de las camisetas de la niña en una bolsa cerrada al vacío, pero con los años había adquirido un olor rancio y se había impregnado del aroma de su propia crema de manos. El tiempo parecía decidido a borrar todos sus recuerdos.

Se apartó del abrigo cuando se le saltaron las lágrimas. Se las enjugó y procedió a quitarse los elegantes zapatos negros que se ponía siempre para ir al supermercado. Se miró de reojo en el espejo. El canoso cabello, que le caía por la espalda en una larga cola, lo llevaba peinado con raya en medio y ceñido sobre las orejas, de tal modo que le resaltaba las profundas arrugas de la cara y las flácidas mejillas. Se quitó la chaqueta y la colgó junto al abrigo rojo. En el espejo se reflejaba el gran cuadro de la Virgen María que había a su espalda. Se metió la mano en el bolsillo de la falda, palpó las cuentas del rosario y las enrolló en torno a sus nudosos dedos; acudieron a sus labios las palabras de una oración, pero recordó que había entre las compras un helado que debía meter en la nevera.

Persignándose, cogió las bolsas y las llevó a la cocina. Llenó el hervidor y puso una bolsita de té en su taza blanca preferida. En los últimos veintiséis años, la cocina no había sufrido grandes cambios, aparte de una capa de pintura y algún aplique nuevo. Ese frigorífico era el tercero, sin embargo. Pegada en la puerta con un imán, había una gran hoja blanca con un dibujo que Jessica había pintado con los dedos a los cuatro años en el jardín de infancia.

Marianne abrió la nevera y guardó el beicon, el queso y el helado. Cerró la puerta y se detuvo a mirar el dibujo: las huellas de las manitas de color amarillo, rojo y verde. En la zona de las palmas, allí donde la pintura no había llegado, se veían finas líneas blancas y rayas entrecruzadas. El original estaba en un cajón, envuelto en papel de seda; después de tantos años expuesto, el dibujo, para su horror y consternación, había empezado a deslucirse; por eso lo había hecho escanear. E incluso la copia la había tenido que imprimir varias veces. Recorrió la hoja con el dedo, notando que los bordes se estaban abarquillando.

La pena estaba completamente arraigada en su interior; ya formaba parte de ella. Todavía se le saltaban a veces las lágrimas, aunque había aprendido a convivir con ese dolor como si fuese un compañero fiel. Contemplar el abrigo y el dibujo pintado con las manos, atisbar las fotos de Jessica cuando pasaba junto a su habitación, de camino al baño, eran actos que formaban parte de su rutina, igual que esa pena persistente.

El hervidor se apagó con un clic. Llenó la taza, empapó bien la bolsita, la sacó con una cucharita y la dejó en el escurridor. Iba a añadir la leche cuando resonó el timbre por toda la casa. Miró el reloj y vio que acababan de dar las cuatro.

No esperaba a nadie, y la gente raramente se presentaba sin avisar.

Erika aguardaba nerviosa ante la recia puerta de madera del número siete de Avondale Road, acompañada por John McGorry y por la agente retirada Nancy Greene, una mujer menuda y enérgica que llevaba el canoso pelo cortado casi al cero. Habían aparcado en la calle y recorrido el largo y empinado sendero que se abría a un reducido patio salpicado de grandes tiestos de terracota: todos contenían hortensias, secas y de color amarronado, que se mecían con el viento. En lo alto del jardín, a través de las ramas desnudas de una hilera de arbustos que separaba la casa de la calle de arriba, se coló la luz anaranjada de una farola que acababa de encenderse.

—Cada día oscurece más pronto —comentó Nancy, rompiendo el silencio—. Hay alguien en casa; veo luz en la ventana de delante.

Volvió a pulsar el timbre justo cuando se abría la puerta.

—Hola, Marianne —dijo Nancy, apenas sonriendo.

Erika nunca había visto a una mujer tan pálida. La señora Collins tenía la tez macilenta y avejentada, ojos de iris grises, con profundas ojeras, y el cabello canoso. Llevaba un polo gris de manga larga, una chaqueta de punto negra y una falda acampanada también negra. Le colgaba del cuello un gran crucifijo de madera. Su mirada se dirigió alternativamente a Nancy, Erika y John.

—Marianne, esta es la inspectora jefe Erika Foster y este, el agente John McGorry —los presentó Nancy.

John y Erika mostraron sus placas de identificación. La mujer apenas las miró.

—¿Qué haces aquí, Nancy? Laura y Toby... ¿todo el mundo está bien? —Su voz tenía una dura inflexión y un deje irlandés.

—Todos están bien —replicó Nancy—. Sin embargo...

—¿Podemos pasar, señora Collins, por favor? —preguntó Erika—. Es importante que hablemos en privado con usted. La agente Greene... Nancy, ha tenido la amabilidad de acompañarnos, porque fue su agente de Enlace Familiar... en la época en la que su hija desapareció...

—¿A qué viene esto? Dime —le preguntó Marianne a Nancy extendiendo la mano hacia ella.

—Marianne, por favor, ¿podemos entrar? —dijo Nancy, y le estrechó la mano que le tendía.

Ella asintió, se hizo a un lado para que pasaran y los guio hacia una gran sala de estar. Era elegante, pero fría, con el mobiliario de madera oscura, un empapelado de color rojo oscuro y gruesas cortinas de un verde que armonizaba con los muebles.

—Siéntense, por favor. ¿Alguien quiere un té? Acabo de prepararlo —dijo la mujer, tratando de parecer animosa.

—No, gracias —respondió Nancy.

Se sentaron en el gran sofá situado bajo la ventana. Erika se fijó en el cuadro de la Virgen María que estaba sobre la chimenea de madera labrada y, de un rápido vistazo por la sala, contó cuatro crucifijos de distintos tamaños en las paredes. Había fotografías con marco dorado de Jessica por todas partes: en las mesitas auxiliares, a lo largo del alféizar y, en gran número, sobre el piano de media cola situado en un rincón. Pese a todo, no había indicios de que esa sala se usara nunca. Ni revistas, ni televisor ni libros. Marianne se quedó de pie, retorciendo entre los dedos las cuentas de su rosario.

—Hemos tratado de contactar con la familia restante, pero no los hemos localizado —dijo Nancy.

—Están todos en España. Toby y Laura se han ido a ver a su padre y a su nueva... bueno, no es su esposa...

—Tendremos que hablar con ellos... —añadió Nancy.

La señora Collins pasó más deprisa las cuentas del rosario. Estas entrechocaban con un chasquido y la pequeña cruz de plata oscilaba sobre su falda. Los labios le temblaron y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Voy a preparar más té. ¿Todos tomarán una taza de té?

—Marianne, siéntate, por favor —pidió Nancy.

—¡Yo hago lo que quiero en mi casa! —gritó de pronto la mujer.

—Está bien. Cálmate, Marianne, por favor. Quiero que escuches bien lo que

voy a decirte —dijo Nancy levantándose y cogiéndole ambas manos.

—¡No! ¡No! ¡No!

—La inspectora jefe Foster me ha llamado esta mañana porque yo estuve contigo cuando...

—¡No!

—Cuando Jessica...

—No. No pronuncies su nombre. ¡No tienes derecho!

Erika miró a John. Él, muy pálido, tragó saliva.

Nancy continuó en voz baja:

—Cuando Jessica desapareció.

—No. No...

Nancy se volvió hacia Erika y le indicó que continuara.

—Señora Collins, el viernes por la noche, yo misma y el agente McGorry estábamos haciendo una búsqueda en la cantera Hayes y encontramos restos humanos. Un esqueleto.

Marianne guardaba silencio con los ojos vidriosos y muy abiertos. Negó con la cabeza y retrocedió unos pasos hasta quedarse contra la pared. Nancy no se apartaba de ella.

—El esqueleto corresponde... Es de Jessica —susurró Erika.

La mujer volvió a negar con la cabeza; las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—No. ¡Han cometido un error! Ella volverá; alguien la encontrará. Está en alguna parte. Seguramente no recuerda quién es su familia. Hoy mismo he recogido su abrigo de la tintorería...

Erika y John permanecieron sentados.

—Lo siento mucho, Marianne. Han encontrado a Jessica —aseguró Nancy, también con lágrimas en los ojos—. La han identificado por el historial dental.

Marianne seguía negando con la cabeza. Las lágrimas se le deslizaban silenciosamente por el rostro.

—Señora Collins —dijo Erika suavemente—, tenemos que informar a su marido, a su hija, Laura, y a su hijo, Toby. Están todos en España, ¿no? ¿Tiene algún número de teléfono al que podamos llamar? Preferiríamos que la familia esté informada antes de emitir un comunicado de prensa.

—Sí —musitó la mujer, todavía con los ojos muy abiertos de pura incredulidad.

—¿Qué puedo hacer por ti, Marianne? —inquirió Nancy.

Marianne se volvió hacia ella y, bruscamente, echó la mano atrás y le dio un puñetazo. Nancy retrocedió tambaleante, con la nariz ensangrentada, y se desplomó sobre la mesita de café.

—¡Fuera de mi casa! ¡Todos ustedes! ¡Fuera! ¡FUERA!

John y Erika se levantaron de un salto para socorrer a la exagente Greene, que tenía la cara llena de sangre. Marianne seguía gritando y fue resbalando por la pared hasta quedar en cuclillas.

A través de la ventana-mirador les llegó un ruido de coches y un parpadeo de luces. La prensa se había enterado de la noticia y se lanzaba de nuevo sobre la casa.

A quince kilómetros de allí, en una casita adosada de una tranquila calle residencial de Balham, en el sudeste de Londres, la televisión sonaba y parpadeaba en un rincón de la desordenada sala de estar. La tarde se desvanecía bajo un cielo grisáceo a causa de las nubes bajas. La inspectora jefe retirada Amanda Baker dormía desmadejada sobre un desvencijado sillón, con la cabeza colgándole hacia delante. Las luces estaban apagadas, y el resplandor de la pantalla del televisor le iluminaba la fofa cara y las flácidas mejillas; las carcajadas de la audiencia no lograban despertarla. En una mesita, a su lado, había un cenicero rebosante de colillas y una copa mediada de vino blanco. Era lo único que quedaba de la segunda botella que había abierto. Había descorchado la primera a las nueve y media de la mañana, después de amontonar los platos del desayuno en el fregadero, cuando los temblores y sudores se le habían intensificado.

La casa había sido bonita en otro tiempo. Estaba decorada con un estilo frío y elegante, muy parecido al de su dueña; pero ahora, también como esta, se hallaba totalmente desastrada. En la chimenea brillaba un fuego de leños falsos que despedían destellos rojos y anaranjados. Junto a ella, había quedado una cesta de perro cubierta de una gruesa capa de polvo.

El teléfono sonó en el pasillo, y sus timbrazos se impusieron sobre el sonido de la tele hasta que saltó el contestador. Fue entonces cuando Amanda se despertó.

—¿Qué ha sido eso? —dijo distraídamente.

Se oían ladridos. Se pasó la mano por la cara, se levantó trabajosamente del sillón y entró tambaleante en la cocina, con la mente turbia y los ojos adormilados. Se pasó unos minutos rebuscando en el armario, lleno de latas de conservas y, de repente, lo recordó: su perro, Sandy, había muerto hacía unos meses. Dejó de buscar y se apoyó en la encimera. Las lágrimas cayeron sobre

la superficie cubierta de migas. Mientras se enjugaba la cara con la manga, percibió el tufo rancio de su propio aliento.

El teléfono volvió a sonar en el pasillo. Caminó arrastrando los pies y descolgó mientras buscaba apoyo en la barandilla de la escalera.

—¿Hablo con la antigua inspectora jefe Amanda Baker? —dijo una joven voz femenina con excitación.

—¿Quién es?

—Le llamo para pedirle una declaración sobre Jessica Collins, ahora que la policía ha encontrado su cuerpo.

Amanda se balanceó sobre los talones un momento, incapaz de hablar.

—¿Hola? —insistió la voz con impaciencia—. Usted fue la jefa de la investigación hasta que la echaron del caso...

—Cogí la jubilación anticipada.

—El viernes encontraron el esqueleto de Jessica Collins en la cantera Hayes...

—Nosotros buscamos en esa cantera al cabo de unas semanas de su desaparición. Y no estaba allí —replicó Amanda, más para sí misma que para la mujer que estaba al teléfono.

Desde la parte del pasillo en la que se encontraba apoyada en la barandilla, veía la televisión de la sala. «ÚLTIMAS NOTICIAS» decía el rótulo móvil en la parte inferior de la pantalla. Siguió un gran titular: ENCONTRADOS LOS RESTOS DE LA DESAPARECIDA JESSICA COLLINS. Acto seguido, aparecieron imágenes de Marianne y Martin Collins en una rueda de prensa de 1990, hablando ante un micrófono, en compañía de la propia Amanda, en una versión mucho más joven. Detrás, se veía el antiguo logo de la policía metropolitana en letras blancas.

—Bueno, ¿tiene algún comentario que hacer? —preguntó la voz. Sonaba interesada, buscando carnaza informativa.

En la televisión, una agente rubia y alta leía una declaración. Su nombre apareció en la base de la pantalla: «INSPECTORA JEFE ERIKA FOSTER».

—¿TIENE ALGÚN COMENTARIO QUE HACER? —repitió la chica, alzando la voz y deletreando cada sílaba, obviamente irritada por el silencio—. Ustedes encontraron fotos de Jessica en la casa de un delincuente sexual de la zona, y lo detuvieron. Pero usted lo soltó, ¿no es así?

—¿No tuve más remedio! No había suficientes pruebas.

—Y todavía sigue libre. ¿Cree que él mató a Jessica Collins? El modo que

tuvo usted de actuar en los meses siguientes demostró que lo consideraba culpable. ¿Cree que usted misma tiene manchadas las manos de sangre?

—¡Déjeme en paz! —chilló Amanda, y colgó violentamente.

En cuanto el auricular tocó la horquilla, sonó otra vez. Ella se arrodilló en el suelo y, apartando un montón de periódicos viejos y correo comercial, agarró el cable y lo arrancó de la pared. El teléfono enmudeció. Se apresuró a cruzar la sala de estar para subir el volumen de la televisión.

—Quisiéramos transmitir nuestro pésame a la familia Collins. El caso ha sido reabierto y estamos investigando intensamente varias pistas nuevas. Gracias.

La cámara se alejó mientras Erika Foster volvía a entrar en la comisaría Bromley, flanqueada por otros dos agentes. A continuación la imagen volvió al estudio de la BBC y pasó a la siguiente noticia.

Amanda se acuclilló e inspiró hondo; le temblaba todo el cuerpo.

—No, no... no puede ser real —graznó.

Reparó en un conejito blanco de goma que asomaba entre una pila de cachivaches. Era el conejito de *Sandy*. Extendió el brazo, lo cogió y lo estrechó contra su pecho. Sollozó. Por Jessica, por su querido *Sandy*, por la vida que debería haber tenido y que había echado a perder.

Cuando por fin dejó de llorar, se enjugó otra vez la cara con la manga, fue a la cocina y abrió la tercera botella de vino.

Estaba oscuro y llovía cuando Erika llegó en coche a la entrada de urgencias del hospital Lewisham. Había sido un día largo y tenso, y tenía la sensación de no haber parado ni un segundo.

A través de los limpiaparabrisas, vio que la agente de policía Nancy Greene la estaba esperando bajo la marquesina. Una ambulancia se alejó mientras los enfermeros llevaban en camilla a través de las puertas automáticas a una anciana, que sacaba un brazo de debajo de una manta roja y lo alzaba con gesto de dolor.

Erika se detuvo y bajó la ventanilla del copiloto diciendo:

—Tenemos que darnos prisa; viene otra ambulancia detrás.

Nancy llevaba sobre la nariz un grueso vendaje cuadrado, con algunas manchas de sangre. Abrió la puerta y subió; sujetaba una pequeña bolsa blanca de papel entre las manos.

—Rota por dos sitios. Me han dado seis puntos —dijo tocando con cuidado la gasa mientras se acomodaba en el asiento.

El vendaje le confería a la nariz el aspecto de un pico, lo cual, sumado a sus grandes ojos castaños, le recordó a Erika a un búho. Ayudó a Nancy a abrocharse el cinturón y, enseguida, puso la primera y arrancó.

—Gracias por venir. Con todo el jaleo, usted es la última persona que esperaba ver aquí —dijo la agente.

—Quería comprobar que estaba bien. Ha sido idea mía pedirle que me acompañara para darle la noticia a Marianne. Más bien ha resultado contraproducente...

Nancy cambió de posición en el asiento, inquieta, y ladeó la cabeza.

—¿Usted cree? —Soltó una risotada sombría—. He visto su declaración en la televisión de la sala de espera. ¿De dónde es usted? Tiene acento del norte, pero parece... no sé... ¿polaca?

—Soy eslovaca. —Procuró ocultar su enojo por la confusión—. Aprendí a hablar inglés en Mánchester...

—Yo no podría vivir en el norte. Nací y me crié en Londres... Soy capaz de soportar media hora de *Coronation Street*,* pero siempre siento cierto alivio cuando salen los créditos. —Erika se mordió los labios y puso el limpiaparabrisas a más velocidad porque la lluvia arreciaba—. ¿Marianne está bien?

—El agente McGorry ha dado aviso y la doctora que ha venido le ha recetado algo para dormir. Los demás familiares tomarán un vuelo esta noche. Hemos tenido que informarles por teléfono, que no es lo que yo quería, pero la prensa ha conseguido enterarse antes. —Llegaron a la salida del hospital y se detuvieron detrás de un coche que esperaba para incorporarse a la circulación—. ¿A dónde la llevo, Nancy?

—Vivo al otro lado de Dulwich. Vaya por Forest Hill.

El coche de delante arrancó y vieron que la calle estaba atestada con el tráfico de la hora punta. Una furgoneta redujo la velocidad, dejando pasar a Erika, quien le dio las gracias con un gesto. La lluvia caía con más fuerza, acribillando los techos de la hilera de coches.

—He pensado que podría echarme una mano a cambio del viaje —dijo Erika.

—Ah, tenía un motivo oculto... —exclamó Nancy. Trató de girar la cabeza, pero hizo un gesto de dolor.

—Quiero acelerar todo lo posible la investigación. ¿Usted fue siempre la agente de Enlace Familiar desde la desaparición de Jessica?

—Sí. Y fue demasiado tiempo, para ser sincera. Está todo en los informes, pero se lo puedo contar... Joder, esto duele —dijo haciendo otra mueca. Abrió la bolsa de papel, sacó una pastilla de un blíster de plástico y se la tragó sin beber nada.

—Tengo que preguntarle si va a presentar una denuncia —quiso saber Erika mientras avanzaba unos palmos en la cola de coches.

—¿Contra Marianne? ¡No, por Dios! La pobre mujer ya ha sufrido bastante. —La agente se reclinó en el reposacabezas—. Aunque me gustaría presentar una queja contra esos malditos médicos. Me han recetado un montón de analgésicos...

—Es que le ha dado el puñetazo con la sarta de cuentas del rosario enrollada en el puño.

—Un puño americano católico. Marianne nunca fue violenta durante todos esos años de sufrimiento. Con el trabajo de Enlace Familiar a veces te sientes un poco inútil. Preferirías patearte la calle y participar en la investigación y, por el contrario, te pasas el rato preparando té y respondiendo al teléfono.

—Es un trabajo importante.

—Ya lo sé. Y en cierta manera, por extraño que parezca, me alegro de haber estado allí y recibido el puñetazo. En la hoja de servicios nunca figuran todas las tazas de té que has preparado, ni los consejos que has dado. Esto quedará documentado. Y pone un final.

—¿Cuánto tiempo pasó con la familia tras la desaparición de Jessica?

—Los primeros meses, desde agosto de 1990, prácticamente viví con ellos. Marianne y Martin aún estaban juntos.

—¿Cuándo se divorciaron?

—No están divorciados. Ya ha visto el rosario que le envolvía el puño a Marianne. El divorcio no existe en su mundo. Se separaron en el 97. Duraron más de lo que me esperaba. Cuando una pareja pierde un hijo, el dolor prácticamente los arranca al uno del otro. Pero ellos tenían al pequeño Toby, de cuatro años, y durante un tiempo el crío vino a ser como el pegamento que los mantuvo unidos. Laura es mucho mayor. Ella ya había terminado su primer año en la universidad. Postergó el regreso para cursar su segundo año, pero debería haberse ido antes. Ella y su madre se sacaban de quicio mutuamente. Y Marianne lo dejó todo, volcó sus energías en intentar encontrar a Jessica. Toby era muy pequeño, y Laura tuvo que ocuparse de él.

—¿Qué edad tiene Toby ahora?

—Veintiuno. Es gay. La señora Collins, como era previsible, nunca lo ha aceptado del todo.

—¿El chico vive aquí?

—No. En Edimburgo. Laura está casada; tiene dos niños pequeños y vive en el norte de Londres. Martin está en España. Le dejó la casa a Marianne. Es millonario; creo que se encarga de que la cuiden... Ella se limita a deambular todo el día por esa casa enorme como un alma en pena. Como la señorita Havisham de *Grandes esperanzas*. Con la diferencia de que ella siempre anda de aquí para allá con el aspirador. Ya lo ha visto, la casa está impecable.

—¿Qué hace Martin en España?

—Construye casas de vacaciones para expatriados ricos. Gana una fortuna. Vive en Málaga con su novia, una mujer joven, y con los dos hijos pequeños de ambos.

Erika comprobó con alivio que el tráfico empezaba a descongestionarse lentamente. Nancy era una mina de información.

—¿Sabe cómo se conocieron Martin y Marianne?

—En Irlanda. Él es irlandés; Marianne es británica, pero se crió en Galway. Conoció a Martin en un club católico cuando eran adolescentes. Ella se quedó embarazada con diecisiete años, y tuvieron que casarse... Me di cuenta de que me había ganado su confianza cuando me contó esa historia, que sucedió en la Irlanda de finales de los setenta. Tuvieron dificultades al principio, pero él fue ascendiendo en el mundo de la construcción y, en 1987, después de que naciera Jessica, se trasladaron a Londres. Lo hicieron en el momento adecuado. Se farraron durante el *boom* inmobiliario. Laura tenía catorce años cuando se mudaron, y creo que a ella le resultó duro. Tuvo que dejar a todos sus amigos y lo que había sido su hogar en Irlanda.

—¿Fue entonces cuando comenzaron los problemas?

Nancy asintió y enseguida hizo una mueca, recordando que llevaba el vendaje. La circulación se había vuelto más fluida, y consiguieron superar un semáforo entero sin detenerse.

—Creo que a Laura le costó adaptarse cuando vinieron. Mientras ella se criaba en Irlanda eran pobres de solemnidad; no fue hasta el final de su adolescencia cuando empezaron a ganar dinero de verdad. Eran lo bastante ricos como para malcriar a Jessica y a Toby; los apuntaron a muchas actividades extraescolares. Jessica hacía ballet... Una niña preciosa.

Los coches siguieron avanzando frente a las tiendas cerradas de Catford High Street. Solamente estaba abierto un supermercado indio y la casa de apuestas contigua. A través del ventanal empañado y profusamente iluminado vieron a un grupo de viejos deambulando en su interior y mirando una pantalla.

—¿Realmente cree que va a resolver el caso, después de tantos años?

Si Erika tenía alguna duda, no pensaba decírselo a nadie.

—Yo siempre resuelvo mis casos.

—Pues buena suerte... Pero vaya con cuidado. La otra agente se volvió loca. La que llevó el caso al principio: Amanda Baker.

—¿En qué sentido se volvió loca?

—Estuvo muchos años en el departamento de investigación que se ocupaba

de las víctimas de violación. Eso la afectó. Y luego se produjo el caso Jessica. No había ningún testigo. La niña salió de casa aquella tarde para asistir a la fiesta de cumpleaños de su amiga, que vivía al final de la calle, y fue como si se hubiera desvanecido de la faz de la Tierra. No llegó a la fiesta; nadie vio nada. El único sospechoso era Trevor Marksman, un delincuente sexual de la zona. Encontraron fotos y un vídeo que le había hecho a Jessica unas semanas antes, cuando la niña estaba en el parque con Marianne y Laura.

—¿Lo detuvieron?

—Sí, pero tenía una coartada muy sólida. Acababan de soltarlo de la cárcel, y estaba viviendo en un centro de reinserción. Y aquel siete de agosto, estuvo allí todo el día. Muchos testigos, incluidos dos supervisores de la condicional, podían garantizar que no había salido. Pero él era el individuo con un motivo claro para secuestrarla, pues había tenido una condena anterior por raptar a una niña en un parque; también era rubia, y se parecía a Jessica. Al final, Amanda no tuvo más remedio que soltarlo. Lo sometieron a vigilancia y, a medida que pasaba el tiempo, ella se fue exasperando y lo acosó. Él, por su parte, disfrutaba sacándola de quicio, mofándose de su incapacidad para resolver el caso. Finalmente, la inspectora jefe Baker fue demasiado lejos y le dio el chivatazo a un grupo de autodefensa femenina. En plena noche, introdujeron por el buzón de ese individuo una botella llena de gasolina. Él sobrevivió pero sufrió espantosas quemaduras.

—¿Y la cosa se volvió contra ella?

—Sí. Trevor Marksman encontró a un abogado de altos vuelos y demandó a la policía metropolitana. Sacó una indemnización de trescientas mil libras. Se fue a vivir a Vietnam, el muy asqueroso. Amanda se acogió a la jubilación anticipada, una jubilación más que merecida, pero ha quedado como una policía corrupta. Lo último que oí es que está a punto de morir por una cirrosis... Ahora tome la siguiente a la izquierda.

Erika comprobó decepcionada que se terminaba el trayecto. Dejaron la calle principal, donde la circulación ya volvía a ser normal; pasaron por delante de un gran *pub* y de varios garitos de kebab. A partir de allí, la calle adquirió un aspecto más residencial.

—Es ahí, en esos pisos —dijo la agente.

En la hilera de casas adosadas, había un hueco ocupado por un anodino edificio cuadrado de hormigón. Erika paró el coche junto al bordillo.

—Gracias por traerme. Voy a tomarme otra de estas pastillas tan fuertes con

un traguito de algo —dijo, y se desabrochó el cinturón. Aún seguía lloviendo con intensidad. Hizo una mueca al subirse la capucha, porque se le engancho con el vendaje.

—¿Usted quién cree que fue? ¿Quién cree que mató a Jessica? —preguntó Erika— inclinándose para asomarse por la puerta abierta del copiloto.

—Quién sabe... tal vez lo que pasó es que alguien la secuestró al azar y se largó —replicó Nancy agachándose a su vez para verla—. Ahora que usted ha encontrado el cuerpo de la pequeña, quizá ya solo quede una persona realmente desaparecida de la faz de la Tierra: la persona que se la llevó.

Era tarde cuando Erika volvió a la comisaría de Bromley. Le habían asignado una de las grandes oficinas diáfanas de la planta superior para montar el centro de coordinación. No lograba quitarse de la cabeza el comentario de Nancy al despedirse: «Ahora que usted ha encontrado el cuerpo de la pequeña, quizá ya solo quede una persona realmente desaparecida de la faz de la Tierra: la persona que se la llevó».

Cuando entró en el centro de coordinación, los técnicos estaban colocando las mesas y conectando los ordenadores al sistema informático Holmes con cables que discurrían por debajo del suelo. Varios agentes que todavía no conocía hablaban por teléfono. Otros se afanaban en juntar las pruebas del caso obtenidas hasta entonces en las pizarras blancas que abarcaban toda la pared del fondo.

En un rincón, había un mapa enorme del sur de Londres y de la zona limítrofe de Kent. Una agente delgada, de cabello corto y negro, estaba fijando fotografías al lado, incluyendo las de la cantera Hayes y del número siete de Avondale Road. Un agente con sobrepeso, de pelo rubio y dientes de conejo, se encargaba en la mesa contigua de seleccionar las fotos de un montón. Eran fotografías de Jessica Collins con su vestido de fiesta, así como del esqueleto en la mesa de la morgue. Otra foto mostraba los restos parduzcos y andrajosos de sus ropas a consecuencia de haber estado tantos años bajo el agua.

—Hola, soy la inspectora jefe Foster —se presentó Erika.

—Yo soy la agente Knight —dijo la mujer y le dio la mano—. Y este es el agente Crawford.

—Ya sé hablar por mí mismo —le espetó el agente, y le estrechó la mano a Erika: una mano fría y húmeda.

Knight prosiguió sin hacerle caso.

—Estamos estableciendo una secuencia: todos los movimientos de Jessica en los días anteriores al siete de agosto, cuando salió del número siete de Avondale Road. Me baso en el informe original sobre personas desaparecidas y en todas las declaraciones, pero las notas del caso en el sistema Holmes son bastante limitadas.

El sistema informático Holmes era un programa utilizado por los cuerpos policiales de todo el país para ordenar y clasificar los expedientes de los casos. Se había introducido en 1985, pero habían sido necesarios varios años para que algunos departamentos lo adoptaran totalmente.

Knight prosiguió:

—El agente McGorry ha ido a recoger las copias físicas de los archivos. Estará de vuelta enseguida. Creo que ha aprovechado para comprar algo de comer.

—¿Quién es este? —preguntó Erika cogiendo una fotografía amarillenta. Era una foto policial de un hombre de treinta y cinco años, de ojos azules, pelo rubio grasiento y cara rechoncha.

—Es Trevor Marksman —dijo Crawford, que se coló entre ambas para cogerla—. Un toca-niños de aire repulsivo, ¿no? Aunque ahora tiene otro aspecto. Mire.

Buscó entre el montón y sacó la fotografía de un hombre con espantosas quemaduras en la cara y el cuello. Miraba directamente a la cámara y tenía la piel enrojecida y reluciente. La única semejanza con la primera imagen estaba en los fríos ojos azules que asomaban entre el amasijo de injertos de piel. No tenía pelo, ni pestañas ni cejas.

—Ahora vive en Vietnam —dijo Erika, y cogió la fotografía por los bordes. No quería tocar la cara.

—Sí, tenemos una dirección de Hanói, pero no sé si está actualizada —aportó Knight—. Estoy haciendo averiguaciones.

—Yo también lo estoy investigando; trabajamos juntos —terció Crawford. Había algo infantil en su modo de decirlo, como si quisiera demostrarle a Erika que él estaba haciendo el mismo esfuerzo.

Ella le tendió la fotografía y le advirtió:

—No diga «toca-niños». Es un modo chistoso de definir algo horrendo. Diga «delincuente sexual» o «pedófilo», ¿vale?

Ruborizado, Crawford cogió la foto y asintió.

—¿Creen que lo tendrán todo listo mañana por la mañana?

—Sí, señora —afirmó Knight.

—Llámeme jefa, por favor.

—Sí, jefa.

John entró con una caja de comida para llevar y una lata de Coca-Cola, y se acercó a Erika, mientras se metía unas patatas fritas en la boca.

—John, me dicen que tenemos las copias físicas de los expedientes del caso, ¿es así?

Él se tapó la boca con la mano.

—Ay, perdón, están quemando —dijo, todavía masticando, y las engulló con un trago de Coca-Cola—. Disculpe, jefa. No he comido en todo el día. Sí. También hemos recibido del doctor Strong el informe oficial de la autopsia. Lo he dejado en su mesa.

—¿Dónde está mi mesa?

—En su despacho.

—¿Tengo un despacho?

—Allí detrás. —Y se lo señaló con una patata frita.

Erika se giró y vio un compartimiento con paredes de vidrio en la parte trasera del centro de coordinación. Estaba lleno hasta media altura de archivadores blancos. Se acercó a la puerta. John la siguió. Entre los montones de archivadores, atisbó una mesa.

—¿De quién ha sido la idea de ponerlos ahí dentro? ¿Cómo se supone que voy a entrar? —le soltó Erika.

—No sabía que eran tantos. Yo solo dije que los dejaran en su despacho...

—¿Y esto es absolutamente todo?

—Sí. El Grupo de Investigación Especial nos ha enviado cuanto tenía almacenado. Algunos archivadores están rotulados por la fecha, desde 1991 hasta 1995; otros, con los nombres de los lugares; y además, hay un montón sin etiqueta en los que han metido las carpetas sin ningún criterio...

El teléfono sonó en el despacho. John la ayudó a apartar una pila de archivadores para que pudiera abrirse paso y descolgar. Era Marsh.

—¿Qué ha sacado de los expedientes históricos? —preguntó él sin preámbulos.

—Acabo de recibirlos, señor.

—¿Está confeccionando una lista de sospechosos? Me gustaría verla cuanto antes.

—He estado hablando con la agente Greene, que actuó como Enlace

Familiar en el caso. Ella me ha dado una visión general, pero necesitare más efectivos para revisar todo el material —dijo Erika mirando consternada los archivadores.

—Bien. Veré qué puedo hacer. ¿Ha visto los periódicos?

Mientras hablaban, John le pasó un ejemplar del *Evening Standard*, algo mojado por la lluvia, y ella vio que la noticia del hallazgo de los restos de Jessica Collins aparecía en portada en la edición vespertina.

—Sí, tengo el *Evening Standard* delante.

—Por algún motivo, han olvidado incluir el número de teléfono del centro de coordinación. Pero Colleen Scanlan y el equipo de prensa se van a encargar de que lo introduzcan de inmediato en la edición digital. Martin Collins llegará en avión esta noche con la familia restante. Ha solicitado reunirse con la jefa de investigación y la jefa de prensa mañana a primera hora.

—Yo tengo una reunión informativa a primera hora, señor —respondió Erika, irritada—. Pensaba reunirme después con la familia...

—Bueno, Martin Collins quiere tener garantías de que el caso se llevará como es debido, después del fiasco de la investigación anterior. Necesitamos resultados, Erika.

—Estoy desenredando una telaraña, señor. Hablo en serio cuando digo que necesito más efectivos. Hemos de revisar deprisa estos expedientes. De ese modo estaré en condiciones de confeccionar una lista de sospechosos.

—De acuerdo, déjelo de mi cuenta —dijo Marsh. Y cortó.

Ella se inclinó entre las cajas y colgó. John se mordía los labios, nervioso, viendo lo enfadada que estaba.

—Ha llamado el comisario Yale. Aún está esperando el informe de Jason Tyler. Dice que usted prometió entregárselo ayer.

—¡Maldita sea!

—¿Seguro que no quiere una patata? —dijo John ofreciéndole la bolsa. Ella cogió una y se la metió en la boca; luego abrió un archivador con una fecha rotulada: «7 de agosto de 1990».

—Empecemos por el principio —dijo, intimidada.

Erika llegó adormilada a Bromley a la mañana siguiente. Se había quedado hasta muy tarde para comenzar a revisar los expedientes de Jessica Collins y terminar el informe de Jason Tyler; había dormido unas pocas horas.

Al salir del coche en el aparcamiento subterráneo, oyó un silbido y vio que se acercaban dos caras conocidas.

—¡Jefa! ¡Qué alegría verla, maldita sea! —exclamó la inspectora Moss que, abalanzándose sobre ella, le dio un gran abrazo. Era una mujer menuda y fornida, de pelo rojizo, que llevaba recogido detrás de las orejas, y de tez lechosa cubierta de pecas.

—Está excitadísima por el encuentro —dijo un agente negro de elevada estatura, acercándose. Era el inspector Peterson, muy elegante y apuesto con un impecable traje negro.

—¡Uf! No puedo respirar —dijo Erika riendo. Moss la soltó y retrocedió un paso.

—Creía que se había olvidado de nosotros.

—Ha sido todo una locura. Al principio, me destinaron aquí como agente de repuesto y, de repente, me cargaron con un montón de casos —dijo Erika, sintiéndose culpable por no haberse mantenido en contacto con sus antiguos colegas.

—Venga, Peterson. Dale un abrazo a la jefa —bromeó Moss.

Él puso los ojos en blanco.

—Me alegro de verla —dijo sonriente, y le dio una palmadita en el hombro.

Ella le devolvió la sonrisa. Hubo un silencio incómodo. Al fin preguntó:

—¿Necesitan pases para el aparcamiento?

—Solo uno. Hemos venido con mi coche; Peterson está esperando a que le asignen uno nuevo —dijo Moss.

—Se me paró la semana pasada en pleno día, en la rotonda de The Sands —explicó él—. Una auténtica pesadilla, justo a la hora punta. Había un montón de coches tocando la bocina furiosamente, y no cesaba de salir humo del capó.

—Imagínese la escena, jefa, y él con su mejor traje de diseño. Deberías habértelo puesto hoy...

—Que te jodan, Moss —soltó Peterson.

—Se hace el modesto, jefa. Incluso llevaba el sombrero que le da un aire de galán de culebrón...

Erika estalló en carcajadas.

—Perdón, Peterson —se disculpó.

—No importa —respondió él sonriendo de nuevo.

A Erika se le había olvidado lo mucho que disfrutaba trabajando con ambos, y cuánto los echaba de menos. Al llegar al ascensor del fondo del aparcamiento, pulsó el botón.

—Me alegro de tenerles aquí a los dos. Gracias. Aunque me temo que hoy no vamos a reírnos. Este caso va a ser duro.

El centro de coordinación estaba atestado de gente cuando llegaron a la última planta. Erika presentó a Moss y a Peterson, y observó complacida que le habían asignado seis agentes adicionales del Departamento de Investigación Criminal para revisar todos los archivos del caso.

Les observó la cara; aguardaban con expectación.

—Buenos días a todos. Gracias por ponerse a disposición del equipo tan rápidamente —dijo para empezar. A continuación, hizo un breve resumen del caso Jessica Collins y de las novedades que se habían producido—. Al reabrir este caso estamos abriendo la caja de Pandora; o tal vez debiera decir un montón de cajas —añadió, aludiendo a los archivadores del caso, ahora apilados en la pared del fondo hasta gran altura—. Lo que debemos hacer todos es centrarnos en los hechos de la desaparición de la niña. Dejemos de lado las especulaciones. No podemos prever cómo tratarán los medios el hallazgo de los restos de Jessica, pero nosotros hemos de anticiparnos e ir siempre por delante. El reto quizá sea incluso mayor que en los años noventa. Ahora tenemos canales de información continua, redes sociales, blogs y foros en línea, todo lo cual removerá las cosas y las regurgitará las veinticuatro horas del día. Por consiguiente, estos expedientes que están alineados en la

pared deben ser revisados de arriba abajo, y de prisa. Necesito que se estudien y comprueben las declaraciones de los testigos. Quiero saber hasta el más mínimo detalle sobre la cantera Hayes: para qué se ha utilizado a lo largo de los años, cómo es que el cuerpo de Jessica nunca fue encontrado... Me voy directa desde aquí a reunirme con la familia Collins, que sin duda tendrá muchas preguntas que hacerme. Necesito que se pongan a trabajar a toda máquina.

La agente Knight se dispuso a explicar a los agentes la secuencia de los hechos que llevó a la desaparición de la pequeña.

—¿Hasta qué punto quiere que me extienda sobre la zona de la desaparición, jefa?

—Suponga que no sabemos nada. Que no vivimos cerca de Hayes. Que nunca hemos oído hablar de Jessica Collins. Estamos escuchando esto por primera vez... Y recuerden —añadió—, no existen las preguntas estúpidas. Si no entienden algo, díganlo en voz alta.

Se apoyó en una mesa para cederle la palabra a Knight, que se situó frente al gigantesco mapa de cuatro metros por cuatro de la pared del fondo.

—Este mapa cubre de arriba abajo un área de unos treinta kilómetros. En medio está el centro de Londres; en la base, al sur, los límites de Kent; y aquí nos encontramos nosotros —dijo señalando una cruz roja—. Estamos a cuatro kilómetros de Hayes. Es un pueblo de la periferia habitado por gente que se desplaza todos los días a Londres para trabajar. En tren, se tarda media hora en llegar al centro. Hayes tiene un porcentaje de jubilados superior a la media; los precios de la propiedad son elevados y es una zona demográfica de predominio blanco.

Knight le hizo una seña a Crawford, que se sentó a una mesa frente a un portátil y activó un proyector. En un recuadro vacío de la pizarra apareció otro mapa. Ella se situó al lado y continuó explicando:

—Esto es un mapa a mayor escala del parque Hayes y del pueblo. Aquí ven la calle principal y la estación de tren. Esta extensa zona verde es el parque natural, un área de bosques y páramos recorrida por caminos y senderos y por varias carreteras. Con sus noventa hectáreas, es una de las mayores zonas de terreno comunal del Gran Londres. Hay múltiples puntos de acceso al parque: Prestons Road, West Common Road, Five Elms Road, Croydon Road, Baston Road, Baston Manor Road y Commonside. La cantera Hayes, en cuyo embalse se encontraron los restos de Jessica, está situada aquí.

Señaló la zona sudeste del parque, donde Croydon Road, Baston Road y Commonsidge atravesaban la zona verde formando un gran triángulo invertido.

—La cantera se creó entre 1906 y 1914 para extraer grava y arena. A lo largo del tiempo, se ha inundado y vaciado en dos ocasiones. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo una base del ejército y cañones antiaéreos en el parque Hayes. En 1980, la cantera se vació por segunda vez en el marco de una gran excavación arqueológica para buscar utensilios de la Edad del Bronce. Tras esa operación, se dejó que volviera a llenarse de agua. El Ayuntamiento de Bromley presentó dos veces una solicitud para dedicar el embalse a la pesca comercial, pero se rechazó la propuesta en ambas ocasiones porque el parque es una reserva natural protegida.

La agente hizo una breve pausa y se desplazó por delante del mapa hacia el otro extremo. La proyección de las líneas de las carreteras jugueteaba sobre su cansado rostro como grandes arterias.

—Ahora paso a la secuencia de hechos que condujo a la desaparición de Jessica Collins. Ella vivía con su familia aquí, en el número siete de Avondale Road, que queda a poco más de un kilómetro de la cantera Hayes; la entrada más cercana está en este punto, en Baston Road. Ya ven que todas las casas de Avondale Road son independientes, con grandes jardines. Es una zona adinerada. El sábado siete de agosto de 1990, a las dos menos cuarto de la tarde, Jessica salió de su casa para asistir al cumpleaños de su amiga de la escuela, Kelly Morrison, que vivía en el número veintisiete de la misma calle. Era un paseo de unos quinientos metros, pero ella no llegó a la fiesta. La alarma no cundió hasta las tres y media de la tarde, cuando la madre de Kelly llamó a Marianne para preguntar dónde estaba Jessica.

Knight le hizo una seña a Crawford, que volvió a sentarse ante el portátil y pinchó un enlace. Apareció proyectada en la pizarra la página «Perez Hilton» de cotilleos, exhibiendo una fotografía de Kim Kardashian saliendo de un Starbucks.

—¡Uf! —dijo, y sofocó la risa—. Vaya pifia. ¡Aunque seguro que no soy el único que sigue a las Kardashian!

Se hizo un gran silencio en el centro de coordinación. Algunos agentes intercambiaron sonrisitas burlonas. Moss miró a Erika enarcando una ceja.

—Aquí lo tenemos —dijo Crawford, ruborizado.

La proyección mostró una imagen de Google Street View. Knight lo fulminó con una mirada y continuó:

—Aquí es donde Baston Road deja el parque y se convierte en Avondale Road. —La borrosa imagen de Google avanzó a sacudidas y recorrió las casas de esa calle—. Ya ven que todas estas casas son grandes, de dos o tres pisos, y que están apartadas de la calle y muchas de ellas, protegidas por altos setos o hileras de árboles... Ahora estamos pasando frente al número siete, la casa de los Collins, y nos dirigimos hacia el número veintisiete. Estoy intentando conseguir imágenes de la calle de hace veintiséis años.

La imagen de Google Street View siguió desplazándose entre una serie de casas de mejor aspecto. Un cartero aparecía inmóvil a mitad de su recorrido; la cara estaba borrosa y la mano, hundida en su saca de correos. Más adelante, en un sendero de acceso, se veía por detrás a una mujer con un perrito; era rubia y tenía el pelo corto y ensortijado.

—Ahora estamos pasando frente al número veintisiete, la casa de la amiga de Jessica, Kelly Morrison. Ya ven que Avondale Road tuerce bruscamente a la izquierda, donde se convierte en Marsden Road. —La imagen de Google discurrió borrosa, pero volvió a enfocarse frente a una gran mansión pintada de un color amarillento que recordaba la mantequilla; disponía de una gran entrada con columnas—. Esto es el Swann Retirement Village, una residencia de ancianos, pero hace veintiséis años se empleó como centro de reinserción de delincuentes sexuales condenados. Su existencia no se conocía públicamente; salió a la luz tras la desaparición de Jessica. Uno de los residentes, Trevor Marksman, constituyó el centro de la primera investigación. En su habitación del último piso se encontraron fotos y una filmación en vídeo de la niña. Un vecino declaró haberlo visto merodeando frente a la casa de los Collins durante la tarde del cinco de agosto; también el seis hacia la misma hora y el siete por la mañana. Fue arrestado dos semanas más tarde y retenido para ser sometido a interrogatorio; pero no se hallaron pruebas, aparte de las fotos y el vídeo, que lo relacionaran con la desaparición.

—Pero ese centro de reinserción estaba lleno de delincuentes sexuales convictos. Tendría que haber habido más sospechosos aparte del tal Marksman, ¿no? —preguntó Moss.

—Sí, pero las medidas de seguridad en el centro eran estrictas, y a la una y media del siete de agosto se convocó la reunión semanal de los residentes y de los supervisores de la condicional. Se hizo un recuento al empezar, y estaban todos presentes. La reunión se prolongó dos horas, justo hasta pasadas las tres y media. Nadie la abandonó. La madre de Kelly Morrison llamó a Marianne

Collins a las tres y media para preguntar dónde estaba Jessica. Poco después iniciaron la búsqueda.

—Pero ahora tenemos el cuerpo —aportó Moss.

—Tenemos los restos de la niña, pero no queda prácticamente ningún indicio forense; son veintiséis años bajo el agua —puntualizó Erika.

Knight prosiguió:

—Todos los miembros de la familia más inmediata de Jessica tienen coartada. Marianne y Martin estaban en casa con Toby. Unos ancianos del vecindario, los señores O’Shea, ya fallecidos, se presentaron de visita a las dos menos veinte. Se encontraban allí cuando Jessica salió, y se quedaron hasta que se disparó la alarma. La hija mayor, Laura, estaba de *camping* con su novio, Oscar Browne, a cuatrocientos kilómetros, en la península Gower de Gales. Habían salido a primera hora del día anterior.

La agente recorrió la sala con la vista, y continuó:

—Las entrevistas puerta a puerta no arrojaron resultados; la mayoría de los vecinos habían salido, y los que estaban en casa tenían sólidas coartadas. Como han podido apreciar en Google Street Maps, desde la mayor parte de las casas no resulta visible la calle. Tenemos un período de casi dos horas en el que habría podido suceder cualquier cosa. Había muy pocos tenderos trabajando y el cartero no pasa el sábado por la tarde. En 1990 solo una pequeña parte de la zona estaba cubierta por cámaras de vigilancia. Y tampoco circulan autobuses por Avondale Road.

Se guardó silencio antes de que Crawford volviera a encender las luces. Erika se situó junto al mapa, ahora menos visible bajo los fluorescentes.

—Gracias. Y quizá, Crawford, debería reservar el portátil para asuntos de trabajo.

—Sí, lo siento mucho. No volverá a suceder —tartamudeó él.

La inspectora jefe prosiguió:

—Necesito a todo el mundo concentrado en el caso; y si alguno llega a perder la concentración, que mire esta foto. —Señaló la fotografía tomada durante la autopsia del esqueleto de Jessica, extendido sobre una sábana azul como un rompecabezas completado—. Tenemos que ponernos a trabajar a tope con una cantidad enorme de expedientes antiguos. Pero hay que tomárselo por el lado positivo. Esos expedientes podrían dar mucho más de sí. Contamos, además, con las ventajas de la visión retrospectiva. Quiero que se repartan los archivadores. La inspectora Moss se encargará de la distribución. Quiero que

revisen todas las pruebas sobre Trevor Marksman, y también que presten atención al papel jugado por la jefa de la primera investigación, la inspectora jefe Amanda Baker...

—Yo conozco a Amanda —la interrumpió Crawford—. Fui uno de los agentes que trabajó en el caso en 1990.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —preguntó Erika. Todos los presentes se volvieron hacia el agente, que estaba de pie junto a la puerta. Él soltó un resoplido.

—Eh, bueno. Pensaba hacerlo cuando hubiera un descanso. Ha sido todo tan frenético...

—Ayer hablé con usted y con la agente Knigth cuando estaban preparando esta sesión. ¿No le pareció que fuera algo relevante, o que podría habernos aportado algunas ideas?

Todos lo miraban. Él volvió a resoplar con las mejillas infladas, un hábito que estaba sacando de quicio a Erika.

—Se han dicho muchas cosas de la inspectora jefe Baker... —murmuró—. Yo siempre pensé que ella estaba entre la espada y la pared. Por un lado, tenía que aguantar las críticas de la familia Collins y, por el otro, las instrucciones de un montón de jefazos de la época. No era justo.

—Eso ya lo sabemos. ¿Puede contarnos algo más?

—Mmm... Yo participé en las operaciones de rastreo del parque Hayes y de la cantera en agosto y septiembre de 1990. La unidad de submarinismo también rastreó el fondo del embalse. Pero no conseguimos... No encontraron nada.

—Quizá sea posible que hubieran mantenido a Jessica viva, o que la hubieran matado en otro lugar y arrojado el cuerpo más adelante —insinuó Erika.

—Yo no tenía acceso a nada de lo que sucedía en el centro de coordinación. Era un simple agente uniformado lleno de entusiasmo... Aún tenía que pulirme mucho —dijo con una risita incómoda.

Todos guardaron silencio mientras él se desplazaba torpemente junto a la puerta. Todavía estaba ruborizado. Erika tomó buena nota para examinar su expediente. Calculaba que debía de tener cuarenta años largos. En los tres meses que llevaba trabajando en la comisaría de Bromley, no lo había visto nunca.

—Bien. Quiero que todo el mundo dé prioridad a la revisión de las pruebas

físicas. Una vez que sepamos lo que hay en esos archivadores, podremos tirar adelante. Volveremos a reunirnos mañana por la mañana para ver los progresos realizados.

La sala se puso en movimiento de nuevo. Erika se acercó a Moss y a Peterson, que estaban sentados junto a su despacho.

—Peterson, usted viene conmigo. Vamos a hablar con la familia Collins. Moss, mantenga las cosas controladas... —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Crawford, que estaba intentando desenredar el cable de la batería del portátil.

—¿Quiere que mire su expediente? —le preguntó Moss en voz baja.

—Sí, pero sea discreta.

La inspectora asintió y Erika salió del ajetreado centro de coordinación en compañía de Peterson.

Un hombre alto y delgado les abrió la puerta del número siete de Avondale Road. Llevaba la cabeza afeitada, aunque la leve sombra de los laterales mostraba que estaba totalmente calvo en la coronilla, y le asomaba una incipiente barba entrecana. Vestía una camisa azul marino arremangada, que dejaba a la vista sus antebrazos musculosos, unos pantalones negros de algodón y mocasines de piel negra. Erika se quedó de piedra cuando dijo que era Martin Collins. Era un sesentón de aspecto juvenil y pulido en comparación con Marianne, que tenía toda la pinta de una vieja pensionista.

—Estamos todos en el salón —gruñó. Todavía conservaba un marcado acento irlandés.

Erika y el inspector Peterson lo siguieron. El aroma de la sofisticada loción de afeitar del señor Collins se imponía sobre el hedor a cerrado, parecido al de una iglesia, que impregnaba la casa.

Entraron en el salón. Marianne estaba sentada en el extremo de un largo sofá junto a la chimenea. Iba de negro de pies a cabeza, lo que acentuaba su palidez mortal. Asía su rosario con tal fuerza alrededor de la mano derecha que las cuentas se le clavaban en la piel. A su lado, se hallaba una atractiva cuarentona morena, profusamente maquillada. Llevaba un traje de chaqueta negro de diseño y una blusa blanca. Sus ojos castaños, claramente enrojecidos, parecían distantes.

La inspectora jefe se presentó a sí misma y a Peterson.

—Esta es mi hija Laura —dijo Marianne señalándola.

Laura se puso de pie y les dio la mano. En un sillón junto al sofá se hallaba un guapo joven de cejas y pelo oscuros, también vestido elegantemente con un traje negro. Se levantó y dijo que era Toby. A su lado había un indio apuesto y flaco, con el cabello hasta los hombros, ataviado con un traje negro de seda.

—Este es mi prometido, Tanvir —añadió Toby.

Se estrecharon las manos. Marianne, mordiéndose los labios, miró implorante a Martin.

—¿Qué pasa? —dijo Toby.

—Tu madre pidió que estuviera solo la familia —contestó Martin.

—Tanvir es mi familia y quiero que esté presente. No habría habido ningún problema si Laura hubiera traído aquí a su marido o a los niños...

—Pero yo no he traído a Todd —le soltó su hermana—. Se ha quedado cuidando a Thomas y a Michael.

Cogió la mano libre de su madre entre las suyas. Toby abrió la boca para responder, pero Erika se adelantó y dijo:

—Quisiera darles a todos nuestro pésame. Somos conscientes de que son momentos muy difíciles.

El aspecto de la familia le había sorprendido muchísimo. Parecían muy sofisticados y llenos de dinamismo en comparación con la madre.

—Sí, así es. Siéntense, agentes, por favor —respondió Marianne, y les indicó un par de sillas de alto respaldo situadas frente al sofá. Ambos policías tomaron asiento—. Acepten, por favor, mis disculpas por lo de ayer. No sé qué me entró.

—He hablado con Nancy y, aunque consideramos muy grave pegar a un agente de policía, ella no quiere presentar ninguna denuncia. Eran circunstancias excepcionales —dijo la inspectora Foster.

—Me siento muy avergonzada...

—¿Les apetece a todos un té? —la interrumpió Tanvir poniéndose de pie. Todo el mundo se quedó de piedra.

—Sería perfecto —dijo Peterson.

—Tú no sabes dónde están las cosas —le espetó Marianne.

—Sabe usar un hervidor; y seguro que las tazas siguen como siempre encima del microondas —apuntó Toby.

Tanvir vaciló, molesto.

—Sí, un té sería perfecto —dijo Erika, y le sonrió.

—Deja que lo haga yo —replicó Marianne levantándose.

—No es contagioso, mamá —dijo Toby.

—¡Toby! ¡Por el amor de Dios! —exclamó Martin.

—Tanvir, estoy segura de que eres una buena persona, pero... —murmuró Marianne.

—¡Ya basta! —gritó Martin—. ¿Quieres perder a tu hijo, además de a tu

hija! ¡Déjale hacer el té, maldita sea!

El joven indio salió del salón. Marianne se pasó por la cara un pañuelo de papel estrujado. Laura se le aproximó y le cogió las manos.

—¿Cómo puedes decir eso, Martin? —refunfuñó Marianne.

—¡Ya basta, joder! —clamó Martin.

Él no se sentó y siguió deambulando frente a las cortinas. Erika comprendió que debía tomar las riendas y dijo:

—No se preocupen. Como ya les he dicho, comprendo que deben de ser momentos difíciles...

—Ya lo oyes, Toby —dijo Martin—. Momentos difíciles. Se suponía que hoy solo se iba a reunir la familia. Yo quería que estuviéramos todos juntos por una vez sin...

—¿Cómo puedes hablar así, Martin? Nunca estaremos todos juntos. ¿Cómo puedes olvidarte de Jessica? —gimió Marianne.

—Joder. No quería decir eso. ¿De veras crees que la he olvidado? —gritó Martin—. Tú no tienes el monopolio del dolor... ¡Santo Dios! Todos hemos sufrido a nuestro modo...

—¿Quieres dejar de usar el nombre de Dios en vano?

—Papá...

—No. ¡No voy a permitir que vuelva a decirme que no he llorado lo bastante, que no estoy actuando como es debido! —Se acercó al sofá y apuntó a su exesposa con el dedo—. Yo amaba a esa niña, y removería cielo y tierra para poder pasar un minuto más con ella, para tenerla aquí con nosotros... para haber visto cómo iba creciendo durante los últimos... —Se le quebró la voz y se giró, dándole a todos la espalda.

—Escuchen, no queremos entrometernos en su vida más de lo necesario —intervino Erika—. Ustedes solicitaron esta reunión con nosotros. Centrémonos, por favor, en lo que estamos haciendo para atrapar al culpable.

Laura estaba llorando, igual que su madre. Toby permanecía con aire resuelto en el sillón, con los brazos cruzados sobre su fornido tórax.

—Ah, yo ya sé quién es el culpable —dijo Marianne—. Ese maligno hijo de puta, Trevor Marksman. ¿Lo han detenido?

—Estamos examinando todos los aspectos del caso —explicó Erika.

—No me venga con chorradas oficiales —dijo Martin—. ¡Hable como un ser humano!

—De acuerdo, señor Collins. Hemos heredado un caso complejo. Cuando

Jessica desapareció, hace veintiséis años, hubo muy pocos testigos. Hemos de retroceder y retomar la investigación inicial que, como saben, tenía muchas lagunas.

—¿Dónde está Marksman?

—Lo último que sabemos es que estaba viviendo en Vietnam.

—Conque Vietnam, ¿eh? Un lugar repleto de chicos pobres. ¡Imagínese lo que se puede hacer allí con trescientas mil libras! —rugió Martin.

—Ese hombre... ese malvado... ¿Cómo va a ser justo que pueda demandar a la policía, sacarle todo ese dinero y largarse como si nada? —intervino Marianne.

—No se hallaron pruebas suficientes —dijo Erika.

—Yo he visto todas esas series de la tele... Seguro que pueden hacer mucho más con las nuevas técnicas forenses, ¿no? —terció Martin—. Cosas que antes no podían hacerse, ¿no es cierto?

—Hemos encontrado los restos de Jessica cuando ya llevaban muchos años bajo el agua. Es muy limitado lo que podemos descubrir desde el punto de vista forense...

Todos la miraron fijamente, asimilando la información de que el cuerpo había sido arrojado al agua.

La inspectora jefe prosiguió:

—Yo he resuelto dos casos antiguos de secuestro y he escogido a los mejores agentes para trabajar conmigo. Sé que mucha gente ha acabado dándose por vencida con respecto a la muerte de Jessica, pero yo no soy así. Atraparé a ese cabrón y lo llevaré ante la justicia. Tienen mi palabra.

Martin miró alternativamente a los dos policías, y asintió.

—De acuerdo. Le tomo la palabra —dijo mientras los ojos se le anegaban en lágrimas—. Parece una mujer de fiar. —Se giró, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—¿También vas a follártela? —soltó Marianne. Se hizo un silencio mortal—. ¿No lo sabía? Él se estaba follando a esa puta, la inspectora Amanda Baker.

—Cállate, Marianne... —le advirtió Martin.

—No. ¿Por qué voy a callarme? Te acostaste con esa mujer. Una mujer que me consolaba, a la que le hice confidencias...

—¿Fue mucho después de que asumiera el caso! —gritó Martin.

—¿Y por eso está bien? —dijo Marianne, y se levantó tambaleante.

—Y, supuestamente, yo soy el miembro de esta familia del que todos se avergüenzan —comentó Toby, casi como hablando aparte con Erika y Peterson.

—¡Callaos de una vez! —gritó Laura—. ¡Todos! Estamos aquí por Jessica! Mi... nuestra hermana. Ella ni siquiera pudo crecer... debería estar aquí. ¡Y vosotros lo único que hacéis es discutir y pelearos! —Las lágrimas le dejaban regueros en las mejillas sobre la base del maquillaje. Se las enjugó con el dorso de la mano.

—No es nada, cariño —le dijo Marianne abrazándola.

Laura se zafó de ella e inquirió:

—¿Cuándo podremos verla? Yo quiero verla.

—A mí también me gustaría verla —dijo Marianne.

—Y a mí —terció Toby.

—Desde luego, se puede organizar, pero únicamente cuando el patólogo forense haya terminado. Entonces les entregarán los restos de la niña —informó Erika.

—¿Qué le están haciendo? —preguntó Laura.

—El forense está realizando pruebas, tratando de sacar toda la información posible para hacerse una idea de cómo murió.

—¿Sufrió? Por favor, dígame que no sufrió —suplicó Marianne.

Erika inspiró hondo.

—Isaac Strong es uno de los mejores patólogos forenses del país y, además, es una persona muy respetuosa. Su hija está en buenas manos.

La madre asintió y miró a Martin, que les daba a todos la espalda, apoyado en la pared, con la cabeza gacha. El cigarrillo se le había consumido en la mano.

—Martin, ven aquí, cariño —dijo la mujer.

Él se acercó al sofá, se sentó en el reposabrazos y, hundiendo la cara en el cuello de Marianne, soltó un sollozo ahogado.

—Calma, no es nada —dijo Marianne. Le puso la mano libre en la espalda y lo estrechó contra su cuerpo. Laura se acurrucó junto a su madre y los tres sollozaron.

—Yo apenas la recuerdo —dijo Toby, también con lágrimas en los ojos, mirando a Erika y a Peterson.

Tanvir reapareció con el servicio del té en una bandeja y la dejó sobre la mesita. Erika se moría de ganas de abandonar aquella casa opresiva; entre el

lúgubre mobiliario y el espantoso ambiente general, las imágenes de la Virgen María adquirirían un aire de siniestra melancolía.

—Nos gustaría hacer un nuevo llamamiento público y queríamos preguntarles si estarían dispuestos a presentarse ante los medios, toda la familia junta —planteó Erika.

Ellos asintieron.

—Nuestra jefa de prensa puede asesorarles sobre el momento y la manera de hacerlo.

—¿Tiene algún nuevo sospechoso? —preguntó Laura.

—Todavía no, pero estamos trabajando con nuevos datos.

—¿Cuáles? —dijo Laura con aspereza.

—Bueno, el más evidente es que hemos encontrado a Jessica en la cantera Hayes. ¿Puedo preguntarles qué saben de esa cantera? ¿Solían ir allá toda la familia, o con la niña?

—¿Para qué íbamos a ir a esa vieja cantera? —se extrañó Marianne—. A mi hija le gustaba bailar, entrar en la tienda de mascotas...

—Yo iba a pescar allí —dijo Toby—. Cuando tenía doce o trece años... ¡Ay, Dios! Ella debía de estar allí al fondo. Yo iba por el estanque en bote. Y ella estaba allí. —Tanvir se sentó en el brazo del sillón y le cogió la mano.

Marianne lo notó y desvió la mirada.

Peterson intervino:

—Comprendo que todo esto es muy duro, pero dígame, ¿de quién era el bote? ¿Y quién tenía acceso a él?

—De mi amigo Karl. Era un bote inflable —explicó Toby—. Pero Karl y yo teníamos trece años cuando salíamos a pescar; y yo solo tenía cuatro cuando Jessica desapareció.

—Todo apunta a Trevor Marksman —afirmó Martin enjugándose los ojos—. ¡Al ayuntamiento le parecía bien tener un centro de reinserción de jodidos pederastas al final de nuestra calle! ¿Ha visto las fotografías que le sacó el tipo? ¿Y el vídeo, ese vídeo que filmó cuando Jessica estaba en el parque con Marianne y Laura?

—Es el primero en nuestra lista de sospechosos y volveremos a interrogarlo —aseguró Erika.

Martin negó con la cabeza y comentó:

—Yo escribí a la diputada de la zona para pedirle que se indagaran las circunstancias de la primera investigación. ¿Sabe lo que hizo?

—No —dijo Erika.

—Me respondió con una carta estándar. Ni siquiera tuvo la cortesía de escribir la respuesta. Yo tengo secretarias en mi empresa inmobiliaria que no poseen más que la educación básica, e incluso ellas saben contestar como es debido de su puño y letra. Ya me dirá si un miembro del Parlamento... ¿Sabía que para ser diputado no se necesita ninguna titulación? —Ahora volvía a deambular de aquí para allá. Marianne, Toby y Laura lo observaban—. ¿Qué titulación tienen ustedes?

—Somos agentes de policía —dijo Peterson.

—¿Sí? Bueno, pues Marksman, ese cabrón ignorante, consiguió la asesoría gratuita de un abogado de categoría, los demandó a ustedes y les sacó trescientas mil libras.

—Es lamentable lo que ocurrió —replicó Erika. Nada más decirlo temió que Martin fuera a sulfurarse aún más.

—Bueno, yo tengo dinero, no necesito una asesoría gratuita. ¿Sabían que el antiguo novio de Laura se ha convertido también en un abogado de categoría?

—Papá... —dijo Laura fulminándolo con una mirada.

—Oscar Browne es socio de Fortitudo Chambers y ya ha dicho que está dispuesto a trabajar para mí.

—Oscar Browne... —repitió Erika al recordar los expedientes del caso que había revisado—. Él era su novio en la época de la desaparición de Jessica, ¿no?

—Sí, en efecto —afirmó Laura.

—¿Y ambos estaban de *camping* en Gales cuando su hermana desapareció?

—Sí. Volvimos enseguida cuando nos enteramos. Lo vimos en las noticias...

—Le temblaban los labios.

—¿Y sigue en contacto con Oscar?

—Él ahora está casado y tiene hijos, igual que yo, pero se ha mantenido en contacto conmigo. Una experiencia de ese tipo crea un vínculo muy fuerte.

Erika vio que Martin deambulaba de aquí para allá una vez más, con la cara congestionada.

—El asesino de Jessica ha estado suelto por ahí, riéndose de nosotros, durante veintiséis años, porque ustedes... ustedes, maldita pandilla de inútiles, no han hecho nada. Han permitido que se les escaparan todas las pruebas de las manos. ¿Cómo pudo desaparecer mi hija así como así? Ella se limitó a recorrer la calle, joder; es solo un minuto. Y... ¡NADIE VIO NADA!

Dicho lo cual, volcó de un mandoble la bandeja de té. Las tazas y los platos se hicieron añicos en el suelo.

—Tiene usted que calmarse, señor —dijo Peterson acercándosele.

—¡No me diga que me calme! ¡Usted no puede entrar en mi casa...!

—¡Esta ya no es tu casa, Martin! —gritó Marianne—. ¡Y no puedes venir aquí y destrozarlo todo! —Se arrodilló y se puso a recoger los pedazos grandes de porcelana.

—Mamá, te vas a cortar —dijo Toby en voz baja y, arrodillándose a su lado, le apartó las manos.

Laura miraba impotente a su madre y a su hermano. Martin, encendido de ira, seguía paseándose. De repente se dedicó a dar patadas en la pared. Marianne le gritó que parase.

—Señor Collins, si no se calma ahora mismo tendré que esposarlo y meterlo en un coche patrulla —lo amenazó Erika levantando la voz—. ¿De veras quiere que terminemos así? La prensa está afuera, esperando novedades, y un padre culpable les vendría de perlas. Así que... ¿va a calmarse de una vez, por favor?

Martin reaccionó al oír estas palabras. La miró, escarmentado, y asintió.

—Disculpe —dijo, y se pasó la mano por la cabeza.

—No puedo ni imaginarme lo que debe de haber sido todo esto para su familia... —musitó Erika.

—Nos ha destrozado —murmuró él echándose a llorar. Marianne se acercó para consolarlo, seguida de Toby y Laura. Tanvir se mantuvo al margen. Miraba a Peterson.

—Bueno, creo que vamos a dejarlo aquí —intervino Erika—. Tienen que pasar juntos un tiempo. Nosotros vamos a revisar todas las declaraciones de los testigos. Es posible que queramos hablar con ustedes de ciertos detalles. Ya los llamaremos.

Le hizo una seña a Peterson, y se apresuraron a retirarse.

Finalizada la reunión con la familia Collins, Erika y Peterson se quedaron sentados dentro del coche frente al número siete de Avondale Road.

—Ha sido terrible —dijo Peterson, y se restregó los ojos de cansancio—. ¿De qué ha servido que hayamos venido?

—Están demasiado abrumados por el dolor. Ni siquiera he podido decirles cuándo podrán ver los restos de Jessica. Este caso es... —La inspectora jefe se interrumpió antes de decir «irresoluble»—. De modo que Martin se acostaba con Amanda Baker...

—Lo cual es una complicación añadida —asintió Peterson.

—Debe de estar usted contento de que lo haya reclutado para este caso —dijo ella con amarga ironía.

—Yo la he echado de menos... O sea, trabajar con usted. Y con Moss, claro —replicó Peterson, corrigiéndose. Erika lo miró de reojo y siguió contemplando la calle a través del parabrisas.

—Jessica desapareció justo aquí. —Señaló la acera flanqueada por enormes robles, cuyas ramas desnudas se alzaban a gran altura hacia el grisáceo cielo—. Qué frío, ¿no?

—¿Quiere que pongamos la calefacción?

—No. Me refiero a la calle. Al barrio. Resulta frío, poco acogedor. Todas estas casas elegantes, ocultas a la vista...

El grupo de fotógrafos continuaba apostado fuera, en el margen de césped. Habían sacado fotos a los dos policías al entrar y salir de la casa. Un reportero bajo y canoso emprendió el camino por el sendero. Erika activó las luces azules y la sirena, y el tipo que los vio en el coche sin distintivos se apresuró a retroceder. Ella dejó encendidas las luces azules y llamó a la comisaría para que enviaran a un agente a montar guardia. Los fotógrafos

enfocaron el coche con las cámaras, pero enseguida volvieron a concentrarse en la casa.

—¿No le ha parecido un poco teatral la actitud de Martin Collins? —inquirió Peterson.

—¿En qué sentido? —preguntó Erika.

—Había algo falso en el gesto de volcar la bandeja de té. Me habría parecido más previsible que hubiera tirado un objeto o... no sé, que nos hubiera pegado.

—¿Cree que tiene algo que ocultar?

Peterson negó con la cabeza y planteó:

—¿Hasta qué punto se indagó sobre él en la investigación anterior? ¿Sobre sus negocios, por ejemplo?

—Ganó un montón de dinero rápidamente en el *boom* inmobiliario de los ochenta. En 1987 la familia se trasladó desde Irlanda prácticamente sin blanca, y en 1990 ya vivían en este barrio... ¿Usted cree que lo de Jessica fue un secuestro?

—No lo sé. ¿Nunca se habló de un rescate?

—No. La niña simplemente desapareció, y todo se desintegró. Su familia, la investigación de la policía...

Erika contempló la calle y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Vamos a dar una vuelta —propuso.

Se bajaron del coche, atrayendo brevemente la atención de los fotógrafos, que volvieron a enfocarlos con sus cámaras. Ellos se alejaron hacia el número veintisiete. Las casas de la izquierda estaban más abajo que la calle, y los senderos de acceso descendían en una suave pendiente. Las casas de la derecha se alzaban sobre un montículo, y los senderos ascendían.

—Ya está, es aquí. Hemos tardado dos minutos —dijo Peterson. Se detuvieron ante el número veintisiete. Era una casa de color crema de dos pisos, con columnas de imitación en la entrada. Acababan de asfaltar de nuevo el sendero, y las gotas de agua se mantenían como bolitas de mercurio sobre la superficie impoluta.

—Ahora hay otros dueños. Ha cambiado dos veces de propietarios desde 1990 —informó Erika. Examinaron la calle en ambas direcciones—. El antiguo centro de reinserción de Trevor Marksman está ahí arriba.

Siguieron caminando unos minutos y llegaron al punto donde la calle doblaba a la izquierda. En la acera de enfrente, enclavada en el mismo recodo,

se alzaba una gran mansión de tres pisos. Tenía los muros pintados de un color amarillo como la mantequilla, y los marcos de las ventanas y las columnas de la entrada, de color blanco. En medio del césped, impecablemente recortado, había un rótulo con un cisne blanco y unas grandes letras negras que anunciaban que aquello era en la actualidad la residencia para ancianos Swann Retirement Home. Los cristales de las ventanas reflejaban el cielo liso y grisáceo, como si el edificio mirase con ojos vacuos. Un gran cuervo se posó sobre el rótulo; tenía un pelaje tan brillante como las letras, y soltó un lúgubre graznido.

Al girarse, vieron la perspectiva completa de la calle que descendía hasta la zona donde habían dejado el coche aparcado y donde seguían apostados los fotógrafos. Los altos setos de las casas formaban un largo muro verde a cada lado.

—Me imagino a Jessica aquí fuera, tan cerca de su casa, pero totalmente sola. ¿Gritaría? ¿Alguien la oyó desde detrás de esos espesos setos cuando se la llevaron? —dijo Erika.

—¿Y por qué arrojarla al fondo de un embalse que está a poco más de un kilómetro de su casa? ¿Y si fue alguien que vivía en esta calle? Estas casas son enormes. Deben de tener sótanos.

—He leído en los expedientes que se registraron todas las casas de Avondale Road y de las calles circundantes; casi todo el mundo permitió que la policía echara un vistazo.

—En pocas palabras: se desvaneció —concluyó Peterson. El cuervo soltó otro graznido, como asintiendo—. ¿Y ahora qué, jefa?

—Creo que deberíamos hacerle una visita a Amanda Baker.

Se pusieron otra vez en marcha, desandando el camino. Al llegar frente a la casa, vieron que el agente que habían pedido acababa de llegar. Este detuvo el coche junto a ellos y bajó la ventanilla. Erika y Peterson se acercaron para hablar con él.

No repararon en un hombre alto y moreno, vestido con una chaqueta larga impermeable, que se hallaba entre el grupo de periodistas con una cámara colgada del cuello. A diferencia de los demás, no parecía muy interesado en la casa de los Collins. Observaba atentamente a los policías, como tratando de adivinar su siguiente paso.

Amanda Baker vivía en la última casa adosada de una calle residencial de Balham, en el sudeste de Londres. El pequeño jardín estaba plagado de malas hierbas y la pintura gris de las ventanas de guillotina se veía desconchada. Cuando Erika y Peterson aparcaron delante, la calle se hallaba en silencio y empezaba a llover.

La cancela de madera estaba rota y tumbada en medio del sendero y tuvieron que pasar por encima para llegar a la puerta. Tocaron el timbre y aguardaron, pero nadie respondía. La inspectora se acercó a la mugrienta ventana delantera y atisbó la sala de estar. Únicamente distinguió el televisor en un rincón, sintonizado en un programa de subastas vespertino. Dio un brusco respingo cuando aparecieron frente a ella unos ojos de párpados flácidos, enmarcado por largos mechones de pelo canoso. La mujer la ahuyentó con una mano cubierta en parte por la larga manga de una chaqueta de lana.

—Hola. ¿Amanda Baker? Soy la inspectora jefe Foster. —Y sacó rápidamente del bolsillo la placa de identificación y la pegó al cristal—. He venido con mi compañero, el inspector Peterson. Nos gustaría hablar con usted del caso Jessica Collins.

La mujer acercó la cara y examinó la placa.

—No, lo siento —dijo, y cerró las cortinas.

Erika llamó a la ventana con los nudillos.

—Inspectora jefe Baker, venimos a buscar su ayuda. Nos resultaría muy útil conocer sus ideas sobre el caso.

Las cortinas se entreabrieron; volvió a aparecer la cara.

—Quiero ver la placa de los dos —exigió.

Peterson se acercó a la ventana y pegó la suya al cristal. Ella la examinó a través de la mugre. Tenía profundas arrugas de fumadora alrededor de los

labios.

—Den la vuelta hasta la puerta lateral —dijo al fin, y cerró otra vez las cortinas.

—¿Qué problema habrá con la puerta principal? —rezongó Peterson, mientras abandonaban el cobijo del porche delantero y se exponían de nuevo a la lluvia.

Caminaron deprisa junto a una cerca mohosa que se curvaba alrededor del jardín. Al final de todo, apareció una mano por encima de la cerca y uno de los paneles giró hacia dentro.

La exinspectora jefe Amanda Baker era una mujer gruesa. Llevaba una chaqueta de punto desastrada sobre una camiseta negra, leotardos oscuros y Crocs negras con calcetines grises de lana. Tenía la cara abotargada y rojiza, y una gran papada. El canoso cabello, largo y grasiento, lo llevaba atado en la nuca con una goma elástica.

—Necesito treinta pavos —dijo extendiendo la mano.

—Nos gustaría hablar con usted del caso —dijo Erika.

—Y a mí que me den treinta pavos —repitió Amanda—. Me conozco el tema. Seguro que a una vieja prostituta o a un traficante le suelta unos pavos para que hablen. Y yo sé un montón de cosas sobre ese caso. —Le acercó aún más la mano moviendo los dedos.

—Usted es agente de policía —dijo Peterson.

Amanda lo miró de arriba abajo con admiración y le espetó:

—Lo era, cielo. Ahora soy una vieja que ya no tiene nada que perder.

Hizo ademán de cerrar la cerca.

Erika la paró con la mano.

—De acuerdo —dijo, y le hizo una seña a Peterson.

Él puso los ojos en blanco, sacó la cartera y le dio a Amanda un billete de diez y otro de veinte.

Ella asintió, se los guardó en el sujetador y les indicó que la siguieran por el estrecho y húmedo pasaje. Pasaron junto a la ventana de un baño; un pequeño ventilador adosado giraba con parsimonia, expulsando hedor a orina y detergente. Llegaron al jardín de detrás, también repleto de hierbajos y grandes bolsas de basura apiladas en un rincón.

En la puerta trasera, Amanda se limpió las Crocs en una delgada esterilla, cosa que Erika encontró graciosa, pues aquella era la clase de casa donde uno más bien se limpiaba los zapatos al salir. La cocina debía de haber sido

bastante elegante en su día, pero actualmente estaba llena de suciedad, de platos amontonados y de bolsas rebosantes de basura. Había una cama para perro junto a una lavadora que estaba en pleno centrifugado, pero no se veía al perro por ningún lado.

—Sigán por aquí hasta la sala de estar. ¿Quieren un té? —preguntó la mujer con voz bronca de fumadora.

Los dos policías echaron un vistazo a la mugrienta cocina y asintieron.

Atravesaron el pasillo, dejando atrás una escalera de madera que ascendía a un sombrío rellano. En el vestíbulo había montones de periódicos viejos apoyados contra la puerta principal hasta media altura. La sala, abarrotada de muebles, tenía las paredes y el techo amarillentos a causa de la nicotina.

—¿De veras piensa beberse su té? —cuchicheó Peterson.

—No, pero si nos sirve para hablar más tiempo con ella... —le respondió Erika, también cuchicheando.

—Bueno, por treinta libras deberíamos sacarle al menos una hora...

Lo interrumpió un golpe en la ventana de delante. Había una cara pegada al cristal mugriento. Amanda apareció presurosa por detrás de ellos y subió la ventana.

—¿Todo bien, Tom? —dijo.

Una mano le pasó por el hueco unas cartas y dos botellas de Pinot Grigio. Erika se acercó y vio que era el cartero. Amanda se sacó las treinta libras del sujetador y le dio el billete de veinte. El tipo se alejó silbando.

—¿Qué? —dijo Amanda al ver la cara que ponían los dos—. En Estados Unidos lo llaman «servicio de bebidas».

—Pero no es el cartero el que se encarga del reparto —observó Peterson.

—¿No le apetece una copa?

—Estoy de servicio —dijo él fríamente.

—Bueno, le traeré el té. Siéntese.

—Ahora ya sabemos por qué no usa la puerta principal —comentó Peterson cuando ella regresó a la cocina.

—Podría ser un poco menos maleducado —dijo Erika.

—¿Cómo? ¿Quiere que me emborrache con ella con el vino que le trae el cartero?

Pese a la situación, ella se echó a reír.

—No. Pero tampoco sea tan distante. Un poquito de coqueteo siempre resulta útil. Piense con perspectiva.

Peterson apartó del sofá un montón de periódicos y de envoltorios de chocolatinas y se sentó. La sala quedaba apretujada entre dos sofás desvencijados, la mesa de comedor y las sillas. La televisión se hallaba en un gran mueble-estantería que ocupaba una pared entera y estaba atiborrado de libros y papeles. Erika se acercó a mirar una foto colgada de la pared que llamaba la atención; estaba gastada y deslucida en la base, donde había penetrado la humedad, y el marco, de baratillo, era dorado y lucía un diseño trenzado alrededor. En la imagen, en colores, aparecía una versión más joven y delgada de Amanda Baker con el antiguo uniforme de la policía: gruesas medias negras, falda, chaqueta y gorra de plato, bajo la cual relucía su pelo oscuro. Estaba en la entrada de la Academia de Policía de Hendon junto a un joven agente también de uniforme, aunque él tenía la gorra bajo el brazo. Ambos mostraban sus placas sonriendo ante la cámara.

—Ya me figuraba que se iría directa a esa foto —dijo Amanda cuando entró llevando una bandeja con dos tazas humeantes y una copa grande de vino blanco.

—A él lo reconozco —dijo Erika y, cogiendo una taza, volvió a mirar la foto.

—El agente Gareth Oakley, tal como era en esa época. En los setenta trabajamos en el Departamento de Investigación Criminal. Oakley y yo teníamos el mismo rango. Usted lo conocerá como subcomisario general Oakley, ahora retirado.

—Tuvo que ser interesante esa experiencia: una mujer en el Departamento de Investigación Criminal en los setenta...

Amanda se limitó a arquear una ceja.

Erika miró de nuevo la foto.

—Sí, es Oakley, no hay duda. Tenía menos pelo que ahora. ¿Cuántos años debía de tener aquí? —preguntó mientras le examinaba de cerca el pelo ralo.

Amanda soltó una risa ahogada.

—Veintitrés. Empezó a llevar peluquín cuando lo ascendieron a inspector jefe.

—¿Este es el subcomisario general Oakley? —preguntó Peterson, que se sumó a la conversación.

—Nos formamos juntos en Hendon y nos graduamos en 1978 —dijo la mujer, y se dejó caer como un fardo en el gran sillón junto a la ventana. Erika y Peterson ocuparon el sofá.

—Oakley acaba de retirarse con una enorme bonificación por sus servicios —comentó Peterson. La frase quedó flotando en el aire.

—Bueno, hemos venido de modo informal para hacerle unas cuantas preguntas sobre el caso Collins, que acaban de asignarme —dijo Erika.

—Debe de haber cabreado a alguien para que se lo hayan endosado —le soltó Amanda con una risotada sombría. Dio un gran trago de vino y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta de punto—. Es un cáliz envenenado. Yo siempre pensé que la habían tirado a la cantera... aunque dragamos el fondo del embalse dos veces y no encontramos nada... —Hizo una pausa para encender un cigarrillo y dar una larga calada—. O sea que ahora le toca a usted averiguar si la mantuvieron en otro lugar y trasladaron posteriormente el cuerpo, ¿no?

—¿Usted estaba convencida de que fue Trevor Marksman?

—Sí —asintió Amanda sosteniéndole la mirada—. Pero ardió en llamas por lo que hizo. ¿Y sabe? Lo volvería a hacer.

—¿Reconoce abiertamente que dio el soplo a la gente que introdujo la botella de gasolina por el buzón de su puerta?

—¿Usted nunca ha deseado tomarse la justicia por su mano?

—No.

—Vamos, Erika. He leído artículos sobre su historia. Ese traficante mató a su marido, junto a otros cuatro compañeros, y la dejó a usted por muerta. ¿No le encantaría pasar con él una hora a solas, con un bate de béisbol cubierto de clavos? —Tiró la ceniza del cigarrillo en un cenicero rebosante que tenía en la mesita auxiliar, sin apartar la mirada de la inspectora.

—Sí, me encantaría.

—Pues ahí lo tiene.

—Pero no lo haría. Nuestra misión como policías es defender la ley, no tomarnos la justicia por nuestra mano. Usted tuvo, además, una aventura con Martin Collins, ¿verdad?

—Así es. Él y Marianne ya habían roto; fue a los dieciocho meses de la desaparición de Jessica. Habíamos intimado. Me arrepiento más de esa historia que de lo de Marksman. Pero me enamoré.

—¿Él también se enamoró? —preguntó Peterson.

Ella se encogió de hombros y dio otro largo trago de vino.

—Muchas veces pienso que aquello fue lo único bueno que hice por la familia. No pude devolverles a su hija. Pero ayudé a Martin a olvidar, al

menos mientras estuvo conmigo.

—Ahora que hemos encontrado a Jessica, ¿sigue creyendo que fue Trevor Marksman? —preguntó Erika.

Amanda dio una prolongada calada a su cigarrillo.

—Yo siempre pienso que si algo es tan evidentemente obvio, debe de ser cierto... Pero había alguien más ayudándolo; y yo creo que, cuando se la llevó, la mantuvo oculta en alguna parte.

—¿Lo sometieron a vigilancia? —preguntó Peterson.

—Sí, pero pasó una semana más o menos entre que Jessica desapareció y que nosotros nos concentráramos en él... Creo que debió de hacerlo en esos días.

—He echado un vistazo a su hoja de servicios —comentó Erika.

—¿Ah, sí? —dijo Amanda entornando los ojos tras el humo del cigarrillo.

—Después del caso Jessica Collins, la trasladaron a la brigada antidroga y la acusaron de venta de cocaína.

—Yo fui una agente rematadamente buena. Allané el camino para mujeres como usted. Y, hace veinte años, usted habría sido el negro de relleno para cumplir la cuota mínima; ahora los aceptan, se los toman en serio. Y ustedes se olvidan de las que lucharon para que pudieran tener un lugar en el cuerpo.

—Vaya, que todo es gracias a su trabajo, ¿no? Usted es la Rosa Parks de la policía metropolitana —dijo Peterson.

Se produjo un silencio embarazoso. Erika le lanzó una mirada a su compañero.

—Hemos venido para conocer su visión de la historia —contemporizó Erika.

—¿Mi visión?

—Sí, para saber cómo fue su experiencia en el caso, para conocer su punto de vista. Yo estoy empezando completamente a ciegas, con montones y montones de expedientes.

Amanda se quedó callada y encendió otro cigarrillo.

—Cuando yo trabajaba en el Departamento de Investigación Criminal, era la única mujer y me pasaban todos los casos de violación. Yo cuidaba de esas mujeres. Tomaba muestras; me ocupaba de ellas. Nunca hacía caso omiso de sus llamadas. Y las apoyaba durante los largos meses de espera mientras los cabrones que las habían violado estaban en prisión preventiva. También les sostenía la mano en las sesiones ante el tribunal. A mí nadie me apoyaba. Los

tipos que solían largarse antes al *pub*, los que les exigían un polvo gratis a las trabajadoras del sexo, esos eran ascendidos. Y cuando al fin me dieron el caso Jessica Collins, me hicieron sentir como si me estuviera extralimitando, como si tuviera ideas que excedían a mis atribuciones.

—Lo siento, créame —dijo Erika.

—No lo sienta. Pero no me juzgue. Al final, llegas a un punto en el que te das cuenta de que seguir el reglamento no te lleva a ninguna parte... —Señaló la foto de la pared con el cigarrillo—. Ese capullo, Oakley, acabó convertido en subcomisario general. —Apagó la colilla retorciéndola en el cenicero rebosante—. Los dos nos pateamos juntos las calles muchas veces en los viejos tiempos. Una noche estábamos en Catford High Street a las tres de la madrugada, y un chico va y nos asalta a punta de cuchillo en una travesía lateral. El tipo estaba colocado con alguna droga... El caso es que agarra a Oakley y le pone el cuchillo en el cuello. Él se caga encima. No lo digo metafóricamente: se caga en los pantalones. El chico del cuchillo, que ya está tenso y paranoico de por sí, se asusta al notar el olor y sale corriendo. A Oakley lo salvó su propia mierda. Resulta curioso que, años más tarde, recibiera su maldito título de Miembro de la Orden del Imperio Británico por su labor en la reducción de los delitos con arma blanca... Yo lo ayudé a limpiarse aquella noche y mantuve la boca cerrada. Éramos muy amigos. Años más tarde, cuando a mí se me torcieron las cosas y él era comisario jefe, me jodió bien jodida. ¡Me dejó en la estacada!

La mujer temblaba de rabia y encendió otro cigarrillo. Todos se callaron. Se oía el tictac del reloj y el rumor de un coche en la calle. El cielo parecía todavía más oscuro. Erika le hizo una indicación a Peterson para que se marcharan.

—Hay una cosa más —dijo Amanda. Hizo una pausa y se restregó la cara—. Ustedes han encontrado el cuerpo en la cantera Hayes. Nosotros registramos el fondo del embalse dos veces: en agosto y a finales de septiembre de 1990, y, por supuesto, no hallamos nada. No obstante, había un viejo vagabundo que vivía en una casita abandonada de la cantera. Una casa diminuta con sótano incluido. Ahí tampoco descubrimos nada, claro. Unos meses después, el viejo se ahorcó.

—¿Y? —preguntó Erika.

—No sé. Pienso que si Trevor Marksman tenía a alguien que lo ayudaba, podría haber sido ese hombre.

—¿Recuerda su nombre?

—El Viejo Bob se llamaba a sí mismo. No estaba bien de la cabeza, pero no parecía violento. Un par de años antes habían cerrado uno de los psiquiátricos de la zona y a él lo habían puesto de patitas en la calle. Daba la impresión, no sé, de ser un hombre simple, despreocupado. Que luego se tomara un veneno y se ahorcara, me llamó la atención.

—¿También se tomó un veneno? —preguntó Erika.

—Sí.

A todo esto, sonó el teléfono de Erika, que respondió, disculpándose.

—¿Seguro que no puedo ofrecerle una copa de vino? ¿O una cerveza? —le dijo Amanda a Peterson y entornó de nuevo los ojos tras el humo del cigarrillo.

—No. Estoy de servicio.

—¿No quiere sonsacarme y que le dé más información? —insistió mirándolo con los ojos muy abiertos.

Peterson vio aliviado que Erika terminaba la llamada.

—Era Crawford —informó ella.

A Amanda se le iluminó la mirada.

—¿El agente Crawford?

—Sí. Él trabajó en el caso en 1990, ¿no?

—Sí. Un mierdecilla irritante. Siempre parece suplicar tu aprobación, pero no hace nada para ganársela. Suele aparentar que está muy atareado...

—Bueno, gracias por lo que nos ha contado. No le robamos más tiempo —dijo Erika—. ¿Le importaría que la viniera a ver alguna otra vez? Estamos revisando todas las pruebas y es posible que surja algo que necesite analizar o aclarar con usted. Siempre que le sea posible, por supuesto.

—Claro. Estoy totalmente indefensa —dijo y, tirando la ceniza del cigarrillo, lo apuntó hacia Peterson.

—¿Qué le ha parecido? —quiso saber Peterson cuando estuvieron de nuevo en el coche.

—La casa de la cantera es una pista prometedora. Introduce a otro sospechoso. Alguien que no es Trevor Marksman.

—Pero está muerto, jefa.

Los dos se quedaron pensativos.

—Y ya en plan personal —añadió Peterson—, siento como si necesitara una ducha. Eso ha sido acoso sexual en toda regla.

—Horrible, ¿verdad? Pero no deja de ser un buen entrenamiento. Ahora ya sabe cómo se siente una mujer.

—¿Qué quería Crawford? —preguntó el inspector, mientras ella giraba la llave de contacto.

—La familia Collins ya puede ver los restos de Jessica.

—¿Le parece que deberían? Ya solo es...

—Un esqueleto, sí. Pero tienen derecho a verlo, y Marianne dijo una y otra vez que quiere ver a su hija. —Ella arrancó y se alejaron de la casa de Amanda.

A unos cien metros calle arriba, había un coche azul encajonado en la hilera de vehículos aparcados. El hombre de pelo oscuro se hallaba sentado al volante. Había seguido a los dos policías desde la casa de los Collins, cuidando de que no lo vieran; observó cómo se alejaban.

Buscó en el interior de su larga chaqueta impermeable, sacó su móvil y marcó un número.

—Soy Gerry —dijo con un suave acento irlandés—. La agente que dirige el cotarro, la inspectora jefe Foster, acaba de salir de la casa de Amanda Baker. Va con un agente negro que no sé cómo se llama.

Escuchó a su interlocutor, pero lo interrumpió diciendo:

—Tranquilízate. Sabemos que han ido a ver a Amanda... Bueno, depende de lo podrido que tenga el cerebro con toda la bebida y las drogas... Aún cabe la posibilidad de que ate cabos ahora que hay un cadáver. Y esa Foster es buena; y está buena que te cagas. —Puso los ojos en blanco—. Mira, yo puedo mover el culo y pasarme toda la semana siguiéndolos, pero necesitamos más medios: teléfonos y correos electrónicos pirateados... Una cámara dentro... Vale, yo me mantendré en mi puesto y esperaré. Pero tú recuerda que vamos a contrarreloj en más de un sentido. Recuérdalo.

El tal Gerry colgó justo cuando salía una preciosa chica rubia de la casa frente a la que estaba aparcado. Llevaba a un bebé en un cochecito y, pese a la lluvia, iba con unos leotardos ceñidos y un top escotado bajo el abrigo entreabierto. Él la miró de arriba abajo y le lanzó un guiño, y ella le contestó con una sonrisa recatada. El tipo arrancó el coche y se alejó.

Esa misma tarde, Erika y Moss entraron en la reducida sala de identificación de la morgue y se situaron en la parte trasera. Frente al cristal, esperando que se abriera la cortina, se hallaban Marianne Collins con Laura, Martin y Toby.

Se habían vestido con elegancia para la ocasión, todos de negro riguroso. La única nota de color la daba la rosa roja que Marianne sostenía en la mano. Moss miró a su jefa y frunció el entrecejo. Los segundos parecían ralentizarse, aunque les habían dicho que ya estaba todo listo. La sala se hallaba en completo silencio, y se oía el zumbido de las intensas luces del otro lado del cristal. Cuando Erika iba a decir algo para romper el silencio, la cortina se abrió lentamente. Se enganchó un instante en el raíl, pero se acabó de abrir, y quedaron a la vista los restos de Jessica Collins.

Marianne sollozó y se acercó más al cristal, pegando contra él todo el cuerpo. El esqueleto de la niña estaba pulcramente dispuesto encima de la mesa sobre una sábana azul. Isaac le había dicho a Erika que el azul era mejor. Una sábana blanca habría evidenciado la decoloración de los huesos.

—Hola, cariño. Hemos venido a buscarte. Ahora nos vamos a ocupar de ti —dijo Marianne poniendo la mano en el cristal—. Papá y Toby están aquí; Laura también; y yo estoy aquí, a tu lado... tu mami. —Se volvió hacia Martin—. La estoy viendo, está ahí. Mira, Martin. Ese es su pelo. El pelo de mi niña.

Isaac había apoyado el pequeño cráneo en un delgado cojín blanco, y los apelmazados mechones de pelo se desparramaban sobre la mesa. Aunque estuviera a trozos, el esqueleto en conjunto les confería a los restos el aspecto de un todo, como si Jessica yaciera allí en paz.

Laura salió bruscamente de la sala sollozando. Toby y Martin se volvieron para mirar adónde iba, pero se situaron junto a Marianne, que musitaba una oración. Su aliento formaba un cerco de condensación en el cristal. Erika le indicó a Moss con una seña que se quedara con ellos y salió afuera.

El marido de Laura, Todd, estaba esperando en uno de los asientos del pasillo con sus dos hijos pequeños. Era un hombre de aspecto agradable, pelo oscuro y ojos castaño claro. Laura, de espaldas a la inspectora jefe, se había agachado y abrazaba a los niños, a uno con cada brazo. Llorando y dándoles besos, decía: «Vosotros estáis a salvo. Sois míos. No permitiré que os pase nada. Lo prometo». Los críos miraron a Erika, confusos, mientras su madre los abrumaba de afecto.

La pareja de Toby, Tanvir, llegó con unas tazas de café de la máquina y le pasó una a Todd, que la cogió sonriendo.

—Nunca permitiré que os alejéis de mi vista. Sois demasiado preciosos — dijo Laura, y estrechó a los niños con más fuerza.

—Laura —dijo Todd inclinándose para liberarlos de su tenaza—, ten cuidado. Los vas a asustar.

Erika dedujo por su acento que era norteamericano. Laura soltó a los niños y advirtió que la inspectora jefe estaba en el pasillo.

—¿Qué había ahí dentro, mami? —dijo uno de los críos. Erika observó que eran gemelos.

—La policía ha encontrado a Jessica...

—Laura, dijimos que nada de detalles —la interrumpió su marido.

—¿Nada de detalles, Todd? ¿Detalles? ¡Jessica no es un puñado de detalles! ¡Y no vamos a recubrirla de pintura hasta hacerla desaparecer! —gritó Laura incorporándose.

—No quería decir eso, cariño —dijo él. Se levantó y la estrechó entre sus brazos; ella enterró la cara en su pecho y gimió una y otra vez. Los dos niños miraron a la inspectora jefe con los ojos muy abiertos y asustados.

Ella se acuclilló a su lado y les sonrió.

—Hola, soy Erika. ¿Cómo os llamáis?

—Thomas y Michael —dijo uno de ellos—. Yo, Thomas, y él, Michael. Es tímido. —Ambos se volvieron a mirar a su padre. Vestían idénticos: vaqueros y jerséis verdes.

—No pasa nada, chicos —dijo el padre acariciándole la cabeza a Laura—. Mamá está muy triste, pero no pasa nada.

—¿Os gusta el chocolate, niños? Hay una máquina ahí a la vuelta —dijo Erika. Todd le dio las gracias con una seña por encima del hombro de su mujer.

—Sí, vamos, yo sé dónde está la máquina. Hay montones de chocolatinas

deliciosas —dijo Tanvir.

Cruzaron los cuatro el estrecho pasillo y doblaron la esquina del fondo. Allí había otra hilera de asientos y una máquina expendedora. Los gemelos corrieron hacia ella y, a través del cristal, escogieron lo que querían.

—Yo una barra de Mars, que es el número BE cuatro —dijo Thomas.

—Yo igual —dijo Michael.

Tanvir introdujo las monedas y pulsó los botones.

—Menuda situación para conocer a la familia política —comentó él.

—¿No conocía a la familia de Toby?

—Bueno, en parte. A Martin, Kelly, Laura y los niños los conocí en España...

—¿Kelly es la mujer de Martin?

—Sí, la novia de Martin... Es muy simpática. Les encantaría casarse, pero Marianne... bueno, ya la conoce, es una católica muy estricta.

—¿Qué le ha contado Toby de Jessica, si me permite que se lo pregunte?

Él se agachó para coger las barritas Mars de la bandeja de la máquina, y se las dio a los niños.

—Se siente culpable.

—Él tenía cuatro años cuando ella desapareció, ¿no?

—Se siente culpable porque apenas la recuerda. Y en cambio, recuerda las peleas entre Laura y su madre. A veces eran peleas violentas, físicas.

—¿Quién se ponía violenta?

—Las dos. ¿Ha visto la cocina de la casa?

—De pasada.

—Hay una gran despensa al fondo. Antes tenía una unidad de refrigeración que la convertía en una enorme cámara frigorífica. Toby dice que una noche bajó a beber y oyó ruidos. Al abrir la puerta, encontró a Laura en ese frigorífico. Marianne la había encerrado allí dentro.

—¿Está seguro?

—Me lo explicó una noche, hará como un año. Habíamos tomado unas copas y se sinceró sobre sus padres.

—¿Tiene él buena relación con su padre?

—Sí. Muy buena. No lo dirías de entrada, porque Martin parece a primera vista un futbolero homófobo, pero se ha portado de un modo genial conmigo, y también con su hijo. Y su novia es encantadora.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—No lo sé. Quizá estoy harto de que mi modo... nuestro modo de vida sea cuestionado por Marianne según los principios de su religión; y de que ella sea, en teoría, la mejor persona.

—¿Marianne trató a Toby con crueldad?

—¡No, por Dios! Él era, todavía es, su hijito...

—¿Qué es esto? —dijo una voz. Toby se asomó por la esquina y observó con suspicacia a Tanvir y Erika. Los niños estaban sentados en un banco del pasillo, a cierta distancia, comiéndose sus barritas Mars y haciendo un estropicio con el chocolate.

—La inspectora Foster me estaba preguntando por tu madre... si va a lograr reponerse. La policía teme que pueda sufrir una crisis nerviosa.

A Erika le sorprendió que Tanvir mintiera, pero no lo demostró y le siguió la corriente.

—Hay un montón de grupos de ayuda a los que podría recurrir. Puedo pasarles los datos —dijo ella.

—Mamá tiene la Iglesia; dice que con eso le basta... Tan, ¿vas a entrar para ver a Jessica? Me gustaría que lo hicieras.

—De acuerdo. ¿A tu madre también le gustaría?

—Todos perdimos a Jessica, no solo ella —respondió Toby.

Se alejaron los dos; Todd y Laura, que tenía los ojos enrojecidos e hinchados, llegaron para recoger a los niños.

«Cada vez aparecen más secretos a medida que profundizo en el caso», pensó Erika.

Era tarde, pero Amanda Baker no conseguía dormirse. Se hallaba en su sillón con un bolígrafo y un bloc de notas. Tras la visita de los inspectores había pensado otra vez en el caso; no ya para regodearse amargamente, sino para buscar el modo de resolverlo. Había anotado todo cuanto recordaba, y ya había llenado la mitad del bloc. La televisión seguía encendida, pero sin voz, y por primera vez desde hacía años se sentía viva y poseída por un objetivo. Se acordaba casi perfectamente de la época en la que había trabajado en el caso. Eran más bien los últimos quince años, pasados en medio de un abotargamiento debido al alcohol, con frecuentes incursiones en las drogas, los que le resultaban difíciles de recordar. Incluso se había moderado con el vino. Al levantar la vista, vio que solo iba por la tercera copa.

Sonó un suave golpe en la ventana de delante. Se quitó las gafas y se levantó trabajosamente del sillón. Acercándose a la ventana, apartó la cortina y atisbó una cara conocida. Cuando subió el cristal, entró un aire frío y un refrescante olor a ozono.

Crawford la miró guiñando los ojos ante la luz que salía de la sala de estar.

—He recibido tu mensaje de voz —dijo.

—Tienes un aspecto de mierda —repuso ella sonriendo.

—Deberías mirarte al espejo.

Ella sofocó una risita y le tendió la mano.

—Entra por aquí. La puerta principal está estropeada.

Él se sujetó a su mano y trepó al alféizar. La cara se le congestionó con el esfuerzo para colarse por el hueco. Cuando estuvo dentro, se quedó un momento de pie recobrando el aliento.

—Ha pasado tiempo —dijo—. Años desde que nos...

Ella asintió mientras lo observaba. Se percató de que en la coronilla, ahora iluminada por la lámpara, no le quedaban más que algunos pelos rubios, como

unas hebras sueltas de azúcar hilado.

—¿Quieres una copa? —le preguntó.

—Sí, no me vendría mal. Ha sido un día horrible. —Crawford se restregó la cara con nerviosismo.

Amanda salió de la sala y volvió con la botella y otra copa.

—Está muy dejada esta casa —dijo él al coger la copa.

—Tú sí que estás dejado —replicó ella brindando, y apuró su copa.

Crawford asintió y apuró la suya. Ella se la retiró y dejó las dos sobre la mesita. Entonces miró fijamente al policía.

—Mi mujer me dejó —dijo él.

—Lo siento.

—Ella tiene los niños. La casa...

—¡Chist! Estas cosas cortan el rollo —dijo Amanda que, acercándose, le tapó los labios con los dedos. Le quitó el abrigo a medias y le dejó los brazos atrapados. Mientras él la miraba con un deseo embobado, ella le deslizó las manos por el abultado vientre y le desabrochó la hebilla del cinturón.

—¡Oh! —gimió Crawford cuando le bajó la cremallera y le metió la mano en los calzoncillos. Cerró los ojos y se estremeció—. ¡Oh, Amanda...!

Ella le bajó los calzoncillos y lo empujó hacia el sofá.

—Tú siéntate y estate calladito —dijo arrodillándose entre sus piernas.

Crawford echó la cabeza atrás y empezó a jadear.

Y

En unos minutos había terminado todo. Amanda se levantó con dificultad de la alfombra y cogió su paquete de cigarrillos.

—Cómo lo necesitaba. Todavía tienes ese toque. Haces la mejor mamada del mundo —dijo Crawford subiéndose los calzoncillos y los pantalones—. ¿Te queda más vino?

—Claro. —Y le llenó la copa.

Él la cogió, se sentó satisfecho y dio un largo trago.

—Me han dicho que estás en el caso Collins —dijo Amanda que encendió un cigarrillo.

—Un castigo por mis pecados —repuso él, y dio otro trago—. Me gusta esta casa. Siento que puedo relajarme. Mi esposa era tan rígida con el

desorden...

—¿Cómo va la investigación?

Él se echó a reír.

—Ya sabes que no te puedo contar nada.

Amanda dio otra calada al cigarrillo.

—Yo creo que sí puedes.

Crawford se incorporó en el sofá.

—Vamos a ver. Así pues, no me has pedido que viniera...

—¿Para una sesión de sexo de mediana edad? Ese ha sido uno de los motivos.

—No puedo creerte —dijo él estampando la copa en la mesita. Se levantó y recogió su abrigo del suelo.

—Solo quiero saber qué está pasando en el caso Collins. Nada más, Crawford.

—¿Por qué no aprenderé nunca? No eres más que una zorra manipuladora.

—Ahora soy una zorra. Hace un minuto era la mejor.

—Ya, bueno, ahora lo veo más claro.

—Ah, es la lucidez poscoital, Crawford. Bueno ¿y yo qué?

—¿Qué te pasa?

—Yo sigo insatisfecha. En más de un sentido.

Crawford dio un paso hacia la ventana, pero ella cruzó los brazos y se interpuso en su camino.

—No tan deprisa. Se te olvida que conozco tus secretillos...

—«Nuestros» secretos, Amanda. Tú también estuviste implicada en la venta de las drogas incautadas —dijo entre dientes él.

Amanda se encogió de hombros, impávida.

—Eso es lo bueno de no tener nada que perder. Hablo de mí misma, claro. Tú has de afrontar un divorcio; el coste de la vida se te debe haber disparado desde la separación, ¿no?, entre la manutención de tus hijos y el alquiler de un piso de una habitación. Y, además, tendrás que negociar la custodia de los mocosos. Por tanto, necesitas conservar tu trabajo.

—¿Qué quieres? —dijo él, sonrojado, apretando los puños.

—Ya te lo he dicho. Lo único que quiero es que me mantengas informada sobre el caso. Y si necesito copias de algún documento, que me las proporciones también.

Él la miró con odio.

—Vale. De acuerdo. ¿Ya está?

—No del todo. Necesito sentirme satisfecha y convencida de que tenemos un acuerdo.

—Acabo de decirte que sí.

—«Satisfecha» —repitió Amanda y, metiéndose los dedos bajo el elástico de los leotardos, se los bajó hasta los tobillos.

—Ya sabes que eso no me gusta —dijo él mirándole el cuerpo de cintura para abajo. La piel lechosa. La masa de vello negro.

—Todos hemos de hacer cosas que no nos gustan, Crawford. Es una de las condiciones para sobrevivir en este mundo —razonó ella, y lo empujó para que se arrodillara—. Venga. A trabajar.

Era tarde cuando el visitante de Amanda Baker salió por fin. Gerry observó desde el coche cómo se escabullía torpemente por la ventana y caminaba con aire abatido para alejarse enseguida con su propio coche.

Esperó todavía un rato y se acercó a la casa. Una gran nube tapaba la luna y, además, la farola de enfrente estaba rota, lo que contribuía a adensar la oscuridad.

Se deslizó con sigilo por el sendero y atisbó por la ventana delantera. En el interior, Amanda estaba despatarrada en el sillón, con la cabeza echada hacia atrás. La televisión, encendida en un rincón, emitía un documental. Unas rayas gigantes nadaban por un paisaje submarino, acompañadas por el runrún documentado de un narrador.

El hombre colocó las manos en la base de la ventana y empujó con cuidado. No estaba cerrada. Se abrió con un leve chasquido y la subió con facilidad. Pasando una pierna por el alféizar, se metió dentro. Cerró la ventana y corrió las cortinas.

Se plantó frente a Amanda y observó cómo dormía con la boca entreabierta. Le brillaba un hilo de saliva en la comisura. Había dos botellas de vino vacías sobre la alfombra. Vio que la mujer cambiaba de posición en el sillón y que apretaba los labios. Cogió el resistente cenicero de la mesita, y se preparó para golpearla en la cabeza, pero enseguida volvió a emitir un ronquido regular.

Gerry tenía dos opciones: instalar en algún rincón disimulado un pequeño micrófono con batería, o encontrar un enchufe oculto para adosar una diminuta caja negra provista de un dispositivo de escucha con tarjeta SIM. Echó un vistazo a las estanterías atestadas de libros y papeles. Si había ahí un enchufe, estaría detrás de ellos y resultaría de difícil acceso. La sala apestaba a tabaco. Sin embargo, como en el techo había un detector de humos que parecía

inutilizado, se subió al sofá y, alzando los brazos, adosó rápidamente el pequeño micrófono en la cubierta de plástico. Se activaba con la voz y la batería duraba muchos días.

Se bajó del sofá y se dirigió al pasillo. El teléfono fijo estaba sobre una mesa; la lucecita roja del cargador brillaba en la oscuridad. Justo cuando iba a descolgar el auricular, sonó un crujido en el entarimado. Se detuvo en seco. Rápidamente, se coló por la puerta situada frente a la barandilla de la escalera: una habitación llena de trastos.

Oyó que Amanda pasaba de largo y entraba en la cocina caminando con torpeza. Se encendió la luz; sonó el ruido del grifo y el crujido de un blíster de píldoras. La luz se apagó. La oyó pasar de nuevo arrastrando los pies, y esta vez subió lentamente la escalera.

El tipo emergió de las sombras y, maniobrando con celeridad, desmontó el auricular e insertó un dispositivo de escucha.

Permaneció inmóvil en el pasillo mientras sonaban arriba los crujidos de un colchón. La vista se le había adaptado a la oscuridad. Sentía la tentación de subir y divertirse un poco con ella. Al fin y al cabo, estaba totalmente incapacitada para reaccionar. Pero debía concentrarse en su objetivo. Ya tendría ocasión de divertirse más adelante. Pasó poco a poco junto a la escalera, reparando en lo empinados que eran los escalones.

Tomó nota mental de ese detalle. Salió de la casa por la ventana, y se esfumó entre las sombras.

A la mañana siguiente, hacía un día grisáceo y muy frío. Erika y Peterson dejaron el coche en el pequeño aparcamiento situado en la entrada de Croydon Road al parque Hayes. Se abrocharon los abrigo y siguieron el sendero de grava, que trazaba una curva cerrada a la izquierda alrededor de un grupo de árboles, y que un poco más adelante giraba a la derecha. En ese punto los árboles tapaban la vista del aparcamiento, de la calle y de las casas, y el camino se adentraba en un terreno ondulante y agreste.

—¡Uf, qué rápido se encuentra uno en medio de la nada! —exclamó Peterson.

—Los árboles amortiguan los ruidos de la calle —dijo Erika, advirtiendo el extraño silencio que los rodeaba de repente. Sus pasos crujían sobre la grava mientras caminaban entre los árboles altos y desnudos que flanqueaban el sendero. Estaban tan apretujados que el bosque se veía muy oscuro.

—Este es el típico lugar donde me imagino unos ojitos rojos observándonos desde la espesura —añadió Peterson—. Como en el cuento *El viento en los sauces*.

La hierba y el brezo estaban cubiertos de rocío, pues el sol aún no se había alzado por encima de los árboles para evaporarlo. Había una niebla baja suspendida en el aire y los jirones deshilachados pasaban flotando junto a ellos.

—¿Y si trasladaron a Jessica por aquí? —comentó la inspectora. Los dos policías asimilaron la idea mientras seguía resonando el crujido de sus pasos en el camino.

—¿El asesino ya la habría envuelto en el plástico? ¿O lo hizo junto al agua? —se planteó Peterson.

—Esta entrada de Croydon Road donde hemos aparcado es la más cercana a la cantera. Y llevamos andando... —Erika consultó el reloj—. Cinco

minutos.

—Tal vez no fue una sola persona —aportó Peterson, pensativo, hundiendo las manos en los bolsillos.

Los árboles se abrieron cuando el sendero giró de nuevo. Un poco más abajo se hallaba el embalse de la cantera. Sobre el agua inmóvil, donde se reflejaba el cielo grisáceo, flotaba la niebla. El sendero de grava terminaba a unos metros del embalse, y tuvieron que caminar sobre el esponjoso musgo para llegar a la orilla rocosa. La inspectora tenía la sensación de que había pasado más de una semana desde que había estado allí con el equipo de submarinismo.

—Fuera quien fuese, debió necesitar un bote —dijo ella—, porque los restos aparecieron a unos cien metros de la orilla.

Peterson cogió una piedra, se agachó y la lanzó; la piedrecilla fue dando saltos por el agua.

—Seis, no está mal —dijo Erika, mientras contemplaban cómo se propagaban las ondas.

—Sí, es verdad. Nadie habría podido lanzar el cuerpo tan lejos desde aquí, aunque fuera el de una niña —observó el inspector.

Siguieron adelante, con la mente y los pies funcionando en sincronía. La senda alrededor del embalse era angosta en algunos trechos, y estaba sembrada de grandes rocas sobre las que había que trepar y de exuberantes arbustos con ramas suspendidas sobre la orilla, bajo las que había que agacharse.

—No veo la casita —dijo Erika sacando un mapa.

—En veintiséis años los árboles deben de haber crecido mucho... —opinó Peterson.

—Mire —dijo ella al llegar frente a un matorral de zarzas y juncos—. Eso es un tejado, ¿no? —Señaló un trozo de teja roja que asomaba entre las zarzas y las enredaderas reseca.

Se acercaron a los matorrales, que además de tener espinas y ser muy tupidos, estaban cubiertos de rocío. Erika vio unos cristales rotos que relucían bajo la pálida luz del día. Empezaron a abrirse paso, pero había muchos metros de zarzas, arbustos y maleza, y formaban una barrera impenetrable.

—¡Uf, jefa! Deberíamos venir mejor preparados: con refuerzos y con unos buenos guantes —dijo Peterson desenganchándose una zarza del pulgar haciendo una mueca de dolor.

—Tiene razón; hay que talar todo esto. — Volvió a mirar el trozo de teja que asomaba entre la maleza.

Cuando salían de los matorrales sacudiéndose la ropa, apareció un perro labrador de color amarillento dando saltos. Sujetaba entre los dientes una pelota de tenis empapada de babas. Se detuvo y se agazapó, poniendo una pata sobre la pelota que había soltado.

Erika la cogió y se la lanzó hacia un grupo de árboles. El perro corrió excitado a buscarla y se la llevó de nuevo. Entonces emergió una mujer del bosque y bajó hacia la orilla con lentitud.

—Una vieja entrometida de la zona, quizá valga la pena charlar con ella — sugirió Peterson.

—Parece un poco estrafalaria —susurró Erika, mientras la mujer se iba acercando.

Llevaba un viejo y deformado chándal verde, un gorro con borla del Chelsea FC bajo el que se desparramaba un pelo largo y canoso, y una bufanda del Manchester United.

La inspectora jefe le lanzó la pelota un par de veces más al perro, que siguió devolviéndosela dando saltos. Cuando la mujer se aproximó un poco más, vieron que calzaba unas zapatillas deportivas moradas, una de cuyas suelas estaba casi despegada y aleteaba a cada paso. En la mano sujetaba una bolsa andrajosa repleta de castañas. Tenía la tez curtida y surcada de arrugas, y también una cicatriz en la comisura derecha de la boca que daba la impresión de que se la habían suturado mal, de tal modo que le tiraba del labio y parecía que estuviera gruñendo.

—Ven aquí, *Serge* —le dijo al labrador—. ¿Les está molestando? — Hablaba con distinción y parsimonia, como si perteneciera a una clase social alta. El perro corrió a su lado mientras ella observaba a ambos policías.

—No, qué va, es un perro encantador. Hola, soy la inspectora jefe Foster. —Le enseñó la placa—. Y este es el inspector Peterson.

—Es completamente legal recoger castañas —dijo la mujer—. ¿Para qué demonios hacen falta dos de ustedes aquí?

—Nosotros no... —musitó Erika.

—También llamaron a la maldita policía cuando alguien estaba recogiendo moras de los setos. ¿No se enteraron? ¡Venga, por favor! Son dones de Dios. Y los ha puesto en la Tierra para que nos los comamos.

—No estamos aquí por las castañas o por lo que usted tal vez esté

recogiendo —dijo la inspectora.

—No hay «tal vez» que valga. Estoy recogiendo. He recogido. ¡Miren! —Abrió la bolsa. Las castañas, de un color marrón reluciente, se apretujaban en su interior.

—Estamos investigando la muerte de Jessica Collins. Quizá haya visto en las noticias que se ha encontrado el cuerpo en la cantera —dijo Erika.

—No tengo televisión —respondió la mujer—. Pero escucho Radio Cuatro y oigo las noticias. Un asunto muy feo. La han encontrado ahí al fondo —añadió señalando con la cabeza el embalse.

—Así es. ¿Usted lleva mucho viviendo por aquí?

—He vivido aquí toda mi vida. Ochenta y cuatro años.

—Felicidades —dijo Peterson, pero lo único que obtuvo fue una mirada ceñuda.

—¿Qué puede contarnos de la casita que estaba ahí, bajo la maleza? —preguntó Erika.

La mujer miró hacia el matorral de zarzas, entornando los ojos, y se le formaron todavía más arrugas en el rostro.

—Segunda Guerra Mundial; alojamiento y almacenaje para la base aérea que tenían aquí en secreto. Creo que alguien vivió ahí una vez acabada la guerra; pero al fin se quedó vacía. Y ha seguido vacía durante años... El Viejo Bob la habitó mucho tiempo extraoficialmente, pero no lo suficiente para reclamar derechos de ocupación, el pobre infeliz.

Ambos policías se miraron.

—¿Sabe dónde está ahora? —inquirió Erika, tratando de sonsacarla un poco más.

—Hace unos años lo encontraron ahí. Muerto. —La vieja señaló la casa con la cabeza.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—Ya se lo he dicho. El Viejo Bob.

—¿Y su nombre legal?

—Bob Jennings.

—¿Y usted cómo se llama?

—¿Por qué tengo que decirle mi nombre? No le hace falta saberlo para que yo responda a sus preguntas.

—Hay muy pocos testigos de la muerte de Jessica Collins, si es que hay alguno. Ella tenía siete años cuando la arrojaron al agua. Su cuerpo estaba

envuelto en un plástico con pesos; abandonado en el lodo del fondo durante veintiséis años. No sabemos si todavía estaba viva cuando la tiraron ahí...

La vieja se quedó consternada.

—Pobre criatura...

Peterson se acercó y le lanzó su mejor sonrisa.

—Quizá tengamos que hacerle más preguntas, señora. Podría sernos útil para la investigación aprovechar sus profundos conocimientos de la zona.

Ella lo escrutó; luego le dijo a Erika:

—¿Está coqueteando conmigo?

—No. Claro que no —protestó Peterson, molesto.

—¿Eso espero! ¿Esta es su idea del trabajo policial?

Erika, sofocando la risa, le dijo:

—Le aseguro que nos tomamos muy en serio nuestro trabajo y esta investigación en particular; cualquier dato sobre la zona nos sería de gran utilidad.

Nuevas arrugas surcaron el rostro de la anciana mientras los examinaba de arriba abajo.

La inspectora prosiguió:

—Según los informes, un hombre de pelo oscuro fue visto merodeando la casa de Jessica el día de su desaparición. La policía nunca logró localizarlo, pero al haber encontrado el cuerpo aquí, tenemos motivos para pensar que podría haberse tratado de Bob Jennings.

—¿Bob implicado en un asesinato? No, no, no. Él era un ser peculiar, más bien simple. Pero ¿asesinar a una niña? Jamás.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó Erika.

—Porque he vivido aquí toda mi vida. Y reconozco una manzana podrida cuando la veo. Y ahora, si no se les ofrece nada más, que tengan buenos días.

Llamó al labrador con un silbido y echó a andar con el perro detrás.

—¿Estaría dispuesta a ayudarnos, si conoce tan bien la zona? —gritó Erika, pero la mujer no le hizo caso y continuó andando.

Observaron cómo desaparecía detrás de los árboles, con la suela de la zapatilla deportiva aleteando.

—Coqueteando, dice... —masculló Peterson—. Supongo que se las estaba dando de lista.

—No. Esa mujer sabe más de lo que deja entrever —dijo Erika.

Y corrió hacia los árboles, seguida de cerca por el inspector. Al doblar la

curva, no vieron a nadie—. ¿Dónde se ha metido? —La estrecha senda entre los árboles se extendía ante sus ojos. En el aire flotaban jirones de niebla, y el silencio volvió a envolverlos.

—Quizá era un fantasma —dijo Peterson.

—¿Y el perro también?

Se detuvieron. La inspectora llamó por teléfono.

—Moss, soy yo. A ver si puede averiguar si había algún bote en la cantera Hayes y si se registró un bote retirado por el ayuntamiento. Les encanta consignar este tipo de cosas con mucha pedantería... Averigüe también para qué se utilizaba exactamente la cantera; qué tipo de arena o de grava se extraía. Quizá alguna parte de su historia nos dé una pista... Ya sé que es una posibilidad remota.

—A veces basta con una posibilidad remota —comentó Peterson cuando ella cortó la llamada. Se giró hacia el embalse, ahora tapado por el brezo y la hierba—. Y pensar que estuvo aquí todo el tiempo, a un kilómetro de su casa...

Aquella noche Erika durmió agitadamente. En sus sueños, se hundía en las aguas gélidas y oscuras de la cantera Hayes. Había luna llena, y mientras se sumergía con lentitud, el fondo del embalse se extendió ante sus ojos y se iluminó como un paisaje lunar. Nadó con las piernas y los brazos entumecidos, y los pulmones a punto de reventar. El lodo se le arremolinó alrededor y le nubló la vista, pero al fin se despejó. Y vio a Jessica, de pie en el fondo del embalse. Pero no era un esqueleto. Iba vestida para ir al cumpleaños de su amiga. La rubia melena flotaba en torno a ella como un halo, y el vestido de color rosa ondeaba bajo las suaves corrientes subacuáticas. Las sandalias multicolores que calzaba revoloteaban sobre el lodo. Sujetaba bajo el brazo un regalo envuelto: un paquetito cuadrado de lunares blancos y negros.

La niña sonrió. Le faltaba uno de los incisivos, y le salían pequeñas burbujas por el hueco. Se desplazó flotando, sin mover los brazos ni las piernas, con el regalo todavía sujeto.

Ahora Erika vio que un poco más lejos, en el mismo fondo del embalse, había una hilera de casas reconocibles. Era Avondale Road envuelta en lodo; la hilera de robles se había convertido en una línea difusa y oscura. Una luz parpadeó a lo lejos, una, dos veces, y Jessica se desplazó más deprisa por la calle sumergida. La inspectora nadó para darle alcance, siempre rodeada de un remolino de lodo. Atrapó a la pequeña, la sujetó del brazo y braceó hacia la superficie. Pero cuando tiró de ella y ambas ascendían ya, la piel del brazo de la niña se desprendió y dejó los huesos al descubierto. A continuación se le cayó la piel del rostro y quedaron al descubierto el cráneo y las cuencas vacías. Para cuando salió a la superficie, ya era un esqueleto.

Erika inspiró hondo el frío aire nocturno. Cuando se le aclaró la vista, vio dos figuras de pie en la orilla.

Se despertó gritando, con las sábanas empapadas de sudor, pero aterida y tiritando. A través de la ventana vio que aún estaba oscuro; el reloj de la mesilla de noche marcaba las cuatro y media de la madrugada. Se levantó y se metió en la ducha. Permaneció largo rato bajo el chorro caliente, tratando de calentarse los huesos, que todavía retenían los escalofríos producidos por el gélido fondo de la cantera. Cuando salió el agua fría, se secó, se envolvió en un grueso albornoz y fue a la cocina. Preparó café y se sentó para revisar un montón de expedientes que se había llevado a casa.

Llegó a la comisaría de Bromley justo antes de las ocho. Al subir desde el aparcamiento a la planta baja se encontró un gran alboroto. Un corrillo de agentes uniformados se apiñaba alrededor de un viejo carrito de la compra que contenía el muñeco que habían confeccionado para la noche de Guy Fawkes. El muñeco consistía en un disfraz de policía relleno de periódicos viejos. La cabeza, un globo donde habían pintado con rotulador una cara lúgubre de ojos enormes, estaba rematada con una gorra de policía bajo la que asomaba una rizada peluca roja. Al parecer, el grupo de agentes se había tropezado con el comisario Yale, que se hallaba ante el carrito echándoles una buena bronca.

—¿Así que en lugar de preocuparse por la alerta terrorista, que acaba de pasar a ser «grave», han decidido perder el tiempo con una tontería semejante?

—Señor, hoy se celebra la noche de Guy Fawkes y estamos haciendo una colecta para el hospital de niños Great Ormond Street —dijo una agente bajita vestida con chaleco protector anti arma blanca y chaqueta reflectante.

—¿Y si apareciera ahora la plana mayor para hacer una inspección y los encontrara a todos alrededor de este monigote?

—Todos acabamos de salir del servicio, señor. Pero hemos pensado que si vamos de uniforme podremos recoger más dinero —le dijo otro agente.

—¿Creen que les daría tiempo de explicar todo esto?

Erika se dio cuenta de que el muñeco tenía un asombroso parecido con el comisario Yale.

—¿Acaso Guy Fawkes no era un terrorista? —cuestionó un agente alto y flaco, de cara infantil, que mantenía las manos bajo el chaleco protector—.

También podríamos hablar de terrorismo. Sería como una herramienta didáctica.

—¿Quiere una amonestación? —le espetó Yale—. ¡Lárguense ahora mismo! ¡Y llévense esto de aquí!

Los agentes dieron media vuelta con el carrito y se esfumaron a toda prisa; el agente alto y flaco todavía masculló:

—Guy Fawkes intentó volar el Parlamento, ¿no?

—Buenos días, señor —dijo Erika, tratando de contener la risa.

—¿Le parece? —replicó Yale. Ella iba a contestar, pero el comisario no aguardó su respuesta—. Los asesores jurídicos de Jason Tyler están intentando enredarnos. Ahora se niegan a cumplir el acuerdo de revelar el paradero de los registros informáticos a menos que la Fiscalía recomiende una suspensión de la pena.

—¡Maldita sea! —exclamó Erika. Estuvo a punto de responder que eso era lo que ocurría cuando negociabas con un traficante, pero decidió abstenerse. Yale meneó la cabeza y se alejó por el pasillo rezongando.

Ella subió por la escalera al centro de coordinación de la planta superior. Se quedó impresionada al ver que la mayor parte de su equipo ya había llegado. Era viernes, y era consciente de que había transcurrido una semana desde el hallazgo de los restos de Jessica y de que sus agentes llevaban siete días trabajando sin descanso. Los teléfonos no cesaban de sonar y casi todas las mesas se hallaban ocupadas. La agente Knight estaba actualizando un rincón de la pizarra que contenía la información recopilada, así como un perfil de la inspectora Amanda Baker.

—Buenos días, jefa. ¿Tiene un minuto? —le preguntó Moss levantándose de su mesa y saliéndole al paso. Erika asintió y Moss, tras meterse un trozo de donut en la boca y de dar un trago de café, la siguió a su despacho.

La inspectora jefe dejó el bolso sobre la mesa, donde vio que le habían dejado otro montón de expedientes.

—¿Cómo está funcionando el equipo, Moss?

—Es un buen grupo. El detective Crawford, eso sí, es un poco tonto del culo. Lástima que sea un culo de hombre...

Erika puso los ojos en blanco.

—Veo que no está de humor, jefa.

—No, la verdad —dijo ella, tratando de sonreír.

—La secretaria del letrado de la Corona Oscar Browne le dejó ayer a

última hora un par de mensajes. Quiere reunirse con usted en su bufete.

—¿Sobre qué caso? —preguntó Erika mientras se sentaba.

—Sobre el caso Jessica Collins, jefa.

—¡Ah, ya! —Y, cayendo en la cuenta, añadió—: Oscar Browne. ¿No es el antiguo novio de Laura Collins?

—Sí. Fueron juntos a la universidad. Él ahora se ha convertido en un abogado de altos vuelos.

—¿Y por qué me llama?

—Quiere hablar.

—¿De qué?

—Quería saber si podían charlar cara a cara. Yo insistí para que concretara, pero la secretaria no me dijo nada más.

Erika echó un vistazo al centro de coordinación a través de las cristaleras del despacho. Tenía la sensación de estar metida ya en un callejón sin salida, y estaba segura de que el montón de expedientes de su mesa solo serviría para confirmar su incapacidad de encontrar a un sospechoso.

—Averigüe si está libre a media mañana. Tráigame todo lo que haya sobre él en los expedientes. Debió de hacer una declaración en su día. Aunque tenía coartada, ¿verdad?

—Así es. Él y Laura estaban de *camping* en Gales cuando se produjo la desaparición. Marianne salió a despedirlos el día anterior al suceso. Hay una declaración de un tipo que trabajaba en el *camping* y que los vio llegar. Dijo que se acordaba de Oscar porque era el único negro que vio allí en todo el verano.

Llamaron a la puerta, y entró John con unos documentos.

—Buenos días, jefa. He encontrado algunos datos sobre Bob Jennings, el hombre que ocupaba la casa de la cantera Hayes. Al parecer, vivió toda su vida en la zona de Bromley y pasó un tiempo entrando y saliendo de varios sanatorios mentales de Kent. Tenía antecedentes penales, aunque la mayor parte de ellos se debían a pequeños hurtos. Realmente muy pequeños. En 1986 robó seis plátanos en un colmado; en 1988 birló un colgante de un expositor de Ratners. No hay historial por violencia. El ayuntamiento trató de darle alojamiento en tres ocasiones, pero él rechazó la propuesta las tres veces.

—Podemos deducir que por eso acabó en la casita de la cantera, ¿no? —dijo Erika.

—Voy a seguir indagando —repuso John.

—¿Ese es nuestro principal sospechoso? ¿Un hombre muerto que robó seis plátanos y un colgante de bisutería? —inquirió Moss. Erika no respondió—. De acuerdo, jefa, voy a concertar esa cita con Oscar Browne. Y me parece que no le vendría mal un café.

—Gracias, Moss. —Se arrellanó y se frotó los ojos. El caso parecía ir a la deriva, sin ningún rumbo claro.

Erika Foster tomó esa tarde un tren rápido en Bromley y llegó al cabo de media hora a la estación Victoria. El bufete Fortitudo Chambers se hallaba en un edificio de ladrillo rojo a cinco minutos de la estación, unos portales más allá del teatro Apollo.

Todo tenía un aspecto serio, desde la severa mujer de la portería hasta la opulenta zona de recepción, de paredes de piedra labrada y altos techos con molduras. La acompañaron al despacho de Oscar Browne, que se encontraba en la última planta y gozaba de una vista panorámica de los rascacielos de Londres.

—Inspectora jefe —dijo él levantándose y rodeando su escritorio para recibirla. Se dieron la mano—. ¿Puedo ofrecerle alguna cosa? ¿Té?, ¿café?, ¿un poco de agua?

—No, gracias.

Browne era un hombre alto y distinguido, con algunas canas primerizas. Llevaba un traje a medida y zapatos caros. En la época de la desaparición de Jessica tenía dieciocho años, lo que significaba que ahora iba por los cuarenta y cuatro. Erika se sentó en un cómodo sillón frente al escritorio. Saltaba a la vista que aquel era el despacho de un abogado de categoría: gruesas alfombras, lustrosa madera oscura y una secretaria que lo controlaba todo y que, según supuso la inspectora, había sido seleccionada con gran cuidado: no era tan llamativa como para distraer a los abogados, pero sí lo bastante atractiva para demostrar que aquel era un bufete joven y dinámico.

Browne aguardó a que la secretaria se retirase antes de iniciar la conversación:

—Sentí una enorme tristeza al enterarme de que habían encontrado el cuerpo de Jessica. En cierto modo, estos veintiséis años han pasado muy deprisa; y por otro lado, parece como si hubiera sido ayer. —Había tal

afectación en su voz que Erika supuso que debía de explotarla al máximo en los tribunales.

—No creo que haya pasado tan deprisa para la familia Collins.

—No, claro que no. ¿Tienen pistas? ¿Sospechosos?

Ella lo miró directamente a los ojos y sentenció:

—No he venido para decirle si tenemos pistas o sospechosos, señor Browne. En realidad, dígame, ¿para qué estoy aquí?

Él sonrió. Tenía unos dientes de una blancura deslumbrante.

—Yo sigo en contacto con la familia Collins, y fui un testigo de primera mano en el desarrollo de la primera investigación. Le aseguro que fue muy dañina y angustiante para la familia.

—Estoy informada de lo que sucedió.

—La familia me ha pedido que actúe como su portavoz.

—Pero usted es abogado, no relaciones públicas.

—Correcto.

—Por ello, ha de darse cuenta de que hay un conflicto de intereses. Usted es un testigo potencial de los hechos ocurridos hace veintiséis años...

—También podría ser un sospechoso.

Erika no respondió.

—¿Soy un sospechoso? —dijo él sonriendo.

—Señor Browne, no voy a comentar el caso con usted.

—En ese caso, ¿puedo hablarle como un ciudadano preocupado?

—Por supuesto.

—Durante la primera investigación de la policía metropolitana, las cosas acabaron fuera de control. Al final dio la impresión de que los malos habían triunfado, y quedaron muchas preguntas pendientes; en particular, si la investigación se había llevado correctamente. Y si se habían pasado cosas por alto.

—Usted estaba fuera con Laura Collins, ¿verdad? O sea que tiene una coartada.

Él se puso tenso un instante.

—¿Una coartada? —Enseguida se arrellanó en la silla y le dirigió una sonrisa encantadora—. Yo ya le hice una declaración completa a la inspectora, junto con Laura. Los dos estábamos de *camping*.

—En la península Gower, ¿no?

—Sí. Es un rincón precioso del país.

—¿Por qué escogieron Gales?

—Ambos estudiábamos en la Universidad de Swansea. Queda bastante cerca. Habíamos estado allí con unos amigos la Pascua anterior, y nos apetecía hacer un viaje como es debido, es decir, los dos solos.

—¿Sigue manteniendo una relación estrecha con Laura?

—Yo no diría «estrecha». Nuestra relación no duró. Rompimos a principios de 1991.

—¿Por qué?

—En septiembre de 1990 debíamos volver a la universidad para hacer segundo curso. Yo estudiaba Derecho; ella Matemáticas. Después de lo sucedido, obviamente, Laura no volvió. ¿Usted fue a la universidad?

—No, no fui. —La respuesta le salió con más hostilidad de lo que pretendía.

—Bueno, permítame que se lo explique. La vida universitaria resulta muy aislada e intensa. El caso es que conocí a otra chica; Laura estaba muy alterada, y yo también, pero nos separamos amigablemente, y yo seguí apoyándola.

—¿En definitiva, que la dejó plantada?

—Yo no lo diría así. La propia Laura reconocerá que fue una época terrible, no sabía cómo afrontar aquello. Ella...

—¿Qué?

—Se volvió insoportable. Aunque no la culpo lo más mínimo. —Estas últimas palabras las subrayó con la palma de la mano sobre la lustrosa mesa.

—Ustedes estaban de *camping* en mitad de la nada. ¿Cómo se enteraron tan deprisa de que Jessica había desaparecido?

—¿Me está interrogando?

—Creía estar hablando con un ciudadano preocupado.

Él sonrió ampliamente y respondió:

—Había un bar-cafetería en el *camping*. Lo vimos al día siguiente en las noticias de la noche mientras nos tomábamos una copa. Cogimos el coche y volvimos directamente... Como le decía, ya expliqué todo esto en mi declaración.

—Me podría haber ahorrado el viaje contándomelo por teléfono.

—Me gusta hablar con la gente cara a cara... He mantenido varias conversaciones por teléfono con Marianne. A ella le preocupa que usted no

esté dispuesta a revisar el papel de Trevor Marksman en la desaparición de Jessica. Teme que le asuste la demanda civil que él le ganó a la policía.

—Llamaré a Marianne personalmente para asegurarle que estamos investigando a todo el mundo. Marksman ahora vive en Vietnam.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

Erika se devanó los sesos para recordarlo.

—Tenemos una dirección de Hanói.

—¿Está enterada de que recientemente pasó seis meses en una cárcel de ese país por delitos sexuales con menores?

Ella guardó silencio, tratando de ocultar su irritación, y al fin respondió:

—Hemos estado revisando los expedientes del caso; aún no hemos podido acceder a ese tipo de información.

—¿Está enterada también de que ese individuo ha vuelto a Gran Bretaña y de que ahora vive en Londres?

—¿Cómo?

—¿Ah, no está enterada?

Erika hizo un esfuerzo para mantener la compostura. Browne abrió un cajón, sacó un sobre grande marrón y lo dejó encima de la mesa frente a ella.

—Está todo aquí. Su dirección anterior de Hanói, su dirección actual y la sociedad que ha constituido para gestionar sus propiedades inmobiliarias. Es un hombre bastante rico.

La inspectora cogió el sobre.

—¿Cómo ha conseguido esto?

—He investigado un poco. Soy abogado. Es lo que hago para ganarme la vida... ¿Entiende ahora por qué he creído que era mejor no hablar por teléfono con usted? Aunque le daré mi número directo del despacho por si necesita ponerse en contacto conmigo. —Cogió una tarjeta del escritorio y, con una elegante estilográfica negra, subrayó el número de teléfono. Dos veces. Erika apenas podía disimular su irritación. Él le sostuvo la mirada y le tendió la mano.

—Le agradezco su tiempo, inspectora jefe. Espero poder seguir ayudándola con más información.

—Gracias.

Browne le lanzó su sonrisa más encantadora, pero ella no se la devolvió y salió del despacho.

Al salir del bufete, se acurrucó en un portal, abrió el sobre y echó un vistazo a los documentos. Acto seguido, llamó al centro de coordinación. Respondió Peterson y le contó lo ocurrido. Estaba muy enfadada.

—¿Cómo no sabíamos nada de esto? —preguntó—. He quedado como una idiota.

—Jefa, estamos revisando todo el material antiguo. Yo tenía previsto indagar más sobre él, pero estamos desbordados.

—Lo sé. Escuche, no va a creerlo: ¡Trevor Marksman vive en un jodido ático en Borough High Street!

—¿Quiere hacerle una visita?

—Aún no. Tengo que pensar.

—¿Qué quiere que le diga al equipo? ¿Vamos a trabajar mañana?

—Sí. No podemos aflojar. Ni siquiera tenemos la perspectiva de un sospechoso.

Colgó y, mientras volvía a la estación, decidió hacerle otra visita a alguien que entendería cómo se sentía.

Oscurecía ya cuando Erika llamó a la ventana de Amanda Baker. Sin tardar demasiado, la mujer abrió la cortina y empujó hacia arriba la ventana de guillotina. Se llevó una sorpresa al ver a la inspectora, y más al reparar en la botella de vino blanco que llevaba bajo el brazo.

—He pensado que sería mejor dejarse de rodeos —le dijo Erika mostrándosela.

Amanda la miró con suspicacia.

—Digamos que es una especie de visita informal.

—Una especie... De acuerdo. ¿Quiere dar la vuelta?

—No. Entraré por aquí.

La mujer le tendió una mano y la ayudó a subir al alféizar y a saltar dentro. Le indicó que se sentara en el sofá y fue a preparar un té. Cuando volvió con dos tazas humeantes, Erika advirtió que se había producido un cambio en ella. Andaba con más brío, iba con ropa limpia y se había lavado su largo pelo canoso, que llevaba atado en lo alto con dos lápices. La sala estaba ordenada, además, y en la mesita auxiliar junto al sillón había un cenicero limpio y varios blocs de notas. Como uno de estos estaba abierto, se veían las páginas escritas a tope con una enrevesada letra en tinta negra.

—Puedo ofrecerle algo más fuerte, si no está de servicio.

—No, gracias —repuso Erika cogiendo la taza—. Tengo la sensación de que siempre estoy de servicio.

—Yo solo me he tomado dos copas hoy, cuando normalmente a estas horas ya estaría terminándome la segunda botella —dijo Amanda, y se sentó en el sillón.

—¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, que usted encontrara el cuerpo de Jessica ha ayudado lo suyo. Curiosamente.

—¿En qué sentido?

—A mí, el hecho de no haberlo encontrado me ha obsesionado. Las semanas, los meses y los años fueron pasando y yo no tenía absolutamente nada. No había pruebas, ni signos de que el misterio fuera a desenmarañarse. En un momento dado, pensé que todo era una especie de broma pesada. ¿Ha visto alguna vez ese programa de la cámara oculta en el que gastaban bromas a la gente?

Erika asintió.

—A veces creía que un día aparecería un tipo con un micrófono, y que Jessica estaría escondida detrás de él, y diría: «¡Ajá, inspectora Baker, la hemos pillado!». Y ella me daría un abrazo, y los colegas de la comisaría se agolparían alrededor, y todos nos reiríamos y nos iríamos al *pub*. Y la niña volvería a casa con Martin y Marianne.

—Probablemente, es el caso más difícil en el que he trabajado a lo largo de mi carrera —aseguró Erika—. Yo soy capaz de afrontar un caso complejo o de rastrear a alguien. Pero aquí no tenemos nada. He estado leyendo todos los expedientes que usted dejó. De las sesenta familias que residían en Avondale Road, veintinueve estaban de vacaciones, y otras trece habían salido de fin de semana en la tarde del siete de agosto. Y los vecinos restantes que estaban en casa no vieron nada.

Amanda asintió y cogió el bloc de notas y uno de los lápices que le sujetaban el pelo.

—He estado anotando un montón de cosas; quizá pueda servirle de ayuda. A mí me está ayudando. He desbloqueado una parte de mi cerebro que no usaba desde hace años.

—La mente de inspectora.

—Nosotros registramos todos los jardines de Avondale Road, tanto los delanteros como los traseros, para ver si se había excavado recientemente en algún trecho. —Amanda pasó varias páginas del bloc—. El trece de agosto usamos una sonda de metano en el jardín del número treinta y cuatro.

—No hay ninguna referencia a eso en los expedientes del caso.

—No me extraña. La casa pertenecía al jefe del consejo municipal de Bromley en aquel entonces, John Murray.

—¿Qué la llevó a registrar su jardín?

—Se había excavado un trecho de tierra de la parte trasera. Lo cual desató las alarmas.

—¿Por qué no figura este dato en los expedientes?

—Por la influencia del gobierno local. Tienen más poder de lo que podría creer. Algunos detalles «desaparecieron».

—¿Cree que ese John Murray estuvo implicado en la desaparición de la niña?

—No. Él solo quería proteger su reputación. Puesto que la sonda de metano captó algo en su jardín, ordené que lo excavaran todo. Lo único que encontramos fue el cadáver descompuesto de un gato. Un animal callejero que la sirvienta había enterrado sin su conocimiento tres semanas atrás. Los periódicos se cebaron con el asunto. Publicaron fotos de la excavación en su jardín. Tuvimos que levantar losas de pavimento, un cenador... Su esposa acababa de rediseñarlo todo. —Encendió un cigarrillo—. Reclamaron al seguro, pero su nombre quedó ligado a la desaparición de Jessica. Murray también había cerrado el acuerdo con las autoridades para instalar el centro de reinserción, pero lo mantuvo en secreto.

—Su nombre ni siquiera aparece en los expedientes.

—Él no era un sospechoso. Pero causó un daño incalculable al no revelar la presencia del centro de reinserción. Yo averigüé que estaba allí unos días más tarde, y perdimos otros dos días hasta que nos centramos en Trevor Marksman. Eso es lo que me ha atormentado siempre. Él tenía coartada, pero es posible que contara con la ayuda de alguien más, y dispuso de unos días hasta que decidimos detenerlo.

Erika dio un sorbo de té, pensando en el sobre que llevaba en el bolso con los datos del regreso de Marksman a Gran Bretaña.

—Él se mofó de mí cuando lo arrestamos y lo interrogué... Me quedé destrozada al verme obligada a soltarlo.

—Pero usted siguió tras él, ¿no? —dijo Erika. La atmósfera en la sala se volvió repentinamente gélida.

Amanda asintió y la miró fijamente a los ojos.

—Lo acosé todo lo que pude, joder —gruñó.

A diez kilómetros de allí, en la última planta de un edificio de muchos pisos, en Morden, al sur de Londres, Gerry estaba en un angosto dormitorio escuchando a través de su ordenador.

La bronca voz de Amanda Baker sonaba potente en los auriculares, tan cercana que cada vez resultaba más molesta. Se imaginó que debía de estar sentada en el sillón, justo debajo del detector de humos.

—Tuvimos bajo vigilancia a Marksman un par de semanas —dijo Amanda—. Se dedicaba a hacer largos y absurdos trayectos alrededor de Londres. Disponía de una tarjeta multiviaje y se pasaba el día saltando de un autobús a otro, recorriendo de punta a punta la ciudad. Enseguida nos dimos cuenta de que sabía que lo seguíamos. Ahora comprendo que nos quería mantener alejados de Hayes...

Hubo un silencio. Gerry captó el ruido de una taza al ser colocada sobre la mesita.

—¿Qué hizo, pues? —Era la voz de Erika.

—Me esforcé en mantener la moral. Ninguno de mis agentes quería perder el tiempo siguiendo a ese hombre, pero teníamos que continuar vigilándolo y asegurarnos de que no actuaba así para deshacerse de nosotros y volver a delinquir... ¿Sabe por qué lo habían condenado anteriormente?

—No.

Amanda prosiguió:

—Cuando vivía en el oeste de Londres, cerca de Earls Court, secuestró a una niña de cinco años. Él caminaba por Cromwell Road, no lejos de la estación de metro, donde hay hileras e hileras de esas antiguas casas adosadas de cuatro pisos. En una ventana, había una niña pequeña jugando. Sedetuvo, se puso a hablar con ella y la convenció para que lo acompañara. Le dijo que era amigo de su madre, que vivía muy cerca de su casa, que tenía un cachorro...

La niña se fue con él. La drogó y la llevó a un cobertizo situado a un kilómetro y medio. La tuvo allí tres días. La violó. Ya le he dicho que la cría tenía cinco años. Ocurrió en el mes de enero y hacía un frío tremendo. Él pensó que el cobertizo era seguro a causa de la época del año. Estaba todo nevado y no pasaba nadie por allí. Un hombre que paseaba al perro, sin embargo, lo vio entrar en el cobertizo con una bolsa de juguetes y lo denunció. Cuando la encontraron, la niña solo llevaba un camisón, estaba aterrorizada y tenía una neumonía...

—¿Qué fue de ella?

—Sobrevivió. No sé dónde estará ahora. Ni tampoco si se recuperó y si fue capaz de llevar una vida normal.

Se produjo un silencio. Gerry miró la pantalla. El indicador de sonido se había detenido.

—Por eso lo hice —dijo Amanda, rompiendo el silencio—. Por eso me tomé la justicia por mi mano. Quería que ardiera el muy hijo de puta. Que ardiera en llamas y sintiera un dolor atroz... Me quedé desolada cuando supe que iba a salir adelante, que el fuego no lo había matado. Pero creo que es mejor que haya quedado así. ¿Ha visto el aspecto que tiene ahora?

—Sí —dijo Erika en voz baja.

—Un monstruo espeluznante. Antes tenía un aspecto bastante corriente. Al menos ahora no puede acercarse a un niño sin darle un susto de muerte.

Gerry vio que su iPhone parpadeaba junto al portátil. Comprobó que el audio se estaba grabando, se quitó los auriculares y atendió la llamada.

—Estoy ocupado. Tengo una buena señal de audio de la casa de Amanda Baker, y Erika Foster está con ella —informó.

—¿Por qué está ahí? ¿Qué sucede? —dijo su interlocutor.

—Tranquilo, tío. Está completamente perdida. No tiene nada. Ha ido a ver a Amanda por propia iniciativa, sin duda para sentirse mejor consigo misma.

—¿Qué hay de los teléfonos?

—He pirateado el de Amanda sin problemas. Es un Android genérico barato, y conseguí acceder con el mensaje de texto troyano. Ahora entiendo por qué resultó tan fácil. Ella juega con el móvil a un montón de juegos, y participa en muchos de esos concursos televisivos en los que se vota por teléfono con tarifa especial. Ni siquiera reparó en el mensaje en blanco, y yo lo borré después. He hecho lo mismo con el agente Crawford.

—¿Qué pasa con la inspectora Foster? Necesito tener intervenido su

teléfono también.

—Resulta arriesgado. Es astuta e inteligente. Si se huele un intento de pirateo...

—Tengo que saber lo que sucede.

—Ya te lo estoy diciendo, joder. No tiene nada.

—Cuidado, ¿eh? Recuerda con quién estás hablando —La voz sonaba gélida.

Gerry se echó hacia atrás en la silla y puso un pie sobre el escritorio.

—Soy tus ojos y tus oídos.

Hubo una pausa.

—Piratea el teléfono de esa Foster. Si hay algún contratiempo, me encargaré de que no te salpique. Tienes mi palabra.

—De acuerdo. Me pongo manos a la obra.

Era tarde cuando Erika salió de la casa de Amanda Baker. Tenía la sensación de comprenderla un poco mejor, aunque seguía siendo incapaz de disculparla por haber dado el chivatazo a un grupo de autodefensa para que lanzara una bomba incendiaria a la casa de Marksman. Había aparcado el coche a cierta distancia en la calle sumida en sombras. Subió, cerró las puertas con seguro y encendió la luz.

Sacó del bolso el grueso sobre marrón y volvió a examinar los documentos que contenía. Trevor Marksman era un hombre muy rico. En 1993, un tribunal le había otorgado una indemnización de casi trescientas mil libras. Él había invertido el dinero con tino y ahora era millonario. Miró la hoja donde figuraba su actual dirección en Londres, en un edificio de pisos exclusivos de Borough, cerca del London Bridge.

Cogió el teléfono y llamó a Marsh, quien respondió casi en el acto.

—Perdone que llame tan tarde.

—Son las nueve. Estoy levantado.

—¿Se encuentra bien? Suena un poco apagado.

Marsh suspiró.

—No he dormido últimamente... Marcie quiere fijar unos horarios oficiales de visita para que vaya a ver a las niñas. No le gusta que me presente sin más. ¡Es mi propia casa, joder!

—Lo lamento, Paul.

—La culpa es mía. Trabajo demasiado. Ya lo ve, he atendido su llamada. Y no creo que me haya telefoneado para hablar de mi matrimonio, ¿verdad?

—Mmm, no...

—Dígame.

—Se trata de Trevor Marksman. ¿Cómo quedaron las cosas después de la demanda judicial?

—Se llevó una indemnización. La policía metropolitana tuvo que aflojar una cantidad, que era una auténtica fortuna para principios de los noventa, y presentar sus disculpas. Hubo toda una polémica en la prensa sobre el hecho de tener que pedirle disculpas a un violador infantil.

—Quiero hablar con él.

—Ni hablar, Erika. Detenerlo sería remover un nido de avispas.

—No voy a interrogarlo como sospechoso. Solamente quiero hablar con él en calidad de testigo.

—¿Testigo?

—Sí. Nadie vio nada. Ni los vecinos, ni la gente de la zona. Nada. La única persona que nos consta que le había echado el ojo a Jessica en los días previos a su desaparición fue él. Vale, es un maníaco, pero si dejamos eso de lado, es posible que hubiera visto u oído algo.

—Nunca dijo tal cosa.

—¿Alguien se lo preguntó?

Marsh guardó silencio, y a poco contestó:

—De acuerdo. Deberá preguntarle antes si está dispuesto a hablar. Ha de ser diplomática. Además, él vive en Vietnam; vea si puede hacerlo, no sé, vía Skype.

—No está en Vietnam. Ha vuelto. Vive en Londres.

—Pero... ¿qué demonios? ¿Cómo no lo sabíamos?

—Él no tiene que informarnos. Fue condenado y cumplió su condena por la violación de una niña antes de que se aprobase la Ley de Delincuentes Sexuales de 1997. Como sabe, no es retroactiva: no afecta a los condenados previamente.

—Con que solo quiere hablar con él, ¿eh?

—Sí.

—¿Y cómo es que me lo cuenta?

—Es mi nuevo yo. Estoy siguiendo las normas y manteniendo informado a mi superior.

—Venga ya. Casi ha conseguido hacerme reír.

—Da la impresión de que no le vendría mal...

—Erika...

—¿Qué?

Un nuevo silencio. La inspectora pensó que iba a preguntarle algo.

—Nada. Manténgame informado y procure no cagarla —dijo Marsh, y colgó

el teléfono.

Erika y Peterson quedaron en el tren de las nueve y media en dirección a London Bridge. Él había subido en Sydenham, la estación anterior, y le estaba guardando un asiento cuando ella subió en Forest Hill. Sin embargo, parecía malhumorado y miraba por la ventanilla como sin ganas de hablar, cosa que ella agradeció porque había dormido muy poco. Al principio había considerado la posibilidad de llevarse a Moss para hablar con Marksman, pero había desechado la idea porque la inspectora estaba haciendo una gran labor dirigiendo el centro de coordinación. También había pensado en John, pero su cháchara matinal la habría sacado de quicio y, además, Peterson tenía más experiencia.

—Va a ser un invierno muy largo —dijo él, cuando el tren redujo la velocidad y pasó junto a la gigantesca planta incineradora de residuos situada tras la estación de New Cross Gate. Había muchas nubes bajas y los edificios de apartamentos parecían agolparse en torno a las vías del tren.

Bajaron en London Bridge y salieron a Borough High Street. Había muchísimo tráfico y los turistas entraban en masa en el Borough Market. Ya había instalada una hilera de puestos de objetos navideños, y el aire gélido traía un aroma a ponche caliente. Pasaron bajo el puente del ferrocarril, cruzaron la calle y caminaron unos minutos rodeados de una densa multitud hasta que llegaron a unas altas verjas negras de hierro colado.

—¿Cómo demonios ha acabado Trevor Marksman viviendo aquí? —comentó Erika mirando a través de la verja un patio adoquinado. Peterson encontró el número del piso y pulsó el timbre del interfono.

—Son esas cosas que te inducen a preguntarte si existirá Dios —repuso él, sombrío.

La inspectora cayó en la cuenta de que ella raramente se planteaba esa pregunta.

—Hemos venido a hablar con un testigo —dijo, viendo la expresión de rabia de su compañero—. Podría sernos útil.

Peterson iba a responder, pero el interfono crepitó y una voz les pidió que mostraran una identificación ante la cámara. Ambos sacaron sus placas y las colocaron frente a la diminuta lente. Pronto las grandes verjas se abrieron sin ruido.

Cruzaron el extenso patio, que estaba rodeado de un pequeño jardín de diseño. Las verjas se cerraron a su espalda y, de inmediato, quedaron aislados del bullicio de la calle.

—No es ese que nos está esperando, ¿no? —dijo Erika mientras caminaban hacia el edificio de ladrillo rojo. Un hombre alto y calvo aguardaba en una gran entrada acristalada.

—No, no es él. Es un ayudante —repuso Peterson.

Cuando llegaron a su altura, el hombre hizo una seca inclinación. Tenía la tez muy blanca, una calva reluciente y una sinuosa cicatriz rosada que le recorría la frente y desaparecía tras la oreja izquierda.

—Buenos días, agentes. ¿Puedo volver a ver sus placas, por favor? —solicitó educadamente. Tenía acento sudafricano y, bajo su indumentaria, observó Erika, se adivinaba que era fornido. Le mostraron de nuevo las placas, y él las estudio con atención, escrutándolos. Sonrió satisfecho y asintió—. Pasen, por favor.

En el último piso, salieron del ascensor a un pequeño vestíbulo. Entre las dos relucientes puertas azules de entrada había una mesa negra lacada y, sobre ella, un estilizado jarrón blanco con un delicado surtido de rosas. El conjunto tenía una elegancia gélida, casi siniestra, hasta tal punto que Erika pensó con cariño en el vestíbulo de su edificio, donde había una mesita auxiliar con periódicos gratuitos y folletos de comida para llevar.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó al hombre, que había permanecido callado mientras subían en el ascensor.

—Me llamo Joel —respondió el hombre. Sus iris eran de un color azul muy claro, casi gris, y la mirada, distante—. Por favor, quítense los zapatos —añadió al abrir la puerta azul de la derecha.

La entrada daba directamente a una gran sala diáfana, alfombrada con una preciosa moqueta de color azul claro, ribeteada de rosas blancas sobre fondo beis. El ambiente, muy caldeado, estaba impregnado de una fragancia casi

sofocante de ambientador eléctrico. Joel aguardó junto a ellos mientras se quitaban los zapatos. Erika notó que Peterson se sentía muy incómodo.

—Pasen, por favor.

Cruzaron la sala, llena de estanterías de libros y amueblada con un grupo de sofás de color crema alrededor de una mesita de café de gran tamaño. La mesita estaba cubierta de satinados volúmenes de fotografías, todos con imágenes infantiles. En la portada de uno de ellos, se veía a una niña sentada en una playa, con un traje de baño rojo, haciendo un castillo de arena. Tenía unos grandes ojos azules y miraba fijamente a la cámara con un mohín de seriedad. Las paredes estaban adornadas asimismo con grandes fotografías de niños pequeños. Erika tuvo la sensación de que se había captado la inocencia de aquellos niños en la fracción de segundo que tarda el obturador de una cámara en dispararse, y la habían expuesto en el piso para que fuera devorada con toda tranquilidad. No había nada ilegal en las fotografías en sí, pero el hecho de que formaran parte de la vida cotidiana de Trevor Marksman les confería una cualidad turbadora.

La sala giraba hacia la izquierda, y siguieron caminando hasta allí. Vieron a un hombre sentado en un sillón junto a una ventana panorámica. Estaba contemplando el Támesis bajo el dosel del cielo grisáceo. En las aguas revueltas del río, no había más que un pequeño remolcador arrastrando una gran barcaza.

—¿Trevor Marksman? —preguntó Peterson.

El hombre se giró y Erika se quedó muda. Aunque la piel le cubría la cabeza, no parecía que esa piel hubiera sido siempre la suya. Más bien daba la impresión de que le hubieran desplegado una buena parte de ella y se la hubieran vuelto a colocar chapucestamente sobre el cráneo. En torno a los ojos, estaba angustiosamente tensa, por lo que le proporcionaba a duras penas una especie de párpados. No tenía labios.

—Siéntense, por favor —dijo. Le resultaba difícil emitir el sonido oclusivo de la «pe». Llevaba unos pantalones holgados y una camisa desabrochada en el cuello, donde se prolongaban las quemaduras. Tenía las manos enrojecidas y crispadas como garras, y solo le quedaba un resto de uña en el pulgar izquierdo y en el índice derecho.

—Gracias por acceder a hablar con nosotros —dijo Erika dejando el bolso en el suelo y quitándose el abrigo. Se volvió hacia Peterson, que miraba al hombre con auténtica rabia. También ella sentía repugnancia, pero le lanzó una mirada al inspector para que se contuviera y se centrara. Colocó el abrigo en el respaldo de una silla y tomó asiento. Peterson se sentó a su lado.

—¿Quieren té o un café? —preguntó Trevor. Sus iris eran de un azul muy intenso y su mirada, fría. Erika recordó que ya le habían llamado la atención en la foto policial que le habían sacado cuando lo detuvieron para interrogarlo en agosto de 1990. Era como si mirase a través de una máscara de Halloween.

—Tomaremos café —dijo ella.

—Joel, ¿quieres hacer el favor? —Su voz emitía un sonido ronco y dolorido. El ayudante sonrió y desapareció por una esquina hacia una supuesta cocina.

—No sé qué haría sin él. Tengo problemas cardíacos. Hoy en día apenas puedo dar dos pasos sin tener que sentarme.

—Parece que ya no puede merodear por los parques infantiles... ¿O él lo hace por usted? —planteó Peterson.

Erika le lanzó otra mirada, y dijo:

—Conocemos bien su historial, pero no hemos venido a hablar de eso.

—Solo he sido acusado de un delito en toda mi vida....

—Sí, ya. Por secuestrar y violar a una niña —protestó Peterson—. Después de drogarla.

—Estuve siete años en la cárcel por ello, y no pasa un día sin que lo lamente —respondió él con voz ronca. Empezó a toser y se llevó una de sus manos en garra a la boca desprovista de labios. Señaló un vaso con una pajita que estaba al lado de Peterson, encima del alféizar de la ventana. Este se arrellanó en la silla y cruzó los brazos. Erika se levantó, lo cogió y se lo sostuvo a Trevor a la altura de la boca. El ruido que hizo al sorber por la pajita reverberó por la habitación, hasta que sonó un último gorgoteo y el vaso quedó vacío.

—Gracias —dijo, y volvió a repantigarse en el sillón—. Mi voz y mi garganta nunca se han recuperado del todo de los daños causados por el humo. El médico me dijo que era como si me hubiera fumado diez mil cigarrillos de golpe.

La inspectora dejó el vaso en su sitio y se sentó otra vez. Marksman cogió un pañuelo de papel y se enjugó la cara. Se percató de que Peterson lo miraba

con furia. Dejó el pañuelo y se llevó las garras al pecho. Lenta y dolorosamente, se desabrochó tres botones de la camisa y se la abrió por completo; quedó al descubierto el precioso crucifijo de plata que reposaba sobre su tórax quemado. Erika observó que carecía de pezones.

—Le he pedido misericordia a Dios. Se la he pedido, y Él me ha perdonado. ¿Cree usted en el perdón, detective Peterson?

—Soy inspector —respondió él fríamente.

—¿Un inspector que cree en el perdón?

—Sí, claro, pero pienso que hay cosas que no deberían perdonarse jamás.

—Se refiere a la gente como yo.

—Por descontado —dijo Peterson. Erika le dirigió otra mirada de advertencia, pero él prosiguió—. A mi hermana la violó el cura del barrio cuando tenía seis años. La amenazó con matarla si contaba algo.

Marksman asintió, comprensivo.

—El sacerdocio atrae a lo mejor y a lo peor de la raza humana. ¿Se arrepintió?

—¿Se arrepintió, dice?

—¿Pidió perdón...?

—¡Ya sé lo que significa! —gritó Peterson—. ¡Él la violó! ¡Violó a mi hermana cuando era una niña! Eso no pueden borrarlo las palabras ni las oraciones.

Trevor iba a responder, pero Peterson estaba totalmente desbocado.

—El tipo murió por causas naturales; nunca fue llevado ante la justicia. Mi hermana, en cambio, no pudo permitirse el lujo de una muerte en paz. Se quitó la vida...

—Peterson, hemos venido para hacerle preguntas al señor Marksman en calidad de testigo —dijo Erika con serenidad—. Haga el favor de calmarse.

Ya había hablado antes con él y le había dicho que mantuviera la calma. Pero el inspector respiraba agitadamente y fulminaba con la mirada a Marksman, que estaba encogido en su sillón.

—Lamento su pérdida —dijo el hombre con una serenidad casi desquiciante. Tal como en la foto que Erika había visto, los injertos cutáneos ofrecían todo el aspecto de una máscara, y sus fríos ojos azules parecían atisbar tras ella. Frunció la piel por encima del ojo, y la inspectora comprendió que estaba arqueando la zona donde antes había habido la ceja.

Peterson se levantó de un salto y, antes de que Erika pudiera reaccionar,

mientras la silla se desplomaba hacia atrás con estrépito, sujetó a Marksman de la camisa. Lo alzó del sillón, pero el hombre no mostró el menor temor y se quedó colgando de las manos férreas que lo agarraban.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó en voz baja, con la cara muy cerca de la del inspector.

—¿Qué?

—Su hermana... ¿Cómo se llamaba? —repitió Trevor con aquella calma exasperante.

—¡No me pregunte su nombre! —gritó Peterson sacudiéndolo—. ¡NO SE ATREVA A PREGUNTAR SU NOMBRE, JODIDO MONSTRUO!

—¡Peterson! ¡James! ¡Suéltelo ahora mismo! —gritó Erika tirándole de los brazos. Pero él continuó zarandeándolo.

—Nosotros no decidimos ser así, ¿sabe? —graznó Marksman, cuya cabeza se bamboleaba adelante y atrás.

De repente Joel apareció junto a Erika y rodeó con un musculoso brazo a Peterson.

—Suéltelo o le parto el cuello —masculló con aplomo.

—Somos agentes de policía. A ver si nos calmamos —dijo Erika, poniéndose delante del inspector y mirándolo con fijeza.

—Esto es una agresión; actuaría con pleno derecho si... —planteó Joel.

—Nadie va a hacer nada. Peterson, suelte ya; y usted, quítele las manos de encima —ordenó Erika.

Tras un breve intervalo, Peterson soltó a Marksman, que se desplomó en el sillón. Joel lo liberó a él, pero se mantuvo muy cerca, con las narinas dilatadas.

—Apártese —dijo Peterson.

—Ni hablar, amigo —replicó Joel.

—Peterson, quiero que se vaya. Ya lo avisaré ¡Ahora mismo! —exigió Erika.

Él los miró a todos enfurecido y dio media vuelta. Sonó un portazo.

Los demás volvieron a sentarse. Joel le abrochó los botones de la camisa a Trevor y lo ayudó a ponerse cómodo. Este le hizo una seña para que se retirase.

—Le pido disculpas —murmuró Erika—. He venido aquí para hacerle unas preguntas como testigo, y pretendía que fuera usted tratado como tal.

—Muy amable su parte.

—No. Simplemente hago mi trabajo... He revisado la declaración que hizo usted y las transcripciones de las entrevistas con la policía en agosto de 1990. Usted declaró que siguió a Jessica el cinco y el seis de agosto, y que por la mañana del día siete estuvo observándola cuando ella estaba fuera de su casa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Estaba enamorado de ella... Veo que hace una mueca. Pero debe entenderlo. No soy capaz de controlar lo que siento. Me repugnan mis deseos; no los puedo controlar. Ella era una niña preciosa. La vi por primera vez en el quiosco de Hayes, al poco tiempo de salir de la cárcel. Estaba con su madre. Debía de ser a principios de la primavera de 1990. Jessica llevaba un vestido azul y el pelo recogido con una cinta a juego. Su pelo era luminoso. Sujetaba la mano de su hermanito; le hacía cosquillas, se reía. Su risa... Era como una música. Oí que la madre daba su dirección mientras pagaba la cuenta del quiosco. Y empecé, bueno, a observarlas.

—¿Y qué impresión daban los Collins como familia?

—Alegre y despreocupada. Aunque...

—¿Qué?

—En dos ocasiones, mientras estaba en el parque observando a Jessica con su madre y su hermana...

—¿Con Laura?

—La niña morena.

—Sí, Laura.

—Jessica estaba columpiándose, y la madre y Laura discutían en un banco de algo que parecía recurrente.

—¿De qué?

—No lo sé. No las oía desde donde estaba.

—¿Dónde estaba usted?

—En un banco del lado opuesto del parque.

—¿Fue desde ahí desde donde sacó las fotos de Jessica?

—Y un vídeo también. Gané una videocámara en un concurso de la cooperativa de la cárcel... —Sus ojos se iluminaron y sonrió al recordarlo; se le tensó la piel en torno a los ojos—. La discusión se volvió bastante violenta. Marianne le dio a Laura una bofetada en la cara. Con frecuencia vi también que la madre le daba cachetes a Jessica en las piernas. Pero supongo que era

otra época. Hoy en día la gente se escandalizaría; entonces era normal pegar a tus hijos. Y esos católicos son grandes expertos en imponer castigos.

—Laura acababa de cumplir veinte años... ¿y su madre le dio una bofetada en la cara?

Él asintió y apoyó el mentón en el pecho. El tejido cicatrizal se le infló como papel crepé.

—Aunque ella se rebeló y le dio una bofetada a su madre tan fuerte como la que había recibido.

Soltó una risa sibilante al recordarlo.

—¿Qué pasó con las fotos y los vídeos?

—Los incautó la policía.

—¿Usted hizo copias?

—No. Y nunca me los devolvieron. No sé por qué; era un simple vídeo de un parque.

—¿Vio a alguien más que resultara sospechoso?

Él se echó a reír.

—¿Aparte de mí, quiere decir?

—¡Trevor! Estoy pidiendo su ayuda.

—No lo sé. Siempre había mucha gente en ese parque: padres, niños... De vez en cuando algún negrata, aunque enseguida se daban cuenta de lo que les convenía...

—No utilice esa palabra.

—¿Ha estado en Hayes? Un barrio adinerado, seguramente habitado por completo por blancos como lo era en los noventa.

—¿No podríamos...?

—Había un vagabundo de la zona. Bob Jennings.

Erika se irguió todavía más en el asiento.

—¿Bob Jennings?

Él asintió.

—¿Qué hacía allí?

—¿Ha oído hablar de él?

—Por favor, dígame qué hacía allí.

—Era el jardinero del ayuntamiento. Un poco retardado; debía de salirles muy barato. —Soltó otra vez su risita sibilante.

—¿Dónde está la gracia?

—Él solía masturbarse entre los arbustos del parque. Tenía debilidad por

las señoras mayores con grandes tetas.

—¿Lo detuvieron alguna vez?

—Vaya a saber. Lo que sí me consta es que ese era su tercer o cuarto empleo en el ayuntamiento. Había sido barrendero, basurero... Su hermana, esa vieja zorra de cara agria, se encargaba de hablar con la persona indicada y de ocultar la mierda bajo la alfombra. Pertenecen a una familia de terratenientes aristocráticos. Con ese acento engolado, ya sabe.

—¿Quién es la hermana?

—La distinguida Rosemary Hooley. Una estúpida integral. No sé si vive aún, aunque probablemente sí. Esa gente de sangre azul aguanta una eternidad.

Erika se quedó callada, pero reaccionó:

—Espere, ¿ella vivía en Hayes?

Trevor asintió.

—¿Una mujer con una cicatriz en el labio?

—Esa. Tenía hace años un perro alsaciano que le mordió en la cara. Recuerdo que Bob se disgustó mucho cuando insinué que ella tal vez había intentando hacerle una mamada... Algunas personas disfrutaban chupándosela a un animal. —La inspectora se dio cuenta de que estaba tratando de provocarla. Él se echó a reír y acabó con un acceso de tos. Joel apareció enseguida con un vaso de agua.

—Creo que necesita un breve descanso —dijo el ayudante.

—No. Ya he terminado —replicó Erika, que se levantó y recogió el abrigo y el bolso—. Gracias.

Salió a toda prisa y bajó en ascensor. Al salir afuera, telefoneó a Peterson.

Encontró a Peterson apoyado en la barandilla que daba al Támesis, con un café y un cigarrillo. Se lo veía empequeñecido porque estaba al lado del Golden Hinde II, un barco-museo cuyo reluciente casco negro y dorado se alzaba sobre las aguas verdosas del río. Soplaban ráfagas de viento frío, cosa que Erika agradeció después de respirar tanto rato la atmósfera empalagosa y sofocante del piso de Trevor Marksman.

—Le he comprado un café —dijo él recogiendo el vaso de plástico del suelo y pasándoselo—. Quizá ya esté frío.

—Gracias —dijo ella, y dio un sorbo.

—¿Se ha bebido el café de Marksman?

—No.

—Menos mal.

—Deme un cigarrillo, ¿quiere?

—Creía que había dejado de fumar.

—Estoy empezando otra vez.

Peterson sacó el paquete; ella cogió uno y lo encendió.

—Lo siento. No debería haberle pedido que viniera a hablar con él. No lo he pensado.

—No importa. No vale la pena discutir por ese tipo.

—En efecto. Pero nos ha dado una pista, y sin darse cuenta siquiera.

Él la miró fijamente y, por primera vez en toda la mañana, los ojos se le iluminaron.

Mientras caminaban por Thames Embankment, ella le explicó el resto de la conversación. Compraron unos sándwiches en Charing Cross y tomaron un tren directo a Hayes. Como de costumbre, la empresa ferroviaria solo había puesto un par de vagones.

—¿Por qué no nos dijo esa vieja que Bob Jennings era su hermano? — comentó Erika en voz baja. Como todos los asientos estaban ocupados, se vieron obligados a ir de pie, apretujados en la parte trasera.

—Tampoco quiso decirnos cómo se llamaba —observó Peterson.

—Pero ella sabía que acabábamos de encontrar el esqueleto... de la susodicha en el sitio que ya sabemos.

Había una mujer bajita pegada a ellos que sostenía una revista en la mano, pero los estaba observando. Cuando ambos la miraron, desvió la vista.

—Quiero hablar con ella. Y me da lo mismo si pertenece a la aristocracia terrateniente; no soporto todas esas tonterías —gruñó Erika—. En Eslovaquia hay muchos problemas, pero afortunadamente nos hemos ahorrado el maldito sistema de clases.

Desde la estación de Hayes había un breve paseo hasta la dirección que la central de policía les había mandado. Rosemary Hooley residía en una vivienda de una hilera de casas de campo de aire distinguido, junto a la entrada de Croydon Road al parque Hayes, desde donde se veía el aparcamiento de grava y el principio del bosque. Las casas quedaban apartadas de la calle tras amplios jardines. Flotaba en el ambiente un olor a leña quemada, que se intensificó cuando se aproximaron a la antigua rectoría donde vivía Rosemary. Erika abrió la pequeña cancela blanca. La casa, de techo de paja y una fachada impecablemente conservada, contaba con un prado musgoso salpicado de hojas secas. A través de la ventana esquinera de una acogedora salita, atisbaron a Rosemary Hooley en el jardín trasero. Estaba rastrillando las hojas en montones. Llevaba el mismo chándal viejo, la gorra con borla del Chelsea FC y la bufanda del Manchester United. El Labrador de color amarillento debía de haberlos oído y apareció ladrando y dando saltos por la esquina.

—¡Serge! —gritó Rosemary y, saliendo al cabo de poco por una puerta lateral, fue tras él. Al ver a los agentes, inspiró hondo y se apoyó en el rastrillo—. Ah... ya pensé que igual los volvería a ver. ¿Quieren un té?

—Sí, gracias —aceptó Erika.

La mujer se quitó sus gastados guantes y les indicó con una seña que la siguieran.

Un verde y reluciente horno Aga dominaba la cocina, proporcionándole un confortable calor frente al frío que hacía fuera. Rosemary se quitó la gorra, aunque no el abrigo ni las botas, y empezó a trajinar, sacando tazas, leche, azúcar y un bizcocho Victoria sobre un plato antiguo en el que había un sauce estampado. Los dos policías se sentaron, fastidiados, a una mesa de madera donde había viejos ejemplares de *Radio Times*, una radio de coche con los cables asomando por detrás y un cuenco de plátanos ennegrecidos. También había dos gatos escualidos dormidos encima de la mesa, uno de los cuales, según observó Erika, tenía una garrapata enorme en lo alto de la cabeza.

Rosemary se acercó y le pasó el plato de bizcocho a Erika. Cogió al primer gato y lo lanzó al suelo, donde el animal aterrizó ágilmente de cuatro patas. Hecho esto, cogió al segundo, el de la garrapata, y con un rápido movimiento manual, la retorció y se la arrancó. Al dejar al gato en el suelo, observó la garrapata a la luz de la ventana.

—Ahí está, ¿ve? Hay que arrancarla con la cabeza intacta... —dijo enseñándole a Peterson el bicho, cuyas finas patas negras se retorcían en el aire. Él miró para otro lado con repugnancia.

La mujer se acercó al fregadero, tiró la garrapata por el sumidero y activó la trituradora. Erika observó que no se lavaba las manos antes de llevar las tazas y cortar el bizcocho.

—Bueno. La niña muerta en el fondo del embalse... Un asunto feo... Muy feo —dijo, y dio un gran sorbo de té. Le resbalaron unas gotas por la barbilla, y se las secó con la manga.

—Hace unos días le preguntamos por la casa que había junto a la cantera... —inició la conversación Peterson.

—Sí. Estaba allí, lo recuerdo.

—Dijo que un hombre había okupado la casa... Bob Jennings. ¿Por qué no aclaró que era su hermano? —inquirió Erika.

—Usted no lo preguntó —repuso ella sin ambages.

—Se lo preguntamos ahora. Y nos gustaría que nos diera toda la información. La cantera es actualmente el escenario de un crimen, y su hermano vivía al lado. ¿Cuánto tiempo estuvo viviendo en esa casa? —dijo la inspectora.

Rosemary dio otro trago de té y la miró un poco contrita.

—Años, no sé... Once años. Al pobre infeliz le faltaban unos meses para poder reclamar derechos de okupación. Pero se murió.

—¿Entre qué fechas exactamente estuvo viviendo allí su hermano? — preguntó Erika.

La mujer se arrellanó en la silla y, tras reflexionar, dijo:

—Debió de ser desde 1979 hasta... octubre de 1990, creo.

—¿Y cuándo murió?

—Falleció a finales de octubre de 1990. —Ella advirtió la mirada que se dirigían los agentes entre sí—. ¿Es importante?

—¿Tiene un certificado de defunción?

—No. A mano, no.

—¿Cómo estaba su hermano mentalmente?

La mujer se quedó callada. Por primera vez, se le distendió el rostro.

—Mi hermano era un alma extraviada. Una de esas personas que se escurren por las rendijas de la sociedad.

—¿Tuvo problemas de aprendizaje?

—Nunca recibimos un diagnóstico propiamente dicho. Él era mi hermano mayor, pero en aquellos tiempos te sentaban al fondo de la clase por revoltoso; no había psicólogos infantiles. Los únicos empleos que consiguió conservar fueron con el ayuntamiento... Yo intenté que viniera aquí conmigo, pero él era sonámbulo, y desaparecía a cualquier hora dejando la puerta abierta. Le hablo de cuando mi marido vivía y nuestra hija era pequeña. No podíamos tenerlo aquí. Se marchaba semanas enteras y volvía a aparecer ahí, en la puerta trasera. Yo lo alimentaba, le daba dinero... Estuvo dos veces en la cárcel por robar cosas insignificantes, tonterías. Veía algo reluciente en una tienda, se quedaba prendado y se lo metía en el bolsillo. Sin ninguna malicia.

—Lamento tener que preguntárselo, pero... ¿él fue sospechoso en algún momento de la desaparición de Jessica Collins? —quiso saber Erika.

Ante esta insinuación, su actitud cambió radicalmente.

—¿Cómo se atreve? Mi hermano podía ser muchas cosas, pero... ¿un asesino de niños? No. Nunca. No era capaz de una cosa así; y aunque lo hubiera sido, jamás habría podido tramar una cosa semejante.

—¿Tramar? —se extrañó Peterson.

Tanto él como Erika notaron que la mujer perdía la compostura y se sonrojaba.

—Bueno, fue un caso complejo, ¿no? La niña desapareció sin dejar rastro... Yo me sumé al grupo de voluntarios en los días posteriores; peinamos el parque palmo a palmo; también se registraron los jardines de las casas.

—¿La policía llegó a hablar con él?

—No lo sé. ¡No! ¿Eso no deberían saberlo ustedes?

—Como digo, lamento tener que hacerle estas preguntas...

—¿Hubo una investigación exhaustiva! Y usted viene a preguntarme a los veintiséis años si mi hermano mató a una niña ...

—Señora Hooley, solo le estamos haciendo preguntas, nada más —dijo Peterson—. Y para serle sincero, no entendemos por qué estuvo tan evasiva cuando hablamos en el parque.

—¿Evasiva? ¿En qué sentido fui evasiva? Usted me preguntó quién vivía en la casa de la cantera y yo le dije que vivía Bob Jennings... ¿Por qué tenemos que actuar en sociedad como si estuviéramos en un confesionario? Yo no le mentí; me limité a responder a su pregunta.

—Pero usted sabía que nosotros habíamos encontrado los restos de Jessica, ¿no?

—Bueno, mi hermano lleva muerto muchos años. Deben disculparme... ¿Cómo lo llaman hoy en día? Una laguna mental...

—¿Su hermano conocía o andaba con Trevor Marksman? A este individuo lo detuvieron en 1990 cuando desapareció Jessica.

—No. Mi hermano no «andaba» con pedófilos convictos.

—¿Tiene aún la llave de la casa de la cantera?

Rosemary se impacientó.

—No. Bob era un okupa. Dudo que tuviera una llave.

—¿Qué hizo usted con sus efectos personales?

—Él prácticamente no tenía nada. Lo poco que dejó lo di a los mercadillos de beneficencia de la zona. Había un colgante de plata de San Cristóbal y lo enterraron con él.

—¿Usted creía que tenía tendencias suicidas?

Rosemary inspiró hondo, se relajó un poco y respondió:

—No. Eso no formaba parte de su carácter. Y en cuanto a lo de ahorcarse, él tenía una fobia loca a llevar cosas colgadas del cuello. De niño, se negaba a ponerse corbata y a abrocharse la camisa hasta arriba. Ese fue uno de los motivos de que no estudiara. Lo expulsaban de todos los colegios. El colgante de San Cristóbal que le he mencionado lo llevaba en la muñeca. Así pues, que él se hiciera por sí solo un nudo y se colgara... —Se le empañaron los ojos y sacó un pañuelo que tenía en la manga—. Bueno, me parece que ya han

abusado bastante de mi tiempo y mi hospitalidad... Si quieren seguir preguntándome, prefiero que esté presente un abogado.

La temperatura había bajado cuando los dos agentes salieron y cerraron la cancela. A través de la ventana esquinera, vieron que Rosemary había vuelto al jardín trasero y que tenía una lata de gasolina en la mano. El montón de hojas secas estaba ardiendo y la iluminaba con un resplandor anaranjado.

—¿Cree que Bob Jennings podría haber sido nuestro asesino? —preguntó Peterson mientras echaban a andar hacia la estación.

—Es posible. No lo sé —contestó Erika—. Hemos de encontrar las cintas que Marksman grabó en el parque con su cámara. Bob Jennings podría salir en ellas. Es una posibilidad remota, pero serían una pista que podríamos usar en una apelación.

—Si se confirman las sospechas, tendremos que probar que fue un hombre ya muerto quien mató a Jessica.

—Quiero averiguar cuándo murió. Y ver también el certificado de defunción.

—¿Cree que todavía está vivo?

—Ya no sé lo que creo.

El domingo, Erika le concedió a su equipo el primer día libre desde hacía más de una semana. Ella intentó relajarse un poco en casa, pensando que un pequeño respiro serviría para refrescarle la mente. A media mañana, sin embargo, ya se estaba subiendo por las paredes. Llegó a la comisaría de Bromley justo después del almuerzo y trató de localizar las cintas de vídeo que se le habían incautado a Trevor Marksman. Se pasó varias horas abriendo todos los archivadores para ver si había vídeos, DVD o incluso un lápiz de memoria, pero no encontró nada. Se propuso ir al almacén donde se guardaban las pruebas. Las cintas habían sido incautadas originalmente en ese distrito, y era posible que se hubieran quedado criando polvo en el enorme almacén del sótano de la comisaría. Lo único que tenía era un número de referencia.

Ya iba a bajar cuando apareció Crawford en el pasillo.

—No esperaba encontrarla aquí —dijo.

—Lo mismo digo —replicó ella examinándolo de arriba abajo. Bajo el abrigo, llevaba vaqueros y un jersey. Esperó aguardando una respuesta. Al agente le brillaba la frente de sudor.

—Es que me dejé el móvil. —Mientras lo decía, sonó un teléfono en el bolsillo de su abrigo. Él lo sacó y canceló la llamada—. Mi segundo móvil —añadió.

—Claro —dijo Erika, y fue a buscar un té de la máquina. Volvió al centro de coordinación y Crawford la siguió. Ella se sentó y se puso a revisar unos papeles, observando con el rabillo del ojo cómo buscaba él por debajo de su mesa.

—Creía que se me había caído. Pero no está.

—Ha pasado la mujer de la limpieza esta mañana. ¿Qué aspecto tiene?

—Eh... es un Samsung. Un Smartphone, un modelo viejo con una grieta en la tapa de detrás.

—Ya lo buscaré.

Crawford se quedó unos segundos junto a su mesa y se marchó. Ella aguardó junto a la ventana y observó cómo salía y cruzaba la calle, hablando acaloradamente por teléfono. Tomó nota mental de que no debía perderlo de vista.

Abandonó la comisaría pasadas las seis de la tarde tras una larga y polvorienta búsqueda en el almacén de pruebas de la comisaría que resultó totalmente infructuosa. Hizo una llamada al grupo de Investigación Especial de Scotland Yard y le dio a la chica que la atendió el número de referencia de las cintas que figuraba en uno de los expedientes; pero la chica se limitó a decir que ya lo buscaría, lo cual no le dio demasiadas esperanzas.

Pasó por su piso, se duchó, se cambió y salió otra vez. Tenía un compromiso que llevaba esperando con ilusión. Una cena con Isaac Strong.

Llegó cuando iban a dar las ocho. Isaac vivía en una preciosa casa adosada de Blackheath, provista de una elegancia natural que tenía la virtud de serenarla siempre. Pensaba quedarse a dormir allí. Así podrían beber a sus anchas y hablar de todo lo divino y lo humano. Isaac fue a abrir en vaqueros, camiseta y un delantal azul. A Erika le llegó una oleada de un delicioso aroma a pollo asado con romero.

—Antes de dejarte pasar, hay que hacer un control de calidad —dijo Isaac sonriendo. Ella le mostró las dos botellas de vino tinto que había comprado y él examinó las etiquetas—. Vino eslovaco, interesante. Será una novedad para mí.

—Este es de viñedos Radosina. Es delicioso y lo bebe la familia real británica. ¡Podríamos decir que resulta adecuado para una vieja reinona como tú!

—¡Serás descarada! —exclamó él abrazándola.

Lo siguió hasta la cocina, decorada con un elegante estilo rústico francés: armarios pintados de blanco y encimeras de madera clara. Isaac sacó del enorme fregadero de cerámica una cubitera, donde había una botella de Prosecco.

—Tomemos algo burbujeante primero —dijo, y le sirvió una copa. Ella echó un vistazo en derredor y se preguntó, como había hecho otras veces, si, al

ser patólogo forense, su amigo evitaba deliberadamente el acero inoxidable. Mientras él servía el vino, Erika le estudió el rostro.

—¿Cómo te van las cosas? —le preguntó. Últimamente solo habían podido hablar del caso Collins.

—Bien —respondió él de un modo mecánico—. Por la amistad —añadió mientras chocaban las copas.

—¿Seguro? No es bueno guardárselo todo dentro. —Se refería a la muerte de Stephen, el novio de Isaac, ocurrida unos meses antes.

—Me está resultando difícil hacer el duelo sin enojarme... Era una relación un poco descompensada. Yo lo amaba y no sé... si él sentía gran cosa por mí —dijo el forense en voz baja.

—Creo que tú le dabas la estabilidad y el amor que necesitaba.

—Subrayando lo de «dabas». Yo no hacía más que dar y no recibía nada a cambio.

Hubo un silencio desagradable. Él se acercó a la cocina y puso una sartén en el fogón.

—Te agradezco que no me vengas con mentiras piadosas, pero mi forma de afrontarlo es no hablar de ello... Aunque ya sé que no es sano.

—No hay normas universales. Pero tú siempre puedes contar conmigo.

—Gracias... Y ahora cambiemos de tema.

—De acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

Isaac removió el contenido de la sartén y dejó la cuchara en un reposa cucharas junto a los fogones.

—No quería hablar de trabajo esta noche, pero hay un dato significativo en los resultados de la muestra de médula ósea que extraje de los restos de Jessica Collins.

—¿Qué? —exclamó Erika dejando la copa.

—Había altos niveles de un compuesto químico, llamado tetraetilo de plomo, en la muestra que saqué de la tibia derecha.

—¿Cómo dices que se llama?

—Tetraetilo de plomo. Es un compuesto orgánico de plomo que se añadía a la gasolina para incrementar el rendimiento. Ahora es ilegal. Se fue eliminando progresivamente de la gasolina desde 1992.

—Cuando se impuso la gasolina sin plomo.

—Sí. Ya sé que nunca tienes ocasión de desconectar, pero he pensado que te interesaría saberlo. —Se acercó a la mesa, se sentó y volvió a llenarle la

copa.

—¿Por qué habría de haber una cantidad tan elevada de ese compuesto en la médula ósea?

—Como es obvio, no he podido trabajar con muestras de tejido ni de sangre. Pero las condiciones en las que estaba envuelta y hundida en el fondo del lago han preservado los huesos...

—Jessica era una niña sana que se alimentaba correctamente; y por los informes que he leído, estaba muy bien cuidada.

—Esas cifras anómalas indican que pudo haber estado expuesta a elevados niveles de gasolina con plomo; o que incluso esa exposición contribuyó a causarle la muerte.

—Lo cual refuerza mi teoría de que la secuestraron y la mantuvieron en cautividad unas semanas antes de arrojar el cuerpo al embalse... Podría haberse visto expuesta a gases de combustión mientras estaba apresada.

—Eso ya es cosa tuya.

—No te soporto cuando dices eso.

—Siempre es un placer ayudar —dijo él con una sonrisa irónica.

Erika dio un largo trago, dejó la copa y, pasando el dedo por su superficie empañada, quiso saber:

—¿En qué estado se encuentra un cuerpo después de estar enterrado veintiséis años?

—Enterrado, ¿cómo?

—En una tumba normal, en un ataúd.

—¡Uf! Depende.

—¿De qué?

—Del tipo de ataúd, de las características del entierro... A veces vemos cadáveres en unas condiciones sorprendentes tras muchos años bajo tierra. Los ataúdes de caoba con refuerzos de plomo suelen ralentizar el proceso de descomposición. Los más baratos se desgastan rápidamente y dejan el cuerpo a merced de la tierra y de los microorganismos. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás pensando en exhumar el cadáver de alguien? —Se levantó, fue a la encimera y regresó con un cuenco de almendras tostadas.

—No lo sé. Es posible. Debería justificarlo, obviamente. Sería para investigar la causa de la muerte. —Erika cogió un puñado de almendras y se las metió en la boca, saboreando su textura crujiente y su sabor salado.

—¿La causa de la muerte fue comprobada?

—Estoy buscando aún el certificado de nacimiento. Tengo un sospechoso que murió hace veintiséis años... —Le resumió rápidamente la historia de Bob Jennings—. La muerte se catalogó como un suicidio, pero su hermana dice que fue más bien sorprendente que se quitara la vida.

—Si se usó un veneno o hubo fracturas óseas, podrían quedar restos; pero al cabo de veintiséis años, ¿te arriesgarías a perturbar a la familia por nada?

—Él se ahorcó; esa fue la causa oficial de su muerte.

—Ah, en ese caso no habrá muchos indicios después de tanto tiempo. Casi no quedará nada de los órganos internos. Si se le hubiera roto el cuello, todavía sería capaz de apreciarlo.

—¿Y qué me dices de los huesos? ¿Y si también él tuviera elevados niveles de tetraetilo de plomo en la médula?

—Pero ¿cómo vincularías específicamente ese dato con Jessica Collins?

Erika suspiró y dijo:

—Tienes razón.

—Y no olvides que si quieres exhumar un cadáver, has de justificarlo ante un juez: no puedes basarte en una corazonada... Cambiando totalmente de tema, ¿cómo estás de hambre?

—Famélica —dijo ella sonriendo.

—O sea que tomarás postre, ¿no?

—Yo siempre tomo postre. Es de lo único que estoy segura.

Erika subió de dos en dos los escalones hasta la segunda planta de la comisaría de Bromley. Llevaba una abultada carpeta de notas y comprobó por quinta vez que lo tenía todo en orden.

Era lunes, a primera hora de la tarde; ya habían pasado más de diez días desde el hallazgo de los restos de Jessica Collins, y debía asistir a una reunión con sus superiores y presentar un informe de los progresos realizados.

Cruzó las puertas de doble hoja y casi se tropezó con el comisario Yale. Poco le faltó para hacerle derramar todo el té de su taza, que lucía el rótulo de la serie «¿Quién manda aquí?»

—¡Eh, ándese con ojo, Erika! —exclamó Yale echándose hacia atrás para que las gotas no le salpicaran los zapatos.

—¡Perdone, señor! —dijo ella.

—Viene muy elegante —comentó él observando su traje negro—. Está toda la caballería esperando: el comandante Marsh, la subcomisaria general Brace-Cosworthy y esa jefa de prensa, la del tic en los ojos...

—Colleen Scanlan. Disculpe por el té —insistió Erika, y le ofreció un pañuelo de papel—. Y disculpe que lo hayan echado de su despacho, señor. El comandante Marsh me ha llamado hace una hora para decirme que la subcomisaria general iba a estar en nuestro distrito y que deseaba que la informáramos...

—No hará demasiado calor aquí, ¿no? Tiene el labio perlado de sudor —dijo Yale mientras secaba la taza.

Ella se enjugó el sudor y siguió adelante.

—Perdone, señor, tengo que irme corriendo...

—Vamos a hacer esta tarde una redada para detener a los secuaces de Jason Tyler —le dijo Yale mientras ella se alejaba—. Lo hemos presionado amenazándolo con quitarle los niños a su esposa. Y nos ha acabado dando los

datos de seis socios, así como acceso a las cuentas PayPal que estaban usando. ¡Parece que vamos a hacer una buena limpieza!

—Enhorabuena, señor. Qué gran noticia. Hablamos más tarde...

Él observó cómo desaparecía por el pasillo.

—Hablar más tarde, ¿eh? Usted podría haber seguido con el caso, Erika, y haberse llevado toda la gloria —masculló Yale con tristeza—. Le podría haber valido un ascenso.

Dio un sorbo de té y bajó la escalera.

Erika llamó a la puerta del despacho y entró. La subcomisaria general, Camilla Brace-Cosworthy se hallaba sentada tras el escritorio de Yale; lucía una almidonada blusa blanca. Llevaba su impecable melena rubia peinada con raya a la izquierda, que le dejaba despejada la frente. Iba maquillada, y se había puesto una capa de carmín tan gruesa que Erika se imaginó que si la estrellaban contra una pared se le quedarían pegados los labios. Marsh se había sentado a su izquierda en el ángulo de una mesa baja; parecía cansado y llevaba la camisa arrugada. Erika supuso que seguía separado de Marcie. Colleen Scanlan, la jefa de prensa de la policía metropolitana se hallaba sentada a la derecha, con el bloc de notas apoyado en un escaso trecho del escritorio. Miraba alternativamente a los tres policías. Llevaba un práctico traje de chaqueta gris y, como tantas mujeres cincuentonas, había sucumbido a la tentación de raparse brutalmente el pelo, ahora reducido a unos mechones castaños.

—Perdón por el retraso —se disculpó Erika.

—Tome asiento, inspectora jefe Foster —dijo Camilla—. El intervalo me ha servido para que el café se enfriara. Estaba ardiendo, ¿no le parece, Paul? —Cogió un vaso blanco de plástico y, al dar un sorbo, dejó una marca roja en el borde.

—Sí, aunque hacen un buen café en la estación —observó Marsh.

—Sí, es todo un descubrimiento —asintió ella.

Erika no sabía si Camilla lo decía en serio o en plan sarcástico. Colleen dio un sorbo a su café con cautela y también asintió.

—Bien —dijo Camilla observando cómo se acomodaba Erika y extendía sus papeles sobre el escritorio—. ¿Puede darme una lista de sospechosos? —

Extendió una mano de impecable manicura, moviendo sus largas uñas rojas con expectación.

—Me gustaría analizar primero la cuestión antes de poner por escrito ningún nombre.

—Ya veo —dijo Camilla—. ¿Quiere que hagamos el trabajo por usted?

—No es eso lo que digo, señora.

—¿Pues qué está diciendo? Pónganos al día... —Tenía la costumbre de expresarlo todo con un estilo lacónico y refinado que a la inspectora le hacía perder la concentración.

—En el breve período que llevo trabajando en este caso, he identificado a un posible sospechoso: Bob Jennings, un solitario que vivía de okupa en una casa frente a la cantera Hayes.

—Es una excelente noticia. ¿Por qué no quiere consignar su nombre por escrito?

—Robert Jennings murió hace veintiséis años, cuando habían pasado tres meses de la desaparición de Jessica. Se ahorcó en esa casita de la cantera Hayes.

—¿Cree que lo consumió la culpa?

—Posiblemente. Al mismo tiempo, recelo de las circunstancias de su muerte; de ahí mi resistencia a convertirlo en sospechoso. —Les explicó lo que había comentado Rosemary Hooley acerca del suicidio de su hermano.

—El fondo del embalse fue registrado dos veces tras la desaparición de la niña. Y la muerte de Jennings se produjo al cabo de unos días de la segunda búsqueda.

—¿La policía no registró la casa?

—Sí, al mismo tiempo que el embalse de la cantera. Pese a todo, él habría podido mantener cautiva a la niña allí en algún momento entre el siete de agosto de 1990 y la fecha en la que fue arrojada al agua. Esta mañana he recibido esta foto de los archivos del Ayuntamiento de Bromley —dijo Erika sacándola de entre sus documentos.

Camilla cogió la foto y se puso las gafas. La cadenita de oro que colgaba de ellas osciló mientras la estudiaba. En la imagen, Jennings exhibía una cara rubicunda de gnomo, una considerable nariz muy roja y una mata de pelo entrecano.

—También me han llegado los resultados toxicológicos de los restos de Jessica Collins. En las muestras de médula ósea, había elevadas

concentraciones de un producto químico llamado tetraetilo de plomo. Es un compuesto orgánico...

—Que se añadía a la gasolina para aumentar el rendimiento, pero provocaba emisiones de plomo.

—En efecto, señora. He hablado esta misma mañana con Rosemary Hooley y me ha confirmado que Bob Jennings tenía un generador de gasolina en la casa. Lo cual refuerza la teoría de que podrían haber mantenido cautiva a la niña allí, expuesta a los gases de combustión de la gasolina.

Camilla reflexionó un instante y le pasó la foto a Marsh.

—Tengo entendido que se ha reunido con Trevor Marksman.

—Sí, y me dijo que conocía a Bob Jennings. No sé si pretendía embrollar las cosas o ser provocativo, pero mencionó su nombre sin que yo se lo preguntara. Como sabemos, Trevor tenía una coartada para el siete de agosto de 1990, y una semana más tarde, o poco más, fue sometido a vigilancia. No se estableció ningún vínculo entre ambos, pero Bob podría haber estado conchabado con él, y haberlo ayudado a secuestrar a Jessica. —Erika siguió diciendo que estaba intentando encontrar las cintas de vídeo que la policía le incautó a Marksman.

—Parece que tiene algo importante entre manos, Erika —dijo Camilla—. Pero veo demasiados «y si» y demasiados «peros», y, además, ese hombre está muerto, lo que naturalmente reduce las posibilidades de interrogarlo.

—Señora, me gustaría que un equipo forense registrara la casa y llevara a cabo una inspección exhaustiva. He examinado los planos y, al parecer, hay un sótano. Aunque sea poco probable, tal vez pueda haber restos de ADN de Jessica Collins. De ser así, podríamos solicitar la exhumación del cadáver de Bob Jennings, de nuevo con la esperanza de encontrar algún indicio significativo. Son dos posibilidades remotas, desde luego.

—Esta última, muy remota, Erika, pero manténgame informada. Siga adelante. Mantenga la investigación a buen ritmo.

Camilla se volvió hacia Colleen, que se apresuró a erguirse, toda azorada, y le notificó:

—Quisiera convocar en los próximos días una rueda de prensa con la familia, y hacer un nuevo llamamiento para pedir datos de la época de la desaparición. Tal vez consigamos refrescar la memoria a la gente.

—Erika, si las filmaciones de Trevor Marksman aparecieran a tiempo, podrían constituir un valioso elemento adicional de cara al llamamiento

público —observó Camilla.

—Sí, señora.

—Colleen, ¿podrá usted arreglárselas con el comandante Marsh? Yo estaré fuera en los próximos días. Quizá él pueda plancharse la camisa antes de aparecer frente a las cámaras.

Marsh bajó la vista y se alisó la camisa.

—Sí, señora —asintió Colleen—. Yo pensaba convocar a toda la familia Collins.

—Excelente. Los valores de una familia unida siempre funcionan. Yo no estaré presente, pero no me lo perderé.

Cuando concluyó la reunión, Erika y Marsh bajaron al aparcamiento subterráneo y se detuvieron a charlar. Se quedaron de piedra al ver que Camilla salía del ascensor con un traje de cuero completo de motorista. La subcomisaria general caminó resueltamente hacia una reluciente Yamaha negra y plateada, metió su maletín en el portapaquetes de la parte trasera y se puso un par de gruesos guantes y un casco también negro y plateado. Bajándose la visera, se montó en la moto.

—Es ideal para evitar el tráfico —gritó, mientras el motor se ponía en marcha rugiendo. Con un gesto de despedida, pasó junto a ellos acelerando y subió por la rampa.

—No lo ha invitado a subir de paquete —dijo Erika.

—Muy graciosa. Subir con ella sería como un ascenso. Es todo un personaje —contestó Marsh.

—Tiene algo de depredadora. Me la imagino en una de esas fiestas de intercambio de parejas en las que todo el mundo tira sus llaves en un cuenco en medio de la alfombra.

—Está casada con un juez del Tribunal Supremo —dijo Marsh mientras abría la puerta de su coche.

—Seguramente son ellos los que montan las fiestas.

—Procure hacer bien su trabajo, Erika. Camilla no se anda con tonterías.

—Sí, señor. Estaremos en contacto para el registro de la casa de la cantera. Y la próxima vez, pláncese la camisa.

Él puso cara de resignación, subió al coche y salió del aparcamiento, aunque de un modo mucho menos espectacular.

—Dime, ¿qué haces aquí, al final de la línea, como en la canción? — preguntó la chica. Era morena y estaba apoyada en la barandilla del balcón, con un cigarrillo en la mano. Con un gesto se esparció la larga melena por encima de los hombros y observó a Gerry. Él, situado en el otro extremo de la barandilla, llevaba solamente unos pantalones de chándal. La chica recorrió con la vista el musculoso pecho del tipo hasta el vello oscuro del ombligo—. Morden es el final de la línea del metro, ¿no? —añadió.

—No es el final de la línea —respondió él con voz ronca y levemente amenazadora—. Es una cuestión de percepción. Es el principio de muchas líneas.

Contempló a la chica que se había ligado en el supermercado de Morden High Street. Esperaba que fuera mayor de edad; desde luego lo parecía. No llevaba más que una camiseta blanca que él le había prestado y que apenas le cubría el trasero. Un buen trasero, pensó, mirándolo. Toda ella estaba muy buena. Y la muy zorra lo sabía. Notó que se le ponía dura.

—¿Siempre hablas con enigmas? —dijo ella sonriendo—. ¿A qué te dedicas? ¿Cuál es tu trabajo? —Dio una última calada al cigarrillo y lo arrojó por el balcón. Ambos miraron cómo caía lentamente y aterrizaba, todavía encendido, en el techo de un BMW—. Mierda, ¿no será tuyo? —dijo con una risita, agitando otra vez la melena.

—No, no es mío.

Ella se le acercó. Iba descalza, pero no parecía que las baldosas le dieran frío. Gerry no le había ofrecido unas zapatillas. Mirándolo a los ojos, se levantó lentamente la camiseta. Los pechos se le irguieron mientras alzaba los brazos y se la quitó por la cabeza. Una barrita metálica le atravesaba un pezón. En el otro se le veían marcas de algún *piercing* y una pequeña cicatriz. Él se preguntó si le gustaría el sexo duro.

La chica sonrió, recreándose en la avidez con que él recorría su cuerpo desnudo con la mirada. Entonces sostuvo la camiseta por encima de la barandilla y la soltó.

—¡Eh, es mía! —exclamó Gerry, mientras la camiseta descendía por el aire hasta reunirse con la colilla en el techo del coche.

—Es una simple camiseta.

Él le dio una bofetada en la cara.

—No es una simple camiseta.

La chica se llevó la mano al labio, pero su temor se desvaneció enseguida. Se apretó contra él.

—Fóllame aquí —susurró.

—No.

—¿No? —dijo ella suspirando—. ¿Seguro? —Se dio la vuelta y pegó el trasero a su ingle—. Puedes hacer lo que quieras... —Le cogió la mano, la llevó alrededor de su cintura y la metió entre sus piernas. Él mantuvo la mano muerta, pero la chica empezó a gemir y a retorcerse en cuanto entró en contacto con su vello púbico. Gerry apartó la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Esa estúpida mierda porno, los grititos y los gemidos. Es falsa. Me dan ganas de darte otro sopapo.

Ella se dio la vuelta, y cruzó los brazos. El numerito sexy se acabó. Ya solo era una chica desnuda y aterida en un balcón.

—¿Quieres que vaya a buscarte la camiseta? —preguntó.

—Quiero que te vayas.

Ella contempló el torso del hombre, se inclinó buscando la calidez de su cuerpo. Gerry notó que estaba sola, que quería quedarse.

—Pero si acabo de llegar... —gimió.

Él le dio un puñetazo en el rostro, la agarró del pelo y le acercó la cara a la suya. La chica lo miró jadeante, aturdida. Le salía de la nariz un hilo de sangre.

—¿Ahora captas la indirecta? —dijo Gerry.

La apartó de un empujón y, mientras ella corría adentro, encendió otro cigarrillo y la observó a través de la puerta abierta. La chica, ahora deshecha en lágrimas ensangrentadas, recogió los vaqueros y las bragas, que estaban tirados por el suelo alrededor del sofá, y se los puso a toda prisa. Terminó de

vestirse, lanzándole todo el rato miradas asustadas, y desapareció dando un portazo.

Él se asomó por la barandilla y esperó. Al cabo de un par de minutos, la chica emergió al pie de la escalera y echó a correr en la oscuridad. El redoble de sus tacones se fue alejando.

—Mierda —masculló Gerry. Eran las cuatro de la madrugada. Confiaba en que la cosa no acabara volviéndose contra él: que esa chica estúpida llegara a casa sin problemas.

Cuando se terminó el cigarrillo, bajó lentamente por la escalera del edificio, que apestaba a orines y tenía las paredes cubiertas de grafiti y los rellanos plagados de cristales y basura. Recogió su camiseta del techo del BMW. Era una insulsa camiseta blanca, pero la había llevado en sus dos períodos de servicio en Irak. Era su camiseta de la suerte. Se la puso y volvió a subir perezosamente la escalera.

Al entrar en el piso, cerró la puerta y fue al dormitorio. Hecho esto, se sentó ante el portátil y lo despertó agitando el ratón.

Buscó el programa con el mensaje de texto troyano y, comprobando que eran las cuatro y media, pulsó «Enviar».

A primera hora de la mañana, cuando aún estaba oscuro, un convoy de furgonetas policiales avanzó por el sendero de grava del parque Hayes. Erika había reclutado a su equipo para registrar la casita y contaba también con un grupo de agentes uniformados. El convoy aparcó cerca del embalse, en la misma zona donde ella había estado con la unidad de submarinismo hacía casi dos semanas. La mañana era gélida y todo el mundo iba abrigado con ropa de invierno.

El equipo, diez agentes en total, formó un círculo alrededor de la inspectora jefe para escuchar sus instrucciones; todos observaron, con una taza de té o café en las manos, cómo se retiraba la oscuridad, pasando por una gama de azules, hasta que el agua reflejó el cielo grisáceo del alba.

Algunos madrugadores que paseaban al perro entre los brezales a la luz del amanecer se detenían a observar, hasta que el agente uniformado situado a unos cientos de metros les indicaba que circularan. Se colocó un cordón policial, delimitando un gran recuadro de hierba que abarcaba la orilla del embalse y sus inmediaciones, incluida la franja de exuberante maleza que rodeaba la casa.

La primera parte de la mañana la dedicaron a despejar esa zona de zarzas y matorrales. El agudo zumbido de las desbrozadoras inundó el gélido ambiente.

Erika, en compañía de John, Moss y Peterson, esperaba con impaciencia junto a una de las furgonetas, tomando té y dando patadas en el suelo para calentarse los pies. A las nueve tocadas, sonó su teléfono móvil, pero la llamada se cortó en cuanto lo sacó del bolsillo.

—Es la tercera llamada igual esta mañana: un número oculto —dijo, con irritación, mirando la pantalla.

—Un teleoperador, seguro —opinó Moss, soplando en su taza de té—. Nosotras teníamos una racha de llamadas así todas las noches cuando nos

sentábamos a cenar. Celia se ponía de los nervios.

—Me han enviado un mensaje de texto en blanco a las cuatro y media. También con número oculto —explicó Erika.

—Haré que se lo revisen, jefa. No lo habrá abierto, ¿no?

Erika negó con la cabeza.

—Yo nunca he recibido un mensaje de esa clase —intervino Peterson.

—¿Tus chicas de las líneas calientes no te dejan mensajes sensuales? —dijo Moss.

—Vete a la mierda —respondió él riendo.

Crawford se les acercó.

—¿De qué se ríen? —dijo, ansioso por ser incluido.

—De Peterson y sus llamadas sexy —contestó Moss.

—Me gustan las bromas, pero no estoy de humor esta mañana para idioteces —les espetó Erika.

Todos bajaron la vista y se miraron los pies. Crawford soltó una risita nerviosa y les dijo:

—Yo estuve aquí las dos veces cuando registraron el fondo del embalse en 1990. —Hinchó las mejillas de manera exagerada y señaló con la cabeza el agua—. Son cosas que te hacen darte cuenta de lo rápido que pasa el tiempo. Cumpliré cuarenta y siete a principios de año.

—¿Y qué me dice de la casa? ¿Recuerda si también la incluyeron en la operación de búsqueda? —preguntó Erika.

—No encontramos nada; creíamos que estaba abandonada.

—Pero Bob Jennings vivía de okupa en esa casa —dijo Peterson.

—Muchas veces no sabes si los okupas están o no. Se esfuman en cuanto te acercas. O se esfuman o están fumados —añadió—. ¿Alguien más quiere té? Voy a servirme una taza.

Ellos dijeron que no y Crawford se alejó. Seguía sonando de fondo el ruido de las podadoras.

—Me irrita ese tipo —dijo Peterson.

—A mí me trata siempre con suficiencia. Y tenemos el mismo rango —terció John.

—No te preocupes, colega. Ya te llegará el ascenso; pronto serás su superior —lo animó Peterson.

—Tiene una forma de bromear cargante; siempre con alguna ocurrencia estúpida de sabelotodo —añadió Moss.

Erika no mencionó que había aparecido el domingo en la comisaría, actuando de un modo sospechoso. Estaba decidida a no perderlo de vista.

Sonó un estrépito de leña quebrada entre el zumbido de las desbrozadoras y, al caer de golpe una gran masa de maleza, quedó a la vista la mitad de la casa situada junto a la orilla. Todos se volvieron y observaron cómo retiraban la vegetación a grandes brazadas.

—Parece en mejor estado de lo que creía —observó Peterson.

La chimenea se había desmoronado, pero el tejado seguía intacto. En cuanto a las ventanas, la mayoría de los cristales estaban rotos, pero los marcos todavía aguantaban.

—¿Hemos tenido suerte con las empresas de suministros? —preguntó Erika.

—La casa está fuera de la red, no hay corriente. Pero sí tenía suministro de agua y una fosa séptica que no forma parte de la red de alcantarillado —informó Peterson.

Crawford apareció con su taza de té, y metió baza:

—Una fosa séptica podría contener pruebas. Suponiendo que no la hayan vaciado.

—Buena observación. ¿Qué le parece si le encargo que dirija la operación de localizarla y examinar su contenido? —preguntó Erika.

—Eh, bueno, yo tenía la esperanza de participar en el registro de la casa —contestó Crawford.

—No. Prefiero que se encargue de esa tarea; llévese a un par de uniformados. Hay guantes y equipo de protección en la furgoneta auxiliar.

—Sí, jefa —aceptó Crawford, y se alejó hacia la furgoneta con expresión avinagrada.

Moss y Peterson miraron para otro lado, conteniendo la risa.

Mientras exploraba la maleza de los alrededores de la casa en compañía de dos jóvenes agentes uniformados, Crawford reflexionó sobre su vida. Él era un policía decente. Trabajaba mucho, a veces incluso demasiado, pero nunca había alcanzado el rango al que aspiraba, o que creía merecer. Había soñado con llegar al puesto de comisario, o comisario jefe, pero sus sueños no se habían cumplido y seguía siendo un simple agente a los cuarenta y siete años.

Acababa de salir de una investigación de asesinato en la que había tenido que recibir órdenes de un inspector quince años más joven que él, lo cual hacía que le hirviera la sangre. Y ahora estaba buscando una jodida fosa séptica. Se detuvo ante una leve elevación del terreno: una línea uniforme junto a un tronco derribado a hachazos, cuyo interior pulposo relucía de savia. Dio una patada en el suelo, pensando que había encontrado el borde de la fosa, pero la tierra se aplanó bajo sus pies.

Suspiró y regresó hacia la furgoneta auxiliar, donde Moss, Peterson y el agente McGorry estaban todavía con la inspectora jefe Foster. John McGorry era veinte años menor que él, y estaba a punto de ser ascendido; se daba cuenta.

Hacía años que Crawford había perdido el interés en el trabajo policial, y se limitaba a hacer lo justo para salir del paso, pero aún seguía creyendo que tenía derecho a algo más.

Durante muchos años había estado implicado en la venta de drogas incautadas. Era un chanchullo lucrativo, pensaba; una forma de obtener lo que él creía merecer, y se cuidaba de hacerlo siempre con moderación, de sacarse tan solo el dinero suficiente para algunos lujos sin llamar demasiado la atención. Había sido Amanda Baker quien lo había metido en el asunto unos quince años atrás. Su mujer nunca había descubierto que se acostaba con ella. Posteriormente, la relación se había interrumpido, pero Amanda volvía a

aparecer en su vida como una espina clavada, reclamándole los favores y amenazando con delatarlo. Él la había salvado a lo largo de los años de varias multas de aparcamiento, y en dos ocasiones le había anulado incluso un expediente por conducir en estado de ebriedad que le habría supuesto la pérdida del permiso de conducir.

Le sonó el móvil en el bolsillo. Mientras lo sacaba, comprobó que estaba bastante alejado de los dos agentes uniformados, que investigaban más cerca de la casa. Él se encontraba en cambio sobre un suelo más liso y rocoso. Vio en la pantalla que era precisamente Amanda la que llamaba.

—¿Dónde estás? ¿Qué es ese zumbido de fondo? —le dijo ella a bote pronto. Sin un hola ni un cómo te va. Sin la menor deferencia. Aún le hablaba como cuando era su jefa.

—Trabajando —cuchicheó—. No puedo hablar contigo.

—¿Está cerca la inspectora Foster?

—No.

—Pues puedes hablar. Necesito esas cintas de vídeo, las de Trevor Marksman.

—No hemos tenido suerte con la búsqueda.

—Por eso te llamo. He estado revisándolo todo y acabo de recordar una cosa. Yo encargué a alguien de la comisaría de Croydon que examinara esas cintas, y las mandaron allí. Haz que las busquen en el almacén de pruebas. Quizá todavía sigan ahí. Quiero que saques copias antes de pasárselas a Foster.

—¿Tú para qué las necesitas? —preguntó él.

—Tengo una corazonada. No voy a contártela, pero cuando llegue al fondo del asunto, lo dejaré en tus manos en exclusiva para que te lleves toda la gloria... Quizá al final consigas el ascenso —añadió con un risotada burlona en la que se percibía la presencia de abundantes flemas.

Él se dio la vuelta hacia la casa, que ya estaba totalmente despejada. Un grupo de técnicos forenses acababa de llegar y estaba saludando a Foster y a sus ayudantes. «Incluso el pequeño idiota de John McGorry participa en el baile —pensó Crawford—, y a mí me mandan a buscar la fosa séptica de mierda.»

Sujetando el teléfono, les dio la espalda de nuevo.

—De acuerdo. Intentaré conseguirte esas cintas —cuchicheó de nuevo—. Pero espero que valga la pena.

Los forenses fueron los primeros en entrar en la casa. Erika se pasó la mañana deambulando de un lado para otro por la orilla del embalse. El sol seguía oculto tras las nubes, pero el agua, enmarcada por los juncos secos y por un árbol de ramas desnudas, poseía una inquietante belleza. Observó las franjas ondulantes que formaba la brisa en la superficie; y después, cuando seis patos se posaron en el embalse, las doce nítidas líneas que iban dejando tras ellos en el agua. No podía evitar sentirse culpable por gozar de la belleza natural de la cantera.

—Han encontrado algo; quieren que entremos —dijo Moss a su espalda. Se apresuró a enjugarse los ojos y se giró.

Junto con Moss y Peterson, se vistió a toda prisa frente a la casa, colocándose el traje azul de una pieza sobre la ropa y, además, la mascarilla. Una lámina de plástico tapaba la puerta. Nils Åkerman, el supervisor de la científica, un tipo de poco más de treinta años, de rostro apuesto y frente despejada típicamente nórdica, apartó el plástico por un lado para que pasaran y los fue saludando sonriente mientras desfilaban uno a uno.

A Erika le impactó el lúgubre aspecto del interior. La puerta daba directamente a una estrecha habitación. El hedor agri dulce de la putrefacción resultaba abrumador. Se volvió hacia sus dos compañeros y notó que a ellos también les había impactado. El suelo, una costra irregular con tramos blancos y negros, estaba cubierto de cristales rotos.

—Lo que hay en el suelo es mierda de pájaro, mierda a toneladas —dijo Nils—. Hemos rascado un poco los bordes. Debajo, hay un entarimado. —Pese a su impecable inglés, todavía conservaba un ligero acento sueco.

—Hay gente que paga una fortuna por un suelo con este aspecto —murmuró Moss.

En lo alto, las vigas podridas se hallaban incrustadas en un techo medio desmoronado, cuyo yeso estaba plagado de manchas de humedad. En el centro de la habitación había un bulto desvencijado cubierto de periódicos viejos, cristales y más excrementos de pájaros. Los muelles oxidados que sobresalían por varios puntos indicaban que eran los restos de un sofá. Una de las forenses, afanándose bajo la intensa luz de un foco, había quitado una capa de excrementos y la tela de un cojín para examinar la gomaespuma de debajo. A causa del calor del foco, se alzaba del sofá una ligera nube de vapor.

En un rincón, junto a una ventana mugrienta y resquebrajada, había una mesa llena de tazas polvorientas y también los restos de una pequeña fogata. Había otros dos puntos donde se había encendido fuego: junto a la pared del fondo y al lado de la puerta. La pared se hallaba cubierta de trechos tiznados, y en el suelo, en torno a las cenizas, había utensilios para drogarse: pedazos de papel de aluminio ennegrecido, una jeringa, unas cucharillas dobladas... La inspectora jefe Foster caminó por el pegajoso suelo hasta una parte de la pared salpicada de puntos marrones.

—Son salpicaduras de sangre. Seguramente de yonquis, pero hemos tomado muestras por si acaso —explicó Nils.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Moss mirando el techo combado.

—Aún no ha subido nadie. La escalera se ha podrido y desmoronado por sí sola, y no sabemos si es seguro subir hasta que hayamos efectuado un examen estructural.

Una sombra pasó tras la ventana resquebrajada. Erika dio un respingo.

—Joder —masculló al darse cuenta de que era la silueta de uno de los agentes uniformados que estaban trabajando fuera.

Nils los guio hacia la parte trasera pasando por una entrada bajita. La cocina era tan vieja y roñosa como la sala. Una encimera recorría de punta a punta una de las paredes; faltaban las puertas de los armarios de la parte inferior, donde, aparte de dos sartenes polvorientas y de otro trecho tiznado, no había nada. Los armarios a juego que habían estado en su día sobre la encimera se habían venido abajo tumbados en pedazos en el suelo. Todavía colgaban de la pared los tacos de los tornillos. No había ninguna lámpara, sino unos cables asomando por un agujero del techo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Peterson, llevándose la mano enguantada a la mascarilla.

Nils indicó con la cabeza la ventanita situada sobre el fregadero de piedra.

Había un agujero en el cristal, taponado por el cuerpo podrido y la sangre reseca de una paloma que había tratado de escapar por allí.

Erika se acercó. El hedor se volvió abrumador.

—¿Esto no es...? —balbució al ver que el fregadero estaba lleno de montones de una pasta marrón reseca.

—Mierda —confirmó Nils—. Quizá de los yonquis.

En el techo, que era un poco más alto que el de la sala, había una viga al descubierto que cruzaba toda la cocina.

—¿Podría ser aquí donde se ahorcó Bob Jennings? —preguntó Moss.

—No estoy seguro. Pero he encontrado esto... —respondió Nils.

Y los llevó hacia otra entrada, esta de mayor altura, situada en el rincón del fondo de la habitación; la puerta podrida estaba en el suelo. Un potente foco adosado al dintel iluminaba una angosta escalera que descendía hacia una penumbra donde flotaba una densa nube de polvo. Los pocos escalones que se veían estaban cubiertos de montones de una pasta marrón reseca mezclados con basura y excrementos de pájaro.

El supervisor se adelantó y señaló con la mano enguantada la parte del techo que quedaba sobre la escalera. Había un lazo de cuerda podrida y deshilachada colgado de un gancho.

—Eso podría ser de un ahorcado —dijo él—. Voy a pedir que saquen el resto de la cuerda para analizarlo.

Normalmente, al encontrar a un ahorcado, la policía siempre cortaba la cuerda y se llevaba el extremo en el que se había hecho el lazo y el nudo para que sirvieran como prueba.

—Sígueme, por favor —añadió Nils—. Pero miren dónde pisan y manténganse en el margen externo de cada escalón.

Los tres policías fueron tras él y bajaron con cuidado los escalones, que crujían bajo su peso.

El sótano era pequeño, de techo muy bajo, lo que le produjo a Erika un espasmo de pánico. Había otro foco con un soporte en un rincón, pero a pesar de su luz, buena parte del angosto espacio permanecía en las sombras. Las paredes eran de color marrón oscuro y había telarañas en los rincones. El suelo, de tierra, era bastante irregular. El techo crujía a causa de la actividad de los técnicos que trabajaban arriba.

—Hace un calor horrible —observó Moss.

—La tierra libera el calor acumulado al acercarse el invierno —le explicó

Nils.

Igual que en la planta de arriba, había pequeñas zonas chamuscadas donde se había hecho fuego, así como pilas de leña y papel de aluminio quemado. El suelo de tierra compacta era de color marrón claro. Tenía, no obstante, varios trechos grandes ennegrecidos. Dos técnicos de la científica estaban de rodillas tamizando atentamente las muestras que habían extraído de allí.

—La tierra de esas zonas está empapada —dijo Nils.

Cogió una bolsa de pruebas llena de tierra ennegrecida y se la pasó a Erika. Ella se la acercó a la nariz; incluso con mascarilla no le cupo la menor duda.

—Es gasolina —dijo, y le pasó la bolsa a Peterson—. ¿Cree que había un generador aquí?

—Quizá. Aunque parece que los yonquis también encendían fuego por esos rincones; podría tratarse de un fluido más ligero —comentó Nils, mientras Peterson le pasaba a su vez la bolsa a Moss—. Si hubiera habido un generador aquí abajo, donde no hay ventilación, los gases habrían sido apabullantes.

Los tres policías se miraron entre sí.

—Me parece que hay algo aquí —dijo uno de los técnicos; la voz sonaba amortiguada por la mascarilla. Se giró hacia ellos sosteniendo unas pinzas que sujetaban un pequeño objeto—. Estaba incrustado entre la tierra.

Nils abrió una bolsita de plástico y, una vez que el técnico dejó caer su hallazgo dentro, la alzó hacia la luz. Todos estiraron el cuello para mirar.

Era un diente pequeño. Silencio. Erika miró a sus compañeros y, tratando de mantener la serenidad, informó:

—En el esqueleto de Jessica Collins que encontramos falta un incisivo... Quiero que envíen esta pieza de inmediato a toxicología. —Nils asintió. Ella recorrió con la vista el lúgubre sótano y se estremeció ante la idea de quedarse atrapada allí abajo—. Si el diente corresponde al esqueleto de Jessica, estaremos cerca de resolver el caso.

Tras la euforia del hallazgo del diente, habían vuelto arriba y se habían reunido con Crawford para localizar la fosa séptica, pero no la encontraron. Los alrededores de la casa estaban plagados de maleza. Con los años, se habían vertido allí montones de tierra y todo tipo de desperdicios, y sobre ellos habían crecido los árboles y los matorrales.

Cuando Nils se hubo marchado con su equipo de la científica, llevándose el diente que habían descubierto en el sótano, Erika sintió que estaban muy cerca y, al mismo tiempo, muy lejos de la solución. La pieza dental podía suponer un avance decisivo; pero también podía ser de alguno de los yonquis u okupas que habían vivido en aquel cuchitril los últimos veintiséis años. Tendría que esperar.

A las siete y media de la tarde dieron por terminada la jornada. Recogieron las cosas y todo el convoy abandonó las orillas del embalse. Erika hizo el trayecto de vuelta en un minibús junto con Moss, Peterson, John, Crawford y los otros dos agentes del Departamento de Investigación Criminal que se habían sumado a la búsqueda. Su móvil sonó de nuevo. Lo sacó y vio que era el número oculto. Cortó la llamada y apoyó la cabeza en la ventanilla, ajena a la frialdad del cristal y al golpeteo rítmico provocado por los baches. Los árboles pelados desfilaban ante sus ojos mientras avanzaban lentamente hacia la salida del parque.

Y

Al llegar a la comisaría de Bromley, la inspectora Foster se llevó a su equipo a tomar una copa. Se adueñaron de una mesa larga en uno de los *pubs* de la calle principal. El local estaba lleno de gente que trataba de relajarse tras una larga jornada de trabajo.

—Tuvo que ser en la casita —dijo Erika dibujando con el dedo en la superficie empañada de su copa. Estaba en el extremo de la mesa con Moss y Peterson—. El que raptó a Jessica dispuso de muy poco tiempo. Podría haber estado enterrada primero allí, en ese sótano.

—Los forenses excavarán todo el suelo, jefa. Hemos de tener paciencia —aconsejó Moss.

Foster observó a los otros miembros del equipo, que charlaban entre risas, y bajó la voz.

—Quiero hablar mañana con Crawford. Él estuvo en la investigación inicial y quizá podría responder a muchas de nuestras preguntas sobre los expedientes y las pruebas que faltan. Es el problema de no tomarse en serio a la gente: al final te pasan desapercibidas. Ha sido un error de mi parte.

—No se fustigue, jefa.

—¿Examinó su expediente?

—Sí. Ha tenido una carrera mediocre. Es irritante y suele escaquearse, pero no hay ninguna mancha en su historial.

Erika dio un largo trago de cerveza.

—Si resulta que ese diente no es de Jessica, estamos jodidos. E incluso si es suyo, debo probar que la mató un hombre sin antecedentes violentos que murió hace veintiséis años.

—Si fue él, piense en todo lo que le ahorrará al sistema penitenciario —terció Peterson. Los tres bebieron en silencio—. Perdome, jefa. No ha tenido gracia.

—No importa. Todos deberíamos intentar relajarnos un par de horas. No soy una compañía muy divertida ahora mismo.

—Usted nunca es demasiado divertida —opinó Moss—. Eso es lo que me gusta de su personalidad. No hay presión para pasárselo bien. A su lado puedo sentirme deprimida. De hecho, gracias a usted me he ahorrado un montón de arrugas. Parezco tres años más joven porque no me paso el día sonriendo.

Erika se echó a reír.

—Maldita sea, ya empezamos con las arrugas —añadió Moss, y soltó una risotada. Le sonó el móvil; lo sacó y miró la pantalla—. Ah, es Celia, disculpe.

Moss salió afuera.

—Por si sirve de algo, le diré que a mí me encanta trabajar con usted. La he echado de menos de verdad —dijo Peterson. Ella lo miró. Se sentía un poco

mareada y cayó en la cuenta de que iba por la tercera cerveza.

—No... ¿En serio?

—Bueno, quizá un poquito. —Peterson le guiñó un ojo, sonriendo, y le sostuvo la mirada. Ella le devolvió la sonrisa. Cuando él iba a decir algo más, lo interrumpió.

—Creo que voy a ir al baño —dijo, porque sintió un pánico repentino.

Pasó por detrás de él, fue al baño y se encerró en uno de los cubículos. Se sentó sobre la tapa del váter e inspiró hondo. Se sentía culpable por estar de copas mientras el asesino de la pequeña Collins seguía por ahí suelto. Culpable por haber perdido el norte en la investigación. También por permitir que Peterson coqueteara con ella... ¿Estaba coqueteando de verdad? ¿Y acaso ella deseaba en secreto que fuera así?

—Debes mantener el control —se dijo en voz alta.

—¿Cómo? —respondió alguien desde otro cubículo.

—Nada, nada, perdón.

Sacó el móvil y vio que había dos mensajes de voz del dichoso número oculto. «¿Quién será?», musitó. Marcó el número de su buzón de voz, pero no había señal. Se quedó sentada unos minutos más, escuchando el ruido de las cisternas y del secador de manos.

Volvió de nuevo a pensar en Jessica Collins. Si todavía estuviera viva tendría treinta y tres años. ¿Qué habría ocurrido si no hubiese ido a aquella fiesta de cumpleaños? ¿Y si hubiera salido de casa unos minutos antes o más tarde? Ahora podría ser una de las mujeres que estaban en el *pub* divirtiéndose, jugando a la máquina de «¿Quién quiere ser millonario?» y riéndose con sus amigos.

Y también pensó en su propio pasado. ¿Y si ella y Mark hubieran decidido quedarse en la cama el día fatídico de la redada? Su vida sería completamente distinta. Ahora estaría con él en casa, mirando la tele, o haciendo el amor, o hablando sobre la jornada. «Soy viuda —pensó—. Pero tengo cuarenta y cuatro años... Aún podría tener hijos, ¿no? Sé de casos de mujeres que los han tenido con más de cuarenta.»

Cogió un pedazo de papel higiénico, se enjugó los ojos y decidió que iba a marcharse a casa. Tres cervezas eran su límite.

Cuando volvió, Peterson estaba solo en la larga mesa.

—¿Cuánto he tardado? ¿O es que he entrado en el túnel del tiempo?

—No. La novia de John lo ha llamado preguntando dónde se había metido.

Celia ha telefonado a Moss porque Jacob tiene fiebre, y está preocupada... Y los uniformados se han largado a comer algo al Wetherspoon's.

—Vale —aceptó Erika, y ocupó el asiento opuesto. Hubo un silencio comprometido.

—Espero no haberla molestado antes —dijo él. Se había arrellanado en la silla; llevaba la camisa arremangada y exhibía una sonrisa amistosa; era guapo —. Solo quería decirle que la he echado en falta, sin más, pero quería que lo supiera.

—No, no, en absoluto. Es un cumplido, así que gracias. —Alzó el vaso hacia él. Ambos brindaron y apuraron el resto de sus bebidas.

—¿Quiere otra?

—No. Debería irme ya. Mañana tengo que empezar temprano. He de localizar las cintas de vídeo, suplicar a los forenses que se den prisa con ese diente...

—Sí, cierto.

Cuando ya se levantaban, Crawford volvió de la barra atestada de gente con una bandeja llena de bebidas.

—¿Dónde está todo el mundo? Me he pasado una eternidad haciendo cola para conseguir una ronda.

—Todo el mundo se ha largado, colega —dijo Peterson.

Él y Erika vacilaron un instante con incomodidad. Ella se disculpó:

—Gracias. Lo siento, yo no puedo quedarme.

—Yo tampoco. Gracias, de todos modos, colega —soltó Peterson. Le dieron las buenas noches y lo dejaron allí, con su bandeja de bebidas.

—Gilipollas —masculló Crawford.

Se sentó en la mesa vacía y cogió una de las cervezas.

Cuando Erika y Peterson salieron, la calle principal estaba abarrotada de gente que iba de un *pub* a otro. Caminaron en silencio hasta la estación de tren. Había un único taxi en la entrada, con el motor al ralentí.

—¿Usted pensaba tomar un taxi? —preguntó Peterson.

—Sí. Me he pasado del límite.

—Yo también.

Miraron a ambos lados de la calle. No pasaban más coches. Empezaron a caer unas gotas que enseguida se convirtieron en una lluvia torrencial.

—¿Van a alguna parte o no? —preguntó el taxista bajando la ventanilla. Era un viejo de aire tristón, con unas pocas hebras de pelo canoso pegadas al cráneo. Peterson abrió la puerta y ambos subieron y tomaron asiento dejando un espacio entre ambos.

—¿A dónde? —preguntó el viejo.

—Ella baja primero, en Forest Hill, y luego a Sydenham —indicó Peterson.

—No, usted va primero —replicó el taxista—. Hemos de pasar por Sydenham para llegar a Forest Hill.

—Llevémosla primero a ella. Es mi jefa —bromeó Peterson.

El viejo puso los ojos en blanco y arrancó. Circularon en silencio. La lluvia repiqueteaba en el techo del taxi, mientras ellos dejaban atrás las oscuras calles. Apenas había tráfico. Erika le lanzó una mirada subrepticia a Peterson. Por una vez, no quería dejarse abrumar por la vida, el dolor ni la responsabilidad. Quería que alguien la abrazara cuando se durmiera. Quería despertarse con alguien al lado, sin sentirse sola y desolada.

Él se giró y sus miradas se encontraron. Ambos se apresuraron a mirar para otro lado. Ella sintió que se le aceleraba el corazón mientras el taxi giraba por Manor Mount y emprendía la subida de la pronunciada cuesta hacia su edificio. Las casas desfilaban rápidamente y enseguida llegaron.

—Primera parada —dijo el taxista al frenar. El cierre automático de las puertas se abrió con un clic.

—¿Le apetece una taza de café? Quiero decir, un café en mi casa —preguntó Erika.

Peterson pareció sorprendido.

—Vale... Sí, sería estupendo.

Pagaron al viejo, se bajaron del taxi y cruzaron el aparcamiento. Ella observó que había luz en la entrada comunitaria, y entrevió dentro a una rubia con unos niños.

Al llegar a la puerta, hurgó en el bolso para buscar las llaves. Peterson la abrazó, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla. Ella se giró hacia él y sonrió. Estaba a punto de decir algo cuando sonó un grito.

—¡Erika!

Se abrió la puerta de la entrada y apareció disparada la mujer rubia. Tenía un gran parecido con la inspectora: una preciosa cara eslava y ojos almendrados. La melena, mojada por la lluvia, le sobrepasaba los hombros. Llevaba un largo abrigo negro; debajo, unos vaqueros ceñidos y un top escotado. Detrás de ella, un niño y una niña morenos se soltaron de un cochecito sofisticado donde dormía un bebé. La mujer le dio un gran abrazo a Erika y se apartó.

—¡Qué alegría verte! ¡Te he estado llamando todo el día! —exclamó.

—¿Quién es? —preguntó Peterson, desconcertado.

—Es mi hermana, Lenka.

Erika ayudó a su hermana a llevar las maletas, el cochecito y a los niños. A través del ventanal de la entrada, vio a Peterson en la acera, tapándose la cabeza con la chaqueta, mientras esperaba un taxi bajo la lluvia torrencial. Le había dicho que entrara mientras ella le pedía uno por teléfono, pero Lenka no paraba de hablar en eslovaco y el bebé había roto a llorar, así que él le había lanzado un gesto de adiós y se había ido.

Sus sobrinos, Jakub y Karolina, parecían extenuados, y pese a todo, Erika se había alegrado al verlos. Tenían cinco y siete años, y estaba asombrada al ver cómo habían crecido. Ya en el piso, encendió las luces y la calefacción central y les dijo que pasaran a la sala, que enseguida volvía.

Cruzó otra vez el vestíbulo rápidamente, salió bajo la lluvia con la cabeza gacha y corrió por el sendero de grava. La acera estaba vacía. A lo lejos, doblando la esquina al pie de la cuesta, divisó las luces traseras de un taxi. Se quedó quieta y, mientras la lluvia le caía por la cara, tuvo la sensación de que había perdido a alguien. Pero era Peterson. Lo vería al día siguiente.

Cuando regresó al piso, la puerta del baño estaba cerrada. Jakub y Karolina se habían instalado en el sofá. Y el bebé, sentado entre ambos, agarraba con su manita el índice de Karolina y sonreía mostrando las encías. Llevaba un gorrito de color rosa con botones en la parte de delante.

—¿Cómo está la pequeña Erika?

—Nosotros la llamamos Eva —informó Jakub que, arrellanado en el sofá, entrelazaba las manos sobre su camiseta del Manchester United.

—Mamá está en el lavabo —dijo Karolina tímidamente.

—¿Y cómo estáis vosotros dos? —Erika se les acercó. Karolina dejó que le diera un beso, pero Jakub se apartó con una risita—. Os he echado de menos.

—¿Siempre llueve en Londres? —preguntó Karolina.

—Sí. —Erika sonrió mientras le hacía cosquillas al bebé bajo la barbilla. Jakub sacó su móvil y se dedicó a pinchar iconos con destreza para buscar los juegos.

—¿Es nuevo? —le preguntó Erika.

—Sí, el último modelo —dijo el crío con indiferencia—. ¿Cuál es la clave de tu wifi?

—Tienes que pagarla —dijo ella—. Dos besos por una hora de acceso.

—¿Qué? —dijo él, y se echó a reír.

—Es lo que cuesta...

Jakub se resignó y alzó la cara.

—¡Muá, muá! —dijo Erika al besarlo—. La clave del wifi es: I'mTheDibble1972.

Él puso cara de extrañeza y ella lo ayudó a teclear las palabras en inglés. Karolina sacó también su iPhone, otro último modelo, y también le introdujo la clave.

—¿Queréis una bebida?

Ambos asintieron. Erika fue al armario de la cocina, encontró un zumo de grosella que había comprado para ellos la última vez que la habían visitado, y llenó un par de vasos. Al volver, se dio cuenta de que las fotos de la autopsia de Jessica Collins habían quedado sobre la mesita de café. Se apresuró a guardar la carpeta antes de que lo advirtieran. Se oyó la cisterna en el lavabo y enseguida apareció Lenka. Estaba pálida y tensa.

—¿Por qué no me dijiste que veníais? —preguntó Erika mientras cogía al bebé y lo abrazaba.

—Lo he intentado. Te he llamado, te he dejado varios mensajes, pero no respondías.

—A ver, a ver... ¿Tienes un número oculto?

—Sí...

—¿Por qué?

—Lo tengo desde hace cierto tiempo —dijo Lenka, evasiva.

—Yo trabajo, ¿sabes? Es un trabajo muy estresante, y te agradecería que me avisaras. ¿Has visto lo pequeño que es mi piso...?

—¡Te avisé y no respondiste!

—Aunque te hubiera respondido, ¡podrías haberlo hecho con más antelación!

—¡Soy tu hermana!

Se oyó como Jakub sorbía el zumo con los ojos fijos en su iPhone. Y sin apartar casi la vista del suyo, Karolina preguntó:

—¿Quién era ese hombre negro tan alto?

—¿Qué? Ah, un colega. Es un policía. Trabajo con él...

Karolina miró a su madre que arqueó una ceja y dijo:

—Te abrazaba. Y son casi las diez...

—Ya hablaremos de eso otro rato, Lenka —dijo Erika con una mirada significativa.

—Ya lo creo que sí. Quiero saberlo todo de él.

Erika sonrió. En el fondo, se alegraba de ver a su hermana.

—Bueno. ¿Quién tiene hambre? —preguntó—. ¿Quién quiere *pizza*? —Los niños levantaron la mano, encantados—. Bien. Tengo unos menús en el cajón.

Pidieron una *pizza*, y Erika, mientras Lenka duchaba a los niños y bañaba al bebé, preparó el sofá cama en la sala de estar y la ordenó un poco. El enfado con su hermana se le pasó del todo al oír los grititos y las risas de sus sobrinos en el baño. El piso se transformaba con esos ruidos familiares, o con el aroma del perfume de su hermana. Parecía un hogar.

La *pizza* llegó al cabo de una hora, y los niños se lanzaron de cabeza; cogieron porciones humeantes y se agachaban para atrapar con la boca los hilos de queso. Lenka había llevado un DVD de *Enredados*, y lo puso en la tele mientras ella daba de mamar al bebé en un sillón, junto a la ventana del patio.

Cuando los críos terminaron de comer, se recostaron en el sofá cama y se durmieron mirando la película.

—Los vi hace unos meses y ya parecen mucho mayores —comentó Erika, mirando sus sonrojadas caritas dormidas. Eva también se había quedado dormida después de mamar, y su madre la dejó en el cochecito bien abrigada. Erika les dio un beso a los tres, y tapó con una manta a Jakub y Karolina.

—La niña está muy alta —dijo.

—Sí, lo sé. Ya hemos empezado a discutir porque quiere pintarse los labios. Solo tiene siete años.

—Mira quién habló. Tú te maquillabas prácticamente desde que empezaste a andar. Pasaste directamente de la teta de mamá a usar Max Factor.

Lenka se echó a reír. Luego se puso seria.

—¿Podemos hablar?

—Sí, podemos —contestó Erika. Abrió la puerta del patio y vio que había

dejado de llover. Se pusieron los abrigos y salieron a pesar del frío nocturno.

—¿Este es tu jardín? —preguntó Lenka escrutando la oscuridad.

—Es de alquiler, pero sí. Bueno, ¿vas a contarme por qué te has presentado de repente en Londres?

—Ya te lo he dicho. Te llamé, pero no cogías el teléfono ni escuchabas mis mensajes.

—Debería haberlos escuchado, lo siento. ¿Por qué llamas con un número oculto?

Lenka se mordió los labios.

—Las cosas se han complicado en casa. Tenía que irme. Y los niños no habían venido a Londres desde hacía tiempo.

—Venga ya. Estamos en pleno período escolar. ¿Los has sacado de la escuela para traerlos a Londres a principios de noviembre? ¿Dónde está Marek?

—Eh, mmm... —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Él ha tenido algunos problemas en sus negocios.

—¿Te refieres al crimen organizado?

—¡No digas eso!

—¿Cómo quieres que lo llame? ¿Mafia? ¿O vamos a simular que dirige el quiosco de helados más lucrativo de Europa del Este?

—Ese negocio es real, Erika.

—Lo sé. ¿Y por qué no podríais contentaros con eso?

—Tú sabes cómo es la vida allí. Por eso te largaste hace muchos años y no has vuelto.

—¿Dónde está Marek?

—Se ha ido.

—¿A dónde?

—Al Alto Tatra. Un tipo cree que lo ha estado robando.

—¿Un tipo de la mafia?

Lenka asintió.

—¿Y es verdad?

—No sé... Él no me cuenta nada. La semana pasado me hizo cambiar la tarjeta SIM de mi móvil. Y esta mañana me ha dicho que me fuera, que me marchase de casa hasta que las cosas se calmaran. —Las lágrimas le rodaban por la cara.

—¡Ay, lo siento...! Ven aquí —dijo Erika, y la abrazó mientras sollozaba—.

Puedes quedarte, no te preocupes. Aquí estarás segura, ya encontraremos alguna solución.

—Gracias.

Y

Al cabo de un rato, ambas estaban acostadas en la cama del dormitorio. Jakub y Karolina dormían profundamente en la sala de estar. Erika se había colocado junto a la ventana para que su hermana pudiera tener el cochecito del bebé al lado.

—El tipo de antes es un colega. Peterson. James, de nombre de pila. Iba a invitarlo a tomar un café —explicó Erika.

—¿Solo un café? —preguntó Lenka.

—Sí. Quizá... No sé.

—Es guapo.

—Sí, pero no es eso, no es eso. Quería despertar con alguien al lado, no encontrarme sola como todas las mañanas. Hemos estado tomando unas cervezas. Me alegro de que hayas venido. Habría sido una tontería meterme en la cama con él. Tenemos que trabajar juntos.

—También trabajabas con Mark.

—Eso era diferente. Nosotros ya salíamos antes de entrar en el cuerpo. Y éramos marido y mujer cuando empezamos a patrullar como agentes; todo el mundo lo daba por descontado... Ahora estoy al frente de una investigación por asesinato. He de dirigir a un grupo de personas. No quiero tener citas o rollos de una noche con un miembro de mi equipo.

—Echo en falta a Mark —dijo Lenka—. Era un buen hombre. El mejor.

—Cierto —dijo Erika enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No creo que Marek sea un buen hombre.

—Él te quiere. A ti y a los niños. Y cuida de vosotros. Aunque algunas veces te encuentres en una situación difícil y tengas que arreglártelas.

—Quizá sea bueno que haya venido. Así no estarás sola. Te despertarás a mi lado mañana por la mañana. —Lenka sonrió.

—Eres única para volver las cosas a tu favor —replicó Erika riendo. Se volvió hacia su hermana en la penumbra. Se parecían en muchos sentidos, pero

Lenka era más atrevida en su forma de vestir; se maquillaba y se había dejado el pelo largo, mientras que ella lo llevaba muy corto.

—¿En qué caso estás trabajando?

Le habló brevemente del caso y de Jessica Collins.

—Karolina tiene la misma edad. No quiero imaginarme lo que pasaría si la secuestraran.

La frase quedó flotando en el aire, y a Erika le costó mucho conciliar el sueño.

La lluvia siguió cayendo en Manor Mount. El agua bajaba por los canalones y junto a los bordillos, adquiriendo velocidad a medida que descendía por la cuesta. Sonaba un gorgoteo cuando se sumía por las alcantarillas.

Gerry se mantenía entre las sombras al otro lado de la calle, guarecido por un gran árbol y por el andamio de una casa a medio construir. La larga chaqueta impermeable le cubría el musculoso tórax, y además, llevaba la capucha puesta, de modo que el rostro le quedaba muy oculto.

Había estado merodeando a pie por la zona desde hacía un rato, mientras ideaba un plan. No le había costado encontrar la dirección en línea, en el registro electoral. Solo había una Erika Foster con el nombre escrito con «ka». Ya tenía vigilada a Amanda Baker, a quien el agente Crawford le pasaba la mayor parte de la información sobre el caso. Pero él sabía distinguir a las personas, y Crawford era un idiota. No formaba parte del círculo de confianza de la inspectora jefe.

Ahora, por fin, ya podía acceder al móvil de Foster. El mensaje de texto no había disparado la alarma. Había sido un golpe de suerte que la hermana le hubiera dejado una serie de mensajes desde un número oculto. No obstante, también necesitaba acceder a la línea fija, y poder escuchar las conversaciones si hablaba con alguien desde casa.

Antes había visto a un tipo negro, uno de los agentes del equipo de la inspectora, subiéndose a un taxi. Poco después, se había visto recompensado con la aparición de la propia Foster, que había salido corriendo del edificio con una expresión apenada. Al ver que el taxi desaparecía por un recodo, al pie de la cuesta, había mostrado su desaliento y se había quedado ahí un rato, alzando el pálido rostro hacia el cielo y los ojos cerrados.

Gerry había sentido el primer hormigueo de una erección, provocado por el dolor pintado en la cara de la mujer, la tez suave y lisa, esos labios rojos

entreabiertos... Llovía con fuerza, y la blusa que llevaba se le había pegado enseguida a la piel. Tenía unos pechos pequeños, pero erguidos.

Dejó de lado el recuerdo y se concentró. Debía hallar un modo de entrar y salir del piso con celeridad, pero el edificio, una antigua mansión, tenía barrotes en algunas de las ventanas de la planta baja. Había también una entrada comunitaria.

Aguardó bajo el andamio, una vez que Erika entró de nuevo en la casa, y siguió allí acechando hasta que todas las luces de su piso se apagaron. Le gustaba aquello: la oscuridad, el ruido de la lluvia en la calle desierta, la sensación de estar oculto.

El teléfono le vibró en el bolsillo. Lo sacó y pasó el dedo por la pantalla.

—¿Es que nunca duermes? —se quejó.

—¿Has accedido al móvil de Erika Foster? —dijo la voz.

—Sí.

—¿Qué sabe?

—Los forenses han encontrado un diente en el sótano de la casa de la cantera, y también unas franjas de tierra empapada de gasolina...

Hubo un silencio.

—¿El diente es humano?

—Claro que es humano.

—¿De quién es?

—No lo saben; los forenses están haciendo todo lo posible... Pero no importa. Bob Jennings podría haber hecho toda clase de cosas en ese sótano con los críos de la zona... Podría funcionar a nuestro favor.

—Te lo tomas como si fuese un juego —dijo la voz, ronca y amenazadora.

—Es mi despreocupado carácter irlandés —replicó Gerry sin inmutarse—. Y ya sé que no es un juego.

—Recuerda que si caigo yo, tú también caerás... Y no podrás cobrar. Quizá esto último te importe más.

Dicho esto, su interlocutor colgó.

—Que te den —le espetó Gerry. Se guardó el teléfono en el bolsillo y salió de debajo del andamio. Alzó la cara hacia el cielo, disfrutando del pinchazo de las gotas en la cara.

Dio media vuelta y se alejó bajo la lluvia.

Erika se despertó cuando aún estaba oscuro y, al ver a Lenka deambulando por el pequeño dormitorio con Eva en brazos, tardó un poco en situarse.

—¿Qué hora es? —preguntó encendiendo la luz. Eva emitió unas risitas y le sonrió.

—Las cinco y media —respondió Lenka—. Perdona. No quería despertarte.

—No importa. He de levantarme temprano. —Se sentó en la cama y se restregó la cara—. ¿Qué piensas hacer hoy? A mí me espera un día de mucho trabajo.

—¿Tienes unas llaves de sobra?

—Sí.

—¿Hay algún parque por aquí cerca?

—El museo Horniman está al final de la cuesta. Es bastante bonito para pasear.

—¿No fue allí donde encontraron a la chica bajo el hielo?

—Bueno, sí. Pero hay unos jardines enormes y un museo; y un café encantador... También podrías ir al centro a ver las luces de Navidad... —Se dijo que era una anfitriona desastrosa.

—Nos las arreglaremos. Creo que los niños se levantarán tarde. Ayer fue un día agotador. ¿Puedes sostenerme a Eva unos minutos? Voy a ducharme antes de que se arme el alboroto.

Lenka le puso en los brazos al bebé, envuelto en un lío de mantas, y se fue al baño. Eva desprendía un agradable calor. Alzó un bracito, miró a Erika con sus grandes ojos castaños y estornudó. Ella le limpió con cuidado la carita con un pañuelo de muselina. Le recorrió una oleada de amor y tristeza. De amor por esa criatura perfecta, que era su sobrina, y de tristeza porque ella, probablemente, nunca tendría hijos propios.

Antes de marcharse, le dejó a su hermana el teléfono de la oficina y las llaves, y le mostró en el mapa dónde estaba todo. Besó las cabecitas de Karolina y Jakub que dormían y salió con sigilo por la puerta justo cuando amanecía.

Llegó a la comisaría de Bromley unos minutos antes de las siete y subió directamente al centro de coordinación. Se plantó frente a las pizarras con un café y observó las pruebas. Tras el hallazgo del diente, cambió de lugar las fotos de Bob Jennings y Trevor Marksman, las colocó a uno y otro lado de la foto de la casa de la cantera y trazó con un rotulador una línea que enlazaba los tres elementos.

A todo esto, le sonó el móvil. Vio que era Nils Åkerman.

—Hemos comparado el diente encontrado en el sótano con el historial dental de Jessica Collins —dijo el supervisor de la científica sin preámbulos—. Lo siento, pero no coinciden. No es un diente de la niña.

A ella se le cayó el alma a los pies. Tuvo que sentarse en el extremo de una mesa.

—¿Está seguro?

—Sí. Primero lo hice del modo más sencillo, comparándolo con el diente roto de la mandíbula del esqueleto. No encajaba. Y, por si el diente había estado expuesto al fuego, lo cual podría haber provocado que se encogiera, revisé el historial dental de Jessica. Pero tampoco coincidía con esos datos. Se lo he enviado de todos modos a un colega para ver si puede extraer algo de tejido dental y obtener una muestra de ADN, pero no es de Jessica. También hemos vuelto al sótano y excavado el suelo, y hemos hecho pruebas con una sonda de metano. Pero no hay nada. Simplemente tierra.

—¡Maldita sea!

—Lo siento.

—Está bien, no es culpa suya. Esto plantea más preguntas que respuestas... ¿Qué hacía el diente de un niño en el sótano de Bob Jennings?

El supervisor guardó silencio .

—Perdone, Nils. Ya sé que no es trabajo suyo averiguarlo...

—No la envidio, la verdad.

—Bueno, gracias por avisarme —dijo ella, desanimada.

Cortó la llamada y volvió a las pizarras, donde figuraban todos los datos de la cantera junto a un mapa del parque. Había sido en su momento una cantera de arcilla. Se sentó en la mesa más cercana, entró en la Wikipedia y buscó: «cantera de arcilla, Kent» y encontró el siguiente párrafo:

La arcilla de Londres es compacta y azulada, y se vuelve marrón al degradarse. La arcilla se emplea todavía comercialmente para hacer ladrillos, baldosas y cerámica. Es infértil para jardines y cosechas.

Siguió buscando y descubrió que la zona de Kent estaba compuesta por una mezcla de caliza, arenisca y arcilla.

—¿Qué estoy haciendo? —masculló—. Todo esto es demasiado amplio, demasiado aleatorio...

—Sí, Kent es un condado enorme —dijo alguien a su espalda; Erika se sobresaltó. Al girarse, vio que Crawford estaba detrás de ella mirando la pantalla—. Perdón —añadió el agente.

—No se acerque con tanto sigilo —le espetó.

—Creía que ya sabíamos para qué se usaba la cantera, ¿no?

—Sí. Simplemente estoy tratando de buscar un vínculo, tratando de entender la yuxtaposición...

—¡Uf! Esa es una palabra muy complicada para estas horas de la mañana —bromeó Crawford.

Ella no sonrió y reflexionó:

—Jessica desaparece durante años y, sin embargo, acaba apareciendo a un kilómetro de su casa.

Le explicó su conversación con Nils. Crawford se había sentado en una punta de la mesa e iba asintiendo. Cuando ella terminó, se quedó callado y al poco observó:

—¿Sabía que la costa de Kent, el estrecho de Dover, queda solo a treinta y tres kilómetros de Europa.

—Sí, acabo de leerlo aquí.

—Espere —dijo él levantándose—. Eso que ha dicho antes, que la arcilla se emplea comercialmente para hacer ladrillos y baldosas... ¿cree que podría tener algo que ver con Martin Collins? Él es constructor.

A Erika le irritaba su forma de asentir con aire sabiondo.

—Crawford, la cantera dejó de excavarse antes de la Primera Guerra mundial. Martin Collins no se trasladó aquí con su familia hasta 1983. Y ahora la zona es un parque. La cantera no pasa de ser un punto de referencia.

—¡Ah! —exclamó Crawford, y se sonrojó.

Llegaron al centro de coordinación varios agentes, seguidos por Moss y Peterson. Erika sintió de repente que toda la rabia y la frustración le hervían por dentro, y Crawford era un medio ideal para desahogarse.

—Esta investigación ya es bastante complicada sin que usted aparezca sigilosamente a mi espalda y se saque de la manga teorías estúpidas. No se hace ningún favor a sí mismo, y a mí me saca de quicio. Por tanto, a menos que tenga algo importante que decir, lárguese.

Los demás agentes estaban quitándose el abrigo y dirigiéndose a sus mesas en silencio. Crawford continuaba sonrojado y tenía los ojos llorosos.

—Y no tengo tiempo para llantos en mi equipo —explotó Erika—. ¿Qué puede decirme de la fosa séptica de la casa?

—Eh... Todavía estoy esperando noticias —murmuró el agente, tratando de dominarse.

—Bueno, déjese de tonterías y de hacerse el listo, y póngase a ello. ¡Haga su jodido trabajo! —gritó. Estaban llegando más agentes, y flotaba un silencio embarazoso mientras se iban sentando y encendían sus ordenadores—. ¿Alguien más tiene alguna teoría absurda sobre quién mató a Jessica Collins? —añadió dirigiéndose a todo el mundo. Nadie abrió la boca—. Bien. Acabo de enterarme de que el diente que encontramos en el sótano de la casa no es de la niña.

Hubo un murmullo decepcionado entre los agentes.

—Sí, es exactamente lo que yo siento. De manera que hemos de redoblar nuestros esfuerzos.

Se levantó, entró en su despacho y cerró de un portazo. Le reventaba que todo el mundo pudiera verla igualmente a través de las paredes de cristal. Se sentó ante el creciente montón de papeles de su escritorio y se dedicó a actualizar los informes del caso en el sistema Holmes.

Al cabo de una hora, llamaron a la puerta. Moss estaba fuera, agitando un pañuelito blanco.

—Vengo en son de paz —dijo al abrir.

—¿Qué hay?

—La comisaría de Croydon ha conseguido localizar las cintas de vídeo de

Trevor Marksman en el almacén de pruebas. Acaban de llegar por Courier.
John está buscando un aparato para que podamos verlas.

Crawford se hallaba junto a una hilera de cubos de basura de la parte trasera de la comisaría, guarecido de la lluvia bajo un pequeño toldo de plástico. Se había escabullido del centro de coordinación y estaba manteniendo una acalorada conversación con Amanda Baker, aunque el tamborileo de la lluvia sobre el toldo le impedía oírla bien.

—¿No se te ha ocurrido que debías entrar más temprano? ¿O al menos tratar de interceptar las cintas? —dijo Amanda.

—He llegado temprano —contestó Crawford entre dientes.

—No lo bastante, obviamente. ¿Qué estuviste haciendo anoche?

—No es asunto tuyo —dijo él, indignado. Se había quedado bebiendo solo en el *pub*, y ahora tenía una terrible resaca.

—Sigo queriendo esas cintas, Crawford.

—Ahora será un poco más difícil conseguirlas. Se han convertido en la prueba más candente del caso. La inspectora Foster está revisándolas en una de las salas de proyección. Yo no puedo ni acercarme.

Oyó el chasquido del mechero de Amanda al encender un cigarrillo.

—Las deben de estar digitalizando al mismo tiempo que las miran. Cópialas en un USB. Así de fácil.

—Fácil para ti —masculló Crawford.

—En todo caso, creía que tú habías pedido las cintas. ¿Cómo es que no estás dentro viéndolas? Deberías estar ahí.

«Estoy harto de que todas estas mujeres de mierda me mangoneen», pensó.

El viento cambió de dirección e impulsó la lluvia horizontalmente, de modo que Crawford se estaba empapando incluso bajo el toldo.

—Yo tengo otras cosas que hacer —repuso recostándose contra los apestosos cubos de basura.

—¿Como qué?

Él no hizo caso de su pregunta y le explicó que el diente encontrado en el sótano no era de Jessica.

—Ese diente de niño descubierto en el sótano nos lleva a considerar sospechoso a Bob Jennings y a creer que podría haber sido él quien colaboraba con Trevor. Quizá secuestraron a otros niños de la zona antes que a Jessica.

La mujer guardó silencio. Crawford casi era capaz de percibir las maquinaciones de Amanda.

—Había algo en esos vídeos... —dijo ella al fin—. No sé, es una corazonada. Lo tengo en la punta de la lengua, pero se me escapa. Bueno, vuelve adentro y consígueme una copia de las cintas sin levantar sospechas.

Dicho lo cual, colgó.

—Sí, yo ya sé lo que tienes en la punta de la lengua. Tu tercera copa de vino —murmuró Crawford, malhumorado, mientras notaba que se le había pegado en la chaqueta algo grasiento del cubo de basura.

Gerry se hallaba en su pequeño piso de Morden, con las cortinas corridas. Afuera llovía y soplaba el viento.

Sentado frente al portátil, se quitó los auriculares y volvió a pasar un fragmento de la conversación. La bronca voz de Amanda resonó en la habitación.

«Había algo en esos vídeos... No sé, es una corazonada. Lo tengo en la punta de la lengua, pero se me escapa.»

Hizo una llamada telefónica:

—Amanda Baker se está acercando. ¿Quieres que pasemos al siguiente nivel? —preguntó.

—No. Tú sigue escuchando —respondió la voz—. Para dar otro paso tenemos que estar seguros.

Erika y John se hallaban apretujados en una de las pequeñas salas de proyección de la comisaría. Con el fin de ahorrar, Trevor Marksman había usado cintas Hi8 de ciento veinte minutos en modo de grabación lenta, lo cual significaba que cada cinta duraba cuatro horas.

—Bueno, vamos con la cinta número dos —dijo John que sacó la primera del reproductor, usando guantes de látex.

Erika se irguió y se desperezó.

—¿Realmente pensaba el tipo que iba a volver a mirar todo esto? —dijo bostezando.

—¿Por qué lo dice, jefa? Cuatro horas de paseos por parques anodinos y vacíos, con el tráfico de la carretera de circunvalación de fondo, y las imágenes granuladas de unos fuegos artificiales filmados desde la ventana de su cuarto... Es un material de primera —respondió John, mientras guardaba la pequeña cinta Hi8 en su estuche y cogía la siguiente.

—¿Qué hay escrito ahí? —preguntó Erika. John alzó el estuche, todavía con los guantes puestos.

—«Fiesta de cumpleaños de Gary, abril de 1990» —leyó, antes de sacar la cinta negra del estuche. La sostuvo a la luz—. Parece en buen estado.

La introdujo en el adaptador VHS y procedió a deslizarlo por la ranura del reproductor. Comprobando que la imagen se iba cargando en el portátil, pulsó «Play».

La pequeña pantalla montada frente a ellos sobre la mesa se puso en funcionamiento, aunque con algunas interferencias; apareció la sala de televisión del centro de rehabilitación. La imagen, en blanco y negro, tembló un poco y pasó a ser en color. Veinte hombres de distintas edades, la mayoría de ellos muy desaliñados, se hallaban de pie. A lo largo de la sala, de pulido entarimado, había varios sofás viejos y desgarrados y un pequeño televisor

montado en la pared. Un gran ventanal daba a un trecho de césped; el cielo estaba grisáceo. Momentáneamente, la luz del exterior blanqueó la imagen de la cámara. Se oyeron unas voces y la cámara enfocó un espejo. Apareció el reflejo de Trevor Marksman sujetando la videocámara. Tenía la piel normal; todavía no había sufrido las quemaduras.

«Aquí estamos, el dos de abril, celebrando que Gary Lundy cumple veinticuatro años», decía Trevor a su reflejo.

La cámara giró con rapidez para mostrar a un tipo delgado, sentado en un sofá deshilachado, de rostro alargado, pelo grasiento y peinado con raya, y una nariz enorme, en cuya narina izquierda se había metido un dedo hasta el nudillo. «¿Qué haces?», preguntó Trevor mientras filmaba.

«Buscar algo decente para comer —respondió Gary sacándose el dedo de la nariz, y gruñó—: Y ahora vete al carajo».

La cámara viró y recorrió la sala; mostró un tétrico y repulsivo grupito de hombres merodeando alrededor de una mesa alabeada en la que se veía un bufé consistente en varios cuencos de patatas y un pequeño pastel glaseado y salpicado de pastillitas de chocolate. Un hombrecillo rechoncho llevaba un sombrero de fiesta, cuya goma elástica se hundía en su triple papada; por debajo del sombrero le emergía el cabello largo y canoso.

—Joder, todos esos malditos pervertidos vivían justo al final de la calle de los Collins —comentó John.

En la pantalla, el hombrecillo rechoncho del sombrero miraba la lente de la cámara. «¿Me la dejas probar?», dijo extendiendo la mano; al sonreír, se vio que solo tenía dos dientes.

«No», contestó Trevor. Su propia mano apareció en el encuadre y le dio un cachete a la del gordo para apartársela.

«Venga, hombre. Que nunca había visto una...»

«¡Quita tus jodidas manos de ahí!», gritó Trevor, y le dio un fuerte sopapo en la cabeza.

El hombrecillo se fue al suelo aparatosamente y el elástico del sombrero se partió. Enseguida se incorporó y arremetió contra la cámara. Tras un forcejeo, la imagen quedó en negro.

—Joder, nos vamos a tener que tragar la fiesta entera, ¿no? —protestó John.

Erika asintió con expresión sombría. La pantalla volvió a funcionar. Otra vez la fiesta, pero un poco más tarde. Sonaba música y algunos hombres

bailaban torpemente. La cámara enfocó de nuevo a Gary, que estaba todavía hurgándose la nariz en el sofá. Sacó el dedo y se lo metió en la boca.

—¡Qué asqueroso! —exclamó John apartando la vista.

—Ya está, ya ha desaparecido —dijo Erika.

La cámara giró en redondo para mostrar al hombrecillo rechoncho, que se había sentado en un rincón, junto a un piano vertical, y llevaba un sombrero nuevo. Estaba engullendo a dos carrillos un plato lleno de comida. Otro plato igual aguardaba a su lado, sobre la tapa del piano.

«¿Qué le pasa a este?», preguntó una voz distorsionada.

«Se ha puesto gilipollas. Quería usar mi cámara —dijo Trevor mientras enfocaba cruelmente en primer plano la boca del tipo zampano—. Es un jodido manazas. Y yo no consiento que nadie toque esta cámara.»

La imagen se desenfocó un instante mientras el gordo se metía un gran trozo de quiche en la boca; le cayeron encima un montón de migas.

A todo esto, sonó una estridente risa afeminada y la cámara giró de nuevo para enfocar de cerca a un tipo calvo y rubicundo con dientes de conejo.

«A mí sí me la dejaras, ¿no?», preguntó.

«¡NO!»

Pareció que se producía otro forcejeo, y la escena saltó a un momento posterior de la tarde: oscurecía y la única luz que había en la sala de televisión era la de las velas de un pastel que llevaba un hombre alto. Trevor lo seguía con la cámara hasta el sofá donde aún estaba Gary sentado.

«¡Venga, sopla!», gritó alguien. El aludido protestó, pero apagó las velas de un soplido.

«¿Qué deseo has pedido?», gritó otra voz.

«Morirme de una puta vez», dijo Gary y, volviendo a sentarse, se cruzó de brazos.

El hombre que sostenía el pastel se giró hacia la cámara, aunque rápidamente salió del encuadre.

—Espere —alertó Erika—. Vuelva atrás.

—No puedo. Estoy digitalizando la imagen —dijo John.

Trevor siguió al tipo del pastel hasta la mesa larga.

—Conozco a ese hombre —masculló la inspectora—. Estaba el otro día en casa de Trevor Marksman. ¡Póngalo en pausa!

Erika salió disparada de la sala de proyección y subió la escalera hasta el centro de coordinación. Peterson estaba colgando el teléfono cuando ella lo sujetó del brazo y le pidió que la acompañara abajo. Regresaron a la sala de proyección y el inspector miró las imágenes con ellos. En la pantalla, Trevor enfocaba directamente a aquel hombre, que bromeaba ante la cámara como si la fiesta fuese una recepción glamurosa.

—Es el tipo que vimos el otro día en casa de Marksman. Joel, ¿verdad? Sí, Joel. En el vídeo tiene pelo, pero lo delata el acento sudafricano —dijo Erika.

—Tiene esos mismos ojos de un azul lechoso —añadió Peterson—. Y la cicatriz desde la sien hasta detrás de la oreja.

—Dijo que se llamaba Joel, pero no nos dio su apellido. Quiero una lista de todos los que estaban en el centro de rehabilitación en 1990 —ordenó Erika.

Se concentraron otra vez en la pantalla. Otra persona manejaba la cámara, porque Trevor y Joel bailaban juntos lentamente mientras por los altavoces sonaba a todo volumen «Careless Whisper».

Erika y John miraron otros dos vídeos por la tarde. Eran más cortos, porque estaban grabados a velocidad normal, y reflejaban varios días de primavera pasados en el parque de Avondale Road. Trevor Marksman había filmado a montones de niños del barrio, con frecuencia animando a los padres a sonreír y a saludar a la cámara mientras empujaban a sus hijos en los columpios o los recogían al pie de los toboganes.

Jessica Collins hacía su primera aparición en un vídeo fechado, según la etiqueta, el «11.06.1990», montando en el balancín con otra niña morena. Las dos reían mientras se balanceaban. En segundo plano, detrás de ellas, una Marianne y una Laura más jóvenes se hallaban sentadas a la sombra de un gran roble. Laura estaba fumando y apenas atendía a lo que le decía su madre.

La cámara se concentraba en Jessica bastantes minutos, enfocándola con el zum desde el otro lado del parque. A Erika le impresionó lo preciosa y despreocupada que se la veía mientras se balanceaba con su amiguita y se subía a las barras para trepar... Sus sentimientos se transformaron en repugnancia al caer en la cuenta de que lo estaba viendo todo a través de la mirada de Marksman.

La cámara ofrecía a continuación una vacilante imagen de una senda de la parte trasera del parque, pasaba junto a una papelera abollada y un banco de madera, y enfocaba a un hombre que trataba de introducir una pala llena de hojas secas en una bolsa de basura. No tenía demasiada suerte porque soplaban el viento.

«¿Qué?, ¿te diviertes?», dijo una voz. El hombre se dio la vuelta. No había duda de que era Bob Jennings al vérselo el desgredado pelo castaño y la cara de gnomo.

«A da puta mierrrda, vozotras dos, zoorras», farfulló Bob como si estuviera flipado.

Sonó una maldición porque el signo de batería baja parpadeó en la esquina del encuadre. La imagen se bamboleó y, antes de que la batería se agotara y la grabación se cortara, apareció fugazmente una cara familiar mientras la cámara pasaba de unas manos a otras.

—¡Maldita sea! Ese era Bob Jennings. Y esa otra cara, justo al final... ¿Podemos retroceder?

John sacó la cinta y se acercó al portátil. Disponían de la grabación digitalizada. Buscó los últimos minutos y volvió a pasarlos: primero el encuentro con Bob y luego cuando aparecía la señal de batería baja. Tuvo que hacer varios intentos, porque la cara se veía una fracción de segundo, pero al fin consiguió detener la imagen ahí. Era Trevor Marksman.

Se quedaron contemplando la pantalla.

—Esto significa que alguien le devolvió la cámara a Trevor. Él no estaba filmando solo en el parque. En la primera investigación, declaró que fue él quien grabó todas las cintas —dijo Erika.

—Y en la fiesta se puso como una fiera diciendo que no dejaba a nadie la cámara —puntualizó John.

Pasó nuevamente esa parte: la cámara recorría el sendero, la aparición fugaz de la cara...

—Escuche, ¿lo oye? Alguien dice: «Ya estamos otra vez». El acento parece sudafricano.

Llamaron a la puerta y reapareció Peterson, que había subido a hacer averiguaciones.

—Jefa, he encontrado a Joel Michaels. He tenido que buscar sus antecedentes penales, donde figura con su nombre original, que es Peter Michaels. Cambió su nombre de pila por el de Joel en 1995. Tiene cincuenta y tres años. Estuvo en el centro de rehabilitación al salir de la cárcel. Cumplió una sentencia de seis años, desde febrero de 1984 hasta marzo de 1990 por haber retenido y violado a un niño de nueve años.

Erika y John se miraron. Peterson prosiguió:

—Peter Michaels fue interrogado en 1990, junto con todos los demás residentes del centro de rehabilitación; e igual que Marksman, tenía una coartada para el siete de agosto. Sin embargo, no se lo sometió a vigilancia en las semanas posteriores a la desaparición de Jessica.

—Tampoco le pusieron vigilancia a Bob Jennings —observó John—. No he encontrado nada sobre él en los expedientes del caso. Nunca lo entrevistaron,

ni nunca se lo consideró sospechoso...

—Y mire: los tenemos ahí a los tres filmados, hablando. Está claro que se conocían —dijo Erika.

Ya era tarde cuando Erika llamó al comandante Marsh desde el centro de coordinación. Había enviado a todo el equipo a casa tras una larga jornada.

—Erika, ya le advertí que no se acercara a Trevor Marksman —dijo Marsh—. No queremos que nos ponga otra demanda.

—Señor, con el debido respeto, no me está escuchando. No quiero detener a ese individuo. Quiero detener a Joel Michaels e interrogarlo sobre su relación con Trevor, y también con Bob Jennings, que cada vez cobra más relieve. Este vivía de okupa en la casita en cuyo sótano encontramos el diente infantil.

—Un diente todavía no identificado.

—Pero alarmante por sí mismo.

—Sí, pero también podría haber habido allí otros okupas a lo largo de estos veintiséis años: yonquis con niños pequeños, que habrían podido perder un diente de leche.

—También encontramos en el sótano algunas zonas de tierra empapadas de gasolina. La hermana de Bob Jennings ha confirmado que él utilizaba un generador que ella misma le había prestado y que funcionaba con gasolina con plomo. Y hemos hallado elevados niveles de tetraetilo de plomo en los huesos de Jessica, lo que indica que sufrió una intensa exposición a gases de combustión de gasolina. Ahora tenemos un vídeo que relaciona a Trevor, Bob y Joel...

Marsh guardó silencio.

Erika prosiguió:

—Señor, Bob está muerto. Y no puedo acercarme a Trevor. Quiero hacer un intento con Joel Michaels.

—Obviamente la decisión es suya, Erika.

—Lo sé. Pero me gustaría contar con su apoyo, Paul. Con su consejo. Si tengo razón, podríamos estar detrás de una red de pedofilia.

—¿Cuándo pretende hacerlo?

—Enseguida.

—El funeral de Jessica Collins es mañana por la mañana. Le aconsejo que espere hasta que haya acabado. Yo voy a asistir; y me parece que sería inteligente de su parte asistir también. Relaciones públicas. Como bien sabemos, todo se reduce a eso.

—De acuerdo.

—Dese cuenta, además, de que Trevor Marksman ahora es un hombre muy rico. Supongo que tendrá un buen abogado a mano para ayudar a su amigo cuando usted lo detenga.

—Eso no me preocupa. Lo que me fastidia es que me he pasado el día mirando vídeos en los que aparecen pedófilos convictos celebrando fiestas de cumpleaños y saliendo de excursión a la costa; además de todas las imágenes que Marksman sacó de Jessica Collins y de otros muchos niños del barrio. Me enfurece que Jessica sea un montón de huesos y que el culpable siga por ahí suelto. Quiero interrogar a Joel Michaels, sencillamente. Y tengo pruebas para sostener mis sospechas.

Marsh se quedó callado otra vez y por fin dijo:

—Manténgame informado; y mañana nos vemos en el funeral.

—Vale, gracias. —Ella colgó el teléfono y empezó a recoger para irse a casa. Entró en el despacho, cogió el bolso y se dio cuenta de que se había dejado el cuaderno de notas en la sala de proyecciones.

Cuando todo el mundo salió del centro de coordinación para marcharse a casa, Crawford se entretuvo, fue al baño y se sentó en un cubículo. No paraba de sudar. Una vez transcurridos veinte minutos, se lavó las manos y salió. Comprobando que nadie lo seguía, bajó por la escalera hasta la sala de proyecciones donde Erika y John se habían pasado todo el día mirando las cintas de Trevor Marksman.

La sala estaba en el segundo piso, en la parte trasera de la comisaría, al fondo de un largo pasillo. Había varias copias de la llave, y él había cogido una del escritorio de John mientras este estaba distraído hablando por teléfono. La introdujo en la cerradura y comprobó con alivio que la puerta se abría. Encendió las luces y vio que el portátil seguía sobre la mesa, conectado al reproductor. Cerró la puerta con llave. La sala era muy pequeña y no tenía ventanas. Había unos estantes con cables, enchufes y manuales de los reproductores de vídeo y DVD; incluso el manual de un lector de discos láser.

Dándose prisa, puso en marcha el portátil y sacó los lápices USB que había comprado en una sucursal de Maplins de la calle principal. Le angustiaba que no tuvieran memoria suficiente. Como eran de dieciséis gigas, había comprado tres. El sudor le resbalaba por la cara mientras forcejaba con el ajustado envoltorio de plástico, incapaz de liberar el diminuto USB.

Miró en los estantes, pero no había ninguna tijera. Se sacó del bolsillo la llave del coche y se dispuso a perforar el plástico. Tras unos minutos interminables, sacó los tres USB y, secándose el sudor, introdujo uno en la ranura de la parte lateral del portátil.

Mientras accedía al escritorio de Windows, el lápiz se activó con un ronroneo y apareció al fin el icono. Abrió la carpeta de los archivos de vídeo creados por John a lo largo del día, seleccionó los dos primeros y los arrastró a la ventana del USB.

El disco duro ronroneó de nuevo. Apareció una ventanita:

Copiando 2 ítems a USBDrive1

11.8Mb de 3.1Gb – 9 minutos

—Vamos —cuchicheó. Le cayó una gota de sudor en el teclado del portátil. Fue entonces cuando oyó una sacudida en la puerta y vio que la manija giraba.

Erika giró la manija de la sala de proyecciones y descubrió que la puerta estaba cerrada. Sacó un manajo de llaves, separó una e intentó meterla en la cerradura, pero no entraba. Notó una resistencia al otro lado. Iba a accionar otra vez la manija cuando oyó que alguien la llamaba. Al girarse, vio que Peterson venía por el pasillo.

—Jefa, tengo su cuaderno de notas —dijo mostrándolo.

—Ah, gracias —dijo ella, y lo cogió cuando el inspector estuvo cerca—. Creía que ya se había ido todo el mundo a casa.

—Sí. Bueno, yo he ido a comprar unas cosas al súper de enfrente y, al volver al aparcamiento, he visto que había cogido su cuaderno sin darme cuenta.

—Muchas gracias.

Se callaron, un tanto confundidos.

—En cuanto a lo de anoche... yo realmente no sabía que iba a presentarse mi hermana.

—No importa. ¿Cómo está ella?

—Perfectamente.

—Genial. —Él sonrió. Hubo otro breve silencio—. Bueno, en fin, nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana.

Peterson hizo una inclinación y se alejó. Erika fingió que estaba buscando unas llaves y, cuando él desapareció, se recostó contra la puerta. Esperó unos minutos y al fin cruzó el pasillo para volver a casa.

Crawford tenía la oreja pegada a la puerta y trataba de escuchar, pero las voces se habían alejado. Cambió el lápiz USB y copió la siguiente remesa de vídeos.

Tenía la camisa empapada de sudor.

Erika llegó a casa cuando acababan de dar las nueve y media. Al abrir la puerta, vio a Lenka en el pasillo. Quiso decir algo, pero su hermana se llevó un dedo a los labios.

—Karolina y Jakub están dormidos —susurró—. Es muy tarde. ¿Dónde estabas?

—En el trabajo —susurró también Erika, y se liberó de los zapatos y del bolso.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro.

—¿Si has salido a las siete de la mañana!

Erika se quitó el abrigo.

—Yo suelo trabajar así.

—¿Qué crees que diría Mark?

—Lenka, ¿me vas a dejar entrar?

—¡Chist! Que acabo de acostarlos.

Erika se asomó a la sala de estar. Solo veía las cabecitas de los niños arrebujados bajo las mantas en el sofá cama.

—Lenka, tengo casi agotada la batería del portátil. Y el cargador está ahí.

—A ver, ¿cómo es?

—¿Qué quiere decir «cómo es»? Es un cargador —Hizo ademán de entrar en la sala, pero su hermana la sujetó.

—No. Vas a despertarlos. Karolina ha estado muy irritable todo el día, y acabo de conseguir que se duerman.

—Necesito el cargador.

—¿Has comido?

—A la hora del almuerzo.

—Al menos deberías comer. Yo cocino. Tú ve a ducharte. Ya te busco el cargador.

Erika iba a protestar, pero Lenka la metió a empujones en el baño y cerró la puerta.

Cuando emergió de la ducha, notó un delicioso aroma a carne ahumada, patatas y pepinillos. El microondas dio un pitido y Lenka apareció con un plato humeante de *Francúszke Zemiaky*, una receta a base de patata, huevo, pepinillos y salchichas ahumadas cortadas muy finas.

—¡Ay, Dios mío! Qué olor más apetitoso. Igual que lo que preparaba mamá —dijo Erika. La boca se le hacía agua.

Entraron en el dormitorio, que estaba atestado entre el cochecito de Eva y el montón de pañales. El tocador se había convertido en un cambiador y la foto enmarcada de Mark había quedado apartada detrás; su hermoso rostro le devolvió la mirada luciendo su perpetua sonrisa. Erika se sentó en la cama y devoró la humeante comida.

—Por Dios, esto es increíble. Gracias.

—He ido de compras —dijo Lenka—. Es bonito el barrio, aunque hay un montón de gente distinta: indios, negros, chinos... Los niños estaban un poquito asustados... Tu jardín está muy bien, y hemos conocido a un par de vecinos. Hay una mujer arriba con dos niñas pequeñas. Jakub ha llamado a todas las puertas hasta que las ha encontrado; y las dos han bajado a jugar.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo hablabais con ellas?

—Yo sé algunas palabras en inglés. Y la madre es simpática... ¿Cómo ha dicho que se llamaba...?

Erika se encogió de hombros.

—¿Llevas aquí cinco meses y no conoces a tus vecinos?

—Estoy muy ocupada —dijo ella con la boca llena.

—¿Qué ha pasado hoy con ese tipo tan guapo... Peterson?

—Nada. No hemos hablado del tema.

—¿Crees que acabará pasando algo? Es guapísimo.

La inspectora se encogió de hombros otra vez.

—Podrías invitarlo a cenar. Yo cocinaría algo...

Erika le lanzó una mirada, y dijo mientras masticaba:

—Déjalo.

Lenka se acercó al aparador, abrió el primer cajón y metió la esterilla del cambiador y varias mantas.

—Ha venido un hombre a leer el contador. Creo que era para eso. Yo estaba ocupada, los niños no paraban de entrar y salir. Ha venido mientras las crías de arriba estaban aquí. Ha dejado esta carta —dijo señalando un papel que estaba en el alféizar.

Erika le echó un vistazo y vio que era de la compañía de la luz, en el que confirmaba que el contador de la electricidad había sido revisado.

—La comida es muy cara aquí. ¿Qué sueles comprar?

—¡Déjame respirar, por favor! He tenido un día estresante y tú no paras de cotorrear.

Lenka siguió alisando las mantas en el cajón.

—¿Qué haces?

—Prepararle una cama a Eva.

—¿En el cajón?

Eva, que estaba en el cochecito, se despertó y se puso a berrear.

—Ya la has despertado —se quejó Lenka y, pasando junto a Erika, cogió en brazos al bebé—. Bueno, bueno, ya está. ¡Chist, chist! —Se desabrochó la blusa y le dio el pecho, pero el bebé berreó con más fuerza—. ¿Puedes cerrar la puerta de la sala de estar?

Erika engulló otro bocado, pasó a su vez junto a su hermana haciendo malabarismos con el plato, salió al pasillo y cerró la puerta de la sala. Puesto que los gritos de Eva subieron otra octava, cerró también la puerta del dormitorio. Se sentó sobre la moqueta, junto a la entrada del piso, y terminó de comer.

Lo que no podía ver, en lo alto, era el pequeño dispositivo de escucha fijado en el interior de la caja del contador de electricidad.

Pasaban de las once de la noche; Amanda Baker estaba dando una cabezada en el sillón. En la mesita auxiliar, había una taza de té a medio terminar junto a un montón de hojas impresas y dos blocs. Infinidad de notas, todas ellas torcidas y repletas de la enrevesada letra de la expolicía, cubrían la pared de detrás del sofá. En medio de esta, había una impresión de tamaño folio de la foto policial de Trevor Marksman, así como fotografías de Joel Michaels y

Bob Jennings. En la pared opuesta, junto a la tele, había una foto de Jessica Collins.

Sonaron unos golpecitos, y Amanda se despertó. Esforzándose para levantarse del sillón, se acercó a la ventana. Crawford estaba fuera, sonrojado y sudoroso. Ella subió la ventana. Entró una ráfaga de aire frío.

—Ya las tengo —le dijo el policía echando un vistazo hacia la calle, que estaba desierta.

—¿Me las has conseguido todas?

Él asintió, y, cambiando de posición, preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Es tarde y necesito dormir. Mañana es el funeral de Jessica Collins.

Crawford miró hacia el interior y vio al fondo de la sala un vestido negro colgado de una percha.

—¿Vas a asistir?

—Sí —dijo ella, y tendió la mano.

—¿No puedo pasar? Solo para tomar una copa... Ha sido un día espantoso —farfulló él.

—Ya no bebo, y no quiero que pongas en peligro mi sobriedad —dijo Amanda, todavía con la mano tendida.

—Estás de broma... ¿Lo has dejado?

—Ya llevo tres días.

Él sacó un pequeño sobre del interior de la chaqueta y se lo pasó.

—Gracias —dijo ella cogiéndolo. Bajó la ventana de guillotina y cerró las cortinas.

Crawford se quedó fuera, mirándola, y volvió al coche con paso cansino.

El velatorio de Jessica Collins se celebró en la iglesia de la Sagrada Virgen María de Bromley. La reducida sala estaba decorada con sencillez; olía a incienso y a cera para el suelo. Las velas titilaban en la penumbra.

El féretro, montado sobre un armazón de madera, era de la caoba más refinada que Marianne y Martin habían encontrado. No era tan pequeño como el féretro de un niño, pero tampoco tan grande como el de un adulto.

Marianne había llegado al amanecer para estar allí cuando lo trajeran desde el tanatorio. Sentada en una silla, contemplaba los restos de su hija: los huesos, pequeños y vulnerables, estaban primorosamente colocados sobre el forro de satén del ataúd y cubiertos con una fina gasa de encaje. El abrigo rojo de la niña, que había sido el regalo de su séptimo cumpleaños, estaba pulcramente doblado junto al cojín de satén.

Martin, Laura y Toby llegaron un poco tarde. Llamaron a la maciza puerta de madera, y la señora Collins se levantó a abrir.

Los tres se detuvieron atónitos en el umbral.

—Es un ataúd abierto —dijo Martin, mirando el esqueleto, que estaba colocado de tal modo que parecía que los huesos de su hija se hubieran metido allí dentro y se hubieran echado a dormir—. Creía que habíamos acordado que sería cerrado.

—No acordamos nada. Tú lo mencionaste y nada más —replicó Marianne, sombría—. Yo quiero ver a mi pequeña. Quiero tocarla. Quiero estar aquí con ella.

Toby miró a su padre y a Laura, y comentó:

—Papá... No me parece correcto.

Se acercaron al ataúd.

—¡Oh, Jessica! — exclamó Martin posando la mano sobre la gasa que cubría a la niña, para acariciarle el cráneo.

Laura se quedó detrás, tapándose la boca y mirando con expresión de horror.

—Vamos. Tócala —dijo Marianne—. Es Jessica... tu hermana.

Laura se acercó, todavía alarmada. Su madre le cogió la mano. Ella trató de apartarla, pero Marianne se la sujetaba con energía y se la colocó sobre la frente del esqueleto.

—Tócale el pelo, Laura. ¿Recuerdas la sensación cuando se lo cepillábamos?

—¡No! —gritó Laura y, apartando la mano de un tirón, salió corriendo de la sala. Marianne apenas registró lo sucedido y siguió mirando fijamente el interior del féretro.

—Toby, quiero que la toques. Quiero que toques a tu hermana —dijo.

—No, mamá... Yo quiero recordarla de otra manera. Lo siento. —Miró a su padre, que parecía hipnotizado por la visión del esqueleto, y salió también al pasillo.

—Yo solo quería otra hija. Solo quería que estuviera a salvo y fuese feliz —dijo Marianne alzando la vista hacia Martin—. ¿Fue un castigo por lo que hicimos?

—Dijimos que nunca hablaríamos de ello —respondió él mirándola también.

—Estoy de acuerdo. Pero esto es el final, ¿no?

—No, no lo es. Nos la arrebataron, pero está con el Señor. Y volveremos a verla. No debemos cuestionar por qué se la llevó entonces. Consuélate pensando que la hemos encontrado y que ahora puede descansar en paz.

—¡Ay, Martin! —gimió Marianne. Él se le acercó, la estrechó entre sus brazos como no lo había hecho en muchos años, y ambos lloraron por la pérdida y la culpabilidad.

Cuando Martin se marchó, ella se quedó sola en la sala. Las velas se consumieron. El reflejo de colores de una pequeña vidriera se fue desplazando lentamente por la pared.

Marianne se pasó el día rezando, inclinada sobre el diminuto esqueleto de su hija. Las oraciones le salían con fluidez, casi automáticamente; eran muchos años de práctica. Pero cada vez que recitaba: «Y perdónanos, Señor, nuestros pecados», tenía la sensación de que lo decía por primera vez.

Terminada la misa, todos los presentes acompañaron al féretro hasta el enorme cementerio para proceder al entierro.

Erika y Marsh asistieron a esa última parte del oficio, sumándose al nutrido grupo congregado alrededor de una tumba recién abierta. El aire era frío y amenazaba tormenta. A lo lejos, el cielo iba adquiriendo un tono azul oscuro.

La inspectora jefe siempre encontraba embarazoso asistir a los funerales de las víctimas de asesinato. Ellos estaban de servicio, pero no era fácil hallar un equilibrio entre el debido respeto y la discreta observación de los asistentes. Con frecuencia, esa era la única ocasión en la que tenían a todos los implicados reunidos a la vez.

El sacerdote se situó junto a la fosa, donde el féretro aguardaba para que lo depositaran en ella entre un gran despliegue de azucenas, y tomó la palabra:

—Dios de los cielos, por desobedecer tu ley perdimos la gracia y entró la muerte en el mundo...

Marianne se hallaba sentada delante del semicírculo de asistentes congregado junto a la tumba. Iba de negro riguroso, incluida la pamelita; lloraba silenciosamente, aferrando el rosario en una mano. Martin le sujetaba la otra, aunque ella se soltaba de vez en cuando para enjugarse las lágrimas con un pañuelo blanco. Al otro lado de Marianne, se había sentado Toby, y a continuación Laura con su marido y sus dos hijos pequeños. Tanvir, observó Erika, había sido relegado a la parte trasera.

En la segunda fila estaba Nancy Greene, la agente de Enlace Familiar, también vestida de negro de pies a cabeza; la única nota de color la ponía la pequeña gasa que todavía llevaba en la nariz. Oscar Browne se hallaba un poco más atrás en compañía de una elegante y espigada mujer negra. Cuando su mirada se cruzó con la de la inspectora, le dirigió una leve inclinación. Ella

hizo otro tanto, aunque no estaba segura del sentido que él quería darle a ese gesto.

La voz del sacerdote era intensa y parecía sobrevolar por encima de los presentes:

—Con espíritu de contrición, te pedimos fervorosamente que bendigas esta tumba...

Erika echó una ojeada a Marsh para ver si se había fijado en Oscar, pero él parecía fascinado mirando una foto ampliada que habían colocado sobre un caballete de madera rodeado de flores. Era una foto de Jessica con el abrigo rojo que Marianne había conservado durante años en el perchero del vestíbulo. Ese detalle constituía algo insólito en un funeral británico.

—Estoy pensando todo el rato que esa niña podría ser una de mis hijas —susurró Marsh—. No sé cómo podría soportarlo.

Habían llegado los dos juntos en coche y, durante el trayecto, él le había contado a Erika que el abogado de Marcie había pedido fecha para la vista sobre la custodia de las niñas.

A ella le vino una imagen del funeral de Mark: el momento en que introducían el féretro en el coche fúnebre; el ataúd se había ladeado un poco, a causa del peso del cuerpo en su interior...

Se giró hacia Marsh y le cogió la mano. Fue cuando advirtió que Amanda Baker se hallaba al final de la misma fila y notó que los estaba mirando y que bajaba la vista hacia las manos entrelazadas de ambos.

Erika la saludó con un leve gesto e iba a apartar la mano discretamente, pero Marsh se la estrechó. El detalle no se le escapó a Amanda, que se sorprendió. Había algo diferente en ella. Parecía menos inflada, llevaba un vestido elegante, iba maquillada y se había teñido el pelo de un suave tono castaño.

El sacerdote llegó al final de la bendición:

—... para que, al entregar a la tierra el cuerpo de tu sierva Jessica, su alma pueda ser llevada al Paraíso. Se lo pedimos a Nuestro Señor Jesucristo, amén.

Todos los presentes repitieron:

—Amén.

La inspectora miró a Marianne y captó la angustia que sentía, al darse cuenta de que había llegado la hora de decirle adiós a Jessica. Martin le cogía la mano con fuerza. Se fijó por primera vez en la novia de este. Se encontraba dos asientos más allá de él, y, entre ambos, se hallaban sus dos hijos como si

formaran una barrera. La niña se movía en la silla; llevaba un vaporoso vestidito negro, cuya falda medio alzada dejaban a la vista unos leotardos negros. Su hermanito, con un traje impecable, miraba embobado el cielo, donde sonaba un retumbo de truenos.

Marianne se levantó vacilante y se acercó a la tumba mientras el féretro descendía lentamente y desaparecía de la vista. Cogió un puñado de tierra y lo retuvo entre las manos. Sonó el estampido de un trueno, empezaron a caer gotas y, en cuestión de segundos, la lluvia se convirtió en un fuerte aguacero. La mujer alzó el puño hacia el cielo y, bruscamente, se le desmadejó el cuerpo y cayó a plomo en la fosa.

La lluvia caía torrencialmente y el destello de los relámpagos iluminaba por completo el cementerio. Entre un gran griterío, todo el mundo corrió hacia el borde de la fosa, donde la tierra amontonada se había convertido con rapidez en un barrizal.

La lluvia seguía cayendo y acribillando el techo del coche, donde Erika se hallaba con Marsh y con Amanda Baker. Entre el caos y el aguacero, no había ningún taxi, y por ello, se había ofrecido a llevar a la exinspectora también. Habían hecho una parada en el aparcamiento de un McDonald's para comer algo y ahora estaban los tres tomándose el café en silencio.

—Dios Santo. Para que hablen de humor negro —dijo Amanda, que estaba en el asiento trasero. Marsh se volvió y le lanzó una mirada—. Bueno, qué quiere que le diga. La mujer se cae en la fosa y el sacerdote la saca cubierta de barro y pegando gritos. Ha sido como una película de terror... ¡Se ha pasado la vida tratando de subir al cielo y termina a dos metros bajo tierra! —exclamó sofocando la risa.

Erika observó a Marsh, que se mantenía impertérrito.

—Joder, lo siento —dijo Amanda mientras se sacudía las migas de la chaqueta—. Son muchos años de desesperanza y frustración contenidas. —Al ver la expresión de Marsh, le vino la risa otra vez. Erika miró para otro lado, mordiéndose los labios.

Al desatarse el caos, los presentes se habían agolpado alrededor de la tumba bajo la lluvia torrencial. En cuanto sacaron a Marianne, el sacerdote y la familia la habían llevado a la iglesia. Los demás se habían dispersado precipitadamente en todas direcciones.

Más tarde, cuando ya estaba arrancando el coche, Erika había observado que Laura y Oscar se habían quedado fuera y que estaban enfrascados en una conversación bajo un árbol enorme situado a cierta distancia de la iglesia.

—Bueno, me alegro de que lo haya encontrado tan gracioso, exinspectora jefe Baker... Algunos aún seguimos trabajando en el caso y, desde mi punto de vista, no tiene nada de divertido.

—No, no, desde luego —dijo Amanda que, calmándose, se enjugó los ojos con una servilleta.

Marsh consultó su reloj.

—Bueno, Erika. Son las doce y media. Será mejor ponerse en marcha para... —Se interrumpió. Abrió la puerta y echó a correr hacia donde había dejado su coche.

—¿Dónde quiere que la deje? —le preguntó Erika a Amanda.

—En la estación de tren de Bromley está bien. Pero ¿puedo sentarme delante? Detesto que la gente saque una idea equivocada.

Una vez que se acomodó en el asiento del copiloto, Erika salió del aparcamiento a la calle principal.

—¿Y ustedes a dónde van? —preguntó Amanda—. ¿Qué andan tramando usted y Marsh? ¿Un par de horitas en un hotel?

—No.

—La he visto cogiéndole la mano...

—No es lo que cree. Y no me importa lo que piense.

—A todo el mundo le importa lo que piensen los demás. ¿Va a detener a Marksman?

—No.

—¿A quién, pues? En mí puede confiar.

—No. No hablamos del caso con civiles.

—¡Ay! —exclamó Amanda mientras limpiaba el cristal empañado—. Yo aún comparto sus ideales, ¿sabe? Todavía quiero defender la ley y atrapar a los malvados... ¿Puede contarme al menos si cree que se está acercando? ¿Tiene algún sospechoso?

—¿Qué ha pensado usted al ver a Laura con Oscar Browne? —preguntó Erika cuando se detuvieron en un semáforo. Veía el coche de Marsh un poco más adelante.

—¿Son sospechosos?

—No. Solo pretendo conocer bien a la familia.

—Pues que tenga suerte. Yo nunca llegué a saber si Laura salía con Oscar para enojar a sus padres o porque realmente lo amaba... Aunque su relación se acabó en cuanto desapareció Jessica. Él la dejó plantada sin más, como quien suelta una patata caliente. Al menos según Nancy Greene.

—¿Oscar no despertó sospechas?

—No. Tenía una coartada con Laura; y a los Collins les gustaba ese chico.

Un joven abogado con futuro. Estaba estudiando con una beca. Yo creo que fue su ambición lo que lo impulsó a dejar a Laura. Lo ocurrido era algo terrible, pero también implicaba un embrollo. El dolor de la familia, la exposición ante los medios... No quería verse metido en todo aquello.

Ya habían llegado a la estación de tren. Erika se detuvo en la parada de taxis.

—Gracias —dijo Amanda, y se desabrochó el cinturón—. Escuche, hay algo que recuerdo vagamente de esas cintas incautadas a Marksman. Si quiere, podría colaborar como asesora sin sueldo. Firmaré todo cuanto haya que firmar. Me gustaría ayudar a resolver el caso.

Erika la miró; parecía rebosante de entusiasmo.

—Hoy no es un buen día. Déjeme pensarlo.

—De acuerdo. Gracias. Y gracias por acompañarme. —Y cogiendo el bolso, se bajó del coche.

Mientras la miraba entrar en la estación, Erika se preguntó si sería una locura tomarle la palabra. Y si lograría convencer a Marsh, en caso de decidirse.

Salió de la parada de taxis y bajó al aparcamiento de la comisaría, tratando de fortalecerse para la tarde que le esperaba.

Cuando Erika llamó a la puerta del ático de Trevor Marksman, Joel Michaels salió a abrir. Llevaba vaqueros y una camisa elegante, y en la mano, una taza de café con una pajita y un plato de comida sucio. Al fondo, Marksman estaba echando la siesta, recostado en un sillón reclinable junto a uno de los ventanales que iban desde el suelo hasta el techo.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre mirando alternativamente a Erika, Moss y los dos agentes uniformados—. ¿Por qué no ha llamado al interfono? ¿Quién los ha dejado entrar?

Erika dio un paso y sentenció:

—Joel Michaels, lo detengo como sospechoso del secuestro y el asesinato de Jessica Collins. No está obligado a declarar, pero todo lo que diga podrá ser utilizado contra usted en un tribunal de justicia.

El hombre miró la orden judicial que ella sostenía. Marksman se las arregló para quitarse de encima la manta y se fue acercando con paso vacilante.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

Joel dejó el plato y la taza en la mesita de café y fue a cogerlo del brazo. Uno de los agentes lo sujetó, pero él se giró y lo apartó de un empujón.

—¡Eh, eh, calma! —exclamó Moss.

—Yo soy su cuidador —dijo Joel. La calva le relucía de sudor, y la sinuosa cicatriz que le rodeaba la oreja se le había enrojecido bruscamente.

—Él no ha hecho nada. Deténgame a mí —se ofreció Marksman, que ya se había plantado frente a ellos, sujetándose en el respaldo del sofá. Miró a Erika—. Hablo en serio. Deténgame a mí. —Se evidenciaba el dolor al fruncir la enrojecida piel en torno a los ojos—. Lo confieso. Yo asesiné a Jessica. La secuestré cuando iba de camino a esa fiesta de cumpleaños. Me la llevé y...

—Basta, Trevor —suplicó Joel poniéndole la mano con cuidado en el pecho—. Llama a Marcel ahora mismo... Dile que me han detenido. ¿A dónde

me llevan?

—A la comisaría de Bromley —dijo Moss.

—Dile que vaya allí.

—¡Esto es un disparate! —gritó Trevor—. Deben de estar muy desesperados. —Observó cómo los agentes esposaban a Joel y se lo llevaban—. ¿Por qué no quieren detenerme a mí? ¿Acaso les doy miedo?

—Estaremos en contacto —dijo Erika mientras se iban.

Empezaba a oscurecer cuando llegaron a la comisaría de Bromley. Registraron a Michaels y lo encerraron en una celda. Su abogado llegó poco después. Era un hombre mayor, de pelo canoso; utilizaba unas gafas enormes. Le comunicaron por qué se encontraba detenido su cliente y lo organizaron todo para que lo condujeran a una sala de interrogatorio.

—¿Se encuentra bien, jefa? —preguntó Moss. Estaban en el centro de observación mirando al detenido y a su abogado, que esperaban en la sala de interrogatorio. Joel parecía impertérrito y estaba sentado con los brazos cruzados. Su abogado, con una carpeta y unos papeles desplegados sobre la mesa, se inclinaba hacia él y hablaba con energía, gesticulando con su bolígrafo.

—Sí. Pero no acabo de verlo claro. No tengo la sensación de que vaya a entrar ahí con el suficiente...

—¿No nos hemos sentido todos así alguna vez? Espero que lo pillemos con la guardia baja; ha estado muchos años sin contacto con la policía. El muy cabrón no tuvo que firmar en el Registro de Delincuentes Sexuales. No ha sufrido nunca esa presión.

Erika asintió y replicó:

—Hasta ahora.

Entraron en la sala de interrogatorio. Moss se sentó frente al abogado. La inspectora jefe tomó asiento frente a Joel y dejó su carpeta sobre la mesa.

—Son las cinco de la tarde del jueves, diez de noviembre. En la sala de interrogatorio se encuentran la inspectora jefe Foster y la inspectora Moss —dijo Erika. Se arrellanó en la silla y observó al preso.

Él la miró a los ojos sin parpadear.

—He ido hoy al funeral de Jessica Collins. Ahora tendría treinta y dos años, si viviera.

—Es muy triste —dijo él.

Erika abrió la carpeta, sacó una fotografía de Bob Jennings y se la acercó por encima de la mesa.

—¿Qué sabe de este hombre? —Joel seguía mirando a la inspectora—. Mire la foto, por favor.

Él bajó la vista y contestó:

—Nunca lo había visto.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Se llamaba Bob Jennings. Vivía de okupa en la casita de la cantera Hayes cuando desapareció Jessica Collins.

—Muy interesante.

—Tengo unos vídeos que pertenecen a Trevor Marksman. A él le gustaba filmar vídeos, ¿verdad?

—Sin comentarios.

—Ganó la cámara en un concurso. Y le gustaba filmar a los niños en el parque.

—Sin comentarios.

—Usted también filmó para él vídeos de niños. E igual que él, grabó imágenes de Jessica Collins. Pero no es simplemente una grabación; hablo de horas y horas de filmación. De una conducta de acoso obsesivo hacia una niña de siete años.

—Sin comentarios.

—En esos vídeos filmados por usted con la cámara de Trevor Marksman aparece también Bob Jennings. Un Bob Jennings al que usted saluda y lo llama por su nombre.

El hombre cambió de posición en la silla y se impacientó.

—Sin comentarios.

—Cuando lo interrogaron en agosto de 1990, declaró que usted y Marksman no se conocían.

—Sin comentarios.

—Bueno, yo al menos sí quiero comentarlo. Mintió a la policía.

—Debí de confundirme.

—A usted le gustan los niños pequeños, ¿no? Los encuentra atractivos

sexualmente.

—Ambos sabemos que mi cliente fue condenado por delitos de abusos infantiles y que cumplió su condena —observó el abogado.

—Y que tuvo la suerte de no entrar en el Registro de Delincuentes Sexuales...

—Eso no es una pregunta. —Joel sonrió con aire burlón.

Erika se arrellanó en la silla, tratando de mantener la calma.

Y

Tres horas más tarde, Erika y Moss salieron de la sala de interrogatorio. Observaron cómo se llevaban a Joel por el pasillo, de vuelta a su celda.

—Mierda —maldijo Erika—. Lo tenemos todo y no tenemos nada... No dispongo de suficientes elementos para acercarme a Marksman; Bob Jennings está muerto... Joder.

—Ya casi son las ocho y media —dijo Moss consultando el reloj—. Dejemos que pase la noche aquí, en el Bromley Hilton. Y volvamos a intentarlo otra vez mañana.

Erika asintió. Notaba que Moss pretendía ponerle buena cara al mal tiempo, pero que coincidía con ella. No tenían nada.

Erika pasó una noche claustrofóbica en su piso. Daba vueltas y más vueltas, pero no lograba conciliar el sueño. Quería mucho a Lenka y a los niños, pero estar viviendo todos amontonados empezaba a resultar demasiado agobiante. A la mañana siguiente salió muy temprano, antes de que se despertaran, compró de camino al trabajo un café y un cruasán de chocolate y los subió al centro de coordinación.

Sentada ante una de las mesas, contempló todas las pruebas de la pizarra: las fotos de Jessica, de la cantera, de Bob Jennings... El caso parecía escapársele de las manos.

Poco antes de las nueve, la sala se fue llenando. Ella estaba en su despacho ante el ordenador cuando Moss entró disparada sin llamar.

—Perdón, jefa —dijo, e intentó recobrar el aliento—. Tiene que bajar ahora mismo.

—¡Mierda! ¿Es Joel Michaels? Creía que lo teníamos bajo un protocolo de vigilancia por riesgo de suicidio.

—No, no es Joel. Es Trevor Marksman.

Erika se levantó y la siguió a la planta baja.

Al llegar al vestíbulo, vieron que había un gran monovolumen negro estacionado ilegalmente en la doble línea amarilla frente a la comisaría. Las dos policías salieron afuera. Enseguida dedujeron que alguien había dado el soplo a los medios, puesto que había un nutrido grupo de periodistas y fotógrafos congregado al pie de los escalones de la entrada. Y Marksman se hallaba de pie junto al vehículo, ataviado con un abrigo largo negro y un sombrero de fieltro; se apoyaba en un bastón de empuñadura dorada. Estaba hablando a la prensa; como siempre, su voz era ronca.

—Detener a Joel Michaels simplemente por ser mi cuidador constituye una vez más una táctica abusiva por parte de la policía metropolitana... Él es

inocente, pero como ustedes saben, eso no significa nada para la policía. Yo les puse una demanda en 1995, porque una de sus agentes filtró mi dirección a un grupo de autodefensa femenina, que introdujo una bomba incendiaria por mi puerta. El tribunal falló a mi favor...

Con un gesto grandilocuente, se quitó el sombrero y mostró los injertos de piel que le habían hecho en el cráneo.

—Pero ¿qué demonios es esto? —le dijo Erika a Moss mientras observaban la escena desde el umbral de la comisaría—. ¿No podemos hacer algo?

—¡Yo tengo que vivir con esta cara el resto de mi vida! —gritaba Marksman—. La muerte de Jessica Collins fue una tragedia, pero yo mantengo mi inocencia. Me dejaron en libertad sin cargos. Yo no fui el culpable. Y ahora la policía ha detenido a Joel Michaels, un hombre que ha permanecido a mi lado veintiséis años y que es mi cuidador a tiempo completo. Él es inocente, y esta detención es un pretexto desesperado de la policía para intimidarme y desquitarse porque les gané aquella demanda judicial.

En estas, se oyó una voz entre la multitud de curiosos y periodistas reunidos en la acera, y apareció Marianne Collins, vestida con un abrigo largo. Avanzaba con paso vacilante, abriéndose paso entre la gente, junto a su hija Laura.

—¡Asesino de niños! —chilló—. ¡Eres un mentiroso y un repulsivo asesino de mierda!

Hubo una gran conmoción mientras pasaba entre las cámaras y los periodistas hacia donde se encontraba Trevor.

Erika fue corriendo a recepción y llamó por teléfono:

—Tenemos un grave problema frente a la entrada de la comisaría. Sí, de esta comisaría. Necesito que todos los agentes disponibles acudan urgentemente al vestíbulo.

En cuanto colgó, volvió a la entrada principal. Marianne y Trevor permanecían inmóviles el uno frente al otro. Ella tenía la mirada enloquecida de odio. Él había alzado sus dos manos-garras en son de paz.

La multitud había crecido considerablemente, y además de la prensa, muchos jóvenes grababan la escena con sus teléfonos móviles.

—¡Tú te llevaste a mi hija, la mataste con tus repugnantes amigos y ahora vienes a reírte de nosotros en nuestra propia cara! —gritó Marianne; la voz se le quebraba.

—Escúcheme, por favor —dijo él—. Siempre he deseado tener la

oportunidad de hablar con usted...

—¡No me digas que te escuche! ¡Nunca te escucharé! ¡Tú la mataste, malvado hijo de puta! ¡Mataste a mi hijita y la tiraste al agua! ¡Yo tuve que enterrarla ayer, y lo único que quedaba de ella eran sus huesos!

Tenía la cara arrasada en lágrimas. La gente la observaba absorta y en silencio. La multitud desbordaba ya la acera e inundaba la calzada, y los coches tocaban la bocina porque bloqueaban dos carriles.

—¡Vamos! ¿Dónde están los agentes, joder? —gritó Erika desde el umbral. La mujer del mostrador de recepción telefoneó otra vez. La inspectora jefe se giró de nuevo y se fijó en Laura, que estaba junto al monovolumen de Marksman, inmóvil y silenciosa. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

El ambiente cambió radicalmente cuando Marianne empuñó un enorme cuchillo de cocina. La multitud se dispersó a toda prisa, y se desperdigó por la calzada entre los coches, que daban bocinazos de un modo enloquecido.

La señora Collins se abalanzó sobre Trevor, dando cuchillazos de lado a lado, y le desgarró los brazos, que él había alzado instintivamente para protegerse. Laura, con los ojos desorbitados, le gritaba a su madre que se detuviera.

—¡Mierda! —gritó Erika—. ¿Dónde están los agentes?

Ella y Moss bajaron corriendo los escalones entre la gente. Unos segundos después, se les unieron seis policías uniformados.

Entre todos, sujetaron a Marianne y la derribaron al suelo. Tenía una expresión salvaje y la cara cubierta de salpicaduras de sangre, así como tres grandes manchas en la pechera de su blusa blanca. Un joven agente que llevaba el chaleco protector consiguió inmovilizarle el brazo y retorcérselo hasta que soltó el cuchillo. Apartó el arma de una patada y otro agente la atrapó con el pie.

La señora Collins gritaba a voz en cuello, con una horrible voz enronquecida. Una agente uniformada le puso la rodilla en la espalda y, a pesar de que ella se resistía, le esposó las manos.

Erika echó a correr hacia Marksman, que yacía ensangrentado sobre la acera. La sangre le salía a borbotones de tres heridas abiertas en los antebrazos. Una de ellas le llegaba hasta el hueso. La inspectora se quitó su liviana chaqueta, se arrodilló a su lado y le envolvió los brazos con ella.

—¡Una ambulancia! ¡Este hombre se está desangrando! —gritó, intentando que se la oyera a pesar del alboroto. La multitud se agolpaba a ambos lados de

la acera, porque la riada de viajeros que salía de la estación se había visto atrapada en pleno tumulto.

Mientras se llevaban a rastras a Marianne Collins, ensangrentada y pegando gritos, salió de la comisaría un agente con un maletín de primeros auxilios.

Durante todo ese tiempo, la prensa no paró de sacar fotos y de filmar el incidente.

La subcomisaria general, Camilla Brace-Cosworthy, dejó de mirar la pantalla de televisión montada en la pared de su despacho y se volvió hacia Erika, que estaba de pie frente a su escritorio. Marsh, sentado junto a Camilla, guardaba silencio.

Era a primera hora de la mañana, y la subcomisaria acababa de pasarles un resumen de dos minutos de los hechos del día anterior.

Todos los titulares de los informativos vespertinos habían recogido el incidente ocurrido frente a la comisaría de policía de Bromley. El resumen de dos minutos era una secuencia de la aplicación de Sky News destinada a subrayar al máximo el caos desatado; mezclaba los vídeos de los periodistas, tomados mientras Trevor Marksman hablaba frente a la comisaría, con las temblorosas imágenes obtenidas con teléfonos móviles que mostraban a Marianne Collins primero con el cuchillo en la mano y luego tumbada boca abajo y cubierta de sangre mientras la esposaban en la acera.

Erika cambió de posición, incómoda. No la habían invitado a sentarse, lo que era mala señal.

—¿Qué parte no entendió de las instrucciones para que detuviera a Joel Michaels con discreción? —le preguntó Camilla, mirándola por encima de las gafas—. ¿No fue eso lo que le dijimos cuando nos habló de su intención de interrogarlo?

—Sí, señora. No podíamos prever que se produciría nada parecido. Creemos que Marianne Collins recibió un soplo, del mismo modo que la prensa —respondió Erika.

—Le sugiero que se ocupe de localizar la filtración y de taponarla sin contemplaciones.

—Sí, señora. Mis agentes lo están investigando con urgencia.

—Bueno, ¿en qué punto nos deja todo esto?

—Trevor Marksman está ingresado en el hospital; ha perdido mucha sangre, pero se recuperará completamente. Dado el tipo de injertos de piel que tenía en los brazos, sin embargo, deberá pasar un tiempo en cuidados intensivos.

—¿Qué hay de Marianne Collins?

—Fue detenida y acusada. Ha salido en libertad con fianza.

—¿Y Joel Michaels?

—Me quedan dos días antes de tener que soltarlo.

Camilla se arrellanó en la silla y la observó.

—Por supuesto el caso es suyo, inspectora jefe Foster, pero yo en su lugar lo dejaría en libertad.

—Pero, señora, tengo pruebas de que estuvo implicado en el acoso a Jessica, que la filmó en vídeo. Es un pedófilo convicto. Mintió al decir que no conocía a Bob Jennings. Creo que la mantuvieron cautiva en el sótano de la casa de la cantera.

—Usted encontró un diente en ese sótano, pero ha resultado que no corresponde a Jessica Collins.

—Correcto, pero era un diente infantil. Los depósitos de gasolina que hemos descubierto en el suelo del sótano son de gasolina con plomo. Y había elevados niveles de plomo en los huesos de la niña.

Camilla alzó la mano para indicarle que se callara, y afirmó:

—Lo que usted necesita es una prueba forense sólida. ¿Puede situar con certeza a Joel Michaels o a Trevor Marksman en ese sótano?

—No, pero...

—¿Puede situar, sin la menor duda, a Jessica Collins en ese sótano?

—No. —Erika se esforzó para mirarla a los ojos y no bajar la vista.

—Estábamos planeando un llamamiento público en televisión con la familia Collins —dijo Marsh, interviniendo por primera vez—. Pero no creo que podamos seguir adelante con la idea. Ahora la imagen de la señora Collins esgrimiendo un cuchillo está en la mente de todo el mundo...

—Sí, necesitamos a la madre desolada, no a una maníaca armada con un cuchillo —asintió Camilla. Se quitó las gafas y mordisqueó una varilla.

Erika notó cómo le bajaba el sudor por la espalda.

—Usted ya ha estado aquí otras veces, ¿verdad, inspectora jefe Foster? —dijo la subcomisaria general.

—Solo he estado aquí una vez, señora.

—Hablabas metafóricamente —replicó Camilla—. En esta clase de

situaciones, quiero decir. Parece usted oscilar entre la brillantez y la estupidez rematada.

—En mi defensa debo alegar que, cuando Marianne Collins sacó el cuchillo, mis agentes intervinieron de inmediato...

—Todo ocurrió en los escalones de su comisaría, donde hay cada día entre cinco y cincuenta agentes uniformados. ¡No me venga con cuentos! —gritó Camilla dando una palmada en el escritorio—. ¡En los mismos jodidos escalones donde el comisario Yale presentó su iniciativa contra los delitos con arma blanca y para la entrega de navajas y cuchillos!

Camilla se recompuso y volvió a ponerse las gafas. Erika iba a responder, pero ella alzó de nuevo la mano para que guardara silencio.

—No me cabe duda de lo buena policía que es, inspectora jefe Foster, pero ahora tenemos el foco de los medios apuntando directamente hacia un caso complejo. ¿Cree que podrá encontrar pruebas suficientes para acusar a Joel Michaels, Trevor Marksman o Bob Jennings del asesinato de Jessica Collins?

—Sí. Me gustaría proponer que exhumáramos el cuerpo de Jennings.

—De ningún modo —denegó Camilla—. Habiendo estado veintiséis años bajo tierra, ¿qué espera encontrar?

—Muestras toxicológicas, pruebas de fracturas o de algún acto criminal que demostraran que no se suicidó.

—¿Y luego... qué? Las pruebas forenses serían irrelevantes, y los técnicos de la científica ya registraron la casa y no encontraron prácticamente nada.

—Encontramos el diente —insistió Erika, aunque sabía que había perdido; simplemente, no podía parar ni dar marcha atrás.

—Podría ser que se lo hubieran saltado a su propietario de un golpe, o que se le hubiera caído. La gente que vive de okupa en casas abandonadas no se distingue por su higiene dental. Le recomiendo encarecidamente que suelte a Joel Michaels. Voy a dejarla al frente del caso mientras busco a un sustituto adecuado. Tal vez eso le sirva de acicate. Da la impresión de que cuando lo tiene todo en contra, consigue mejores resultados.

Al acabar la reunión, Marsh alcanzó a Erika en los ascensores y le comentó:

—Habría podido ser mucho peor.

—¿En qué habría podido empeorar?

—Habría podido ser Oakley.

—Al subcomisario general Oakley sabía cómo tratarlo. Era un viejo cretino e intolerante, pero yo era más astuta y le hacía morder el anzuelo. En cambio, ella... Es extraordinariamente buena.

—Sí. Hablando como amigo, y no como su superior, le aseguro que esa mujer consigue que se me encojan las pelotas.

Se abrieron las puertas del ascensor y entraron. Marsh pulsó el botón de la planta baja. Ella sintió un vacío en el estómago mientras bajaban a toda velocidad las doce plantas del edificio de New Scotland Yard.

—Paul... Este es el primer caso en el que siento... —Se interrumpió y bajó la vista.

—¿Qué?

—En el que siento que no voy a resolverlo.

Marsh parecía estar a punto de abrazarla, pero el ascensor se detuvo y entró un grupo de agentes. Erika se giró hacia la pared y trató de dominarse.

Cuando salieron del edificio, había mucho tráfico en la calle y parecía amenazar lluvia otra vez. Echaron a andar hacia la estación de metro.

—No dejo de pensar en ese día de hace tantos años: en aquel siete de agosto —dijo ella—. Reviso una y otra vez las declaraciones de los testigos, de los cientos de personas que estaban por la zona, de los vecinos que no habían salido. ¿Cómo es posible que una niña desapareciera así como así?

—Desaparecen niños continuamente. Todos los días, en todos los países —respondió Marsh abrochándose el abrigo para protegerse del viento frío—. Más de seiscientos niños desaparecieron en Kent en 1990. Casi todos fueron encontrados vivos. Ocho todavía siguen desaparecidos.

—¿Quiere decir que están ligados con el caso?

Empezó a llover y se guarecieron en el portal de un edificio de oficinas.

—No, Erika. Lo que digo es que no estamos hablando de un incidente aislado. Hay otros ocho niños que desaparecieron en 1990. ¿Quién los está buscando? Jessica Collins era una niña blanca, rubia, de clase acomodada. Los medios se aferraron a su historia, lograron tocarnos la fibra, lo magnificaron. Y con razón, sin duda. Pero ¿qué hay de los otros niños? Como Madeleine McCann, Jessica es la niña que quedó grabada en la memoria de la gente. Me revienta decirlo, pero no podemos resolver todos los casos. No se tome su incapacidad para resolver este en particular como un fracaso personal, por favor.

Marsh le puso la mano en el hombro.

—Eso es fácil de decir, Paul. Lo único que yo sé hacer es trabajar. No soy una esposa; nunca seré madre. Mi vida es esto.

—¿Y qué pasará dentro de diez años cuando la empujen a retirarse, Erika? Tiene que encontrar un lugar en el mundo para sí misma; un lugar donde pueda ser feliz sin necesidad de ser agente de policía.

Desde la ventana del centro de coordinación, Erika observó cómo salía Joel Michaels en libertad. Cruzó la calle, se detuvo en la acera frente a la estación de tren y, alzando la vista hacia la ventana, la miró. Ella resistió el impulso de apartarse y le sostuvo la mirada. El hombre sonrió con aire burlón, dio media vuelta y desapareció entre la multitud que desfilaba bajo la marquesina de la estación. Ella se preguntó a dónde iría. ¿Se dirigía al hospital a ver a Trevor?

—¿Aún cree que fue él? —dijo Moss acercándose a la ventana.

—Ese es el problema. Que no estoy segura.

El resto de la tarde lo pasó en su despacho, intentando centrarse, tratando de descifrar el caso y preguntándose incluso si tenía algo entre manos. A las cinco y media, después de dos horas ojeando apáticamente los expedientes en su ordenador, cogió el abrigo y salió de la comisaría.

Erika se dio cuenta, sorprendida, de que conducía hacia la zona de Hayes y, finalmente, entró en Avondale Road. La calle estaba tranquila, sin nadie a la vista; tan solo había un par de coches aparcados. Paró frente al número siete. Cerrando el coche, bajó por la larga pendiente del sendero de acceso y vio que en la puerta principal había una mujer menuda de cara redonda y un hombre de pelo canoso con una cámara colgada del cuello. Una voz amortiguada les decía desde dentro que se marcharan.

—Esto es propiedad privada. ¿Quiénes son ustedes? —inquirió Erika sacando su placa.

Ambos se volvieron.

—Eva Castle, del *Daily Mail* —contestó la mujer, y la examinó de arriba abajo—. Solo queremos que la madre nos dé su versión de los hechos...

La puerta se abrió unos centímetros, sujeta por la cadena.

—¡Mi madre no está aquí! ¡Está en el hospital! —dijo la voz desde dentro. Erika reconoció la de Laura.

—Su madre atacó a un pedófilo en público con un cuchillo... —dijo Eva acercándose a la rendija—. ¿Dónde está? ¿En el manicomio? Ahora tiene la oportunidad de contar su versión de la historia. Estamos dispuestos a pagar.

—Venga, lárguense —exigió Erika, y extendió un brazo para apartarlos de la puerta.

El fotógrafo alzó la cámara y se puso a sacar fotos. Erika desvió el objetivo con la mano.

—¡Esto es brutalidad policial! —se quejó el tipo; la mirada le destellaba y su voz era estridente y rasposa.

—Podría detenerlos a los dos por acoso. Están en una propiedad privada —repitió Erika manteniendo desviado el objetivo de la cámara—. Y puedo encargarme de que nos lo tomemos con mucha calma para procesar su caso. Además, le confiscaré la cámara. Con todos los trámites burocráticos, tardará en recuperarla.

—Vamos, Dave —dijo la mujer con una mueca de desprecio. Sacó una tarjeta y la introdujo por la ranura de la puerta—. Si cambia de opinión, llámeme, Laura.

Después de contemplar cómo se alejaban por el sendero, Erika se dio la vuelta hacia la puerta. Laura la observaba por la rendija.

—¿Puedo entrar para charlar?

La joven quitó la cadena y abrió.

—¿De qué? —dijo, asustada. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una blusa blanca remetida en la cintura que destacaba su envidiable figura. No iba maquillada, sin embargo, y la inspectora se asombró de lo mayor que parecía sin maquillaje.

—De su madre y de lo que pasó frente a la comisaría.

—Ya hice una declaración a la policía.

—Por favor, Laura. Podría ser de ayuda para el caso. He tenido que dejar libre a Joel Michaels esta misma tarde.

—De acuerdo —dijo ella, y la dejó pasar.

Erika se limpió los pies en el felpudo y cruzó el umbral.

Laura la guio por el pasillo hasta la cocina.

—¿Le apetece un té?

Asintió. La chica llenó el hervidor con manos temblorosas.

—¿Qué le va a pasar a mamá?

—Ha sido acusada de intento de homicidio, pero como sabe, está detenida en virtud de la Ley de Salud Mental en el hospital Lewisham. Los médicos han de evaluarla. Ella no tiene antecedentes penales; quizá sea juzgada tan solo por ataque con lesiones. Yo diría que los jueces serán benevolentes. Es un caso muy lamentable.

Laura siguió preparando el té.

—¿Dónde está la familia restante?

—Papá está con su novia y los niños en mi casa, en el norte de Londres. Yo he venido a terminar de ordenarlo todo una vez acabado el velatorio.

—Laura, ¿quién los avisó de que Trevor Marksman estaba en la comisaría de Bromley?

—Mamá recibió una llamada —contestó la joven, y puso el hervidor en el fogón.

—¿Cuándo?

—Ayer por la mañana, a primera hora.

—¿De quién era la llamada?

—No lo sé. Yo estaba fuera, en el jardín.

—¿O sea que fue su madre la que cogió el teléfono?

—Sí, atendió ella y vino aquí a contármelo. —Abrió el armario y sacó una par de tazas.

—Pero si acaba de decirme que usted estaba en el jardín...

A Laura se le escapó una taza, que se hizo añicos en el suelo.

—Perdón...

—No pasa nada —dijo Erika. Al ver que había un recogedor y una escoba junto al radiador, los cogió y se agachó para ayudar a recoger los trozos.

—Yo estaba en el jardín. Lo que quería decir es que ella salió y me lo contó —aclaró Laura mientras recogía con cuidado dos trozos grandes de la porcelana rota.

—¿Y fue idea de ella ir a enfrentarse con Trevor? —preguntó Erika al tiempo que barría los trozos pequeños y los metía en el recogedor.

Laura asintió. Recogió el último trozo grande de la taza, se incorporó, y se acercó a un cubo de basura con pedal.

—¿A usted le pareció buena idea?

—¡Por supuesto que no!

—¿Ella le dijo quién era la persona que había llamado?

—Dijo que era un periodista. —Tiró los trozos en el cubo—. No sé cómo se llama.

—¿Era un hombre?

Laura volvió a ponerse nerviosa.

—No me dijo el nombre del periodista, ni si era un hombre o una mujer... Ha habido muchos a lo largo de los años, espionando, husmeando... Suelen ser hombres.

Le dio la espalda a Erika y llenó la tetera.

—¿Su madre le dijo abiertamente lo que pensaba hacer?

—Dijo que quería ver a Trevor, que quería preguntarle de una vez por todas si había sido él.

—¿Usted no se dio cuenta de que era una idea descabellada?

La joven puso las manos sobre la encimera y bajó la cabeza, asintiendo.

—Era el día siguiente al funeral y al velatorio... Ella había bebido mucho, y me dijo que se iba en coche a la ciudad conmigo o sin mí.

—¿Dónde estaban todos los demás?

—Se habían ido a mi casa la noche anterior. Yo me quedé aquí con mamá para hacerle compañía.

—¿Usted sabía que su madre había cogido un cuchillo?

—No. ¡Y no la habría llevado si hubiese sabido lo que quería hacer! ¿Vale? Dígame, ¿qué le va a pasar? —Rompió a llorar.

—¿Ha seguido usted en contacto con Oscar Browne?

—¿Qué quiere decir? —respondió ella con brusquedad.

—Es un excelente abogado. Supongo que podría echar una mano en la situación de su madre.

—Ya veo lo que quiere decir. —Todavía le temblaban las manos—. No, no he tenido noticias tuyas. Bueno, lo vi en el funeral, obviamente.

—¿Cómo es su relación al cabo de todos estos años?

—No tenemos relación, en realidad. Rompimos en su día, y lo perdí de vista. Ahora tengo a mi marido y a mis hijos. Él tiene su...

—Muy bien. Voy a pedir los registros de su teléfono. A ver si podemos identificar a ese periodista.

Laura asintió, preocupada.

—¿Todavía quiere té?

—No, gracias. Ya tengo que irme.

Cruzaron la sala de estar, donde las cortinas estaban echadas, y llegaron a la

puerta. Cuando Laura abrió, Oscar Browne estaba en el umbral a punto de llamar al timbre. El abogado se llevó una sorpresa al ver a Erika.

—La inspectora Foster ha venido a preguntar por mamá —se apresuró a decir la joven.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó él. Parecía más alto y más serio que las otras veces—. Para eso he venido —añadió mirando a Erika—. Laura me llamó para hablar de la defensa de su madre.

—Sí, en efecto —dijo ella rápidamente, también dirigiéndose a Erika—. Disculpe, no sé dónde tengo la cabeza.

—En fin, que les vaya bien.

—Gracias por venir, inspectora Foster —dijo Oscar entrando y sujetándole la puerta

Cuando Erika llegó a su coche, aún estaba confusa por la situación creada entre Laura y Oscar. El caso le estaba dando dolor de cabeza. Se veía bombardeada con infinidad de datos, pero pese a ello, no lograba hacerse una idea global. Necesitaba una copa y dormir una noche entera.

Arrancó el coche y regresó a casa.

Cuando llegó, Jakub y Karolina jugaban a perseguirse, dando gritos y corriendo por todo el piso.

—¡Hola, tía Erika! —gritaron al pasar por su lado. Eva estaba llorando y al mismo tiempo se oía el ruido de la lavadora y el de la tele, que estaba puesta a todo volumen en el canal de la MTV. Lenka bailoteaba de aquí para allá con el bebé en brazos, tratando de aplacarlo.

A Erika se le cayó el alma a los pies. Tras un día tan terrible, lo único que quería era un poco de calma y tranquilidad.

—*Zlatko!* ¡Hoy has vuelto más pronto! —exclamó Lenka—. Por una vez me has hecho caso.

Erika fue a la nevera y abrió el congelador. Los niños llegaron corriendo y se dedicaron a dar vueltas a su alrededor, intentando pillarse el uno al otro.

—¿Dónde está mi vodka? —preguntó.

—Lo he sacado para que hubiera sitio para las verduras congeladas. Temía que se fuera a romper la botella —respondió Lenka, y se colocó sobre el otro hombro a la pequeña Eva, que no cesaba de llorar. Mientras la MTV empezaba a pasar el vídeo de «Spice Up Your Life», los niños se subieron al sofá cama.

—¡A ver si os calmáis un poco, por favor! —dijo Erika.

—Tú eres su tía y nunca paras aquí —le soltó Lenka—. Podrías hablar un poco con ellos, ¿sabes?

—¡Estaba trabajando! ¿Y por qué tienen que subirse encima de los muebles?

—Es una cama, ¿no? Es normal que los niños salten encima de una cama...

—Es un sofá cama, Lenka, no una cama.

—Cuando se abre es una cama.

Los niños siguieron saltando, enloquecidos con la música.

—¿Por qué has sacado también el hielo? —inquirió Erika, al ver que la bandeja de cubitos estaba tirada en el fregadero.

—Estamos a mediados de noviembre. ¿Para qué quieres el hielo? —replicó Lenka, que cambió de hombro a Eva otra vez.

—Yo quería una copa fría. ¡Al menos una! —Erika inspiró hondo y entró en el dormitorio. Estaba hecho un desbarajuste: las sábanas amontonadas en un gurrño, juguetes por el suelo y una bolsa de pañales sucios que había quedado junto al radiador caliente y desprendía un tufo apestoso.

Pasó como pudo junto al cochecito, dejado al lado de la puerta, y vio que la foto de Mark estaba tumbada sobre el tocador y que tenía encima un frasco de aceite para bebé. Cogió el marco y sacó la tapa posterior. El aceite había entrado y manchado la parte superior de la foto, justo sobre la cabeza y el pelo de su esposo.

Volvió airada a la sala de estar, esgrimiendo la fotografía y casi chocando con los niños, que pasaron corriendo.

—¿Quién demonios te has creído que eres? —gritó.

Lenka se volvió con Eva a cuestas y miró la foto.

—¿Qué pasa?

—Has dejado el frasco de aceite sobre la foto de Mark...

—Perdona. Te haré otra copia. ¿La tienes en un USB?

—No tengo ninguna copia de esta foto... La saqué con una cámara antigua.
—La voz le falló.

—¡Resulta que echas de menos a tu marido más que nada en el mundo y tienes una foto suya sin ninguna copia! ¿Por qué no pediste que te la escanearan?

La pregunta la dejó paralizada. Su hermana tenía razón. ¿Por qué no la había escaneado?

—¡Eres un desastre y no tienes cuidado de nada! —gritó.

—¡Y tú te las das todo el día de gran detective, y no tienes una copia de la foto más preciosa del mundo! ¡Yo la quité del tocador y tú volviste a ponérmela allí cuando sabías que lo usaba para cambiar los pañales! ¡Primero me dices que puedo quedarme y luego no paras de poner pegas!

—¿Poner pegas porque me quejo de que me has manchado la foto? ¡Y mira cómo está todo el piso! ¡Seguro que es así como tienes tu casa!

Lenka se giró hacia la televisión. Eva había dejado de llorar y la miró con sus enormes ojos.

—¿Cuánto tiempo más piensas quedarte? ¿O todo depende del idiota de tu marido?

—¡Al menos yo voy a recuperarlo!

Planeó un terrible silencio.

—¿Qué has dicho?

—No pretendía decir eso —gimió Lenka, y se dio la vuelta de nuevo, con cara contrita.

—Vale. Quiero que te vayas y te lleves todas tus cosas mañana por la mañana. ¡Ya me has oído! —gritó Erika. Giró sobre sus talones, todavía con la foto de Mark en la mano, cogió las llaves del coche y salió del piso.

Estaba lloviendo a cántaros cuando llegó al vehículo. Arrancó el motor y se alejó, sin saber a dónde ir.

Amanda Baker no notaba la lluvia que acribillaba la ventana. Estaba absorta en su ordenador, mirando una y otra vez los vídeos de Trevor Marksman. Crawford se había portado bien, pues le había proporcionado asimismo copias de los expedientes para que pudiera llenar las lagunas de su memoria.

Los papeles sujetos en la pared de detrás del sofá se habían multiplicado y la cubrían por entero.

A ella siempre le había gustado investigar, resolver enigmas, enlazar diferentes pistas sueltas. Actualmente, sin la presión de tener que responder ante los peces gordos e incluso sin la presión de tener que salir de casa, percibía que controlaba la situación. Era casi como si hubiera vuelto a asumir el caso.

Se acercó un poco más al portátil; el resplandor de la pantalla le iluminaba el rostro. Había llegado a la parte del vídeo en la que Marianne y Laura Collins aparecían juntas en el parque. Hacía un día reluciente y soleado, y ambas se hallaban sentadas en un banco bajo el dosel de un enorme roble. Tras enfocar a Jessica y a otra niña en los columpios, ambas con el pelo al viento mientras oscilaban al mismo tiempo y cada vez más alto, la cámara giraba en redondo hacia el banco. Madre e hija discutían de forma acalorada, y el objetivo se acercaba con interés, desenfocándose un segundo; al poco la imagen se perfilaba de nuevo con nitidez. El viento interfería un poco en el sonido, pero Amanda oyó con claridad lo que decían. Puso el vídeo en pausa y buscó con la mano el cuenco de palomitas dulces que tenía junto al sillón. Ya estaba vacío.

Se levantó con esfuerzo y fue a la cocina. Estaba decidida a no beber, y el azúcar parecía calmar su ansiedad. Al abrir el congelador, vio que ya se había terminado el helado. Y el armario donde guardaba las galletas y el chocolate también estaba vacío. Fue a la pequeña despensa, abrió la puerta y, usando el

teléfono móvil como linterna, buscó alguna golosina en las estanterías. La luz recorrió las latas, las especias, los paquetes de arroz y de pasta. Estaba segura de que debía de haber algo dulce en los rincones.

Miró el jardín trasero por la ventana. La lluvia azotaba el cristal y el destello de un relámpago iluminó el recuadro de hierba enmarañada. No le apetecía salir a comprar chocolate con ese tiempo.

Arrastró una silla de la cocina hasta la despensa abierta y se subió en ella. Fue examinando con la luz del móvil los estantes superiores, donde había más latas y un paquete de cereales, hasta detenerse en una cajita oculta detrás de un montón de cubitos de caldo: una chocolatina Terry. La caja de cartón estaba cubierta de polvo y, a través de la ventanita lateral de plástico, se veía que la chocolatina del interior estaba rota y asomaba entre el envoltorio de papel de plata anaranjado. Ella, sin embargo, no prestó atención a ese detalle, sino al eslogan publicitario impreso en la caja.

—No es tuya, Terry, es mía —masculló entre dientes. Cogió la cajita, se bajó de la silla y volvió a la sala de estar—. No es tuya, Terry, es mía... —iba repitiendo, casi en trance. Se sentó nuevamente frente al portátil y pasó otras dos veces la grabación, observando la escena en que Marianne le daba a Laura una bofetada en la cara, y escuchando las palabras que gritaba.

Llamó a un teléfono, pero saltó el buzón de voz.

—Crawford soy yo —dijo—. Escucha, creo que ya he entendido el asesinato de Jessica Collins... Llámame en cuanto oigas el mensaje. Necesito tu ayuda para hacer una comprobación.

En el otro extremo de la ciudad, en su apartamento de Morden, Gerry miraba la tele. Sonó el pitido de la alarma al que ya se había acostumbrado, dejó en pausa el programa que estaba mirando y se acercó al portátil para escuchar.

Peterson entró en la cocina de su piso, solo con una toalla alrededor de la cintura. Echó un vistazo en la nevera. No había más que una lata de fideos con salsa y algo de pan de molde.

El piso, una pequeña planta baja de alquiler, se hallaba en una zona decente de Sydenham. El vecindario estaba compuesto en gran parte por oficinistas que salían temprano y llegaban tarde, además de un par de viejas que lo miraban con ojitos relucientes cuando lo veían. Habían descubierto que era policía al poco tiempo de que se mudara allí, y se sentían reconfortadas por el hecho de tener cerca a un miembro de las fuerzas del orden. Por otra parte, como había observado su amigo Dwayne, probablemente estaban prendadas de él.

Justo cuando cerraba la nevera suspirando, sonó el timbre. Pensó que quizá sería una de las viejas en cuestión. Le habían metido por debajo de la puerta una nota para que asistiera a una reunión de la ronda de vigilancia vecinal.

Sin embargo, al abrir la puerta, vio a Erika en el umbral, chorreante de agua.

—Jefa... Hola —dijo, y recogió los calzoncillos y los calcetines, que estaban tirados junto a la puerta del baño.

—Perdone, ¿tiene compañía? —dijo ella. La vista se le fue a la medalla de San Cristóbal que llevaba colgada entre sus tersos pectorales y al fino vello del vientre, plano como una tabla.

—No. Es que soy un guarro —dijo él sonriendo—. Perdone, acabo de salir de la ducha. —Mientras se ponía una camiseta blanca, la toallita estuvo a punto de caérsele—. ¿Quiere pasar?

—Disculpe. No debería haber venido. —Y dio media vuelta para marcharse.

—Jefa, está empapada y hace un frío tremendo. Al menos voy a dejarle una toalla... Tengo otra —añadió mirando la que llevaba alrededor de la cintura.

La hizo pasar a la sala mientras él iba al cuarto de baño. Ella echó un vistazo alrededor y advirtió sin más que era un piso de soltero. Había una enorme pantalla plana sobre una mesita baja, provista de una PlayStation y un par de mandos. Unas estanterías ocupaban por completo dos paredes; en ellas había una mezcla de libros y DVD. Los asientos eran de cuero negro. En la pared del fondo había un calendario Pirelli de 2016 abierto todavía en el mes de octubre. Peterson reapareció con una camiseta blanca y un holgado pantalón de chándal. Erika pensó que olía de maravilla.

—¿Y ese calendario? —preguntó señalando la foto en blanco y negro de Yoko Ono, sentada en un taburete; llevaba medias, chaqueta y sombrero de copa.

—¡Ah, sí! Mis amigos me regalan el Pirelli todos los años... Esta vez es en plan artístico y conceptual.

—Nada de chicas con las tetas al aire —dijo Erika sonriendo.

—No, por desgracia —dijo él con otra sonrisa, y bajó la vista hacia su blusa. Ella siguió su mirada y se sintió mortificada al ver que, de tan empapada, se le transparentaba el sujetador.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó tapándose con la toalla.

—No pasa nada —dijo él—. ¿Quiere una camiseta? Puedo ponerle la blusa sobre el radiador.

Desapareció un momento, volvió con una camiseta y se metió en la cocina para dejarla que se cambiara. Erika fue a un rincón y se desabrochó a toda prisa la blusa mojada. El sujetador también estaba empapado y se pasó un rato tratando de decidir si debía quitárselo. Al fin, se lo desabrochó y se puso la camiseta. Peterson reapareció con dos vasos de *whisky* mientras ella ocultaba el sujetador bajo la blusa extendida sobre el radiador de la ventana. Los relámpagos iluminaban el cielo y la lluvia se estrellaba a ráfagas contra el cristal.

—Tenga, esto la hará entrar en calor. Es solo un dedo, así no se pasará del límite.

Ella cogió el vaso y dio un sorbo. Peterson le indicó con un gesto que se sentaran en el sofá.

—¿Va todo bien en la investigación? Ya sé que ha sido un día de mierda.

—Todo bien. Bueno, no tan bien...

—¿Pero?

—No sé por qué he venido aquí —dijo contemplando el líquido ambarino de su vaso—. Mi hermana, la que conoció el otro día, sigue en casa todavía.

—Pero su piso es de un solo dormitorio, ¿no? —dijo él, y dio un trago.

—Sí. La tensión ha llegado al máximo esta noche, y me he largado furiosa.

—Lo lamento.

Ambos dieron otro sorbo. Erika notó que el *whisky* empezaba a calentarle el estómago. Se sentía más relajada.

—¿Doy la impresión de ser una bruja?

Peterson resopló con las mejillas infladas, y añadió:

—Usted dirige un equipo de policías. Tiene que ser dura.

—Eso es un sí. Gracias.

—No quería decir eso, jefa.

—No me llame jefa. Llámeme...

—¿Señorita Foster?

Erika estalló en carcajadas y él también. Ella bajó la mirada a su vaso de nuevo; al volver a alzarla, Peterson se le había acercado más. Con delicadeza le quitó de las manos el vaso y lo dejó sobre la mesa. Se inclinó, la sujetó de la barbilla y la besó. Sus labios eran suaves y cálidos, y también sensuales; su lengua se insinuó apenas un instante. Sabía a *whisky* y a hombre, y Erika comenzó a derretirse.

Alzó las manos, recorrió la espalda firme y musculosa de Peterson y se las introdujo por debajo de la camiseta. Tenía la piel tersa y cálida. Él también le metió las manos por debajo de la camiseta y fue subiéndola despacio por su espalda.

—¿Has venido sin sujetador? —murmuró.

—Está en el radiador —dijo ella, indignada.

Él deslizó la mano hacia delante y le apretó el pezón con suavidad. Erika gimió y se echó hacia atrás mientras él se colocaba encima. Ahora tenían los labios pegados.

A ella se le presentó de pronto la imagen de Mark. Una imagen tan nítida que dio un grito.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —dijo Peterson apartándose.

Ella miró sus preciosos ojos castaños y estalló en lágrimas. Se levantó de un salto, entró en el baño diminuto y se encerró dentro. Sentándose en el borde

de la bañera, rompió a llorar con unos sollozos hondos y entrecortados que le sacudían todo el cuerpo. No había llorado así desde hacía mucho tiempo, y le resultaba reconfortante y amargo a la vez. Cuando los sollozos cesaron, sonó un ligero golpe en la puerta.

—Jefa... digo, Erika, ¿estás bien? Perdona si me he pasado de la raya — dijo Peterson.

Erika se contempló en el espejo, se limpió la cara y abrió la puerta.

—Tú no has hecho nada...

—Bueno, te he tocado un poco la teta...

—Estoy intentando hablar en serio —dijo ella, y se sonó la nariz—. Resulta difícil ser viuda. Mark era mi vida, el amor de mi vida, y ya no está. No volverá nunca y, sin embargo, no pasa ni un día sin que piense en él... Es extenuante todo este dolor, vivir con ese hueco enorme en mi vida. Pero soy humana, y nada me gustaría más que... ya sabes, estar contigo. Pero ahí está esa sensación de culpabilidad. Mark era un hombre bueno y leal. —Se encogió de hombros y se enjugó los ojos.

—Erika, vamos a tranquilizarnos. Mira, te dejaré un minuto y yo iré a hacerme una paja con esa foto de Yoko Ono...

Ella alzó la mirada.

—¿Aún no es momento para chistes? —preguntó él.

—No. —Ella sonrió—. Un chiste es lo que me hace falta.

Lo miró mientras permanecía apoyado en el umbral, y entonces lo abrazó y lo besó de nuevo. Retrocedieron dando tumbos, tanteando por el pasillo, hasta la puerta del dormitorio, y se derrumbaron sobre la cama. Esta vez ella no permitió que los recuerdos la detuvieran.

Lenka yacía despierta en medio de la oscuridad del dormitorio de Erika, escuchando el repiqueteo de la lluvia afuera. A su lado, en la cama, Eva gorjeaba y se sorbía la nariz mientras dormía. Extendió una mano para comprobar que estaba bien y le acarició el pelito suave y fino.

Seguía dándole vueltas a la discusión que había mantenido con su hermana. La había estado esperando hasta pasada la medianoche, sentada en la sala a oscuras, con los niños dormidos. Cuando la había llamado al móvil, había salido un pitido amortiguado del abrigo de Erika, colgado en el respaldo de una silla. Lo había sacado del bolsillo, pero la batería se acababa de agotar, y no había conseguido encontrar el cargador en la oscuridad.

Se incorporó en la cama. Se sentía muy lejos de casa. Sabía que Erika tenía un amigo que era patólogo forense, pero no recordaba su nombre; y también sabía que el padre de Mark se llamaba Edward Foster y que vivía cerca de Mánchester. Estaba preocupada por su hermana. No era propio de ella comportarse de ese modo y largarse sin decir a dónde iba.

Erika apoyaba la cabeza en el pecho de Peterson. Notaba su calor y el rítmico latido de su corazón. Él se movió en la cama y la atrajo hacia sí con su musculoso brazo.

La invadía una mezcla de excitación y de culpabilidad por el hecho de haber tenido relaciones sexuales con él. Dos veces, además. La primera había sido rápida e intensa, y, casi de inmediato, habían vuelto a hacerlo de un modo lento y sensual. Después se habían quedado los dos dormidos enseguida. Ella, sin embargo, se había despertado hacía una hora, y no había parado de darle vueltas a la situación mientras contemplaba el reloj digital del dormitorio.

Pasaban cuatro minutos de las tres de la mañana. Se acurrucó en el hueco del brazo flexionado de Peterson, cerró los ojos y se forzó a sí misma a dormirse.

Lenka se dio la vuelta en la cama, cogió su teléfono de la mesilla y vio que eran las tres y cinco de la mañana. Volvió a tumbarse y comprobó que Eva estaba bien. Respiraba suavemente, con el pequeño pulgar metido en la boca.

De repente oyó un ruido, como un crujido de plástico. Se quedó inmóvil. Lo oyó de nuevo y también un tintineo, como si algo se hubiera caído en la moqueta de la sala. Se levantó rápidamente y miró alrededor. El aspirador estaba tirado en un rincón, con el tubo enroscado y la barra metálica separada. La cogió y fue de prisa hacia la sala de estar.

La puerta del patio estaba abierta, y se veía la zona donde habían retirado el plástico para forzarla. Las cortinas ondeaban bajo el viento que entraba por la rendija. Sosteniendo la barra de metal sobre el hombro, giró en derredor para examinar la sala sumida en la penumbra. Increíblemente, los niños seguían dormidos bajo las mantas.

Oyó un leve crujido y notó de pronto que unas manos recias le rodeaban el cuello. Sin pensarlo, lanzó un golpe con la barra. Sonó un chasquido y un grito. Los niños se despertaron y comenzaron a chillar. Lenka se giró y vio una sombra corpulenta que se echaba sobre ella. Lanzó otro mandoble y le dio en la entrepierna. No había sido un golpe muy fuerte, pero la figura se dobló gimiendo, lo cual le dio tiempo a ella para retroceder un paso, coger impulso y asestarle un trallazo con todas sus fuerzas en la cabeza, y otro más. El tipo se desmoronó en el suelo, y ella volvió a golpearle una y otra vez, machacándolo con saña hasta que dejó de moverse.

Jakub y Karolina seguían gritando y llorando. Ella les dijo que fueran a buscar a Eva. Apenas veía al hombre tirado en el suelo. Era fornido, con una buena mata de pelo negro rizado. Sin quitarle los ojos de encima, cogió el taco de cuchillos de la cocina integrada en la sala, sacó el teléfono inalámbrico del cargador y se lo metió en el bolsillo. Retrocedió hacia el baño, todavía sujetando la barra metálica.

—Adentro —les ordenó a los niños, que ya venían del dormitorio; Karolina llevaba a Eva en brazos. Milagrosamente, el bebé seguía durmiendo. Entraron todos en el baño, y ella cerró la puerta con cerrojo y puso una silla delante.

Notó, sin embargo, que el respaldo era demasiado bajo para impedir que girase la manija.

—Tranquilos —les dijo a sus hijos, que se acurrucaron en la bañera como dos animalillos asustados—. Todo saldrá bien. Karolina, tú mantén bien sujeta a Eva. —La niña asintió.

Lenka bajó la vista al teléfono y cayó en la cuenta de que no sabía adónde llamar. No sabía cómo avisar a la policía, ni tampoco hablaba suficiente inglés para explicar que necesitaban ayuda. El único número que se sabía era el de Marek.

Se sentó de espaldas contra la puerta y telefoneó a su marido en Eslovaquia. Jakub, muy pálido, se le acercó y le tiró de la manga.

—¿Qué pasa?

—Mami, el cerrojo no funciona —cuchicheó con voz temblorosa—. La tía Erika dijo que estaba roto...

Mientras el teléfono sonaba ya, Lenka oyó un chirrido y alzó la vista. La manija de la puerta estaba girando, y notó que la puerta cedía a su espalda.

Una mano enorme se coló por la rendija, y esta vez ella gritó igual que los niños.

Cuando Erika se despertó a la mañana siguiente, vio que Peterson se había dado la vuelta y que estaba dormido en su lado de la cama con todas las sábanas enredadas alrededor de las piernas. Eran las seis y un minuto. Sintió que la asaltaba una oleada de emociones: la culpabilidad por haber disfrutado con él, y una profunda tristeza porque ahora estaba más lejos de Mark. Su recuerdo era más tenue; se había desvaído y hundido más en el pasado, ahora que había estado con otro hombre. Se le encogió el corazón al pensar que hoy tendría que ver a Peterson en el trabajo. Se incorporó, recogió sus ropas tiradas por el suelo y se puso las bragas. Él se giró en la cama cuando ella abrió la cortina. Afuera, aún estaba oscuro.

—Buenos días. ¿No quieres quedarte a desayunar?

—No. Tengo que irme.

—Ven aquí.

—¿Por qué?

Él se sentó.

—¿Cómo que por qué? Porque quiero besarte.

Erika se le acercó y se sentó en el borde de la cama. Él la abrazó.

—Hemos de marcar unos límites —dijo ella.

—No parecía haber muchos anoche.

—Hablo en serio. Soy tu jefa. Será más fácil si no hablamos de esto en el trabajo.

—Maldita sea. Y yo que iba a explicarles a todos lo buena que eres en la cama...

—Peterson...

—Y eres buenísima —dijo él guiñándole un ojo.—. Pero no voy a decir nada, tranquila.

—Bien.

—¿Quieres que se repita?

—No sé. ¿No podemos considerarlo como una gran noche y ya está?

—¿Y ya está?

Ella se levantó y buscó a tientas sus calcetines. Le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres? ¿Una relación?

—No.

—Bien. Porque yo estoy muy lejos de querer algo así.

—Ya lo has dejado claro —dijo él.

—Bien. Esto ha sido algo aislado. Nos lo hemos pasado muy bien y ahora todo vuelve a ser como antes...

—Vale. Nos vemos en el trabajo. —Peterson se levantó, pasó por su lado y fue al baño. Cerró de un portazo.

Erika lo siguió y estuvo a punto de llamar a la puerta del baño. Titubeó y fue a la sala de estar; recogió la blusa y el sujetador. Dejando la camiseta pulcramente doblada en el respaldo del sofá, salió del piso con sigilo.

Erika entró en el autoservicio de McDonald's de Sydenham y pidió una salchicha y un McMuffin con una taza de café. Cuando iba a abonarlo, vio que no llevaba el móvil ni la cartera, y tuvo que pagar con las monedas sueltas que guardaba en la guantera para los parquímetros.

Despuntaba el alba de un día frío y despejado cuando se detuvo en Manor Mount. Acababan de dar las siete. El corazón le dio un vuelco al ver dos coches patrulla delante. Aparcó a su lado, en el sendero de grava, entró por la entrada principal y sintió que el corazón se le aceleraba aún más cuando vio que su puerta estaba abierta y que había un agente apostado fuera.

De la casa salió una figura alta vestida con el traje forense azul. Sujetaba en una mano una bolsa de pruebas grande que contenía el tubo metálico del aspirador. Erika vio que había costras de sangre en la superficie de metal y manchas en el plástico. En la otra mano, el forense llevaba una de las toallas que ella reservaba para invitados, también con manchas rojas.

—Perdone, ¿usted quién es? —preguntó el agente cerrándole el paso con el brazo extendido. Observó que era un chico muy joven, de rostro severo y con una tremenda erupción provocada por el afeitado.

—Este es mi piso. ¿Dónde están mi hermana y los niños? —dijo Erika, frenética, tratando de pasar.

—Esto es la escena de un crimen —le dijo el agente, que continuaba bloqueándole el paso.

—Soy policía, pero no llevo la placa encima. ¿Cómo es que hay sangre? ¿Dónde están mi hermana y los niños? —El pánico se había apoderado de ella: el corazón se le había disparado y los ojos se le estaban anegando en lágrimas. Era chocante la rapidez con la que había pasado al papel de víctima.

Ataviado también con el traje forense, salió el último policía al que habría deseado ver. El comisario Sparks se quitó la capucha azul, y dejó al

descubierto un casquete de pelo grasiento, peinado hacia atrás, que dejaba a la vista una amplia frente y una cara repleta de marcas de acné.

—¡Erika! —dijo, desconcertado.

—Sparks, ¿qué sucede? Este es mi piso. ¿Dónde están mi hermana y los tres niños? —dijo ella, llorosa. Ahora no le importaban las diferencias que habían tenido en otras ocasiones; solo quería saber la verdad.

—Su hermana y los niños están bien. Han subido a casa de una vecina. Nosotros hemos localizado a un traductor hace media hora. Están conmocionados, pero ilesos.

—¡Ay, gracias a Dios! —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Qué ha ocurrido?

Sparks la acompañó a la entrada comunitaria.

—Ha habido una llamada de emergencia a las tres y media desde el teléfono fijo de usted... El operador no ha comprendido al principio lo que decían, pero por un milagro increíble otro de los telefonistas hablaba eslovaco.

Siguió explicándole que un intruso había entrado por la ventana del patio y que su hermana le había golpeado con el tubo metálico del aspirador.

—Ella se ha encerrado con los niños en el baño y ha marcado el ciento doce, que por suerte se transfiere al nueve, nueve, nueve de emergencias. El intruso sangraba abundantemente. Ha intentado entrar en el baño y ha dejado un montón de sangre en la puerta. Pero por alguna razón ha huido. Cuando nosotros hemos llegado más o menos a las cuatro, no había nadie.

Erika se deslizó por la pared hasta quedarse en cuclillas.

—¿Se han llevado algo? —preguntó.

—Por lo que hemos visto, no.

—Sparks, mi teléfono móvil está ahí, y mi placa y el bolso... Y el portátil. —Se agarró la cabeza con las manos. Él se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer.

—Conoce perfectamente las normas. Es una escena criminal...

—Mire, nosotros hemos tenido nuestras diferencias, lo sé, pero... ¿no podríamos dejar eso de lado un par de horas? Yo haría lo mismo por usted. ¿Puede mirar a ver si es posible acelerar el proceso?

—Acabo de decírselo. Es una escena criminal, aunque no haya ningún herido. Ha de esperar.

—¿Por qué está usted aquí, por cierto? Yo diría que este asunto queda un poco por debajo de su rango.

—He venido por un allanamiento con un posible cadáver. Una mujer de Europa del Este en apuros.

—Ah, así que sigue escogiendo los casos de alto nivel, ¿no? Siempre ha sido un holgazán de mierda.

Él retrocedió un paso.

—No creo que sea esa la manera de dirigirse a un superior, inspectora jefe Foster —dijo con una sonrisita de suficiencia.

—Ahora solo soy la señora Foster. La víctima con cuyos impuestos le pagan el sueldo. Bueno, ¿dónde está mi hermana?

Erika no había visto nunca a la vecina del piso de arriba, una mujer alegre y desaliñada llamada Alison. Pasaba de los cuarenta y lucía una buena cabellera de rizos enmarañados.

—Hola —dijo cuando les abrió la puerta a ella y a Sparks—. Su hermana y los niños están en el salón. Todavía siguen conmocionados. —Hablaban con un leve acento galés y llevaba un vestido floreado. El piso, más espacioso que el de Erika, estaba decorado acogedoramente con muebles rústicos de madera. Había estanterías con libros en todas las paredes, y también fotografías familiares. La mujer los guio hasta el salón, donde Lenka se hallaba en un sofá con el bebé dormido en brazos. Estaba hablando en eslovaco con un tipo alto y flaco, vestido con un traje de pana verde, que se apoyaba en un ángulo de la mesita de café.

Karolina y Jakub se habían sentado cada uno en un extremo de otro sofá. Entre ambos, un enorme y viejo rottweiler dormitaba con la cabeza apoyada en el regazo de Karolina.

—¡Erika! —exclamó Lenka al verla.

Ella se acercó y la abrazó.

—Perdona. Perdona por haberme marchado así y no haber vuelto en toda la noche.

—Perdóname a mí por lo que dije. No era mi intención...

—Olvídalo. Lo importante es que estamos todos bien. Está todo bien y yo te quiero.

Volvieron a abrazarse; Erika se acercó a los niños y les preguntó si se encontraban bien. Ambos asintieron muy serios. Karolina acarició una oreja del perro; Jakub ladeó la cabeza porque su tía le tapaba los dibujos de la tele.

—¿Quién es este tipo tan siniestro? Parece un vampiro —dijo Lenka en eslovaco, y señaló con un gesto discreto a Sparks, que se había quedado en un rincón, con el entrecejo fruncido; ya se había puesto su traje oscuro.

—Parece el hombre de *Hotel Transilvania* —comentó Jakub.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Sparks.

El traductor abrió la boca, pero Erika le puso la mano en el brazo.

—Gracias. Yo me encargo a partir de ahora... Solo les preguntaba si estaban bien. —Se volvió hacia Lenka y pasando al eslovaco, dijo—: Es el gilipollas del que te hablé.

—Estamos en Inglaterra y deberíamos hablar todos en inglés —masculló Sparks.

—*Kokot* —dijo Lenka asintiendo.

—Soy lo bastante inteligente para deducir que eso no es un cumplido —soltó Sparks—. Es evidente que se encuentran bien, y mis agentes ya les han tomado declaración; por tanto, me marcho. —Y se fue sin más. Lenka le dio las gracias al traductor, que también se retiró enseguida.

—¿Quiere una taza de té, cielo? —preguntó Alison.

—Sí, gracias —dijo Erika.

—Aparte a *Duke* de un empujón, si quiere sentarse —añadió la mujer señalando al rottweiler—. Es inofensivo. Se pasa todo el día durmiendo y tirándose pedos... No ha oído al intruso.

—Gracias por dejarles que se quedaran aquí esta mañana —dijo Erika—. Siento no haberme presentado hasta ahora...

Alison desechó sus disculpas con un gesto, y sentenció:

—Siempre hace falta una crisis para que la gente se una. Voy a prepararle el té.

Cuando la mujer se fue, Erika se sentó en el borde de la mesita de café y cogió a Lenka de la mano.

—¿Has podido ver quién era?

—Solo le he entrevisto la cara. Un hijo de puta grandullón, con un montón de pelo —Iba a decir algo más, pero se interrumpió.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún detalle que recuerdes, aunque parezca insignificante?

—¿Te acuerdas de que te dije que el otro día vino un hombre a mirar el contador de la electricidad?

—Sí.

—No estoy del todo segura. Y estaba oscuro, pero parecía el mismo hombre.

Después del allanamiento, el apartamento de la inspectora Foster se había convertido en la escena de un delito, de modo que se fueron a un hotel de las afueras de Bromley, donde ella ya había estado anteriormente.

Aunque estuviera en las afueras, quedaba cerca del centro de la ciudad, pero se hallaba situado entre campos y frente a una pista de golf. Lenka reservó una suite para ella y los niños, y la habitación contigua para su hermana, pese a sus protestas.

—Nada, nada, corre de mi cuenta —dijo—. Tengo restringida la tarjeta de crédito de Marek, pero él bien puede sufragar unas cuantas noches de lujo. ¿Te he dicho que lo he llamado desde el baño cuando ese loco ha entrado en el piso, y que no me ha devuelto la llamada hasta esta mañana?

—Era en plena noche —observó Erika.

—Yo he dormido todos los días con el teléfono encendido por si me necesitaba. Creía que él haría lo mismo; si no por mí, al menos para saber si los niños están bien...

—¿Le has contado lo ocurrido?

—Sí. Estaba preocupado, pero no se ha ofrecido a tomar un vuelo de inmediato. Está demasiado atareado con sus abogados, tratando de esquivar las balas. Metafóricas y reales.

—La suite comprende un servicio opcional de mayordomo —informó la recepcionista. Erika se lo tradujo a su hermana.

—Sí, lo aceptaremos. ¿Y cuál es el programa de spa más caro? —preguntó Lenka.

—Dice que la irrigación de colon —tradujo Erika.

—Bien, pues resérveme una diaria durante toda la semana.

—Utilizará solo el servicio de mayordomo —le dijo Erika a la recepcionista. Cogieron las llaves y subieron a ver las habitaciones, que eran

preciosas.

Erika logró dormir un poco, pero no podía sentir la misma excitación que Lenka y los niños. Aún estaba pendiente del caso, y se alegró de volver al trabajo el lunes por la mañana.

Cuando entró en el centro de coordinación, sus agentes acababan de llegar y estaban quitándose los abrigos y comentando el fin de semana. Todos se interrumpieron al verla aparecer por la puerta.

—Quizá ya se han enterado de que he tenido un fin de semana bastante ajetreado. Nadie ha resultado herido, salvo el intruso que mi hermana se encargó de ahuyentar con destreza. Es cosa de familia...

Miró en derredor a sus agentes: John, Moss, Knight... Ellos la saludaron con un gesto y una sonrisa, y asimismo vio a Peterson, que se limitó a mirarla.

—Pero nosotros seguimos igual. Tenemos un caso que resolver, así pues... manos a la obra.

Entró en su despacho. Moss la siguió.

—Jefa, los forenses ya nos han devuelto su iPhone, así como su placa y su portátil. No han encontrado nada; tampoco huellas. Ah, Sparks le manda saludos.

Erika la taladró con la mirada.

—Es broma, jefa.

—Muy graciosa. Suponía que el comisario Sparks ya estaría trabajando en algún caso de alto nivel en Lewisham...

—Ese es el problema, que él siempre está buscando casos de alto nivel, que es como si un actor únicamente quisiera aparecer en las películas premiadas...

—¿Todavía se las arregla para sacudirse los casos que no le interesan?

—En efecto. Me parece que esperaba encontrarse algo más suculento cuando recibieron la llamada de emergencia...

—Y se encontró con mi hermana —dijo Erika—. Lo cual me recuerda otra cosa... ¿Podría enviarle a Lenka un dibujante de retratos robot y un traductor? Hay algo que me escama en ese allanamiento.

—Sí, jefa.

Cuando Moss se retiró, Erika abrió la bolsa de pruebas donde estaban sus pertenencias. Sacó su placa y se la guardó en el bolsillo. Como la batería del iPhone estaba agotada, la conectó al cargador que guardaba en la oficina.

Entró una avalancha de mensajes y llamadas perdidas. Muchas eran de Lenka, pero se llevó una sorpresa al ver que el primer mensaje de voz era de Amanda Baker: un mensaje diciendo que tenía una información importante sobre el caso Jessica Collins, y le pedía que la llamara con urgencia.

Amanda lo había intentado cinco veces más, dejando otros tantos mensajes. Erika pulsó «Llamar», pero saltó directamente el buzón de voz. Abrió el ordenador, buscó la guía telefónica e introdujo la dirección. Probó en el teléfono fijo, pero sonó y sonó sin que hubiera respuesta.

Abriendo la puerta, llamó a John.

—¿Puede seguir probando con estos dos números? Son de Amanda Baker. Cuando responda, pásemela de inmediato.

—Sí, jefa —dijo él cogiendo el papel donde ella los había anotado.

Erika volvió a su escritorio y trató de concentrarse en el caso. Examinó las notas que había tomado en los últimos días, hasta el arresto de Joel Michaels.

Llamaron a la cristalera de su puerta, y Peterson abrió. Traía una bandeja de cartón con dos cafés del Starbucks de la calle principal. Se acercó y la depositó frente a ella.

—¿Qué es esto?

—Le he traído un café

—Yo no he pedido nada.

—Daba la impresión de que no le vendría mal uno...

Erika apartó la bandeja hacia él.

—Peterson, ¿se puede saber qué está haciendo?

—¿No puedo traerle un café?

Ella bajó la voz:

—¿Le trae café a su jefa o a su... a su amante de una noche?

—Eso no es justo. Le traigo un café, intérpretele como quiera. Y para que conste, la otra noche fue algo especial.

—¡No vamos a hablar de eso en el centro de coordinación!

Moss reapareció en la puerta, dando unos golpecitos.

—Salgo a por café, ¿quieren...? —Se calló bruscamente—. ¡Ah! ¿Me he perdido una ronda?

—Acabo de salir a comprar —dijo Peterson.

—¿Has ido hasta el Starbucks? —dijo mirando los dos vasos. Observó a su jefa y a él y sonrió con picardía—. Ah... ya veo. ¿Es que los dos...?

—Moss, ¿puede entrar y cerrar la puerta? —pidió Erika.

Aguardó a que estuviera cerrada antes de proseguir.

—No sé qué le habrá contado Peterson, pero esto no es un juego de citas. No quiero oír hablar aquí de mi vida privada ni de la de Peterson. No hay romance de oficina que comentar...

Silencio.

—Él no me ha contado nada, pero ahora veo que ha ocurrido algo entre los dos.

—No ha ocurrido nada —aseguró Peterson.

—¿De veras? Mira ese café de Starbucks. Hasta te has tomado la molestia de traer azúcar moreno y una servilleta. Incluso uno de esos palitos para remover. Qué detalle.

—Vete a la mierda, Moss —dijo Peterson.

—Su secreto está a salvo conmigo... Pero, para que lo sepan, no podría parecerme mejor.

—Hagan el favor de volver al trabajo los dos —ordenó Erika.

Cuando salieron del despacho, miró el café y, finalmente, acabó cediendo y dio un sorbo.

Volvieron a llamar a la puerta. Era John.

—¿Qué? ¿Ha localizado a Amanda Baker?

—No, jefa. Pero ha habido una llamada de emergencia para que vayamos a su casa. Es del cartero. Ha llamado al nueve, nueve, nueve porque le parece haber visto algo por la ventana...

—¿Qué?

John estaba muy nervioso.

—Dice que cree haber visto los pies de la mujer colgando a cierta distancia del suelo en el pasillo.

Un coche patrulla se hallaba frente a la casa de Amanda cuando llegaron John y Erika. Dos agentes uniformados, un hombre y una mujer, estaban hablando con el cartero al que Erika había visto en su primera visita. Daba la impresión de estar conmocionado.

—Hola, soy la inspectora jefe Foster; este es el agente McGorry. —Ella se acercó y les mostró la placa. Un par de vecinos observaban la escena desde la entrada de sus casas.

—Yo soy la agente Desmond y él es el agente Hewitt —dijo la joven policía—. Nadie ha entrado en la propiedad. Hemos intentado forzar la puerta, pero no hay forma de moverla.

—Tiene apilados montones de periódicos al otro lado —dijo el cartero, muy pálido.

Erika fue a la ventana delantera y atisbó por una pequeña abertura entre las cortinas. En el umbral del pasillo, distinguió unos pies con calcetines suspendidos en el aire. Notó un espasmo en el estómago.

—Normalmente, yo uso esta ventana. No cierra bien. Siempre le estoy diciendo que tiene que arreglarla —puntualizó el cartero.

—Esto podría ser un punto de entrada. Aunque no quiero alterar ninguna prueba forense —le dijo Erika a John en voz baja.

—Pero, jefa, parece que se ha quitado la vida —contestó él.

Erika volvió a atisbar por la ventana. Había algo que no cuadraba. Amanda no había dado muestras de tendencias suicidas. Al contrario, parecía rebotante de vida y de entusiasmo cuando la había llevado en coche al acabar el funeral.

—Vamos a la parte trasera —indicó ella.

Lograron abrir la cancela lateral y recorrieron el pasaje hasta el jardín de detrás.

La puerta trasera estaba abierta de par en par.

—Mierda —masculló Erika.

Abrió la marcha, seguida por John y por los agentes uniformados, y entró en la cocina. La habían limpiado. Todo se veía pulcro y ordenado. La puerta que daba al pasillo estaba cerrada. Se acercaron muy despacio. Un crujido del entarimado los detuvo de golpe. Provenía del otro lado de la puerta. Los dos agentes uniformados sacaron las porras.

—¡Policía! ¡Salga con las manos arriba! —gritó Erika.

Silencio total; oyeron otro crujido, esta vez más fuerte. Sonó una especie de desgarrón e, inmediatamente, un tremendo estrépito que provocó que el suelo retemblara, seguido de una lluvia de escombros cayendo por la escalera.

Esperaron hasta que volvió a reinar el silencio. La inspectora Foster miró a los demás, haciéndoles una seña con la cabeza, y abrió de golpe la puerta.

El cuerpo de Amanda Baker yacía en una posición grotesca en el pasillo, al pie de la escalera. Llevaba un camisón blanco estampado y unos calcetines azules. El brazo izquierdo le había quedado atrapado bajo la espalda y se le había dislocado la rodilla derecha. Su cuerpo estaba cubierto de polvo y de pedazos de yeso; también había cerca una madera cuadrada. Era la trampilla del desván. Todavía seguía cayendo una nube de polvo.

—Se ha desprendido del techo —dijo John tapándose la boca, y señaló el agujero en lo alto de la escalera.

Protegiéndose los ojos del polvo y de los fragmentos de yeso que aún caían, Erika se acercó al cuerpo de Amanda y vio que tenía la cara hinchada y amoratada. Un lazo le ceñía firmemente el cuello. Sus ojos seguían abiertos.

—¿Crees que se trata de un suicidio? —preguntó Erika. Ya habían transcurrido unas horas, e Isaac Strong se había hecho cargo de la situación junto con Nils Åkerman y su equipo de la científica.

Erika y John estaban con el forense en el pasillo de la casa de la exinspectora.

—La muerte se ha producido por asfixia. El cuello está alargado y con profundas estrías en la piel —explicó Isaac ladeando la cabeza de Amanda—. El problema es que hay un vaso al pie de la escalera con restos de un líquido que huele a Coca-Cola. También, una salpicadura en la pared. Si intentaba ahorcarse, no lo habría hecho sujetando un vaso al mismo tiempo. Tenemos que analizar ese vaso; podría contener alguna droga disuelta en la bebida...

—¿Podría ser que la hubieran pillado por sorpresa en lo alto de la escalera? —inquirió Erika—. Iba en camión, lo que podría significar que se levantó por la noche. Quizá había alguien acechando en la oscuridad y ella cayó en la trampa...

—Eso tienes que averiguarlo tú —dijo Isaac—. ¿Preferirías que no fuera un suicidio?

—Amanda era uno de los nuestros —dijo ella en voz baja—. Y no parecía...

—Nunca se sabe lo que la gente tiene en la cabeza, Erika.

John se acercó a la trampilla del desván, que había caído sobre la moqueta. El otro extremo de la cuerda todavía se mantenía enlazado en ella.

—La cuerda estaba atada a una pequeña barra metálica de la parte interior de la trampilla —informó el policía.

Erika echó un vistazo al estropicio de yeso y polvo que cubría el pasillo.

—¿Alguna idea sobre la hora de la muerte?

—Sabré algo más cuando examine a fondo el cadáver —respondió Isaac.

El fotógrafo oficial llegó desde la sala y se dispuso a tomar fotos. Los ojos abiertos de Amanda reflejaban los destellos del *flash*.

Nils se presentó tras el fotógrafo y anunció:

—Creo que les interesará ver esto.

Lo siguieron a la sala de estar. Estaba ordenada, pero la pared de detrás del sofá se hallaba cubierta de material gráfico sujeto con chinchetas. Había mapas de Google, fotografías de Jessica y Trevor Marksman y varias imágenes impresas de Marianne y Laura sentadas en el parque.

—Esas imágenes son fotos fijas del vídeo de Marksman —le dijo Erika a John—. ¿Cómo pudo conseguir las cintas? ¿Dónde está su ordenador?

—Estaba aquí —dijo Nils acercándose a un soporte metálico—. Ahora solo hay una funda de portátil y un cargador. Y abajo, una impresora de inyección de tinta —añadió señalando la base del soporte—. Ni rastro de un teléfono móvil. Y el fijo del pasillo tampoco está. Su monedero, en cambio, sigue en la encimera de la cocina, al lado del hervidor. Contiene doscientas libras y todas las tarjetas de crédito.

—Por tanto, no ha sido un robo.

—No hay signos de que se haya forzado la entrada —indicó Nils.

—La puerta trasera estaba abierta de par en par cuando nosotros hemos llegado —dijo John.

—Pero si hubieran entrado por la cocina, habrían visto el monedero.

Erika se fijó en que había algo encima del soporte del portátil. Se acercó, se sacó del bolsillo unos guantes de látex y cogió una cajita de chocolatinas Terry. Observó que la fecha de caducidad estaba pasada desde hacía mucho tiempo y que el chocolate que quedaba se había estropeado y asomaba entre el envoltorio de papel de plata anaranjado.

—No lo abrió —dijo Erika—. Pero fíjense, el eslogan de la caja está subrayado con rotulador.

—«No es tuya, Terry, es mía» —leyó en voz alta Nils, que se había aproximado y situado detrás de la inspectora—. Eso es muy antiguo. Ya no usan este eslogan... Lo sé porque yo me como varias chocolatinas de esas todas las semanas. Soy un adicto.

—¿Cómo se mantiene tan delgado? —preguntó John, observando que era alto y estilizado.

—Tengo un metabolismo muy rápido...

Erika, sin hacerles caso, le dio la vuelta a la cajita y leyó:

—«Consumir preferentemente antes del once de noviembre de 2006». ¿Por qué subrayar el eslogan de la marca?

John y Nils la miraron, perplejos.

Cuando Erika y John salieron y volvieron al coche, se quedaron sentados, observando cómo sacaban el cuerpo en camilla, metido en una bolsa negra para cadáveres.

—Quiero ver su historial de Internet y sus registros telefónicos. Quiero saber qué páginas estaba mirando y con quien estuvo hablando antes de morir —ordenó Erika—. Quiero investigar a todas las personas que tenían acceso a los vídeos de Marksman, y averiguar si alguien le mandó esas fotos fijas por correo electrónico, o si incluso le pasó la grabación entera.

—Sí, jefa.

La inspectora bajó la vista a la chocolatina Terry, que tenía en el regazo metida en una bolsa de pruebas.

—No es tuya, Terry, es mía... —repitió el eslogan subrayado—. Hay algo que no encaja aquí. Amanda me llamó varias veces. Me dejó mensajes diciendo que había descubierto algo y que debía llamarla con urgencia.

Sacó el móvil y marcó el número de su buzón de voz.

«No tiene mensajes nuevos», dijo la voz automatizada.

—Pero... ¿qué demonios? —Volvió a intentarlo y recibió la misma respuesta—. Hace unas horas tenía aquí tres mensajes de Amanda.

—¿No los habrá borrado por error? —preguntó John.

—No; yo no. Los han borrado.

A media tarde, Erika estaba de vuelta en el centro de coordinación. Habían enviado su teléfono móvil a la Unidad de Delitos Informáticos de Tower Bridge, y solicitado los registros telefónicos y el historial de Internet de Amanda Baker.

Ahora estaba con Moss y Peterson repasando en un portátil las imágenes de las cámaras de vigilancia de la comisaría.

—Esto es del miércoles pasado, nueve de noviembre, por la tarde —dijo Moss.

La pantalla mostraba una imagen en blanco y negro del pasillo de la sala de proyección.

—Ahí están usted, jefa, y McGorry, yendo a revisar las cintas —añadió, y puso las imágenes a cámara rápida—. Unas horas más tarde, Peterson hace una breve aparición. —El contador de los minutos corría a toda velocidad a medida que ella avanzaba la imagen—. Y aquí está usted saliendo casi a las siete y cerrando la puerta.

—Es un poco antes de que le dijera a todo el mundo que se fuera a casa —dijo Erika.

—Bien. Esto es justo después de las siete del mismo día —continuó Moss. Puso el vídeo a velocidad normal. El pasillo estaba desierto, pero, de repente, Crawford aparecía en el encuadre recorriendo el pasillo y mirando en derredor. Se detenía junto a la puerta de la sala de proyección y pegaba el oído para escuchar. Luego abría la puerta y entraba.

—Habría podido entrar por un motivo inocente —murmuró Erika.

Moss prosiguió:

—Bien. Ahora él está dentro; déjeme avanzar unos minutos... Y ahí aparece usted, jefa, a las siete y doce minutos. Se acerca e intenta abrir la puerta...

—Pero estaba cerrada, con Crawford dentro —concluyó Erika, viéndose en la pantalla.

—Ah, y ahí está Peterson de nuevo; con una bolsa y lleva...

—Mi bloc de notas —dijo Erika. Miraron las imágenes de ella y Peterson hablando tensos—. ¿Podemos pasar esta parte?

—Sí, claro —dijo Moss, extrañada.

La pantalla, con la imagen acelerada, mostraba cómo se iba Peterson primero y, tras unos minutos, cómo Erika recorría el pasillo.

—Y ahora, ahí está, a las siete y treinta y seis, casi veinte minutos más tarde, Crawford emerge de nuevo —dijo Moss. La puerta se abría un poco al principio. Después se lo veía asomar la cabeza y salir apresuradamente, cerrando la puerta y atravesando a toda prisa el pasillo.

Todos se quedaron reflexionando. John apareció en la puerta del despacho e informó:

—Jefa, he repasado los registros telefónicos de Amanda Baker. No hay muchos números; parece que no llamaba a demasiada gente, pero el teléfono de Crawford aparece un montón de veces. Lo ha estado llamando varias veces al día desde hace dos semanas.

—Lo cual nos conduce a otra pregunta: ¿dónde está Crawford? —planteó Erika mirando a los demás.

—No lo sé, jefa —contestó John.

—¿Por qué no usa el cerebro y lo telefonea? —le soltó ella.

Y

Llovía otra vez y el cielo se estaba oscureciendo cuando Erika y Moss se dirigieron en coche desde Bromley al lugar donde vivía Crawford, entre Beckenham y Sydenham. Habían llamado a su móvil y al fijo, pero no respondía en ninguno de los dos. La llamada a su exmujer había resultado inútil. Hacía muchos días que no lo veía.

—Tengo un mal presentimiento —masculló Moss cuando llegaron frente al edificio.

—¿Es aquí? —preguntó Erika atisbando a través del parabrisas. Estaban en Beckenham Hill Road, una calle con una larga hilera de tiendas de empeños,

quioscos y casas de apuestas, además de varias lavanderías de mala muerte y un supermercado Iceland. Había mucho tránsito.

—No puedo aparcar aquí delante. Llevo un par de autobuses detrás —dijo Erika. Avanzó un poco más y se metió en el aparcamiento de un McDonald's.

Se bajaron rápidamente, pero tuvieron que esperar un par de minutos para cruzar la calle. El edificio estaba situado sobre una casa de préstamos. La puerta, de color blanco, daba directamente a la calle. Encontraron el número del piso en el cuadro de timbres y llamaron un par de veces, pero nadie respondió. Un hombre salió por la puerta y se la sostuvo para que pasaran.

Había cuatro pisos; Crawford vivía en el último. Subieron por la escalera, que estaba cubierta con una moqueta mugrienta. Al llegar al tercero, vieron una puerta abierta y oyeron a una mujer gritando en chino. En la puerta apareció un hombre de pelo canoso, seguido por la mujer, que era bajita y feroz.

—¿Tú fontanero, pero no arreglas escape de agua? —chapurreó como pudo.

—Ya se lo he dicho. Viene del piso de arriba. Y el inquilino no está —dijo cansinamente el hombre.

—Hola, soy la inspectora jefe Foster y esta es la inspectora Moss —dijo Erika mientras ambas sacaban la placa—. ¿No contesta nadie arriba?

—Es lo que hombre acaba de decir —le soltó la mujer—. Tengo escape, en cocina. Un escape grande. Se extendió anoche por techo entero...

Erika cruzó una mirada con Moss y continuaron escalera arriba.

No les hicieron falta más de dos intentos para echar la puerta abajo. Crawford vivía en un apartamento tipo estudio. La cama, bajo una ventana que daba a la calle, estaba deshecha. Las moscas zumbaban sobre los cacharros sucios de la cocinita que quedaba en un rincón. Una composición fotográfica de Crawford con un chico y una chica de unos trece años decoraba una pared.

Frente a la puerta del rincón, había una gran mancha de humedad en la moqueta. La puerta no estaba del todo cerrada, sino levemente entornada. Se acercaron muy despacio.

Erika la abrió de un empujón. Era un baño diminuto y mugriento. El cuerpo desnudo de Crawford flotaba en el agua de la bañera, teñida de un color rosáceo. La sangre había salpicado toda la pared de detrás hasta media altura y manchado también el lado opuesto, donde un brazo del policía colgaba flácidamente por el borde de la bañera hasta tocar los charcos de agua del suelo.

Notaron a simple vista que se había seccionado las venas.

Al día siguiente Erika acudió a la morgue, en Penge. El ambiente parecía más gélido de lo normal y las luces de los fluorescentes, más crudas; su brillo le molestaba en los ojos. Amanda Baker y Crawford estaban tendidos en dos mesas de disección contiguas de acero inoxidable. Ver a dos colegas, dos agentes de policía, en ese lugar le traía recuerdos que habría preferido olvidar: recuerdos de su marido, Mark, y de los cuatro policías que habían perdido la vida aquel día fatídico.

Inspiró hondo y advirtió que Isaac le estaba hablando.

—Lo que me inquieta de estas dos muertes es que el asesino hizo un pobre intento de que pasaran por suicidios.

—¿No crees que Crawford se suicidara? —inquirió Erika.

—No, no lo creo.

Isaac se acercó primero a Amanda Baker. Se hallaba boca arriba bajo una sábana blanca. Él la retiró y la dobló con delicadeza. Le habían colocado la cabeza de lado, apoyando una mejilla en la mesa de acero, de manera que estaba de cara a Erika. El largo cabello canoso le caía sobre el otro hombro para dejar a la vista el cuello, que estaba lleno de morados y verdugones. Su muerte seguía conmocionando a Erika; había estado hablando con la expolicía hacía pocos días.—Este es el tipo de moretones que yo esperaría encontrar en un caso de ahorcamiento —explicó Isaac—. La cuerda se le ha hincado profundamente en la piel y ha dejado una línea nítida de morados. —Le señaló con la mano enguantada las marcas que rodeaban el cuello de la mujer—. Pero fijate aquí, en la zona de la nuca: además hay una serie de pequeños morados circulares. Lo cual me indica que, una vez colocado y tensado el lazo, ella luchó o forcejeó, y que el nudo se movió durante el forcejeo y creó este cerco de verdugones... Fijate también en este morado de la parte superior de la espalda.

Erika vio un trecho oscuro de forma oblonga.

—Esto podría haberse producido cuando fue empujada desde el último escalón. Tiene el cuello roto, lo que podría indicar que saltó del escalón con un gran impulso y que la fractura se produjo al tensarse de golpe la cuerda... Es posible que ella luchara con su agresor. He logrado sacarle unas muestras de piel de debajo de las uñas. Las he enviado al laboratorio.

—Era una luchadora.

El forense hizo una breve pausa y se acercó al cadáver de Crawford, tendido en la mesa contigua. Estaba boca arriba; el pelo peinado hacia atrás y la frente despejada. Dejando aparte el tono amarillo pálido de su piel, parecía como si estuviera dormido.

Isaac apartó y dobló la sábana a uno y otro lado del cadáver, y le dejó a la vista los brazos. Al alzar la vista, advirtió que a Erika le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Vaya, ¿te encuentras bien para que sigamos?

—Sí —dijo ella enjugándose los ojos con un pañuelo—. Ya es bastante que haya uno de los nuestros, pero dos...

—¿Necesitas un rato para reponerte?

—Estoy bien. —Y, tragándose las lágrimas, recuperó la compostura.

—Bueno. Mira los antebrazos. Como ves, hay una larga incisión en cada uno. Ambas miden unos treinta centímetros y discurren en vertical a lo largo del brazo, pero no en horizontal por la muñeca. Cada incisión secciona la arteria radial, la arteria principal que suministra la sangre a los brazos y a las manos, y se efectuó con una navaja de afeitar, o lo que suele llamarse una navaja de barbero.

Ella hizo una mueca al contemplar los dos largos cortes, que ahora estaban cerrados pulcramente con puntos de sutura.

—La profundidad y la longitud de estas incisiones habrían provocado una rápida hemorragia de consecuencias catastróficas. En la sangre tenía, además, elevados niveles de alcohol, e indicios de cocaína...

—Sí, encontramos una pequeña cantidad de coca en el piso... En su caso, más que en el de Amanda, podría comprender que se hubiera suicidado. Últimamente parecía muy crispado en el trabajo. Yo no lo sabía, pero estaba metido en un desagradable proceso de divorcio. Al parecer, su esposa iba a obtener la custodia de sus dos hijos. Según ella, estaba deprimido.

—Pero no se lo hizo él —dijo Isaac.

—¿Cómo lo sabes?

—La navaja de barbero apareció en el borde del lavamos. La habían limpiado y no tenía huellas.

—Es obvio que él no podría haber hecho eso, ¿no?

—En teoría sí, pero debía de salirle la sangre a chorros cuando tuvo la arteria radial de cada brazo seccionada.

La inspectora volvió a cerrar los ojos, recordando la escena: las salpicaduras de sangre esparcidas por los azulejos y también por el borde de la bañera.

—Habría tenido que utilizar un trapo o un pañuelo para limpiar la navaja y dejarla en el borde del lavamanos. Pero no había ningún trapo ensangrentado en el cuarto de baño. Toda la sangre se encontraba en el agua de la bañera y en los azulejos de alrededor. Aparte de una pequeña salpicadura, el lavamanos estaba limpio. El asesino quería que pareciese un suicidio.

Erika observó a los dos cadáveres y razonó:

—Amanda y Crawford estaban analizando el caso Jessica Collins antes de ser asesinados. Ella había descubierto algo. No sé si sería una pista crucial, o una prueba nueva. Y estuvo tratando de localizarme por teléfono.

—Y esa misma noche entró un intruso en tu piso.

—Sí. Creo que yo también era un objetivo.

Gerry estaba sentado en el sofá, mirando el concurso *¿Vas o no vas?*; solamente llevaba unos pantalones cortos. La chica morena de la larga melena se acurrucaba a su lado, otra vez con la camiseta blanca que él le había prestado. Había dicho que se llamaba Trish. Ella todavía no le había preguntado su nombre.

Trish había llamado a su puerta una tarde, precisamente el mismo día en que él había conseguido huir del piso de Erika Foster tras recuperar el conocimiento. La chica se había negado a irse hasta que le abrió y la dejó pasar. Los dos se habían quedado en el umbral mirándose. El morado que ella tenía aún en el ojo no era nada comparado con las heridas que él presentaba por toda la cara.

—Estás malherido —había dicho la chica, y tendió la mano con delicadeza hacia la frente hinchada y cubierta de costras del tipo. Él se había remendado toscamente el corte de ocho centímetros que tenía en la sien con pegamento quirúrgico, y a continuación se había puesto gran cantidad de yodo, que le había dejado una mancha verdosa sobre su piel morena.

Al fin Gerry la había cogido de la mano y la había arrastrado al interior del piso, cerrando de un portazo. Alzándola en brazos, se la había llevado al dormitorio, donde habían pasado el resto de la tarde.

En la televisión, el concursante de *¿Vas o no vas?* había llegado al último maletín. Era un hombre flaco con cara de patata y ojitos como abalorios.

—¿Cómo se llama ese tipo? —preguntó Gerry.

—Lleva el nombre escrito en la placa de identificación —dijo Trish con una risita, y alzó la cabeza del pecho del hombre. Iba a darle un beso, pero él la apartó.

—¿Te crees que veo una mierda con toda la jeta magullada? —le soltó Gerry señalándose las heridas.

—Se llama Daniel —se apresuró a decir la chica.

En la tele se produjo un silencio mientras Daniel, el concursante, rodeaba la mesa y quitaba el precinto del maletín. La imagen pasó a mostrar un plano de su esposa, que se hallaba entre el público. No iba bien vestida. No parecía tener suerte en la vida. Volvió a aparecer Daniel levantando la tapa del maletín. «¡No!», gritó y, llevándose las manos a la cabeza, cayó de rodillas. La cámara enfocó el contenido del maletín: una libra.

—Joder, menudo idiota —criticó Gerry.

En el programa, invitaron a la esposa de Daniel a situarse a su lado. Ella trataba de poner buena cara.

—¿Qué es lo que ha rechazado ese tipo?

—La banca le había ofrecido quince mil libras —dijo Trish, y se puso el pulgar en la boca.

Gerry se levantó y fue a la cocina. Ella se incorporó, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se sacó el dedo de la boca.

—¿Tienes zumo? —preguntó.

Él abrió la nevera y sacó una cerveza y una botella de zumo. En una mesa redonda de madera, a medio camino entre la cocina y el sofá, había una Glock 17 y veinticinco mil libras en billetes sin marcar.

Gerry, con una botella en cada mano, observó a Trish. Ella echó un vistazo a la pistola y al dinero, pero desvió enseguida la mirada.

—Buena chica. Tú no apartes los ojos de mí.

Volviendo al sofá, tiró el zumo sobre el cojín y abrió su cerveza. Trish dio un largo trago de zumo y preguntó:

—¿Quieres que miremos *Hollyoaks* más tarde?

A él le sonó el móvil. Lo recogió de la mesita de café y salió al balcón, cerrando la puerta de cristal.

—¿Dónde coño te habías metido? —dijo una voz que conocía bien. Él no respondió—. ¿Estás ahí?

—Estoy aquí. —Afuera ya estaba oscuro y la hilera de luces anaranjadas se extendía a sus pies.

—Se suponía que te ibas a encargar de los tres. Dos suicidios y un allanamiento. Esa Foster sigue viva.

Gerry permaneció en silencio. Pensó en Daniel, el concursante de *¿Vas o no vas?*, en la cara que se le había quedado.

—Me planto —dijo.

—¿Cómo que te plantas? Has de terminar el puto trabajo. O no te pagaré ni un penique más.

—Quédate el dinero restante, yo me planto.

—No es solo el dinero, ya lo sabes.

—¿Sabes qué te digo? Que has mantenido tus amenazas mucho tiempo y que ya me he hartado. ¿No ves lo que está ocurriendo? No vas a poder mantener esto en secreto. El pastel se ha destapado. Y si caigo yo, también caerás tú. Acabo de comprender que no tengo nada que perder retirándome.

Dicho esto, colgó. Le dio la vuelta al móvil, abrió la tapa y, sacando la tarjeta SIM, la rompió.

Ahora tenía que actuar deprisa. Suponía que disponía de un día, tal vez menos. Se acabó la cerveza y volvió adentro.

A media tarde, Erika se hallaba en el despacho del comisario Yale, sentada frente a su escritorio. Él parecía exhausto. Estaba pálido y ojeroso. Esperaban a Marsh, que había llamado para avisar que llegaba con algo de retraso.

—Señor, no necesito que desvíe más recursos por mí —le dijo ella.

—Erika, no creo que estacionar un coche patrulla frente a su hotel vaya a provocarnos una debacle. Ya hemos tenido un acuchillamiento a pleno día en los escalones de entrada de la comisaría; y uno de mis agentes ha aparecido muerto en circunstancias sospechosas.

—Han sido dos agentes. Una expolicía, Amanda Baker.

—Sí, claro —dijo él, admitiendo de mala gana la realidad de Amanda. Se restregó los ojos— Supongo que se ha enterado de lo de Jason Tyler...

—¿Qué ha pasado?

—Cuando le negaron la libertad bajo fianza, lo mandaron a la prisión de alta seguridad de Belmarsh. Corrió la voz de que iba a ofrecer pruebas para llegar a un acuerdo y fueron a por él. Anoche le clavaron un pincho en las duchas.

—¿Cómo consiguieron el pincho tan fácilmente?

—No va a creerlo. Con Kit Kat.

—¿Es un nuevo término de jerga carcelaria?

—No, no —dijo él, impaciente—. Con Kit Kat de verdad; bueno, con los envoltorios de aluminio de esas barritas de chocolate. Al parecer, un listillo con la perpetua los había ido guardando durante meses y confeccionó un pincho letal con varios centenares de ellos. A Tyler le clavaron el pincho en el muslo y se desangró en las duchas, y ahora su imperio desaparece con él.

Llamaron a la puerta y entró una auxiliar con una bandeja de té. A Yale le dio su taza con el lema de «¿Quién manda aquí?», y a Erika, una con un dibujo del Monstruo de las Galletas.

—Bueno, aquí tienen —dijo la auxiliar—. Y he pensado que no les vendría mal algo dulce —añadió, y dejó dos Kit Kat junto a las tazas humeantes.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Yale.

Erika sintió el repentino impulso de echarse a reír. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse seria mientras el comisario barría de un mandoble los Kit Kat y los mandaba a la papelera.

Volvieron a llamar a la puerta y entró Marsh.

—Perdón por el retraso —se disculpó.

—No importa. Tome asiento.

—Un mal asunto. Perder a un agente siempre es malo para la moral —dijo Marsh.

—A dos agentes —insistió Erika con toda intención.

—Sí, por supuesto.

La inspectora empezó a exponer las novedades del caso:

—Hemos recibido los registros telefónicos del agente Crawford, y confirman que estaba en contacto con Amanda Baker desde hacía unas semanas. También hemos logrado encontrar el teléfono de la expolicía. Se había caído por un lado del sillón, y se le pasó por alto a quien lo estuviera buscando. La gente de la Unidad de Delitos Informáticos lo ha examinado y han descubierto que ha estado pirateado las dos últimas semanas mediante un troyano. Y lo mismo ha ocurrido con el móvil de Crawford y con el mío. Alguien ha estado escuchando y monitorizando las llamadas. También ha modificado los registros de llamadas. Amanda llamó a mi móvil la noche en que fue asesinada y me dejó un mensaje; también llamó al agente Crawford. Esos mensajes fueron borrados a distancia de nuestros móviles.

—¡Joder, Erika! —exclamó Marsh—. Entonces, ¿toda nuestra investigación podría estar en peligro?

—Sí, señor.

—He de informar a la subcomisaria general...

—Y yo, con el debido respeto, he de vivir en un hotel porque un intruso entró en mi casa. Nos las vemos con alguien que nos ha tomado la delantera; que se nos ha ido anticipando desde hace una temporada.

—¿Así pues, no cree que esto tenga que ver con Joel Michaels?

—Joel Michaels ha pasado estos días junto a la cama de Trevor Marksman, que sigue en cuidados intensivos. Según el personal de enfermería, solo se aparta de la cama para ir al baño. Marianne Collins actuó como una maníaca

peligrosa con ese cuchillo, pero ha sido recluida en virtud de la Ley de Salud Mental, y sigue en un pabellón de seguridad. No puedo acercarme a ella, ni interrogarla... Y la única agente que parecía haber avanzado más que nosotros... está muerta. En fin, como decía, el asesino nos lleva varios pasos de ventaja.

Yale y Marsh permanecieron en silencio.

—¡Ah! Y he mandado a varios agentes a registrar otra vez la casa de Amanda Baker. Parece que estaba trabajando por su cuenta con los expedientes del caso; tenía muchas copias y documentos. Lo estamos revisando todo. También hemos encontrado un micrófono en la alarma de humos.

—Pero ¿quién demonios es la familia Collins para desatar un montaje semejante? —exclamó Marsh.

—Yo no voy a tirar la toalla —replicó Erika—. Y espero que usted y la subcomisaria general me permitan continuar y reorientar mis esfuerzos.

Marsh se arrellanó en la silla.

—Por ahora, de acuerdo. Pero ya le comunicaré lo que opina ella cuando la informe más tarde.

Después de la reunión, Erika entró en el lavabo y se mojó la cara con agua fresca. Contempló su cansado rostro en el espejo. Se oyó el ruido de una cisterna. Salió una joven de un cubículo y se acercó al lavamanos. La inspectora jefe la reconoció: era una de las agentes que había recogido dinero la noche de Guy Fawkes. Estaba preparada para empezar su turno y llevaba sobre el uniforme un chaleco protector antiarma blanca.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó mientras se lavaba las manos.

Erika se fijó en el chaleco e inmediatamente dejó de compadecerse de sí misma.

—Sí. Simplemente ha sido un día largo y duro.

—Ha sido una semana larga y dura, señora —dijo la joven. Se secó las manos y se dirigió hacia la puerta.

—Cuídese, agente... —Erika se sorprendió de haber dado ese consejo.

—Agente Claremont.

—Agente Claremont, manténgase alerta.

—Sí, siempre lo hago. Gracias, señora —dijo la joven, y salió del baño.

Erika se lavó las manos y volvió al centro de coordinación.

Erika pasó brevemente por el hotel a media tarde para ducharse y cambiarse de ropa. Al acabar, llamó a la puerta contigua. Le abrió Lenka, con el bebé en brazos.

—¿Seguís todos bien? Siento no haberos visto apenas estos días.

—Los niños están en su elemento: tenemos servicio de habitaciones y piscina, y el hotel está muy tranquilo. Yo casi he olvidado que tengo un marido esperándome en casa —respondió Lenka—. ¿Tú estás bien?

—Sí. He hecho un descanso y ya regreso a la comisaría. ¿Te mantienes alerta, con los ojos bien abiertos?

—Sí, aquí nos sentimos seguros. Y por si acaso... —Señaló un retrato robot que había confeccionado con el dibujante.

—¿Por qué lo has colgado en la pared? —Erika se acercó a la inquietante imagen de un hombre de cejas gruesas, mirada amenazadora y una mata oscura de pelo rizado.

—Para que los niños sepan quién es y cuál es su aspecto exactamente. También tienen copias en recepción y en la pared de la cocina y de la sala de personal.

—Ese tipo venía a por mí.

—Es que nosotras nos parecemos. Aunque yo soy un poquito más guapa —dijo Lenka sonriendo.

—Qué caradura. Bueno, no sé cuánto tiempo estaré fuera. Me quedaré a trabajar hasta muy tarde. Pero todavía hay un agente uniformado en el aparcamiento.

Besó a su hermana y a Eva, y le dijo que les diera recuerdos a Jakub y a Karolina cuando volvieran de la piscina.

Llegó de nuevo a la comisaría y subió al centro de coordinación, donde Peterson y Moss estaban abriendo una bolsa llena de comida para llevar.

—¿Es comida china? —preguntó desde la puerta.

Moss asintió sosteniendo en alto la abultada bolsa.

—Y de la mejor calidad: ternera crujiente con salsa picante, Chow Mein de pollo, algas crujientes y pan de gambas.

—¿Cómo sabíais que no había comido nada?

Al cabo de una hora, ya habían terminado de comer y estaban sentados ante una mesa larga donde estaban los registros de llamadas de Amanda Baker, su historial de búsquedas en Internet y todas las notas que había sujetado en la pared de su casa.

Se pasaron las siguientes horas examinándolo todo.

—Hay dos cosas que destacan. Amanda sacó una captura de pantalla de uno de los vídeos de Marksman —dijo Erika, sujetando una copia de la imagen de Marianne y Laura sentadas en el banco—. Y la otra es la caja de la chocolatina cuyo eslogan subrayó con rotulador: «No es tuya, Terry, es mía».

Los tres intercambiaron una mirada.

—Por Dios, ahora que lo dice, yo sería capaz de asesinar por una de esas chocolatinas —dijo Moss.

—Pero si te acabas de inflar de comida china —comentó Peterson.

—Vamos a centrarnos —rezongó Erika—. Quiero mirar el tramo del vídeo del que sacó la captura de pantalla.

Abrieron el portátil de Erika y, tras un rato de búsqueda, encontraron el archivo de vídeo. En las imágenes, se veía a Laura y a Marianne discutiendo, aunque sus voces se oían débilmente. La inspectora jefe retrocedió, volvió al mismo punto y subió el volumen. Los gritos y las risas de los niños del parque retumbaron por los altavoces, así como el rechinar de los columpios. Aguzaron el oído para tratar de entender de qué discutían.

—A ver qué está diciendo Laura: «Tú no puedes mangonearme... y a ella tampoco...» —repitió Erika.

—Sí, su voz suena más fuerte; la de Marianne es casi inaudible —asintió Peterson.

Volvieron a pasar la secuencia.

«Tú no puedes mangonearme... no es tuya... es mía...», decía la voz de Laura.

—Otra vez —dijo Erika—. Y ahora con el volumen a tope.

Moss rebobinó y de nuevo aparecieron las imágenes y se oyeron los ruidos del parque. La voz de Laura resonó por los altavoces: «Tú no puedes mangonearme... No es tuya... es mía...».

La inspectora Foster paró el vídeo y se levantó. La mente le funcionaba a toda velocidad.

—¿Qué ocurre? —dijo Peterson.

—No es tuya, es mía... No es tuya, es mía... La caja de la chocolatina Terry, junto al ordenador de Amanda... —Buscó la fotografía de la escena del crimen—. Se tomó la molestia de subrayar el eslogan que usaban en los anuncios: «No es tuya, Terry, es mía».

—¿Cree que había alguien implicado que se llamaba Terry? —preguntó Peterson mirándola cómo deambulaba de aquí para allá, absorta en sus pensamientos.

Ella se detuvo de golpe y planteó:

—¿Y si Laura está hablando de Jessica cuando dice: «No es tuya, es mía»? —Miró a sus compañeros—. ¿Qué diferencia de edad había entre ella y la niña?

—Cuando se produjo la desaparición, Jessica tenía siete años y Laura, veinte... —informó Peterson—. Veamos, ¿no creerá...?

Erika rebuscó entre los papeles de la mesa.

—¿Qué está buscando, jefa? —preguntó Moss.

—He visto algo en el historial de Internet de Amanda. Una dirección con el dominio «.ie», de Irlanda.

—A ver, busquemos entre todos —dijo Peterson. Se repartieron las páginas y estuvieron unos minutos revisando los listados, impresos en letra diminuta.

—Lo tengo —gritó Erika. Volvió al portátil y tecleó la dirección: www.hse.ie/eng/services/list/1/bdm/Certificates/

—Amanda estaba buscando un certificado de nacimiento. Un certificado irlandés. Dado que ella no tenía acceso a la oficina de registros como nosotros, entró en esta página para solicitar un certificado de nacimiento.

Moss examinó la página web en la pantalla, que decía:

Debido al considerable aumento de solicitudes de certificados de nacimiento motivado por el reciente referéndum en el Reino Unido, el tiempo de entrega de certificados desde este servicio se prolongará a treinta (30) días desde la fecha de solicitud.

—Amanda tendría que haber esperado treinta días. ¿Cree que fue entonces cuando la llamó a usted?

—¿No nos estaremos yendo por las ramas? —musitó Erika—. ¿Una cosa así no se habría averiguado antes?

—La primera investigación fue un desastre. Además, ¿a quién se le hubiera ocurrido buscar el certificado de nacimiento de Jessica? ¿Cuándo buscamos nosotros un certificado de defunción o de nacimiento? Únicamente si hay algo sospechoso.

—¿Creen que es posible? —dijo Erika, congestionada de excitación—. ¿Laura Collins no era la hermana de Jessica? ¿Era su madre?

—**A** ver, que todo el mundo preste atención —dijo la inspectora jefe Foster al día siguiente a primera hora, cuando el equipo se hubo congregado en el centro de coordinación.

Todos guardaron silencio mientras ella explicaba la corazonada de la noche anterior: que había motivos para sospechar que Laura Collins no era la hermana de Jessica, sino su madre.

—Hemos solicitado a la oficina de registros de Irlanda una copia del certificado de nacimiento de la niña, y les hemos dicho que nos la remitan tan pronto como abran.

—Jefa, está entrando un mensaje para usted —avisó John señalando la pantalla de su ordenador.

—Bueno, no se quede ahí sentado. ¡Imprímalo! —mandó ella.

—Sí, jefa.

Erika se acercó a la impresora que estaba al fondo del centro de coordinación. Sentía las miradas de todos sobre ella. Pareció que la máquina tardaba una eternidad en empezar a imprimir. Muy despacio, apareció la copia escaneada de un certificado de nacimiento. Tenía fecha de 1983, y ahí estaba la anotación: escrita a mano pero perfectamente legible. Erika no podía creerlo. Se volvió y leyó con tono triunfal:

—«Madre: Laura Collins...» Y a ver... El padre también figura aquí. Es un tal Gerry O'Reilly, con dirección en el número cuatro de Dorchester Court, Galway.

Moss ya estaba en la pizarra, escribiéndolo todo.

—Bien, necesitamos todos los datos que podamos encontrar sobre ese individuo. No conocemos las circunstancias de esta historia. Podría ser un hombre joven o viejo. Pero al menos tenemos un nombre y una dirección.

Todos los agentes se pusieron manos a la obra.

Al cabo de una hora y media, habían conseguido rastrear a dos hombres llamados Gerry O'Reilly que estaban registrados en el número cuatro de Dorchester Court.

—Son padre e hijo, ambos con el mismo nombre —explicó Moss.

—Bien, ¿cómo averiguamos cuál es el padre? —preguntó Erika.

—Gerry O'Reilly padre nació el diecinueve de noviembre de 1941, con lo cual tenía... —dijo Moss.

—Cuarenta y dos cuando Jessica nació, en abril de 1983 —concluyó John.

—Qué rápido —comentó Erika sonriéndole.

Moss prosiguió:

—Gerry hijo nació el mismo año que Laura Collins, en 1970. Tenía trece cuando nació Jessica.

—Maldita sea. Cualquiera de los dos podría ser el padre —dijo Erika.

Gerry O'Reilly había tardado un poco más de lo que hubiera deseado en hacer los preparativos. Había estado pensando en los riesgos, y en lo que podría saber la policía sobre él, y había llegado a la conclusión de que era muy improbable que la mujer a la que había atacado en el piso de Erika Foster lo hubiera identificado. Ella lo había visto, pero había sido durante una breve lucha en la oscuridad.

Los dos policías que también lo habían visto estaban muertos.

Había considerado la posibilidad de matar a Trish y la estuvo observando unos minutos mientras, sentada en el sofá, miraba la televisión; sopesó los pros y los contras. Finalmente, tomó una decisión, entró en la cocina y sacó del armario unos guantes de plástico y una bolsa grande.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella cuando se le acercó.

—Vas a ayudarme a limpiar esto de arriba abajo. Hay que fregar a fondo todos los muebles. Sin dejar un pelo. Sin ningún resto.

—¿Te vas a mudar?

—Sí. Y necesito que me devuelvan el depósito.

Habían abandonado el apartamento esa noche, ya tarde, y él había lamentado tener que decirle adiós a la joven en el puente de ferrocarril de Morden. Ella se había quedado allí en medio, en la calle helada, echando nubes de vapor por la boca y la nariz, y mirando cómo él se alejaba. Si la hubiera conocido antes, pensó Gerry, esa chica le habría resultado útil para trabajar.

Con la gorra de béisbol calada hasta las cejas, había subido al metro y tomado la Northern Line hasta Charing Cross. Una vez allí, se había alojado en un albergue juvenil de Goodge Street. Lo único que le importaba era contar con una cama para pasar la noche y con una señal de wifi decente.

Se había quedado trabajando con su ordenador en el pequeño bar-cafetería hasta la madrugada. Al día siguiente, a primera hora, se duchó y afeitó. Subió a pie al Soho y se compró un traje oscuro, elegante y ceñido, una camisa blanca de vestir y unos zapatos negros de lujo. Su siguiente parada había sido en una peluquería de última generación de Neal's Yard, para que le lavaran y cortaran su rebelde mata de pelo rizado y le dejaran un tupé a la moda. Luego había ido a Selfridges y comprado una bolsa de viaje. Había entrado en el lavabo de discapacitados y, al cabo de unos minutos, había salido con las nuevas prendas puestas y con todas sus pertenencias guardadas en la bolsa. La ropa y los zapatos viejos los había metido en el fondo del cubo de basura.

A continuación había ido a la planta baja y recorrido los expositores de maquillaje hasta que vio a un tipo joven y delgado, pelirrojo, que trabajaba en el mostrador de la marca MAC.

—Hola —lo saludó Gerry, y le sonrió.

—¿Qué tal? —respondió el joven examinándolo de arriba abajo.

Gerry sacó del bolsillo una foto del cantante norteamericano Adam Lambert y se la enseñó.

—¿Puedes conseguir que me parezca a él? —preguntó mirándolo a los ojos y coqueteando deliberadamente.

El joven echó un vistazo a la fotografía y volvió a mirarlo a él. Llevaba un pequeño mandil de cuero en torno a la cintura, en el que había un montón de utensilios de maquillaje.

—Claro que puedo. —Aceptó el coqueteo y seleccionó un lápiz de ojos—. Me gusta tu acento irlandés. ¿Qué te trae tan lejos de casa?

—Nada en particular, en realidad. ¿Crees que podrías taparme los morados? Tengo una entrevista de trabajo. En una productora de cine.

—Quieres causar buena impresión, ¿eh?

—Algo así. Tú procura hacer un buen trabajo y yo te lo compensaré.

Eran casi las once del jueves. Gerry estaba sentado en un Starbucks de la estación King's Cross—St. Pancras con su portátil. Apuró el café y terminó el correo electrónico que estaba escribiendo. Adjuntó un archivo y, activando la cámara, sonrió, alzó el dedo medio y se sacó un *selfie*, que también adjuntó al correo. Lo dejó programado para que fuera enviado más tarde.

Tiró la taza de plástico a la papelera y abandonó el local. Cruzó el vestíbulo y subió de dos en dos los peldaños de la escalera mecánica hasta la puerta de salida del Eurostar. Su tren salía en siete minutos. Era ahora o nunca. Con la adrenalina zumbándole en las venas, colocó la bolsa de viaje en la bandeja de seguridad. Las veinticinco mil libras las había cambiado en billetes de cien y de quinientos euros, que había repartido entre la bolsa, la billetera y el bolsillo de la chaqueta.

Entregó su pasaporte a una vaca de aire arrogante, que lo cogió y echó un vistazo a la foto, tomada unos años antes. Ahí tenía un aspecto más rudo, pero la mujer ni siquiera parpadeó y pasó el pasaporte por el lector. Hubo un momento horrible que se hizo eterno, mientras ella miraba su pantalla, con el pasaporte en la mano. Cuando la pantalla emitió un pitido, se lo devolvió con una sonrisa postiza y le deseó buen viaje. Acto seguido, Gerry tenía que pasar por el arco de seguridad. Se situó al final de una breve cola, compuesta en gran parte por hombres de negocios, y miró a ver quién estaba en los detectores de metales.

«El tipo de seguridad parece el típico marica», pensó cuando ya estaba cerca de los detectores. Se había asegurado de no meter en la bolsa nada que pudiera despertar sospechas, y se había quitado el cinturón y todos los objetos metálicos. Los treinta y cinco mil euros que llevaba encima eran legales, técnicamente, ya que estaba viajando de un país de la Unión Europea a otro. Pero aun así, no quería que lo entretuvieran.

Cuando llegó su turno, cruzó los escáneres y esperó un minuto a que pasara también la bolsa.

—Buen viaje —dijo el tipo de seguridad. Gerry le guiñó el ojo, cogió la bolsa y echó a andar hacia el tren, disponiendo todavía de tres minutos de margen.

Localizó su asiento justo cuando comenzaban a salir de la estación. Pasó media hora, y el tren abandonó el Reino Unido e inició su trayecto bajo el mar hacia la Europa continental.

Mientras el Eurostar de Gerry abandonaba el Reino Unido y emprendía su trayecto de unos cuarenta kilómetros bajo el Canal de la Mancha, Erika, Moss, Peterson y John aguardaban con impaciencia junto a las impresoras situadas al fondo del centro de coordinación. De los dos Gerry O'Reilly, según habían descubierto, el padre había muerto antes de las Navidades de 1982, o sea, cuando faltaba poco más de un año para que naciera Jessica. A todo esto, sonó un pitido y la luz roja parpadeó.

—¿Quién sabe cómo llenar la maldita bandeja de papel de este trasto? —gritó Erika.

John actuó deprisa y metió un taco de papel en la bandeja. La impresora se recuperó con un ronroneo y enseguida apareció la foto del pasaporte de Gerry O'Reilly.

Erika la cogió y examinó atentamente aquellos ojos amenazadores, las cejas tupidas y la mata de pelo oscuro y rizado. Se volvió hacia los demás y preguntó:

—¿Dónde está el retrato robot del tipo que entró la otra noche en mi piso?

La agente Knight se acercó y se lo pasó. Ella lo colocó sobre una mesa junto a la fotografía del pasaporte.

—Joder. Es él. ¡Es el mismo tipo! —exclamó Peterson.

—Bueno, atención todo el mundo —dijo Erika yendo hacia la parte delantera del centro de coordinación con las copias de la foto y del retrato robot. Las fijó en el centro de las pizarras—. Este es nuestro principal sospechoso: Gerry O'Reilly, de cuarenta y seis años. Quiero que emitan una orden de detención. Contacten con la policía de transportes, en fronteras y aeropuertos; investiguen el movimiento de tarjetas de crédito, etcétera, etcétera. Hemos de localizar cuanto antes a este tipo. Ha asesinado a dos de nuestros compañeros. También creemos que es el padre de Jessica Collins...

Quiero saber qué ha estado haciendo desde hace veintiséis años y si es consciente de que tuvo una hija. Laura Collins dio a luz en Irlanda a principios de los años ochenta, en un entorno estrictamente católico. No estoy diciendo que este hombre tuviera un motivo para matar a su propia hija, pero él es la pista más importante que hemos encontrado hasta ahora. Aunque no la matara, ha estado haciendo todo lo que ha podido para impedir que averiguáramos quién la asesinó. Si lo atrapamos, descifraremos el misterio. Venga, todo el mundo a trabajar.

El centro de coordinación bulló de actividad mientras los agentes se lanzaban a los teléfonos y a los ordenadores. Moss entró en el despacho de Erika con una carpeta.

—Acaban de enviarnos por fax los antecedentes delictivos de Gerry. Son extensos —anunció.

—Venga, dispere —pidió Erika.

—De acuerdo. Su primer encontronazo con la ley fue cuando tenía diez años, en 1980 —dijo Moss leyendo el informe—. Formaba parte de una banda de seis chicos que asaltaron a una anciana y le robaron el bolso. Arresto y amonestación... Arrestado de nuevo a los once y a los doce años por hurto e incendio, y por clavarle un cuchillo en la pierna a un compañero de la escuela. A los diecisiete fue condenado por un ataque con lesiones: le arrojó un vaso a la camarera de un *pub* durante una reyerta y la chica perdió un ojo. Lo mandaron dieciocho meses a la prisión de Saint Patrick, de Dublín... Sin embargo, parece que dio un vuelco a su vida. Se alistó en el ejército irlandés en 1991 y fue destinado a Kuwait, tras la Guerra del Golfo, durante dos años; después estuvo en Eritrea un año, y también pasó un tiempo en la fuerza de paz de Bosnia... En 1997 se peleó con un soldado, estuvo a punto de matarlo, y lo expulsaron del ejército con deshonor. Posteriormente, ha tenido diversos empleos estables laboralmente; y dejando aparte una amonestación por marihuana, se ha mantenido limpio y al margen.

—Joder.

—Ya.

—Bueno, la pregunta más importante es: ¿dónde estaba en el verano de 1990, cuando Jessica desapareció?

—John está esperando de un momento a otro el registro de su pasaporte... ¿Qué piensa hacer con esta información, jefa? ¿Quiere traer a Laura Collins para interrogarla?

—No, no. Quiero soltárselo a bocajarro, pillarla desprevenida.

Erika, Moss y Peterson hicieron el corto trayecto entre la comisaría de Bromley y Hayes, con todas las revelaciones de las últimas horas dándoles vueltas en la cabeza.

Cuando doblaron la esquina y enfilaron Avondale Road, no había coches ni gente a la vista: la calle estaba en completo silencio salvo por el sonido del viento, que arrastraba lentamente un montón de hojas secas hacia ellos.

La inspectora Foster había hablado por teléfono con el marido de Laura, quien le había dicho que la noche anterior ella había decidido quedarse en casa de su madre para dejarle algunas cosas en orden. Por la inflexión de la voz, parecía que él consideraba un poco rara esa decisión, pero Erika no había querido ahondar más. Cuando ya salían de la comisaría, por otra parte, habían sabido que Gerry O'Reilly había tenido alquilado las semanas anteriores un apartamento en Morden, pero que hacía dos días le había comunicado al casero que iba a mudarse.

Erika redujo la velocidad y se detuvo junto al bordillo, a una cierta distancia de la entrada del número siete. Moss estaba sentada a su lado; Peterson iba detrás.

—Bueno. Hemos de andar con cuidado —dijo la inspectora, mirándolos a ambos—. Laura no es una sospechosa, pero tenemos que hablar con ella. No podemos descartar que Gerry O'Reilly esté en la casa... Debemos proceder con cautela.

A todo esto, un gran Range Rover negro de vidrios tintados salió del sendero de acceso del número siete y giró a la izquierda. Con un chirrido de neumáticos, se alejó rugiendo por Avondale Road y, en cuestión de segundos, había desaparecido por la cuesta.

—¿Quién demonios era ese? —se extrañó Erika.

—No lo he visto. Tenía los vidrios tintados, pero me he fijado en la matrícula —dijo Moss mientras la anotaba en su cuaderno.

Al cabo de un poco, emergió también un Range Rover plateado del mismo número siete y torció a la derecha. Al acercarse hacia ellos, vieron que lo conducía Laura.

Erika lo enfocó con las luces largas, abrió la puerta y se bajó del coche para indicarle que parara. Ella redujo la velocidad unos segundos, pero al pasar por su lado, aceleró, también chirriando, hacia el final de la calle.

—Pero ¿qué demonios? —masculló Erika. Volvió a subir al coche y con un brusco cambio de sentido la siguió.

El Range Rover aún estaba esperando en el cruce del final de Avondale Road. Cuando ellos se acercaron, sin embargo, arrancó repentinamente y poco le faltó para chocar con otro vehículo, que tuvo que hacer un viraje para evitar la colisión.

—¿Qué cuerno está haciendo? —exclamó Moss. Ella y Peterson se sujetaron cuando su jefa salió detrás del Range Rover plateado y emprendió la persecución.

La calle era de dos carriles, y pasaron disparados junto a una serie de casas, un *pub* y un quiosco. El Range Rover iba ganando velocidad por una pronunciada subida que se prolongaba en línea recta unos quinientos metros. Erika pisó a fondo el acelerador y acortó la distancia entre ambos. Puesto que el carril contrario estaba lleno de coches que bajaban embalados por la pendiente, encendió las luces de emergencia y la sirena. El coche de delante se apartó de inmediato, y pudo adelantarlo. El Range Rover alcanzó la cima de la cuesta y desapareció.

—¿Por qué habrá huido? —preguntó Peterson con incredulidad.

Subieron el último tramo de la pendiente a ciento treinta por hora. Al llegar arriba de todo, el coche derrapó un poco fuera de la calzada y emprendió el descenso. La carretera estaba ahora flanqueada de árboles, y el coche de Laura se divisaba a lo lejos. La inspectora avisó por radio que estaban persiguiendo a un Range Rover plateado por West Common Road.

—No afloja —dijo Moss.

Erika entreveía a través de los árboles la extensión verde del parque Hayes.

—¿A dónde lleva esta carretera? —preguntó pisando el acelerador.

Peterson estaba al teléfono en el asiento trasero, pero respondió:

—Cruza todo el parque y llega hasta la estación.

Al fondo, el Ranger Rover redujo la velocidad. Se encendió un par de veces la luz de los frenos y a continuación el intermitente.

—Está girando a la izquierda —dijo Erika.

—Es el cruce de Croydon Road —apuntó Peterson.

El coche de Laura giró a la izquierda y volvió a desaparecer.

Erika se acercó al cruce y redujo un poco la velocidad; la sirena todavía aullaba. Moss y Peterson se sujetaron de nuevo cuando el coche torció a la izquierda; las ruedas rechinaron.

—Ya la veo, está allí al fondo —dijo Erika, y aceleró otra vez.

—Si la perdemos... —insinuó Moss.

—No la vamos a perder —replicó ella con los dientes apretados. El Range Rover aminoró la marcha, puso el intermitente y desapareció tras una hilera de árboles.

—¿Qué hace ahora?

—Está entrando en el aparcamiento del parque —dijo Moss.

Al aproximarse al aparcamiento, la inspectora redujo la velocidad. El coche plateado era el único aparcado. Vieron que Laura se había detenido y estaba bajando del coche.

Erika frenó sobre la grava; los neumáticos crujieron.

—Ha echado a correr —alertó Peterson, incrédulo. Laura había salido corriendo entre la hierba y el brezo en dirección a la cantera. Iba con un grueso abrigo negro, leotardos y botas negras de cordones hasta la rodilla.

Erika salió disparada del coche.

—¡Laura, deténgase! —gritó, pero su voz se la llevó el viento.

—¿A dónde querrá ir? —dijo Moss, saltando del coche, seguida por Peterson.

Echaron a correr tras ella. El inspector se situó delante a grandes zancadas y saltó brezos, ramas y rocas para ganar terreno. Erika lo seguía de cerca.

—¡Joder! —gritó Moss detrás, jadeante, apoyando las manos sobre el pecho—. ¡Debería haberme puesto el sujetador de deporte!

—¡Laura! —aulló Peterson—. ¡Deténgase! ¿Qué demonios está haciendo?

Laura se giró; el viento le azotaba la oscura melena. Se la apartó de la cara y siguió corriendo cuesta arriba. Peterson y Erika estaban ya a pocos metros de ella. Llegaron a lo alto de la loma y apareció a la vista el embalse de la cantera. El agua estaba un poco agitada por el viento.

—¡Laura! ¡Alto! —gritó Peterson al darle alcance y sujetarla de un brazo.

Ella giró con el impulso, perdió el equilibrio y cayó sobre la grava. Peterson se desplomó con un golpe sordo y Erika a punto estuvo de caerse también. Se detuvo jadeando. Le ardían los pulmones a causa del aire gélido.

Laura forcejeaba y daba patadas. Tenía rotos los leotardos en una rodilla que le sangraba.

—¡Laura! ¡Laura! —gritó Erika, reduciéndola y poniéndole las manos detrás—. Joder, Laura, ¿por qué hace esto? No me deja más remedio que arrestarla por huir de un agente de policía.

—De tres agentes de policía —especificó Moss que, deteniéndose junto a ellos entre grandes jadeos, sacó unas esposas. Peterson las cogió, esposó a Laura con las manos a la espalda y, resollando, le dijo:—Queda detenida bajo la sospecha de colaborar con un criminal. Tiene derecho a guardar silencio, pero su defensa podría salir perjudicada si no menciona durante el interrogatorio alguna cuestión que revele más tarde ante un tribunal. Todo lo que diga podrá ser utilizado...

Laura cedió por fin, bajó la vista al suelo de grava y rompió a llorar.

Llevaron a Laura a la comisaría de Bromley, donde le limpiaron la herida de la rodilla, y la condujeron a una sala de interrogatorio.

Erika y sus dos ayudantes la controlaban desde el centro de observación. Se la veía menuda y vulnerable allí sola, frente a la mesa desnuda. Llamaron a la puerta y entró John.

—¿Ha dicho algo en el coche, jefa? —preguntó.

—No, nada —respondió Erika, con la vista fija en la batería de monitores—. Y no ha querido un abogado.

—¿Cree que tendremos que hacer una evaluación psicológica? —preguntó Peterson.

—Si llamamos a un médico, no podré interrogarla hasta después —replicó Erika—. Nunca hemos estado tan cerca de...

—¿De qué? —dijo Peterson—. Es evidente que estaba trastornada. Y de hecho, tampoco constituyó una muestra de cordura que acompañara a su madre para que atacase a Trevor Marksman a pleno día con un cuchillo de carnicero.

—Cuando yo hablé con ella el sábado pasado, me dijo que no sabía que su madre llevaba un cuchillo encima... Me pareció lúcida y capaz de mantener una conversación. Al menos hasta que apareció Oscar Browne cuando ya me iba... —La inspectora Foster se interrumpió—. ¿Cómo es posible que haya rechazado la asistencia de un abogado, conociendo a Oscar...?

Llamaron de nuevo a la puerta, y entró la agente Knight. Llevaba una nota en la mano.

—Jefa, ya tenemos toda la información del registro sobre el Range Rover negro que han visto salir del número siete de Avondale Road. Está a nombre de Oscar Browne, letrado de la Corona.

Erika y sus compañeros cruzaron una mirada.

—De acuerdo, gracias —dijo Erika.

—¿Cuándo dice que vio a Oscar Browne en la casa de Avondale Road, jefa? —preguntó Peterson.

—El sábado. Le pregunté a Laura si él iba a intervenir en la defensa de Marianne, y me dijo que no. Pero cuando ya me marchaba, apareció Browne en la puerta y me dijo lo contrario. Quiero hablar con él. Knight, ¿puede averiguar dónde está?

—Sí, jefa —dijo la agente, y salió.

Erika volvió a observar a Laura en los monitores.

—Bueno, vamos a ver si se decide a hablar.

Erika y Moss fueron a la sala de interrogatorio; Peterson y John se quedaron en el centro de observación. Laura no reaccionó cuando entraron y tomaron asiento frente a ella. Siguió con la mirada perdida y los brazos cruzados sobre la mesa.

Erika recitó en voz alta el nombre de las presentes, la fecha y la hora. Terminó diciendo que Laura había rechazado la asistencia de un abogado.

Ella continuó con la mirada fija en la mesa.

—Laura, ¿cómo es que ha terminado aquí? —preguntó la inspectora jefe—. No nos ha dado otra opción que arrestarla. ¿Por qué corría?

Silencio.

—El día que su madre atacó a Trevor Marksman, usted me dijo que un periodista había llamado a la casa para dar el soplo. Hemos revisado los registros del teléfono fijo. Hubo tres llamadas aquel día. Dos, por la mañana, del móvil de su marido; y otra, poco antes de la una del mediodía, de Oscar Browne.

Laura permaneció callada, con la misma mirada perdida. Erika abrió una carpeta, sacó una copia del certificado de nacimiento de Jessica y se lo acercó deslizándolo sobre la mesa. Laura lo miró con los ojos desorbitados.

—Sabemos que Jessica era su hija. ¿Por qué ocultó su familia este hecho?

Silencio.

La inspectora jefe sacó la foto de pasaporte de Gerry O'Reilly y el retrato robot.

—Sabemos que este hombre, Gerry O'Reilly, es el padre de Jessica. Sospechamos que es el culpable del asesinato de dos agentes de policía. ¿Qué puede decirnos de él?

A Laura le brotó una lágrima. Se la enjugó con la manga.

Silencio.

—¿Lo ha visto en las últimas semanas...? ¿Por qué ha rechazado la asistencia de un abogado?

La joven se mordió el labio, casi desafiante, y alzó la vista.

—Sin comentarios.

—¿Sabe qué, Laura? Ya estoy cansada. Estamos todos cansados. Durante años, muchos agentes de policía han trabajado las veinticuatro horas del día para llevar ante la justicia al asesino de su hija. Aunque a ellos les hicieron creer que era su hermana. Esos policías han trabajado duramente y han hecho sacrificios, porque les importaba de verdad encontrar al asesino. Dos de ellos han perdido la vida en el intento, y mientras... ¿usted está ahí sentada, reteniendo información importante y diciendo «Sin comentarios»? —Dio un puñetazo en la mesa.

—Sin comentarios —repitió ella.

—Muy bien, ¿es así como quiere jugar? Que la bajen a una celda.

Peterson estaba esperando en el pasillo cuando Erika salió de la sala de interrogatorio. Pronto apareció Moss con Laura, a la que se llevaron esposada enseguida. Él esperó a que se hubieran alejado.

—Jefa, Gerry O'Reilly ha salido de Londres en el Eurostar antes del almuerzo.

—Mierda —exclamó Erika dando una palmada en la pared.

—Y Oscar Browne se ha ausentado sin previo aviso. Debía intervenir en el tribunal esta tarde, pero no se ha presentado. Su secretaria dice que nunca había hecho nada semejante. Estaba defendiendo a un cliente de alto nivel acusado de fraude. Ella no sabe dónde está, y su esposa tampoco...

La inspectora consultó la hora y ordenó:

—Averigüe si Gerry se ha bajado del tren en París o ha continuado hacia... hacia la jodida Disneylandia tal vez. Póngase en contacto con la Interpol. Quiero que se emita una orden internacional de detención ontra él.

—Sí, jefa.

—Y ponga una alerta en todos los aeropuertos y estaciones del Reino Unido por si Oscar Browne trata de salir del país.

—¿Cree que lo intentará?

—Mmmm... No sabemos nada, pero obviamente eso no lo diga. La que sí sabe algo es Laura Collins, y no saldrá de aquí hasta que consiga sacárselo. Aunque tenga que presentar una solicitud para mantenerla detenida más de cuatro días. Que se aguante en una celda de mierda.

—Una cosa más, jefa... El esposo y los niños de Laura acaban de presentarse. Él está en recepción y exige ver a un superior.

Ambos policías bajaron a toda prisa a recepción. Estaba todo tranquilo. La agente de guardia se encontraba trabajando en su escritorio y la larga hilera de sillas de plástico estaba vacía, aparte del marido de Laura, Todd, y a sus dos hijos. En torno a ellos había varias bolsas de los almacenes TK Maxx. Los niños estaban de rodillas en el suelo jugando con unos cochecitos.

Todd se levantó al ver que se acercaban.

—¿Qué significa esto? —preguntó, indignado, con un marcado acento nasal norteamericano—. He recibido una llamada de un vecino de Avondale Road. ¿Es verdad que ha habido una persecución en coche y que Laura ha estado implicada? Yo había salido de compras; la he llamado a su móvil, pero me ha respondido el agente de guardia... ¡y me ha dicho que han detenido a mi mujer!

—Es correcto.

—¿Y qué me dicen de su derecho a una llamada? Será mejor que no hablen con ella hasta que cuente con un buen abogado...

Los niños levantaron la vista y dejaron de jugar.

—¿Mami está detenida? —dijo uno de ellos. Todd no le hizo caso.

—Se le ha ofrecido hacer una llamada y también la posibilidad de recurrir a un representante legal, pero ha rechazado ambas cosas —explicó Peterson.

—No habla en serio, ¿verdad? —dijo él mesándose el pelo—. ¿Por qué la han detenido?

—Hace unas horas hemos ido a Avondale Road con la intención de hablar con ella, pero ha salido en coche a gran velocidad. No hemos tenido más remedio que arrestarla por huir de los agentes de policía —explicó Erika.

—¿Para qué quieren hablar con ella? ¿Están seguros de que era consciente de que ustedes querían hablar con ella?

—La hemos perseguido a lo largo de varios kilómetros habiendo activado las luces y las sirenas —dijo Peterson.

Todd negó con la cabeza. Había palidecido intensamente.

—Pero ella no tiene antecedentes —objetó el marido—. Ni siquiera le han puesto nunca una multa de aparcamiento.

—Papi, tengo miedo —dijo uno de los niños. Todd se agachó y los alzó a ambos, uno en cada brazo. Erika y Peterson se enfrentaron a tres pares de ojos castaños perplejos.

—Todd, ¿qué le ha contado Laura sobre Jessica? —preguntó Erika.

—Que su hermana desapareció. Conozco toda la historia; lo hemos hablado

muchas veces...

Erika y Peterson se dijeron con la mirada: «No lo sabe».

—Voy a pedirle que espere aquí, señor —le dijo la inspectora jefe, y abandonó la recepción junto con su compañero.

—¡Eh! ¡No puede mantenerla encerrada por nada! ¡Tiene que formular una acusación! —gritó Todd a su espalda, todavía con los niños en brazos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Peterson mientras pasaban sus tarjetas de identificación por el lector y cruzaban la puerta de seguridad de la parte principal de la comisaría.

—Quiero ver si ella está dispuesta a hablar —respondió Erika.

Bajaron a las celdas situadas en el sótano, al que se accedía por un grueso portón de acero. Cuando se acercaban, sonó una alarma. Se miraron el uno al otro y corrieron hacia las celdas. Recorrieron el pasillo iluminado por fluorescentes y flanqueado por puertas metálicas verdes, arañadas y roñosas, y advirtieron que la del fondo estaba abierta. Había dos agentes acuclillados. Al llegar, vieron a Laura tendida en el suelo y a uno de los agentes tratando frenéticamente de quitarle el cordón que tenía alrededor del cuello: un largo cordón negro, sin duda extraído de una de sus botas, que llegaba hasta la trampilla de la puerta, en cuya manija de metal estaba enrollado.

Laura soltó un repentino jadeo y el color regresó a su rostro mientras tosía y expectoraba. Erika corrió a agacharse a su lado y le cogió la mano.

—Tranquila, Laura. Se pondrá bien —dijo.

Ella tragó, tosió varias veces y susurró con voz ronca:

—Está bien. Hablaré. Se lo explicaré todo...

Al cabo de un rato, Erika, Moss y Peterson volvieron a entrar en el centro de observación. Miraron por las pantallas a Laura, que estaba con una abogada de oficio.

—¿Cree que hablará? —inquirió Moss.

—Cuando le he dicho que su marido y sus hijos habían venido a buscarla, y que ellos aún no sabían nada, ha parecido cambiar de opinión. Creo que quiere ser ella quien se lo cuente.

—¿Contarles, qué? —preguntó Peterson.

—Confío en que estemos a punto de averiguarlo —dijo Erika.

La inspectora jefe y Moss entraron nuevamente en la sala de interrogatorio, donde Laura se hallaba sentada junto a una joven que ejercía como abogada de oficio. Cada una tenía delante una taza de té. La hija de los Collins se había quitado el abrigo, pero mantenía una bufanda alrededor del cuello. Erika dijo la fecha y la hora para la grabación y el vídeo correspondientes y, extendiendo el brazo por encima de la mesa, le cogió la mano a Laura y la animó:

—Tranquila, estamos aquí. Todo se arreglará.

Moss logró disimular su escepticismo y le sonrió.

—No, qué va —respondió Laura, rodándole las lágrimas por las mejillas—. ¡No se va arreglar!

—Empiece por el principio —sugirió Erika.

Moss le ofreció un pañuelo de papel; la joven lo cogió, se enjugó la cara y tragó saliva. Una sensación de calma pareció descender sobre ella. Y comenzó a hablar:

—A mí me encantaba vivir en Irlanda. Residíamos en una casita en Galway, cerca del mar. No teníamos gran cosa: papá trabajaba en varias obras en la

construcción y mamá se quedaba en casa conmigo, pero éramos felices. A los trece años, conocí a Gerry O'Reilly.

—¿Dónde lo conoció? —preguntó Erika.

—En el centro de juventud católico, en una cabaña en lo alto de una loma, frente a la playa. Venía a ser como una iglesia pequeña, llena de imágenes de la Virgen María. También había juegos, y a veces sacaban en un carrito un televisor antiquísimo y ponían dibujos animados. Los mayores se escabullían a la playa, por parejas, y se escondían entre las dunas. Yo fui la infortunada que se quedó encinta.

—¿De Gerry?

Laura asintió y dio un sorbo de té, haciendo una mueca al tragar.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Dios mío, ya ha pasado mucho tiempo —prosiguió Laura—, pero Irlanda a principios de los ochenta debía de ser como Inglaterra en los sesenta. Mi madre se volvió loca. Yo logré ocultárselo bastante tiempo, pero una noche, al plantarme delante del televisor, me vio la silueta. Y ahí se acabó mi infancia...

—¿Su madre era más religiosa que ahora? —preguntó Moss.

—Sí. En Irlanda hay un fervor general, como un catolicismo competitivo: has de estar a la altura de tus vecinos, pero no a base de comprar electrodomésticos y ampliar la casa, sino acumulando devociones, sumando horas de misas. A mí me enviaron a vivir con una tía... La tía Mary. Una bruja cruel y terrible. Ya habrá oído a hablar de ese tipo de fanáticos. Ella creía que el Concilio Vaticano II era una completa abominación. Ahora ella ya está muerta, pero no es necesario que haga comprobaciones: usted ya sabe que tuve el bebé. Tuve a mi Jessica...

Rompió a llorar de nuevo y todos aguardaron a que recuperase la compostura. La abogada la observaba con tanto interés como las dos policías.

—Nos trasladamos a Inglaterra unos meses después de que regresara de mis supuestas vacaciones con la tía Mary.

—¿Qué pasó con el padre de Jessica... con Gerry O'Reilly? —preguntó Moss.

—Nada. Él se dedicaba a divertirse; no sabía que yo me había quedado embarazada. Tampoco es que él hubiera querido un hijo. Así que no se lo dije. Prácticamente, mis padres y yo nos fuimos de Irlanda de noche. No le dijimos a nadie que nos íbamos. Eso fue en 1983, cuando no había correos electrónicos, ni Facebook, ni teléfonos móviles. Mis padres habían perdido a

sus propios padres hacía poco. Por tanto, cortaron por lo sano y se hicieron a la idea de olvidar el pasado. Se suponía que íbamos a empezar de nuevo. Y así fue para ellos. Llegamos a Londres con muy poco; durante dos semanas vivimos en un albergue cerca de London Bridge. Y mantuvimos ante todo el mundo la historia de que mi madre había tenido a Jessica hacía unos meses. Ella era mi hija y mi hermana a la vez. El albergue era un cuchitril: nadie rezaba antes de acostarse, todos blasfemaban, algunas mujeres se dedicaban a follar por ahí... ¿Y sabe qué era lo más jodido? ¡Que mis padres eran más felices que nunca! ¡Nadie se preocupaba de que yo fuese una madre soltera de trece años! Podrían haber permitido que me la quedase. Así yo también habría podido empezar de cero.

—¿Cómo pasaron de ese albergue de London Bridge a la casa de Hayes? — preguntó Erika.

—A las pocas semanas de nuestra llegada, mi padre encontró trabajo en un proyecto de construcción, un edificio de oficinas. Al parecer, iban atrasados y estaban invirtiendo mucho dinero para terminarlo. Haciendo horas extras, se sacaba cuatro o cinco veces lo que ganaba en Irlanda. Y en cuanto empezó a establecer contactos, siguió llegando más y más trabajo. Nunca había ganado tanto dinero. En cuestión de semanas, estábamos viviendo en una casa alquilada del este de Londres.

—Y durante todo ese tiempo, ¿mantuvieron la historia de que Jessica era su hermana?

—Yo me resistía —dijo Laura mirando a Erika a los ojos con expresión feroz—. Me resistí mucho frente a mis padres, y creía que acabaría saliéndome con la mía...

—Pero no lo consiguió.

Laura negó con la cabeza; se le volvieron a saltar las lágrimas. Continuó explicando:

—Y recuerdo claramente el día. Yo tenía casi catorce años, y papá me llevó al trabajo con él. Dejamos a Jessica con mamá. Él estaba trabajando en un gran proyecto urbanístico de apartamentos para *yuppies*. Habían derribado un montón de edificios antiguos y estaban poniendo los cimientos en un enorme hoyo excavado en el solar. El barro estaba seco y podías bajar por una escalera y pasearte por las zonas donde aún no habían empezado a trabajar. Papá me dejó allí a mi aire, y yo me puse a hablar con un chico guapísimo, un gitano, que estaba buscando restos de metal entre el barro. Yo había empezado

a fumar de tapadillo, le ofrecí un cigarrillo y charlamos. Él era muy listo; me explicó de dónde venía la palabra *yuppie*: joven profesional urbano. Yo no lo sabía. Por mi parte, le expliqué que tenía una hija y que iba a criarla como es debido. El chico me deseó suerte, me dijo que sería una madre fantástica, y precisamente entonces mi padre me llamó a gritos para que volviera. Me contó que acababa de cerrar un trato para comprar una parcela y construir una casa para nosotros. Regresamos para contárselo a mamá; estaba muy excitado. Al llegar, nos enteramos de que ella había inscrito a Jessica en la guardería y le había buscado un médico, un dentista... Había hecho todo eso como si fuese la madre: lo había oficializado. En adelante ya no volví a contarle a nadie que yo era la madre de Jessica.

Erika y Moss aguardaron con paciencia mientras Laura hacía una pausa y daba otro sorbo de té.

—La parcela que compró mi padre era la de la casa de Avondale Road. A partir de ahí, todo fue muy rápido. Nuestra vida cambió, y yo me esforcé para adaptarme. Nos mudados a esa casa enorme; mamá tuvo a Toby. Yo solía observar a mis padres con Jessica y Toby; ellos cuatro formaban la familia perfecta, y era como si yo sobrara. Mi madre no me dejaba olvidar que era una pecadora, una perdida. Cuando fui a la universidad, en Swansea, comprendí que vivía con una chiflada religiosa. Y al volver a casa al terminar el primer curso, en 1990, descubrí que ella había llevado a Jessica y a Toby a catequesis para que hicieran la primera comunión. Pero Jessica era mi pequeña, y yo no quería que pasara por todas esas chorradas: que tuviera que confesarse siendo todavía una niña y aprendiera esa historia del pecado original... Fue por esa época, en mi primer curso en Swansea, cuando conocí a Oscar. Era tan guapo, tan inteligente... Y me amaba... Era en parte como mi padre: se había hecho a sí mismo. Tenía una beca, y le había costado mucho esfuerzo conseguirla.

—Fue con él con quien estaba de *camping* cuando Jessica desapareció, ¿no? —dijo Erika.

Laura bajó la mirada mucho rato. Pasó un minuto; dos. Finalmente, alzó la vista y contestó:

—Jessica no desapareció. Me la llevé yo.

Martes, 7 de agosto de 1990

Hacía una noche cálida y soplaban una ligera brisa desde la orilla del mar. Laura y Oscar Browne se hallaban sentados en la arena frente a una hoguera chisporroteante. El cielo despejado desplegaba sobre ellos su gran bóveda estrellada. Eran las únicas personas en varios kilómetros a la redonda, en esa playa de la pequeña y recoleta bahía de la península Gower, cerca de Swansea.

—Es preciosa tu hermana —dijo Oscar hurgando entre las ascuas con un palo.

—Siempre lo ha sido. Incluso de bebé. La mayoría de los bebés son muy feos.

—¡Protesto, señorita! —dijo él en plan jugueteón—. Yo era monísimo cuando era un bebé.

—Estoy segura. Y ahora eres un hombre guapísimo, fuerte, sexy...

Oscar la atrajo hacia sí y se besaron.

—¿Te gustaría tener hijos algún día? —preguntó ella.

—Claro. Algún día —respondió él. Se callaron. Oscar se inclinó para coger una botella de vino apoyada sobre una roca—. ¿Quieres más? —preguntó alzándola. Laura asintió y dejó que le llenara otra vez la taza. Pensó en lo guapo que estaba a la luz de la hoguera. Él se levantó, se desperezó y se acercó al montón de leña que había recogido durante el día con ayuda de Jessica.

—No me has preguntado a mí.

—¿Preguntarte, qué? —dijo él buscando en el montón y escogiendo un pedazo plano de madera blanqueada por el sol.

—Si me gustaría tener hijos.

—Doy por supuesto que sí. —Sonrió y arrojó el pedazo de madera al fuego.

—Pues claro.

—Digámoslo así. Cuando me saque el título de abogado, podremos pensar en tener hijos —dijo riendo.

Laura contempló el mar. Él había hecho ese comentario como bromeando, pero hablaba en serio.

Cuando habían llegado a la pequeña y apartada bahía, Jessica se había sentido confusa pero excitada al ver la caravana y el panorama del mar centelleando bajo el sol. La península Gower era de una asombrosa belleza, y esa bahía en particular era un paraíso: montículos de hierba y brezo descendían hasta una inmensa playa donde la arena estaba salpicada de estanques naturales rodeados de rocas.

—¿Podemos buscar cangrejos y estrellas de mar? —preguntó la niña. Al sonreír, había dejado a la vista el hueco del primer diente de leche que acababa de perder.

—Claro. Tú ve a la playa con Oscar; yo ordenaré la caravana y la dejaré bien acogedora —dijo Laura.

Ella quería que todo fuera perfecto, y mientras Jessica y Oscar bajaban a la playa con una red verde prendida de un palo, se puso manos a la obra para convertir la caravana en un hogar. Hizo la cama pequeña para la niña en la parte de delante, bajo la ventana, desde donde vería el mar de día y las estrellas, de noche, y metió bajo la colcha su osito preferido.

Oscar había alquilado la caravana gracias al anuncio de una guía. A Laura, a quien le gustaban las comodidades, le encantó saber que la caravana disponía de electricidad propia. Sin embargo, cuando llegaron con el helado y las hamburguesas congeladas que habían comprado en las inmediaciones, descubrieron que la electricidad procedía de un ruidoso generador de gasolina: un cacharro que, nada más ponerlo en marcha, le quitó al ambiente buena parte de su encanto. A pesar de todo, dentro de la caravana, el ruido quedaba amortiguado de un modo sorprendente.

Cuando Laura terminó de ordenarlo todo, la caravana quedó muy acogedora. Secretamente, ya estaba esperando el momento de acurrucarse esa noche en la cama con Oscar. Se arregló, se cepilló el pelo, apartándoselo de la frente, y miró por la ventana. Lo vio a él y a Jessica a lo lejos, descalzos sobre la arena, agachados alrededor de un estanque entre rocas.

La pequeña retrocedió de repente, entre gritos y risas, sujetando el mango de la red, donde había un enorme cangrejo... Laura sonrió, pero cayó en la cuenta de que la niña todavía llevaba el vestido de la fiesta y sintió una punzada de culpabilidad.

Necesitaría ropa. Le habría gustado prepararle una maleta, pero no había querido que su madre las pillara y estropease todo el plan.

Había mentido a sus padres al decirles que ella y Oscar se iban solos de *camping* el seis de agosto. Y había mentido a Oscar al decirle que sus padres sabían que se llevaban a Jessica. Esas mentiras en sí mismas no la habían incomodado. Era el sistema que había urdido para llevarse a su hija lo que la inquietaba.

¿«Llevarse» era la palabra adecuada? No, más bien la habían «recogido». Habían llegado en coche la tarde del siete y habían esperado frente a la casa para recoger a Jessica.

Laura sabía que la pequeña tenía que asistir a la fiesta de cumpleaños de su amiga alrededor de las dos de la tarde. Era una cría independiente y querría ir sola, como si ya fuese mayor. Cuando la niña apareció en lo alto del sendero, ella la esperaba sentada en el maletero del coche, con un aire de fingida despreocupación. Oscar estaba dentro estudiando el mapa.

—¡Hola! ¡Sorpresa! —había exclamado Laura.

—Creía que te habías ido —le había dicho Jessica escrutándola. Llevaba bajo el brazo un pequeño regalo para su amiga.

—Tengo una sorpresa para ti. ¡Nos vamos a la playa!

—Pero si ahora voy a la fiesta...

—Ah, pero esto será mucho más divertido. Podremos nadar en el mar, comer helados y construir castillos de arena. Y vamos a dormir en una caravana junto a la playa. Podremos contemplar la puesta de sol, y cuando nos levantemos por la mañana, bajaremos a la orilla y miraremos cómo amanece...

Laura hizo todo lo posible para que no se le notara la desesperación en la voz.

—¿Mamá lo sabe? —preguntó Jessica cambiando el regalo de un brazo a otro.

—¡Claro que lo sabe! Pero le dije que quería darte una sorpresa. Una sorpresa muy especial. Puedes guardar el regalo de Kelly para la vuelta. Yo ya le he dicho que no podías asistir a la fiesta y ella se lo ha tomado bien. Esto es

un viaje único... Encenderemos esta noche una gran hoguera en la playa y tostaremos malvaviscos.

Jessica había cedido finalmente y, dejándose llevar por el entusiasmo, había subido al coche. Oscar la recibió sonriente; por fin arrancaron y se alejaron.

Nadie los había visto.

«No me la he llevado, soy su madre», se había repetido Laura una y otra vez en el trayecto. Al día siguiente irían a Swansea y le comprarían a Jessica algo de ropa; eso no suponía ningún problema. Lo importante era que iba a tener consigo a su hija un fin de semana entero: que iba a ejercer el papel de madre que le había sido negado, cosa que le había producido durante años un gran sentimiento de culpabilidad.

Cuando Laura había vuelto de la universidad un mes antes, ese poderoso sentimiento maternal hacia Jessica había reaparecido. Se moría de ganas de pasar ratos con su hija en verano. Había abordado la cuestión una tarde, cuando todos los demás habían salido. Fue a buscar a Marianne al lavadero de la parte trasera de la casa y le preguntó si podía llevarse al día siguiente a la niña al centro de la ciudad.

—¡No! ¡Y quítate esas ideas de la cabeza! —replicó su madre, que estaba sacando ropa limpia de la secadora—. Ella es feliz así. Si alguien la lleva a alguna parte será su madre. ¡Y yo soy su madre, por si se te ha olvidado!

—No es verdad.

—Sí, lo soy. Tú lloriqueas y te lamentas porque no la ves, pero te has tomado alegremente todas las libertades estos años, saliendo hasta las tantas y acostándote con chicos como una...

—¡Yo no...!

—Jessica tiene unos años menos de los que tú tenías cuando te perdiste. Pero ella no va a cometer tus estúpidas equivocaciones. Tú no te comportaste mejor que una puta vulgar y corriente. Yo esperaba que hubiera sido un error, un hecho aislado, pero tu conducta estos años me ha demostrado que tienes algo maligno dentro.

—¡Lo que estás diciendo es que Jessica es un error! ¡Si yo cometí un error, entonces Jessica es ese error!

Marianne se dio la vuelta, la miró furiosa y le dio una bofetada. Laura retrocedió tambaleante y se cayó; se golpeó la cabeza con el canto de la

puerta. Se quedó en el suelo, consternada, pero enseguida se llevó la mano a la cabeza. Notó que los dedos se le manchaban de sangre. Alzó la vista hacia su madre que había seguido vaciando la secadora con total indiferencia, y estaba tarareando —sí, tarareando una canción— mientras terminaba su tarea.

Eso la indujo a idear el plan para llevarse a Jessica cuando saliera de *camping* con Oscar. Le había mentado a su madre diciéndole que se iban el seis de agosto, cuando en realidad pensaban irse un día más tarde.

Tampoco a Oscar le había dicho toda la verdad. Él daba por hecho que los padres sabían que Jessica se iría con ellos, de manera que no le había costado convencerlo. Los niños le encantaban.

En la playa, junto a la hoguera, Oscar y Laura yacían boca arriba sobre la arena blanda y seca en medio de la oscuridad. El fuego crepitaba a sus pies, el aire fresco estaba impregnado de olor a salitre y, al fondo, sonaba el rumor de las olas.

Él le rodeaba los hombros con el brazo, y ella notó que le deslizaba la mano por el escote de la blusa.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Laura incorporándose de golpe.

—¿Qué? Yo no oigo nada —respondió Oscar, y la atrajo hacia sí—. Venga, que tengo muchas ganas de hacerlo en la playa... Aquí no hay nadie.

—Jessica está en la caravana; y se han apagado las luces. —Señaló a lo lejos.

Él alzó la cabeza y vio que estaba todo oscuro.

—No importa. El generador se ha parado. Debe de haberse quedado sin gasolina.

—Pero a ella le da miedo la oscuridad. ¡Y está sola a oscuras! —Y, levantándose, buscó las sandalias.

—No pasa nada, seguramente está dormida como un tronco. Ha de estar exhausta porque ha estado todo el día en la playa...

—¡No deberíamos haberla dejado sola ahí dentro!

—Eh, que no es culpa mía. Y no pasa nada. Si estuviera asustada, habría venido a buscarnos. Y tú le has dicho que dejara la puerta cerrada —dijo Oscar sacándose la llave del bolsillo.

—Deja de hacerte el listo. Quiero volver. —Ya se había calzado y había echado a andar por el estrecho sendero que subía desde la playa hasta la

caravana.

Oscar se apresuró para darle alcance. Al llegar a la puerta, metió la llave en la cerradura.

—Ese generador apesta un montón —observó Laura.

—Son los humos de la gasolina —dijo él.

Nada más abrir la puerta, se multiplicó el hedor y empezó a salir humo del interior de la caravana.

Jueves, 17 de noviembre de 2016

Erika y Moss escuchaban horrorizadas mientras Laura continuaba su relato:

—El interior de la caravana estaba lleno de humo y gases... Uno de nosotros había desplazado el generador porque estaba situado afuera sobre un terreno irregular, y no queríamos que el viento lo volcara. No nos dimos cuenta de que, al moverlo, lo habíamos colocado tapando el respiradero de la parte delantera de la caravana. Justo enfrente de donde dormía Jessica. Se había quedado encerrada dentro, con todas las ventanas cerradas, y la caravana se había llenado de gases. Oscar las abrió de par en par para que volviera a circular el aire, pero cuando me acerqué a Jessica... No se movía. Estaba aún bajo la colcha. Tenía un horroroso color amoratado, y estaba muerta.

Hubo un largo silencio. La abogada se quitó las gafas y se enjugó las lágrimas.

—O sea que, ¿fue un accidente? —dijo Erika con incredulidad.

—Sí. Deberíamos haberlo revisado todo. Deberíamos haber revisado los respiraderos y las ventanas.

—¿Qué pasó después? —preguntó Moss.

—Los dos estábamos enloquecidos. No recordábamos quién había cambiado de lugar el generador. Yo creía que era Oscar; y él creía que era yo... Le conté que Jessica era mi hija. Él se puso a hablar de secuestro, de homicidio involuntario, y a decir que había firmado los documentos de alquiler de la caravana, incluido un documento legal sobre el uso del generador. Dijo que estaba a punto de iniciar una brillante carrera como abogado y que él era negro. «¿Sabes cómo trata el sistema judicial a un joven negro?», gritaba.

»Cogí a Jessica en brazos, bajé corriendo a la playa y me quedé toda la noche sentada en la arena, sujetándola. Sujetándola entre mis brazos. Era tan preciosa... Oscar no me acompañó. Mi siguiente recuerdo es que amaneció y oí cómo arrancaba el coche. Se fue y volvió al cabo de un rato. Me dijo que había estado en una de las tiendas del *camping*, a pocos kilómetros de allí, y que en todos los periódicos hablaban del secuestro de la niña. Enloqueció todavía más por el hecho de que yo le hubiera mentado.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Erika, casi incapaz de soportar lo que estaba oyendo.

—La enterramos... enterramos a mi pequeña... Cavamos un hoyo y la metimos dentro. Era bajo un árbol; desde allí podría ver el mar. Estábamos muertos de miedo. Oscar me amenazaba. Yo no había dormido...

Al llegar a este punto, Laura se desmoronó. Erika rodeó la mesa y la estrechó entre sus brazos. Miró a Moss y vio que también tenía lágrimas en los ojos. Finalmente, Laura consiguió dominarse y apartó a Erika.

—Oscar fue capaz de desconectarse del asunto. Regresamos, y lo borró todo de su mente. Pero yo tuve que cargar con este terrible secreto. Me sentía abrumada al pensar que había dejado a mi pequeña... A mi Jessica. ¿Sabe lo terrible que es una cosa así? Aunque me producía placer ocultárselo a mi madre. La muy bruja me había quitado a mi pequeña... ¡ahora sabría lo que se sentía! ¡Que se vaya al infierno! —gritó dando un puñetazo en la mesa—. ¡La odio!

—¿Cómo es que la niña pasó de estar enterrada a centenas de kilómetros a reposar en el fondo del embalse de la cantera? —preguntó Moss.

—Yo me estaba volviendo loca. La policía la buscaba por todas partes y entonces detuvieron a Trevor Marksman. Fue como un regalo del cielo. Era un pedófilo, y yo me alegraba de que cargara con la culpa de la muerte de Jessica... Pero no soportaba la idea de que estuviera sola, enterrada a tantos kilómetros de distancia, e hice algo que jamás debería haber hecho: escribí a Gerry. Creí que él tenía derecho a saber... Le escribí una carta.

—¿A Gerry O'Reilly?, ¿el padre de Jessica?

Ella asintió y siguió explicando:

—Le pedí que me telefonara. Hablamos, y él me dijo que iba a pasar por Londres a ver a unos amigos antes de que lo destinaran a Irak. Fui a su hotel, pasé la noche allí y se lo conté todo. Pensaba que él se pondría como loco, pero tenía que contárselo: era el padre de la niña.

—¿Qué ocurrió?

—Lo que ocurrió fue que descubrí lo malvado y lo hijo de puta que era. ¿Sabe lo que más le interesó de todo? Que estuviera implicado un abogado en ciernes, que Oscar fuera camino de convertirse en un letrado de categoría... Me obligó a darle su número de teléfono. Dijo que él se ocuparía del asunto...

—¿Y lo hizo?

—Me comentó más adelante que ya estaba todo arreglado. Que ella estaba en la cantera.

—¿Le contó algo de Bob Jennings, el hombre que vivía de okupa en la casita?

—Me explicó que alguien los había visto, pero que eso también estaba arreglado. Dijo que mantuviera la boca cerrada; que si lo hacía podría seguir con mi vida, tener un futuro.

—Bob Jennings no merecía morir. Lograron que pareciese que se había colgado —dijo Moss.

En el silencio, se oyó el tictac del reloj.

—Yo iba a la cantera a veces —prosiguió Laura—. Era un consuelo saber que Jessica estaba allí. Nunca le conté nada a mi familia, ni a mi marido, ni a los amigos que fui haciendo. Lo tapé todo completamente. Cuando vives con una mentira, se acaba arraigando en tu interior y casi llegas a creértela. Para mí, hasta que ustedes la encontraron, ella desapareció aquella tarde de camino a la fiesta de cumpleaños.

—Pero, ¿por qué ha vuelto a aparecer Gerry? —inquirió Erika.

—Por Oscar. Ha sido por Oscar. Ya han visto que se ha convertido en un abogado de élite. Dicen que van a nombrarlo juez.

—¿Y por qué ha seguido metido en este embrollo?

—Pocos años después de la muerte de Jessica, Gerry se metió en una pelea y lo acusaron de intento de asesinato. Convenció a Oscar para que lo defendiese en el juicio. Y este, no sé bien cómo, se las arregló para que lo dejaran libre. De ese modo iniciaron una relación retorcida... Oscar se fue dejando corromper cada vez más por el poder. Y Gerry se convirtió en una especie de esbirro. Era el que le hacía el trabajo sucio. Así pues, cuando encontraron el cuerpo de Jessica, Oscar volvió a recurrir a Gerry para que siguiera el caso de cerca...

—Y cuando Amanda Baker se acercó demasiado a la verdad, Gerry se encargó de que pareciera que se había suicidado. Pero ella ya se lo había

contado al agente Crawford, de modo que este debía desaparecer; y también iba a contármelo a mí, ¿verdad? —dedujo Erika.

Laura levantó la vista hacia ella; sus ojos estaban impregnados de tristeza y odio hacia sí misma.

—Se suponía que debía aparentar un allanamiento, que usted sorprendía al ladrón y que él la golpeaba y la mataba.

—Mi hermana estaba allí, con dos niños pequeños y un bebé. ¿Acaso existía algo que no estuvieran dispuestos a hacer para mantener el secreto? ¿De veras creían que acabarían saliéndose con la suya?

—Lo conseguimos durante veintiséis años —replicó Laura.

Erika y Moss se echaron atrás en sus sillas. Toda la compasión que sentían por ella se había evaporado de golpe.

—¿Sabe a dónde se dirige Gerry O'Reilly? —preguntó Moss—. Ha salido en tren hacia París esta mañana.

—Él siempre decía que algún día se largaría... Que cogería lo que era suyo y que tendría suficiente para esfumarse.

—Sea más concreta —exigió Erika.

—Hablabas de Marruecos.

—¿Por qué Marruecos? —preguntó Moss mirando a su jefa de soslayo.

—Porque allí no hay tratado de extradición con el Reino Unido.

Gerry llevaba más de seis horas en el Eurostar y ya estaba poniéndose nervioso. Echó un vistazo al reloj mientras desfilaban por la ventanilla los campos verdes y aparecían los primeros edificios.

Siete minutos. En siete minutos llegarían a la estación Marsella San Carlos. Notó la presión de una rodilla contra la suya, y alzó la vista hacia el tipo de ojos castaños sentado enfrente. Era delgado, de rasgos angulosos y llevaba un *piercing* en el labio. Se llamaba Pierre. Le daba ganas de reír lo tópico que resultaba ese nombre para un francés: «Pierre de París». Aunque el recuerdo de su encuentro en el estrecho lavabo amortiguaba sus ganas de reírse. Ya había coqueteado con hombres otras veces; incluso había besado a algunos en momentos de borrachera, para ganar una apuesta. Pero la relación completa lo había dejado irritado y asqueado. Pierre sí que lo había disfrutado, encorvado sobre la pila mugrienta, con un pie en la taza del váter. De hecho, cuanto más ímpetu y rabia ponía Gerry al bombearlo, más parecía disfrutarlo...

—Mi hotel está cerca de la estación —dijo Pierre apretándole la pierna con más fuerza por debajo de la mesita.

—Perfecto —sonrió Gerry. Pensaba que bajarse del tren cogido de la mano de Pierre podría ser una buena tapadera. Y los dos daban el pego. Confiaba en poder deshacerse del tipo sin que le montara una escena.

Había un barco de pesca esperándolo en el puerto de Marsella. Un amigo de un amigo que le debía un favor lo llevaría ilegalmente por el Mediterráneo desde el Grand Port Maritime de Marsella hasta Rabat, la capital de Marruecos. Seguramente, iba a ser una travesía larga y agitada, pero al menos le permitiría llegar con discreción y pasar desapercibido.

Volvió a consultar el reloj. Cuatro minutos. «Debería haber tomado un vuelo», pensó. Aunque si lo andaban buscando, sería precisamente en los aeropuertos donde estarían más alerta.

Los grupos de casas se volvieron más densos a medida que se acercaban a Marsella. Empezaba a oscurecer y, de repente, apareció a la vista el gigantesco tejado de cristal de la estación, resplandeciente de luces.

Pierre se levantó de su asiento y bajó la maleta del compartimento superior. Sonriendo, le pasó a Gerry su bolsa.

—Me gusta —ronroneó en inglés.

Gerry asintió, y le devolvió la sonrisa. Esa parecía ser una de las frases hechas inglesas que ese hombre había aprendido y empleado indiscriminadamente a lo largo del viaje: primero para describir su sándwich, una nube con forma de conejo o el color de la tapicería de los asientos; y también, repetidamente, mientras Gerry lo embestía en el lavabo y él se mantenía agachado sobre la pila, apoyando la cabeza contra el secador de manos.

Gerry se levantó y se dirigió al extremo del vagón. El tren ya estaba bajo la gran cúpula de cristal y el andén se deslizaba en paralelo a ellos cada vez más despacio. Atisbó por la ventanilla. Había algunos pasajeros, pero ningún policía.

Al bajarse del tren, notaron el aire cálido del Mediterráneo.

—*Vive la France* —dijo Pierre, contento; los ojos le chispeaban. Cogiendo a Gerry de la mano, recorrieron el andén y llegaron al espléndido vestíbulo de llegadas. A través del altísimo techo curvado de cristal, se veía el cielo del anochecer: un cielo azul oscuro en el que se atisbaban las primeras estrellas.

Pareció que tardaban una eternidad en cruzar el inmenso vestíbulo de mármol, pasando frente al gran tablón electrónico de llegadas, bajo el cual había una mujer elegantemente vestida; iba con un caniche y dos chicos absortos en sus iPhone.

—¿Quieres que tomemos un taxi para ir a mi casa? —preguntó Pierre.

—Pche —dijo Gerry mirando a uno y otro lado a medida que se acercaban a la salida.

—¿No te gusta?

—Sí, sí...

Salieron a la calle y Gerry se relajó por fin. No había nadie, solo coches y gente caminando. Se dirigieron a la parada de taxis. O'Reilly se detuvo e iba a decirle a Pierre que había estado bien, pero que debía irse, cuando sonó un grito: un grupo de *gendarmes* salió de dos furgonetas de reparto aparcadas a uno y otro lado de la hilera de taxis y corrió hacia él con las armas en ristre.

No tuvo tiempo de luchar ni de moverse siquiera. En cuestión de segundos, se vio derribado en el suelo junto con Pierre, que gritó un chorro de frases en francés que él no entendió.

Notó el cañón de una ametralladora en la mejilla y, en la espalda, la bota de un atildado *gendarme* con bigotito, que lo inmovilizó sobre la acera.

—¿Gerry O'Reilly? ¿GERRY O'REILLY? —repitió el agente apretando con más fuerza.

—Sí —masculló él.

—Hay una orden de detención contra usted. Según parece, es un jodido asesino inglés.

—¡Puto franchute! ¡Yo soy irlandés! —farfulló, y se tragó una bocanada de polvo.

—Da igual. Está detenido.

Mientras se lo llevaban y lo introducían en la trasera de una furgoneta, lo último que vio antes de que se cerraran las puertas fue a Pierre hablando con uno de los *gendarmes*; sujetaba su bolsa de viaje: la bolsa con los treinta y cinco mil euros.

Mientras Gerry mordía el polvo frente a la estación de Marsella, Oscar Browne, letrado de la Corona, se hallaba ante su escritorio del bufete Fortitudo Chambers contemplando la vista de Londres. Oscurecía ya, y la lluvia azotaba los grandes ventanales que se alzaban desde el suelo hasta el techo.

Levantó el teléfono y llamó a Laura. Saltó directamente el buzón de voz. Colgó el auricular con violencia y se puso a deambular de un lado para otro de la oficina. Sentía escalofríos y notaba un hilo de sudor en la espalda. Cuando había salido de Avondale Road y visto a la policía, le había asaltado el pánico. Se había maldecido por aquel error fatídico. Los nervios, finalmente, le habían fallado. Estuvo conduciendo sin rumbo varias horas y al fin cayó en la cuenta, horrorizado, de que no se había presentado en el tribunal.

Pensó que su oficina sería un lugar seguro. Necesitaba un sitio donde poder pensar. Le había dicho a la secretaria que no le pasara llamadas y había dejado instrucciones en la recepción, para que no lo molestaran bajo ninguna circunstancia... Así lo había dispuesto hacía una hora y media.

El silencio lo inquietaba... No, no podía ser. Había conducido muy deprisa, no lo habían seguido. Y esa era la única vez que no se había presentado ante el tribunal.

Pero ¿dónde estaba Laura? ¿Y dónde estaba Gerry?

Sonó el pitido del correo electrónico y se aproximó al escritorio. No reconoció la dirección del remitente, pero el nombre rezaba así: «UN CIUDADANO RESPONSABLE».

Abrió el mensaje y lo leyó aterrorizado.

Oscar:

A primera hora de la tarde, ha salido por correo electrónico un dossier con todos tus chanchullos dirigido a los peces gordos de la Policía, ASÍ COMO TODO LO QUE SÉ

SOBRE JESSICA COLLINS.

Si los chicos de uniforme hacen bien su trabajo, deberías recibir una visita suya en cualquier momento a partir de ahora.

Hasta luego, cocodrilo.

Siempre te dije que me esfumaría como por arte de magia.

Gerry

Oscar rompió a sudar de verdad. Sonó el teléfono. Lo levantó de un tirón.

—¿Qué sucede? Ya he dicho que no...

—Ya sé que no quería que lo molestaran, señor. Pero unos policías están subiendo a su oficina. No han aceptado un no por respuesta... He comprobado sus placas y...

Le tembló el brazo y el auricular se cayó sobre la horquilla. Miró el retrato de su mujer y sus dos hijos, y recorrió con la vista la oficina, aquella posición que se había labrado.

La puerta de dos hojas se abrió de golpe, y la inspectora jefe Foster apareció allí en compañía del inspector Peterson y de dos agentes uniformados. Antes de que pudieran decir nada, Browne cogió la billetera, el llavero y el móvil y salió disparado por la puerta de la derecha y la cerró con llave.

Erika corrió hasta la puerta y la golpeó con el puño.

—Abra, Oscar. Todo ha terminado. Lo sabemos todo. Hemos hablado con Laura. Ahora está retenida en comisaría... Y Gerry O'Reilly ha sido arrestado por los asesinatos de Bob Jennings, de Amanda Baker y del agente Crawford. —Volvió a golpear la puerta—. Oscar, a cada minuto que pasa encerrado, su futuro se vuelve más negro.

La secretaria apareció tras ellos, jadeando.

—¿A dónde lleva esa puerta? —le preguntó Erika.

—Eh...

—¿A dónde?

—Hay un lavabo, una suite con un vestidor... y al final da a un pequeño balcón —dijo.

Erika miró a uno de los uniformados y le hizo una seña. El agente se adelantó y embistió la puerta, que se astilló con un crujido y se abrió al primer intento. Cruzaron un baño elegante; más allá, había una pequeña suite provista de nevera, fregadero y un sofá bajo. Las puertas cristaleras que daban al balcón estaban abiertas y oscilaban bajo la lluvia y el viento.

Salieron al balcón y Erika se asomó por la barandilla. Era una altura fatídica; la cortina de lluvia caía hasta la calle, trece pisos más abajo, iluminada por los faros de un denso tráfico. Miraron hacia arriba y vieron una escalera de gato, protegida por una estructura a base de aros, que ascendía por la pared hasta dos pisos más arriba. Oscar iba por la mitad de los peldaños, en dirección a la azotea.

—Joder, no soporto las alturas —masculló Erika.

Miró a Peterson y ambos se acercaron a la escalera. Ella se encaramó primero, y él la siguió.

Uno de los uniformados subió detrás de Peterson. El otro se quedó con la secretaria.

—Está casi arriba —gritó Erika, tratando de acelerar, pero las suelas de los zapatos no se le agarraban bien en los peldaños de hierro y debía subir con cautela. El tráfico de la hora punta circulaba a sus pies, como una alfombra de luces destellantes. Sonó un trueno y el cielo se iluminó con un relámpago.

—¡Es lo único que nos faltaba!, ¡truenos y relámpagos mientras trepamos por una escalera hasta lo alto de un rascacielos! —exclamó Peterson.

—No es un rascacielos, es un edificio de oficinas —gritó Erika.

—¡Está muy alto, en todo caso! —le respondió él.

Ella bajó la mirada un instante, y vio la calle y los coches diminutos. Parpadeó para librarse de las gotas que se le metían en los ojos y siguió adelante, procurando evitar que le temblaran las manos y las piernas.

Oscar llegó al final de la escalera, se encaramó a la azotea y desapareció de su vista. Eso aún la espoleó más. Enseguida llegó al último peldaño, se agarró del borde de hormigón y se izó hasta la azotea.

Browne se había derrumbado ante una salida de incendios situada en el centro. Al ver a Erika, se puso de pie.

—Oscar, ya se ha terminado todo —dijo la inspectora. Peterson se situó junto a ella, y también el agente uniformado.

—Venga, tío —dijo Peterson—. ¿A dónde vas a ir? Lo sabemos todo: la muerte de Jessica en la caravana, tus asuntos con Gerry... En serio, déjalo ya y acompáñanos.

—¿Ahora me vas a salir con el rollo del gueto? —gruñó Oscar—. ¿Crees que porque los dos somos negros voy a rendirme, en plan solidario?

—Sí, porque los dos somos así de idiotas.

De repente Browne echó a correr hacia el otro extremo de la azotea. Puso

un pie en el antepecho.

—¡Alto! —gritó Erika mientras se aproximaba con Peterson.

—¡Mi vida ha terminado! —gritó Oscar—. ¿Qué puedo esperar ya?

—¡Tienes mujer e hijos! —dijo Peterson.

Oscar flaqueó al oír estas palabras.

—Mis hijos, mi mujer... —musitó bajando la cabeza y enjugándose las lágrimas—. Mis hijos...

—Por favor, venga con nosotros —suplicó Erika y, acercándose lentamente, le tendió la mano.

—Yo nunca pretendí que ocurriera nada de esto —gritó Oscar superando el ruido de la lluvia y de los truenos—. Ya sé que suena trillado, pero no... No soy un asesino. Las cosas se nos fueron de las manos.

Miró por el borde de la azotea y retiró el pie del antepecho. Se dio la vuelta hacia los policías.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo.

—Muy bien, venga hacia nosotros —indicó Erika. El agente uniformado sacó un par de esposas.

Bruscamente, Browne se sujetó del antepecho y se subió encima. Abrió los brazos en cruz.

—Diga a mi mujer y a mis hijos que me perdonen; dígales que los quiero —chilló. Se inclinó hacia atrás y se dejó caer.

—¡Dios mío! ¡No! —gritó Erika. Corrieron hacia el antepecho de la azotea y se asomaron.

Los coches se habían detenido, sonaban bocinazos y gritos amortiguados. En mitad de la calzada, divisaron el cuerpo destrozado de Oscar Browne.

Epílogo

Dos semanas más tarde

El sol relucía en el cielo cuando Erika, Moss y Peterson salieron de la iglesia de Honor Oak Park. Hacía un día precioso de principios de diciembre. El aire era frío y el cielo estaba azul.

Ese era el segundo funeral al que habían asistido aquel mismo día. El primero, el funeral de Crawford, se había celebrado en Bromley. Habían descubierto que el nombre de pila del policía era Desmond y que, antes de separarse, criaba tortugas. Aunque la concurrencia había sido más bien escasa, lo habían enterrado con respeto.

El comisario Yale pronunció el elogio fúnebre, y a veces había tenido que esforzarse bastante para ofrecer una imagen de lo que había sido el agente. A continuación, la hija del finado, que no debía de tener más de diez años, se acercó al atril y leyó un poema. Su madre y su hermano pequeño la observaban silenciosos, sumidos en el dolor.

Si tuviera que irme mañana
no sería un adiós,
pues te he dejado mi corazón,
no tienes por qué llorar.
El amor que guardo dentro de mí,
te alcanzará desde la estrellas,
lo sentirás descender del cielo,
y sanará todas las heridas.

La intensidad del poema pilló desprevenida a Erika. Le conmovió que una niña tan pequeña fuera capaz de expresar tanto en unos cuantos versos.

El segundo funeral había sido menos sombrío. La iglesia de Honor Oak Park era preciosa y el oficio resultó más animado. Cantaron «All Things Bright and

Beautiful» acompañados por el órgano, cuya música siempre reconfortaba a Erika.

Amanda Baker era más popular de lo que habían creído y la ceremonia había atraído a gran número de colegas y viejos amigos. Erika se había impresionado al ver que había asistido el subcomisario general saliente Oakley, tan atildado y elegante como siempre, así como su sucesora, Camilla Brace-Cosworthy, que pronunció un ameno y sincero elogio fúnebre. Había terminado con estas palabras:

—Amanda Baker tuvo una historia accidentada con la policía metropolitana y, por desgracia, su mejor momento llegó, precisamente, antes de su prematura muerte. Hay que agradecerle que nunca se diera por vencida en el caso Jessica Collins, ni siquiera cuando los demás lo habían dado por perdido. Ella siguió adelante, continuó formulando preguntas y, al final, proporcionó la pista decisiva que llevó a la resolución del caso. Me gustaría rendirle homenaje públicamente por todos sus años de servicio a la policía.

El discurso suscitó una oleada de aplausos. Erika contempló el ataúd situado en la cabecera de la iglesia y pensó que Amanda se sentiría increíblemente orgullosa.

Al acabar el funeral, Erika y sus dos compañeros cruzaron el cementerio y bajaron hacia la calle.

—Menudo caso —dijo Moss—. Tres cadáveres y un suicidio para encubrir la muerte de la niña. ¿Por qué no confesaron sencillamente la verdad?

—Estaban aterrorizados —opinó Peterson—. Y el miedo los dominó. Los impulsó a hacer cosas que jamás habrían soñado que serían capaces de hacer.

—Qué desastre —asintió Erika.

Al llegar a la verja y salir a la calle, vieron sorprendidos que Toby Collins los estaba esperando con Tanvir. Ambos iban con traje oscuro, y Toby llevaba un ramo de claveles rojos. Parecía muy joven y vulnerable.

—Hola. —Esbozó una tímida sonrisa.

—Hola, Toby —lo saludó Erika—. Llegas un poco tarde. Se ha perdido el funeral.

—No es eso. No creía apropiado asistir. Pero hemos traído unas flores... —Se le quebró la voz—. Yo en realidad no sabía nada —añadió, anegado en lágrimas—. ¿Cómo pude ser tan idiota? ¿Qué le pasará a mi hermana?

Los tres policías se miraron.

—No lo sé —admitió Erika—. Eso deberá decidirlo el tribunal de justicia. Tenemos su declaración grabada, y está claro que la muerte de Jessica fue un accidente. Lo que hizo después con Gerry es lo que el tribunal habrá de analizar cuando se celebre el juicio.

Toby asintió, pero añadió:

—He perdido a toda mi familia. Tan es lo único que me queda —Tanvir le cogió la mano—. Mi madre sigue en el hospital psiquiátrico... Y la cosa no pinta nada bien. Papá ha escondido la cabeza bajo el ala y se ha ido a España con su nueva familia... Y Laura está en Holloway, esperando el juicio. He de aguardar un par de semanas para poder visitarla. Y no sé si quiero hacerlo.

—Su padre tendrá que volver. Querremos hablar con él.

—Sí, claro. ¿Qué voy a hacer ahora? —musitó el chico. Miraba a la inspectora jefe con tanta intensidad que ella se quedó sin palabras.

—Nadie elige a su familia. Apóyense mutuamente y manténgase unidos —aconsejó Moss poniéndole la mano en el hombro.

—Sí, así lo haremos. Gracias —dijo él.

Miraron cómo se alejaban los dos jóvenes.

En esto, oyeron unos bocinazos y vieron que el coche de Erika aparecía por un cruce circulando en contra dirección.

—¿Esa no es su hermana? —preguntó Moss—. ¿Sabe que está circulando por el carril contrario?

Sonó otro bocinazo mientras el coche se acercaba, frenaba con un chirrido y viraba para colocarse en el carril correcto.

—Ahora sí lo sabe.

Lenka paró junto a ellos y bajó el cristal. Los tres se agacharon y vieron a Jakub y Karolina en la parte trasera; Eva estaba entre ambos, sentada en una sillita para bebés.

—Hola a todos —dijo Lenka; exageraba mucho el acento inglés.

Moss y Peterson dijeron hola y saludaron a los niños con la mano a través del hueco de la ventanilla.

—¿A dónde van, jefa? —preguntó Moss.

—A las atracciones Winter Wonderland, en Blackheath. Mi hermana regresa a su casa dentro de un par de días. Parece que las cosas han vuelto a la normalidad —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

—Se sentirá muy triste cuando se vayan —dijo Moss, y le echó una mirada

de soslayo a Peterson, que estaba haciéndoles muecas a Jakub y Karolina. Los niños se mondaban.

—Seguro —dijo Erika, y sonrió. Lenka tocó la bocina y ella se subió al coche y añadió—: Nos vemos pronto. Quedemos para tomar unas copas navideñas.

—Llámenos —dijo Peterson.

El coche salió disparado, derrapando peligrosamente sobre el lado contrario antes de situarse en el carril de la izquierda. Moss se volvió hacia su colega, que miraba cómo desaparecía el coche por la esquina, y comentó:

—Ya sabes que seguramente no nos llamará, ¿verdad?

—Tal vez sí —dijo él.

—Te has enamorado de ella, ¿eh, Peterson?

Él asintió suspirando.

—Pobre incauto. Ven, te invito a una pinta —dijo Moss. Lo cogió del brazo y ambos echaron a andar hacia el *pub* más cercano en busca de una cerveza y un poco de calor.

Una nota de Rob

Ante todo, quiero darte las gracias, unas gracias enormes, por leer *Aguas oscuras*. Si te ha gustado, te agradeceré mucho que escribas una reseña. No hace falta que sea larga, basta con unas cuantas líneas, pero para mí significa mucho y resulta útil para que otros lectores descubran mis libros por primera vez.

Al final de las dos novelas anteriores de Erika Foster, *Te veré bajo el hielo* y *Una sombra en la oscuridad*, escribí que me encantaría recibir noticias de mis lectores, y habéis conseguido que me sienta orgulloso. ¡Uau! Gracias por todos los mensajes que he recibido a través de mi página web, Facebook y Twitter: mensajes desde todo el mundo; me entusiasma conocer lo que pensáis de mis novelas y también las fotos que me habéis enviado de vuestros perros. Yo tengo dos malteses, y a ellos les gusta mucho conocer a nuevos amigos.

Podéis contactar conmigo en mi página de Facebook, a través de Instagram, Twitter, Goodreads o de mi página web, que encontraréis en www.robertbryndza.com. Leo todos los mensajes y siempre respondo.

¡Todavía tienen que venir muchos libros más, y espero que sigáis acompañándome en esta aventura!

ROBERT BRYNDZA

P.D. Si quieres recibir un correo electrónico cuando aparezca mi nuevo libro, puedes suscribirte a mi lista de correos en el enlace que hay abajo. Tu dirección no se empleará para ningún otro fin y puedes anular la suscripción cuando quieras.

www.bookouture.com/robert-bryndza

Agradecimientos

Gracias a Oliver Rhodes, Natasha Hodgson, Natalie Butlin, Kate Barker y al maravilloso equipo de Bookouture. Gracias a Kim Nash, relaciones públicas de Bookouture y experta en ginebras, que hace un trabajo fantástico promocionando nuestros libros. Gracias especiales a Claire Bord, mi maravillosa editora y compañera en el crimen, que siempre me proporciona una sabia orientación durante el proceso de escribir el libro.

Gracias a Henry Steadman por otra cubierta espectacular y gracias a la sargento Lorna Dennison-Wilkins, que respondió con paciencia a todas mis preguntas sobre los cuerpos de submarinismo de la policía y me contó un montón de historias y sus experiencias al frente de la Unidad de Búsqueda Especializada de la policía de Sussex.

Gracias especiales al excomisario jefe Graham Bartlett de www.policeadvisor.co.uk, por sus inestimables consejos sobre procedimientos policiales y por encargarse de que andara con pies de plomo por la sutil separación entre la realidad y la ficción. Todas las licencias respecto a la realidad son mías.

Gracias a Lorella Belli, de LBLA, que ha obrado su magia para encontrar hogares por todo el mundo a los libros de Erika Foster, que están siendo traducidos a veinte idiomas.

Gracias a mi suegra Vierka, cuyo pollo frito siempre entra en escena cuando llego jadeando a los últimos capítulos. Y gracias inmensas a mi marido, Ján, a Ricky y a Lola. No sería capaz de hacer todo esto sin vuestro amor y vuestro apoyo. ¡El equipo Bryndza funciona!

Y, finalmente, gracias a todos vosotros, mis maravillosos lectores, a todos los maravillosos grupos de lectura, blogueros de libros y comentaristas. Siempre digo lo mismo, pero es verdad: el boca a boca es un instrumento muy

poderoso, y estoy seguro de que sin vuestro trabajo y vuestra pasión al hablar y escribir acerca de mis libros, tendría muchos menos lectores.

Notas

- * Culebrón británico emitido desde 1960 y centrado en una calle del gran Mánchester. *(Todas las notas son del traductor.)*

Título original: *Dark Water*

© 2016, Robert Bryndza

Primera edición: febrero de 2019

© de la traducción: 2019, Santiago del Rey

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417541910

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

Epílogo

Una nota de Rob

Agradecimientos